



CRISTINA
PRADA



UNA CAJA
DE DISCOS VIEJOS
Y UNAS
GAFAS DE SOL
DE 1964

*Todo lo
que perdí*



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Prólogo

1. 25 de marzo del 2017

2. 19 de septiembre del 2016. El pasado de mi historia

3. Presente

4. Pasado

5. Presente

6. Pasado

7. Presente

8. Pasado

9. Presente

10. Pasado

11. Presente

12. Pasado

13. Presente

14. Pasado

15. Presente

16. Pasado

17. Presente

18. Pasado

19. Presente

21. Epílogo(s)

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cande Martín ha vuelto a Madrid porque su hermano Rodri la necesita. Pero la ciudad sigue llena de los recuerdos que lleva tres meses tratando de olvidar y, sobre todo, sigue llena de él, de Sergio Herranz.

Sus manos, su olor, sus besos..., tan guapo e inaccesible que duele. Cande lo quería con locura y algunas heridas nunca llegan a cerrarse por mucho que nos empeñemos, por mucho que sepamos que alguien no nos conviene.

Conoce el pasado de Cande y descubre con ella su presente. Si valen más las segundas oportunidades o las nuevas personas que llegan, si el hombre canalla y complicado puede ser el amor de tu vida o si es verdad que las historias que leemos en los libros románticos pueden hacerse realidad.

Prólogo

Me ajusto la corbata delante del espejo y con un golpe de hombros me pongo la chaqueta. Un día más. Otro maldito día más. Tengo la sensación de que todos son iguales desde que... Aprieto los dientes. Desde que me importa una mierda. Yo no soy así. No voy llorando por los rincones. Quería alejarla de mi vida y lo conseguí. Lo que vino después... Resoplo. Joder, lo que vino después ha sido una puta locura que se me está yendo de las manos por momentos.

Me revuelvo el pelo y salgo de la habitación. No quiero pensar. No quiero darle más vueltas. Es una cría que no encajaba en mi vida. Lo de echarla de menos pasará. Tiene que pasar. Va a pasar.

Bajo al garaje, entro en el coche y lo arranco sin ceremonias. El equipo se activa y empieza a sonar la misma música. Lo de esa maldita canción tiene que acabarse. Lo de fumar y beber hasta caer rendido, también, me recuerdo, pero por un instante me quedo mirando el asiento del copiloto como un idiota y una imagen perfecta de ella, con una de esas falditas y un pie sobre la tapicería, se dibuja delante de mis ojos tan real que creo que, si estiro el brazo, podré tocarla, traerla de vuelta. Se gira y sonrío mientras tararea la melodía. Quiero tocarla. Quiero besarla. Inconscientemente alzo la mano y el recuerdo, como siempre ocurre con los recuerdos, se esfuma.

Basta ya, joder.

Apago la radio de un manotazo y agarro el volante con rabia, con lo único que puedo sentir desde hace más de tres meses. Cada día que pasa me odio más por haber hecho lo que hice, pero también la odio más a ella por quedarse sólo con eso, por no saber ver más allá, por dar por hecho, como hacen todos, incluso yo mismo, lo peor de mí.

Odiarla es mejor que sentir que no puedo respirar, sino la tengo cerca. Odiarla es mejor que creer que se llevó toda la luz con ella. Odiarla es mejor que darle vueltas a la decisión que tomé porque era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella.

Miro el botón del reproductor y la rabia se hace aún más cristalina, entremezclándose con todo lo demás, con todo lo que soy. Me concedo una tregua, porque a veces pienso que la echo tanto de menos que voy a volverme loco.

Una décima de segundo, de Antonio Vega, comienza a sonar.

La jodí. La perdí. Y ahora todo lo que me queda es esta maldita canción.

25 de marzo del 2017

Estoy más nerviosa de lo que pensaba que estaría. Hace ocho horas que he salido de mi apartamento con vistas a la Barceloneta y me he montado en un avión, de vuelta a Madrid. Mi hermano Rodri me llamó anoche. Su voz sonó rota por teléfono y no necesitó decirme más. Su mujer, Julia, la segunda peor persona que he tenido la desgracia de conocer, no se había tomado muy bien que él, por fin, diera carpetazo a su horrible matrimonio.

Por eso no lo he dudado y, aunque es lo último que juré que haría, he cogido el primer vuelo con plazas disponibles y he regresado a la capital. Me acompaña mi amiga Sira. Ella tiene perfectamente claro por qué yo no quería volver y yo sé por qué ella deseaba marcharse, así que ninguna de las dos ha hecho muchas preguntas.

Odio volar, pero en el avión no estaba tan inquieta como lo estoy ahora. Es Madrid.

Llamo al timbre del piso de nuestra amiga Martina con la sonrisa preparada.

—¡Voy! —la oigo gritar desde el interior, junto con un número indiscriminado de oes.

A los pocos segundos comienzo a oír una ristra de cerrojos abrirse, cuento al menos cuatro. Menos mal que vive en La Latina. No quiero ni pensar cómo fortificaría su casa si viviera en Vallecas.

—¡Cande! —chilla entusiasmada en cuanto me ve—. ¡Te he echado muchísimo de menos!

—¡Y yo a ti!

Nos abrazamos y ya me siento mucho mejor. Martina no es una amiga cualquiera, es la tercera mosquetera de los cócteles y las conversaciones sexuales de dudoso gusto, pero, como ella misma diría, mucha sabiduría.

—Vamos, entra —me anima—. Tienes mucho que contarme.

—Espera. Espera. —La freno con las dos manos—. Tengo una sorpresa para ti —le anuncio, y mi sonrisa se ensancha de oreja a oreja—. Señorita Martina López —continúo ceremoniosa—, tengo el placer, y el cuestionable honor, de comunicarle que en este viaje me acompaña la portadora de un honor aún más incierto: Sira Téllez.

Estiro los brazos a modo de presentación y, ante una boquiabierta Martina, Sira sale de detrás de la pared.

—¡Sorpresa! —exclama abalanzándose sobre ella y dándose un abrazo de oso, al que me uno en cuestión de segundos, en toda regla.

¡Sí! ¡Es genial volver a estar todas juntas!

Nos acomodamos en el salón y Martina nos acerca dos Coronitas heladas.

—Y, por cierto, ¿qué es eso de incierto honor? —se queja Sira cogiendo la suya—. Soy una dama.

Yo me echo a reír.

—Eso díselo al azafato que ha amenazado con denunciarte en la comisaría del aeropuerto si volvías a cogerle el culo —replico descalzándome una Converse con otra y subiendo los pies al sofá.

Ahora es Martina la que rompe a reír, sentándose en un desvencijado tresillo frente a nosotras.

—En primer lugar, prefieren que los llamen auxiliares de vuelo —responde muy seria— y, en segundo, él estaba muy bueno y yo estoy muy triste.

La miro llena de fingida ternura y ella me lanza su sonrisa más estudiadamente desconsolada.

—Aunque sean guapos, tienen sentimientos —aporta Martina.

Yo asiento dándole un trago a mi cerveza. Sin embargo, cada vez tengo menos clara esa frase. Estoy empezando a desarrollar la teoría de que, cuanto más guapo, más hijo de puta, pero no puedo compartirla, porque eso sería admitir que me paso las horas en vela pensando en lo que no debería pensar, que estoy a dos noches de llamar a la señora que echa las cartas de madrugada por televisión porque cada vez sus consejos me parecen más sabios y que, anteayer, canté dos veces, una de ellas borracha, los grandes éxitos de Taylor Swift.

—¿Y cómo es que al final has venido? —le pregunta Martina.

—Me han despedido —responde sin más.

Yo ya conozco la historia. Detrás del «me han despedido» de Sira se esconden un trabajo horrible en una de las editoriales más importantes de la ciudad y una relación aún más horrible con Andrés, su compañero de departamento.

—¿Y qué tal con ese chico con el que salías?

Sira evita su mirada.

—Mejor cambiamos de tema —la salvo.

—Vale, pues cuéntame tú a qué has venido —inquiérese perspicaz—, porque todo lo que me dijiste por teléfono fue «mañana llego a Madrid, ¿puedo quedarme en tu habitación libre?», lo cual es sumamente extraño, porque tu apartamento está a algo así como dos portales.

Martina tiene muchas cualidades, pero entre ellas no está ni perdonar ni olvidar. Y, por extensión, tampoco está dispuesta a que yo perdona u olvide.

—Rodri me llamó —contestó—. No lo está pasando muy bien con la separación de Julia. Me necesita.

Las dos asienten. Saben cuánto quiero a mi hermano e imaginan lo duro que tiene que estar siendo todo este asunto para él. Por un motivo inexplicable para todos, él adora a su futura exmujer.

—Julia es una auténtica zorra —sentencia Sira y parece salirle del alma.

Martina y yo asentimos, ella creo que incluso lo hace con los ojos cerrados para ganar en vehemencia. Es que se merece cada letra de ese apelativo.

—Engañó a Rodri de la peor manera posible —continúa Sira—, y ni siquiera se molestó en evitar que todo Madrid se enterase.

—Se ha mudado y, cuando hablamos por teléfono, lo noté muy triste, como al borde de irse a vivir a una autocaravana en mitad de un bosque y alejarse del amor y la sociedad.

—Es una lástima, es demasiado guapo —comenta compungida Martina.

Sonrí y ahora es Sira la que asiente con los ojos cerrados. Mi hermano es un bombón, absolutamente en todos los sentidos, de caja roja de Nestlé.

Un par de horas de cotilleos después, Sira se marcha a casa de sus padres para saludarlos e instalarse. Quedamos en vernos para tomar una copa en el O'Donnell, nuestro pub favorito.

Tras una ducha, consigo quitarme toda la pesadez del avión, pero no logro hacer que me desaparezca el hormigueo de la boca del estómago. Estoy inquieta, nerviosa.

Envuelta en la toalla, me asomo por el pequeño ventanuco de madera del baño de Martina. A pesar de ser un apartamento pequeño, es un edificio alto en la parte más alta del barrio, así que las vistas son espectaculares. Suspiro. ¿A quién pretendo engañar? Adoro esta ciudad, cada centímetro cuadrado. ¡He sido tan feliz aquí! Mi primer cigarrillo, mi primera copa, mi primera vez. También he sido demasiado

desgraciada. Suspiro de nuevo, esta vez casi un bufido, y me alejo de la ventana de un salto. No puedo permitir que este tipo de sentimientos me atrapen. La decisión está tomada, lleva mucho tiempo tomada; noventa y nueve días tomada, para ser exactos. Cierro el porticón con fuerza, la madera se resquebraja y aprieto los ojos pensando que acabo de romper el ventanuco. Por suerte, ha sobrevivido.

* * *

Mientras camino por la habitación en busca de mi bolso y mi abrigo rojo, me pongo mi gorrito de lana gris. Que me encantan los gorros, no es ningún secreto, creo que tengo uno de cada color, pero a éste le tengo un cariño especial. Rodri me lo trajo de París.

—Me voy —me despido de Martina, buscándola con la mirada por el salón.

—¡Vale! —responde a voz en grito desde el baño.

Se oye el rumor continuo de una *epilady* y la canción *Enamorado de la moda juvenil*, de Radio Futura. Mi querida amiga está preparándose para darlo todo esta noche.

—¡Te he dejado una copia de las llaves sobre la mesita de la entrada!

Miro a mi alrededor y las localizo junto a la puerta principal, encima de un cochambroso taburete pintado de azul que sin duda ha vivido días mejores.

—Nos vemos en el pub —le digo abriendo la puerta.

—¡No te oigo! —se desgañita.

—¡Digo que nos vemos en el pub!

—¡No grites! —protesta divertida—. ¡Esto es una casa decente!

Mi sonrisa se ensancha rozando la risa y definitivamente salgo del piso.

Madrid está idéntica a como la recordaba. De acuerdo que sólo han pasado tres meses, pero algo dentro de mí creía que, si yo había cambiado tanto, la ciudad también lo habría hecho. Me cierro el abrigo y me abrocho hasta el último botón, mientras giro para tomar la calle Toledo y llegar hasta la parada de metro. Hace muchísimo frío para ser finales de marzo.

Después de ocho paradas y un cambio de línea, me bajo en Velázquez. No es la parada en la que debería hacerlo, pero, la que de verdad queda más cerca del nuevo piso de Rodri, me trae demasiados recuerdos. Sin embargo, he vuelto a hacer la mayor de las estupideces, porque he tenido que cruzar todo el barrio y, una calle tras otra, han ido recordándome cada vez más a él. Joder, no tendría que haber venido. Tengo que olvidarme de este complejo de auxiliar al desamparado, porque siempre acabo metiéndome en líos. He estado tres meses sin venir, alejada de mi única familia, en una ciudad extraña, con un trabajo horrible y, tras una llamada de teléfono, mucha culpabilidad y amor fraternal, estoy otra vez aquí, en pleno barrio de Salamanca, en la calle Claudio Coello, su calle, que, por casualidades del destino o de un karma muy malo que debo de estar quemando porque en mi anterior reencarnación inventé los pantalones de campana, Rodri se ha mudado a dos malditos portales de él.

Suspiro hondo y cruzo rápido la calzada, obviando las mariposas que se despiertan en mi estómago a cada paso que doy. Estos baldosines nos han visto besarnos, mordernos, follarnos. Me han visto quererlo a mí y desearme a él, porque quererme nunca me quiso, eso está claro... pero, joder, ¡cómo lo quería yo! Me permito pensarlo un segundo y, ese dolor emocional que se transforma en físico y me agujerea las costillas, regresa.

Tengo que volver a Barcelona. Es urgente.

—Es esta maldita calle —me digo cuando al fin alcanzo el portal de Rodri y me siento mínimamente segura.

Es Madrid.

Por fortuna, el portal está abierto. Subo hasta la tercera planta y llamo a su puerta. A los pocos minutos me abre, secándose las manos en un trapo de cocina y con la mirada concentrada en sus dedos. Sonríe de oreja a oreja, pero no digo nada, esperando su reacción. Un momento después, confuso porque nadie hable al otro lado en el rellano, alza la cabeza y me ve.

—Enana... —murmura incrédulo.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas por aquí sin mí? —pregunto divertida.

Está perplejo.

—Ven —me dice reaccionando al fin, a la vez que ríe sincero y me coge en brazos, levantándose en volandas—. ¿Qué haces aquí? —inquire dejándome de nuevo en el suelo.

Se hace a un lado y entro. Me quito el abrigo y el gorro, y me sacudo mi desordenada melena castaño claro.

—Después de que habláramos por teléfono —le explico girándome para tenerlo de frente mientras cierra la puerta—, pensé que te vendría bien que viniera a pasar unos días contigo.

Al volverme de nuevo, el salón aparece frente a mí y no puedo hacer otra cosa más que mirar pasmada a mi alrededor, mientras dejo la ropa sobre la barra de la cocina. El piso es horrible. Muy moderno y nuevo y todas esas cosas, pero sencillamente horrendo.

—Ya veo que no me equivocaba —susurro con la mirada aún puesta en el aséptico salón.

—Es moderno —me replica, colocándose a mi lado con los brazos en jarras y contemplando igual que yo su nueva casa.

—Los muebles son negros. Es muy deprimente —sentencio.

Asiente sopesando mis palabras y, al cabo de unos segundos, ambos nos echamos a reír. Rodri rodea mis hombros con un brazo y me da un beso en la frente.

—Te he echado de menos, enana.

Mi sonrisa se ensancha. Yo también lo he extrañado muchísimo.

Mi hermano regresa a la cocina, coge dos vasos de la barra y los lleva hasta el fregadero.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta—. Tengo esos refrescos de mandarina que te gustan.

Me siento en uno de los dos taburetes, al otro lado de la isla, y Rodri pone un vaso con mucho hielo, desenrosca una Fanta de mandarina y la coloca sobre la encimera justo delante de mí.

—¿Hoy no has ido al trabajo? —planteo consciente de que es sábado, pero es que Rodri siempre curra los sábados.

—Me lo he tomado libre, para terminar de instalarme, pero, tranquila, no lo he hecho solo. De hecho, casi os cruzáis...

—Está riquísima —lo interrumpo sin querer.

Al darme cuenta, me disculpo con una sonrisa de hermanita pequeña y me encojo de hombros.

—Es que está riquísima —me defiendo— y en Barcelona no he sido capaz de encontrarla.

Rodri sonrío.

—¿Estela sabe lo que ha pasado? —pregunto después de un par de sorbos.

—Yo no se lo he contado, pero no me extrañaría que Julia lo hubiese hecho. Ya sabes lo amigas que son.

Frunzo los labios y me quedo a medio camino de un mohín. Ya ni siquiera puedo fingir la sonrisa cuando hablo de esas dos. Si Julia es la segunda peor persona que conozco, Estela, mi hermana mayor, es la primera.

—La verdad es que casi prefiero que no sepa nada —continúa Rodri—. De hacerlo, se presentaría aquí y no tengo ningunas ganas de aguantarla.

—Aprovecha el divorcio para que Julia se quede con su custodia —comento socarrona.

Rodri sonrío.

—A ti, ¿te llama?

—Todas las malditas semanas.

—Y, por supuesto, tú no le coges el teléfono —replica burlón.

Me toco la nariz con el índice como respuesta y su sonrisa se ensancha. Una de las pocas cosas buenas que tiene no vivir en Madrid es que no tengo que soportarla y me puedo permitir ignorar sus llamadas sin el temor de que aparezca en la puerta de mi casa. Los Martín somos así, un poco disfuncionales.

—Cualquier día cogerá el puente aéreo y se presentará en Barcelona.

—Más a mi favor para que consigas que Julia se la quede en el divorcio.

—Hablando de divorcio...

—Y de arpías —añado.

Rodri pretende reprenderme con la mirada, pero acaba sonriendo.

—Estela va a casarse —me anuncia esperando mi reacción.

—¿Con quién? —pregunto atónita—. Pobre desgraciado —agrego después sin poder contenerme.

Si mi hermana ya es insoportable en su vida diaria, mi hermana organizando su boda tiene que ser el acabose.

—Pues...

Rodri va a contestar, pero su teléfono empieza a sonar. Me hace un gesto con el índice para que espere mientras se saca el *smartphone* del bolsillo de los chinos. Mira la pantalla.

—Es del trabajo. No tardaré.

Asiento y él sale de detrás de la barra y se encamina, imagino, al despacho. Lo oigo hablar de fondo y yo paseo la mirada de nuevo por el salón. Es un sitio realmente deprimente. Mañana mismo iremos a Ikea y traeremos un montón de muebles suecos para animar esto un poco.

Mi móvil también empieza sonar, sacándome de mi ensoñación. Abro el bolso e, imitando a Rodri, miro la pantalla de mi iPhone. Es Sira.

—¿Dónde estás? —me grita, y suena de fondo la misma canción de Radio Futura que escuchaba Martina cuando me marché.

—Estoy con Rodri.

El estribillo empieza y oigo a Martina cantar como una loca.

—Veo que ya estáis muy animadas —comento con una sonrisa.

Percibo cómo Sira trastea con el teléfono y el rumor de lo que parece una puerta cerrándose.

—Hay que ahorrar para pagarle unas clases de canto —dice fingidamente seria.

Yo sonrío, casi río.

—Creí que estarías en casa de tus padres.

—No aguantaba más y he decidido venir a beberme otra cerveza.

—Con cerveza todo sabe mejor.

No la veo, pero sé que ha asentido. Ésa es una de sus máximas.

—Te llamaba por si necesitabas un control de daños.

—¿Un control de daños? —inquiero confusa.

«Control de daños» es nuestra clave para definir una situación que puede acabar en una crisis monumental. Desde que mi jefe me ha pillado cambiándome de vestido en su despacho a que los dos chicos con los que salgo a la vez están en el mismo club. Aunque parezca mentira, las dos cosas han pasado más de una vez.

—Cande, por Dios, no te hagas la tonta conmigo —replica—. Estás en la zona cero de tu vida

sentimental, exactamente a dos portales. Se te tienen que haber caído las bragas en cuanto has puesto los pies en esa calle.

—No se me han caído las bragas —protesto enfurruñada.

—No vayas de digna. Soy tu amiga. Yo estaba contigo el día que nos tragamos media comunión porque íbamos tan borrachas que no nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado de iglesia cuando íbamos a la boda de tu prima Paula.

Sonrío.

—A la niña le encantó el regalo —me defiende burlona.

—Suéltalo ya —se queja—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Resoplo—. Ha sido raro —aclaro—, pero estoy bien.

—Si la calle llega a ser diez metros más larga, te suicidas, ¿verdad?

Me río, entre otras cosas, porque tiene más razón que un santo.

—Yo no lo habría expresado mejor.

—Sal de ahí —sentencia—. No se trata sólo del hecho de que, más temprano que tarde, sus feromonas te llegarán desde su casa y volverás a caer en coma profundo, sino de que ¿qué pasará si lo ves por casualidad? Yo qué sé, ahora bajas y de repente lo pillas volviendo de la oficina, del súper o de echar un polvo... ¡joder!, y sabes que sabrás que ha follado.

Sira siempre ha tenido la teoría de que, cuando venía de echar un polvo, estaba aún más guapo, porque sus feromonas se habían bañado en sexo y todo en él era *aún más*: aún más atractivo, los ojos aún más azules, el culo aún más prieto; cosas de mi amiga. Lo cierto es que el sexo le sentaba de maravilla, lo envolvía en un halo de seguridad, magnetismo y atractivo que era una maldita condena para cualquier pobre incauta que lo mirara. Si no estabas enamorada ya, deponías armas sin condiciones al instante.

—No te preocupes. Imagino que Rodri me llevará a cenar.

—Y, después, a quemar la ciudad —me recuerda—. Llevamos tres meses lejos de estas calles... tienen que echarme muchísimo de menos —se lamenta como si en vez de meses hubiesen sido años.

Sonrío.

—Cuenta con ello.

Rodri regresa de la habitación, guardándose de nuevo su BlackBerry en el bolsillo. Yo acelero la despedida con Sira y cuelgo.

—¿Me llevas a cenar? —le pregunto bajándome del taburete y cogiendo mi abrigo y mi gorro.

Mi hermano me mira un segundo, sonrío y camina decidido hasta el descansillo en busca de su cazadora.

—Te llevo al Matisse —me propone al tiempo que abre la puerta.

—No —me apresuro a replicar y, por la cara que me pone, creo que he sido demasiado vehemente. El Matisse es mi restaurante favorito, pero está lleno de recuerdos y ahora no quiero revivir ninguno—. Es que acabo de volver —me disculpo algo nerviosa—. Quiero algo muy madrileño.

Rodri me mira perspicaz, pero yo le dedico mi mejor sonrisa de hermanita pequeña y en seguida lo despisto. Es mi mejor arma con él.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Te llevo a comer un bocata de calamares? —inquire con una sonrisa.

No era mi idea, pero, ahora que lo pienso, me apetece muchísimo.

—Vamos a la plaza Mayor —le propongo entusiasmada—. Bocata de calamares y una caña.

La sonrisa de Rodri se ensancha y me hace un gesto con la cabeza para que pase mientras me mantiene la puerta abierta.

Ya en la susodicha plaza, yo quiero meterme en el bar más cochambroso de todos, porque es obvio que tiene los mejores bocadillos. Como intento explicarle a Rodri, la ecuación no podría ser más sencilla: más

mugre, mejores calamares. Pero se niega en redondo y acabamos sentados en plena plaza, en un bar pijísimo donde nos ponen los bocadillos con pan crujiente y en un plato de diseño. Me quejo un par de veces de que así no saben igual, pero siempre obtengo la misma sonrisa por respuesta.

Hablamos de todo un poco. Me cuenta que dejó definitivamente a Julia porque, por mucho que la quisiera, sabía que su relación ya no tenía solución y no quería alargar más la agonía. Nunca comprendí que la pillara en la cama con otro tío y, aun así, la perdonara, pero sí me sirve para tener claro que, si ahora dice que no había solución, es que realmente no la había. Él lo habría intentado todo por esa arpía.

También hablamos de mi vida en Barcelona y yo pongo en funcionamiento eso de mentir como una bellaca. No quiero preocuparlo.

—Sigo sin entender por qué te fuiste —dice con la vista perdida en la plaza y los miles de turistas que la abarrotan—. Te encantaba Madrid.

—Y me sigue encantando.

Mentalmente suspiro y un miniyo corre al encuentro del oso de la estatua de la Puerta de Sol, que ha cobrado vida, ha dejado atrás el madroño y se dirige hacia mí con una sonrisa. Toda la plaza aplaude nuestro abrazo.

—¿Y no te sientes sola?

—No. —Sí.

—¿Y no echas de menos nada de lo que dejaste aquí?

Automáticamente pienso en sus manos. Son tan grandes, tan masculinas. Sentirlas sobre mi piel era lo mejor de todo. Discreta, sacudo la cabeza.

—Claro que echo cosas de menos —respondo forzando una sonrisa. Me sale de maravilla, he practicado muchas veces la técnica—. Te echo de menos a ti, idiota.

Rodri sonríe, pero no le llega a los ojos. Él tiene que practicarlos más.

—Yo no me imaginaba mi vida así, Candelita —dice empujando su plato con los dedos índice y corazón y la mirada fija en el movimiento.

Suspiro. Si me llama *Candelita*, definitivamente no está pasando por un buen momento. Todavía recuerdo esa misma palabra pronunciada con esa misma pesadumbre el día que me dijo que había una plaza para mí en un internado en Irlanda.

—Rodri, es lo mejor que podría pasarte —repongo inclinándome también sobre la mesa—. Julia no es una buena persona.

Trato de que en mis palabras no haya una pizca de desdén. No quiero que piense que lo digo porque la odio, aunque en realidad la odie, y mucho.

—Cande —continúa ignorando por completo mi comentario—, tengo treinta y un años y ya estoy divorciado, joder.

—Eso no tiene nada de malo —replico con total seguridad—. La hija de cualquier folclórica que se precie, a tu edad, se ha casado ya tres veces —sentencio socarrona sólo para hacerlo sonreír.

Rodri me mira intentando disimular que sus labios se están curvando hacia arriba.

—Discúlpame si eso no hace que me sienta mejor.

Le mantengo la mirada como si no entendiese por qué y al final ambos sonreímos. Al cabo de un mísero segundo, su gesto se transforma en uno más triste. Ahora mismo tengo ganas de presentarme en ese barrio de esnobs donde vive Julia y estrangularla con mis propias manos.

—Saldrás de ésta —le digo, y lo pienso de verdad. Es una persona maravillosa y sólo se merece que le pasen cosas buenas— y, antes de que te des cuenta, te reirás de cómo te sientes ahora.

Suspira y asiente, pero es obvio que, actualmente, no cree ni una sola palabra de esa frase. Yo también

tomo aire. Cada vez tengo más clara una verdad que aprieta mi estómago y tira de él.

¡Maldita empatía y maldito amor fraternal!

—Lo sé, lo sé —contesta llevándose las palmas de las manos a los ojos y frotándoselos con fuerza.

—Pues más te vale que lo sepas, porque no quiero verte con esa cara todos los días.

Automáticamente Rodri baja las manos y me mira con una incipiente, y auténtica, sonrisa en los labios.

—No tienes que dejar tu vida en Barcelona por mí —comenta tratando de sonar muy convencido, pero, por su expresión, es obvio que la idea no podría hacerlo más feliz.

—Mi vida en Barcelona es un asco —contesto sincera a modo de explicación.

Su gesto cambia en una milésima de segundo y me dedica su inconfundible mirada de hermano mayor preocupado. ¡Mierda! Soy una bocazas.

—Me necesitas —sentencio rezando porque olvide lo que acabo de decir.

—No te necesito —protesta con una sonrisa.

—Tus muebles son negros y te estás lamentando por la mujer que prácticamente te ha obligado a vivir con ellos. Claro que me necesitas.

Los dos sonreímos otra vez.

—Está bien —claudica.

—Y mañana nos vamos a Ikea a comprarte aunque sea unos cojines. Hay que animar esa casa.

Rodri asiente y sonrío encantado justo antes de darle un trago a su cerveza. Yo también sonrío, pero al mismo tiempo doy el resoplido mental más largo de la historia. Solita acabo de meterme de nuevo en la boca del lobo. ¿Qué demonios voy a hacer otra vez en Madrid?

Terminamos de cenar y Rodri me deja a un par de metros del O'Donnell. Insiste sobremanera en que me quede a dormir en su apartamento, pero consigo convencerlo de que es más lógico que me quede con Martina. Ya lo tengo todo en su piso. Además, dada la grandiosa decisión que he tomado, lo mejor es que mañana por la mañana me pase por el mío para adecentarlo un poco. Quedamos en vernos al día siguiente y me vigila caminar calle arriba en dirección al pub. Su conciencia de hermano mayor le impide arrancar el coche antes de que entre.

Las chicas me esperan al fondo del local. Se han agenciado una mesa, lo cual es todo un mérito en este sitio un sábado por la noche, y ya han pedido la primera ronda. Me dirijo hacia ellas quitándome el abrigo. Al llegar, sólo veo a Martina. Me deshago del gorro y me dejo caer sobre la silla de madera, a la vez que me sacudo el pelo. No tengo ni idea de en qué estado estará. Mi aspecto físico y yo nos estamos dando una tregua. Yo no doy el paso definitivo de parecer una indigente y él me permite estar medianamente presentable con la cara lavada y el pelo de cualquier forma. Antes, si, por el motivo que fuese, no hubiese podido maquillarme un sábado por la noche, me habría pasado todo el camino hasta el pub pellizcándome las mejillas para tener color. Las cosas pueden cambiar mucho.

—¿Dónde está Sira? —inquiero mirando su copa y su bolso.

No reconozco la canción que suena, pero seguro que es de los ochenta. El camarero-dj de este local tiene un sentido muy peculiar en lo que a elección de canciones se refiere.

—Ha ido al baño —responde Martina deslizando una copa por la mesa de madera, rebarnizada infinitas veces, hasta colocarla frente a mí.

—¿Baño de verdad o un Sergei?

—Baño de verdad —responde—... Creo —rectifica.

Sonrío, casi río. Sergei es el nombre del camarero más guapo de todo Madrid, sin exageraciones, que trabajaba, como no podía ser de otra manera, en el Cielo de Pachá. Después de semanas tonteando con él, Sira al fin consiguió que la invitara a salir, pero el problema estuvo en que la única manera que tenía de

hablar con él era pidiendo copas y ese día no fue una excepción, así que, a eso de las dos de la mañana, Sira estaba contentísima como nunca, esperando a que semejante ejemplar saliera de trabajar para llevarla a tomar «la última», y borracha como nunca. Y el momento lo aprovechó un chico bajito y algo gordito para meter ficha. Resumiendo: Sergei los pilló en el baño de la discoteca echando lo que Sira más tarde llamó *el polvo de la paz mundial*. Martina y yo nos reímos tanto que, desde entonces, montárselo con alguien en los servicios se conoce como un Sergei.

Le doy un trago a mi copa y automáticamente toso. Por Dios, ¿qué es esto?

—Pero, ¿qué habéis pedido? —pregunto sacando la lengua para enfriarla un poco.

—Vodka, lima, tequila y espumoso italiano. Un bombero ardiente.

—¿Un bombero ardiente?

—Lo dices mal —me corrige.

—Es un *bombero ardiente* —pronuncia lasciva.

La miro fingidamente atónita y a los segundos ambas nos echamos a reír. Le doy un nuevo trago. Éste me ha sabido mejor.

—¿Qué tal con Rodri?

—Bien.

Tomo aire preparándome para lo que tengo que decirle. La conozco y sé que no va a gustarle.

—Tengo una noticia buena y otra mala —añado antes de que ella pueda decir cualquier otra cosa—.

¿Cuál quieres oír primero?

Mi amiga me observa perspicaz, tratando de averiguar por dónde van los tiros.

—La mala —contesta convencida.

—Me vengo a vivir a Madrid.

Martina abre los ojos como platos.

—Cande, ¡por Dios! —protesta. Hace una pausa bastante significativa—. ¿Y la buena?

—Me vengo a vivir a Madrid —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Creo que el bombero ardiente está empezando a hacerme efecto.

Ella se toma otro trago, pero, al final, como si no fuera capaz de soportarlo más, sonrío.

—Es una locura. Lo sabes, ¿verdad? —me advierte.

Asiento.

—Lo hago por Rodri.

—Mientras sólo lo hagas por él...

Martina me mira con una sonrisa de lo más impertinente en los labios. Yo le pongo los ojos en blanco.

—No soy ninguna estúpida —objeto. Creo que incluso me siento algo ofendida.

—No te enfades. No creo que lo seas, pero, cuando se trata de *él* —añade haciendo un hincapié lleno de desdén en esas dos únicas letras—, pierdes hasta la noción del tiempo y el espacio. Que te vuelves gilipollas, vamos.

—Volvía —la corrijo.

—Más te vale —replica sin paños calientes—. Entiendo que te quedas por tu hermano, porque te necesita, pero, por el amor de Dios, no caigas otra vez; si no, ¿de qué habrán servido estos tres meses?

Asiento. Tiene razón.

—Y que sepas que no voy a tomarme la molestia de hablar más de él. Lo fulminé con la mirada en su momento y para mí dejó de existir —sentencia.

Martina ni perdona ni olvida y, si encima te asesina con la mirada, puedes tener por seguro que has muerto en vida para ella. Literalmente. Lo vio un día en una serie de televisión y lo puso en práctica por

primera vez con un camarero que le tiró una copa encima de su único vestido de Hoss Intropia. Se quedó tan a gusto que decidió adoptarla como filosofía de vida.

—Nunca volvería con él —afirmo esperando que mi contundente frase dé por zanjado el tema—. Jamás —cometo el error de añadir y, no sé por qué, siento que eso me resta credibilidad.

Martina sonríe plenamente consciente de que va a tener que dispararle con tal de mantenerme alejada. Sospecho que la idea le produce algo de satisfacción.

Me termino mi bombero ardiente de un trago y en ese instante Sira se acerca a la mesa.

—Vamos a bailar —propongo sin dejar que llegue a sentarse.

Tampoco espero su respuesta, la cojo de la mano y miro a Martina para que nos siga. Tengo un nuevo plan: si la vida me parece un asco, beberé y bailaré hasta que comience a resultarme divertida. Reconozco que no es mi idea más brillante, pero para esta noche me vale.

Empiezo a bailar para olvidarme de todo, para escapar de la ciudad, de la calle Claudio Coello, de él. Suena *Eloise*, de Tino Casal. Pero, antes de que me dé cuenta, mi mente vuela libre y comienzo a recordarlo, a rememorar lo guapo que estaba leyendo el periódico, su voz mientras follábamos, sus manos en mi piel, sus gafas de sol de 1964.

Sin embargo, al abrir los ojos, vuelvo a la acuciante realidad. Resoplo y, antes de que la canción termine, estoy saliendo del local. Le mando un mensaje a Martina y me dirijo con paso rápido a su casa. No tendría que haber venido. No tendría que haber dicho que me quedaría.

—Es Madrid —me repito acelerando el paso con la mirada clavada en los baldosines... y que mi vida es un asco, eso también influye.

A la mañana siguiente me levanto temprano. Tengo una resaca descomunal. Me arrastro hasta la cocina, me tomo dos ibuprofenos y una botellita de agua prácticamente de un trago. En ese momento, Martina entra en la pequeña cocina envuelta en el nórdico. La observo y sonrío. Tiene un aspecto deleznable.

—¿Cuántos bomberos ardientes os tomasteis después de que me marchara? —inquiero tendiéndole una botellita de agua.

—No lo sé... ¿Muchos?

Mi sonrisa se ensancha.

Nos arrastramos hasta el salón y nos sentamos en el sofá que me ha servido de cama, pues anoche me quedé frita en él mientras le daba vueltas a la cabeza. Enciendo la tele y Martina cambia de canal hasta que encuentra una película ochentera de esas que habremos visto unas mil veces. Nos quedamos así más de una hora, hasta que decido arrastrarme un poco más y llegar a la ducha.

Salgo casi otra hora después. Después de mucho pensar bajo el chorro de agua caliente, he cantado a pleno pulmón todas las canciones que se me han ocurrido. Mi vida es un asco, sí, pero es mi vida y he salido de cosas muchísimo peores. No voy a hundirme por tener que reinstalarme en esta ciudad. Siempre que tenga un par de zapatos bonitos y localizado el bar más cercano, puedo salir airosa de cualquier situación.

Convenzo a Martina de que se vista para que me acompañe a mi piso. Me cuesta que me enseñe el dedo corazón un par de veces, jurar que no volveré a dejarla beber bomberos ardientes (aunque mi integridad física se vea comprometida) y que esta noche llamaremos al chino de Nuevos Ministerios.

De camino, telefoneamos a Sira, quien, al parecer, tiene un resacón aún peor.

Abro la puerta de mi apartamento con la mano temblorosa. No sé si quiero entrar, pero entonces recuerdo que he decidido adoptar una nueva actitud mucho más positiva, tipo pastillas de la felicidad. En mitad de mi reflexión, Martina me empuja y nos hace entrar como dos elefantes en una cacharrería. Nos chocamos la una con la otra, las dos con la puerta y la puerta con el pequeño mueblecito de la entrada.

La miro mal y ella me dedica un mohín de lo más infantil.

—Es que eres muy melodramática, Cande —protesta—. Ya nos veía media hora en la puerta, entro, no entro, la vida me quema en la garganta —se burla.

—Te comportas como si hubiera salido de una novela de Jane Austen —me quejo ahora yo.

—No, las tías de las novelas de Jane Austen follan. Tú te estás comportando como la bibliotecaria que le quita el polvo a los libros —replica socarrona.

Le enseño el dedo corazón. Se lo ha ganado.

—Chata, en la vida de toda mujer llega el momento «Sexo en Nueva York» —me dice muy convencida, plantándose en mitad del diminuto pasillo que conduce a mi, casi igual de diminuto, salón.

—¿Qué? —le pregunto a punto de echarme a reír.

—Me has oído perfectamente —sentencia—. Tienes que elegir quién quieres ser: el putón, la lesbiana o la aburrida.

—Creo que eso es simplificar demasiado las cosas y, además, te falta un personaje.

—La cosa es que tú no tienes madera de lesbiana —prosigue ignorando por completo mis objeciones a su teoría—. Nos gusta más un tío que a un tonto un lápiz. Así que, llegados a este punto, tienes que escoger entre ser una tonta aburrida que sólo piensa y piensa o ser el putón que acaba montada en un columpio erótico.

Por qué todas las teorías de mis amigas acaban con columpios eróticos es algo que no entenderé jamás.

Voy a responder, pero ella levanta la mano para frenarme.

—Sé que lo has pasado mal —continúa— y que ese capullo está tan bueno que cada vez que lo veías desnudo estoy segura de que tenías la tentación de arrodillarte y venerar su polla, pero, al final, lo que cuenta es que te las hizo pasar putas y que tú le estás guardando un luto absurdo a una relación que fue un sinsentido.

—Vaya —replico pensativa al cabo de unos segundos—. Menudo monólogo. Tienes las ideas muy claras.

—Este discurso es ensayado —contesta orgullosa.

Nos miramos y las dos estallamos en carcajadas.

—Tienes razón en lo del luto —claudico—. Y en lo del cuerpazo —añado—. La tenía enorme —afirmo entre risas, pero un poquito más desolada esta vez, y no es por el (¡joder!, me ha tocado el Euromillón) tamaño, sino porque lo echo de menos, mucho, más de lo que me conviene en realidad.

—Dime algo que no sepa —protesta colocándome el brazo por encima y obligándome a echar a andar—. Si estuviera hecho de mazapán, se acabaría el hambre en el mundo.

Las dos nos morimos de risa por tercera vez y sé que, si volver a Madrid tiene algo de bueno, son Rodri y ella.

Sólo hemos dado un par de pasos en el salón cuando Sira entra chocándose con el mismo mueble.

—Putas mesita de los cojones —farfulla.

Martina y yo nos giramos con la sonrisa preparada.

—He cometido el mayor error de mi vida —gimotea.

Me echo a reír y a temblar al mismo tiempo. Tratándose de Sira, puede ser cualquier cosa.

—Anoche, cuando llegué borracha a casa —explica igual de consternada que si hubiera provocado la primera guerra mundial—, me apunté a Meetic.

—¿Qué? —pregunto al borde de la risa. Martina simplemente la mira boquiabierta.

—Ayer, borrachísima —aclara compungida—. Me abrí un perfil con una foto horrible y ahora no me acuerdo de la contraseña. Encima, no sé por qué, no usé mi correo electrónico, sino que creé uno nuevo del que tampoco tengo la contraseña para poder recuperar la primera.

Al terminar la retahíla, se deja caer sobre mi sofá, aún tapado con una sábana blanca.

—¿Por qué te abriste una cuenta nueva de *e-mail*? —inquire Martina aguantándose la risa.

—Quería empezar de cero.

—¿Y cuál es la nueva dirección de correo?

—bomberoardiente22@gmail.com.

Martina y yo ya no podemos más y estallamos en carcajadas. Sira entorna los ojos.

—Seguro que la contraseña es Sergei —consigo decir entre risas, intentando disimularlas por su cara de desesperación.

—O polvo de la paz mundial.

Volvemos a soltar unas risotadas. Sira se lamenta y, tras suplicar por una cerveza, nos llama inhumanas por no dársela.

Al final nos acomodamos en el sofá junto a ella.

—¿De qué hablabais? —nos pregunta.

—Le estaba diciendo a Cande que tiene que recuperar su vida y dejar atrás esta etapa tan increíblemente *aburrida* —se apresura a contestar Martina, haciendo larga cada letra de la última palabra.

Sira asiente.

—Más bien me estaba diciendo que debería convertirme en un putón —alego.

Sira asiente todavía más convencida y Martina lo hace con ella.

—La virginidad vuelve a crecer, ¿sabes? —apunta Sira muy seria.

—¿No encontraste ningún chico en Barcelona que te gustase lo suficiente como para echar un polvo? —me pregunta Martina.

—Ninguno me pareció atractivo —contesto encogiéndome de hombros.

—Es muy difícil que un chico te parezca atractivo cuando te pasas todo el día llorando en un trabajo de mierda y toda la noche haciéndolo en un apartamento de mierda —sentencia Sira.

—¿Podemos dejar de hablar de mi vida sentimental, por favor? —les pido, para qué negarlo, un poco exasperada, al tiempo que dejo caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Llamar *vida sentimental* a eso es un poco osado —replica Martina socarrona y yo la fulmino con la mirada.

—¡Tienes que salir! —grita Sira de pronto, haciendo aspavientos con las manos y sobresaltándonos a las dos—. Conocer tíos, divertirse, follar, montar en un columpio erótico.

Sonrío.

—Tienes que volver a ser tú, Cande —añade y, por primera vez en los once años que hace que la conozco, puedo decir sin asomo de dudas que está hablando completamente en serio.

Las miro a ambas. Es obvio que tienen razón. Estar así, como si estuviera en *standby*, no me hace ningún bien. Además, tampoco sé a qué estoy esperando, ¿a que vuelva?, ¿a que me quiera? Tuvo mucho tiempo para hacerlo y nunca quiso.

Suspiro con fuerza y asiento muy convencida. He tomado una decisión.

—Capto el mensaje —digo burlona para quitarle hierro al asunto—. Candela Martín está lista para recuperar su vida.

Las dos sonríen.

—Candela Martín tiene que dejar de hablar de ella en tercera persona, eso sólo lo hacen las locas y las folclóricas —interviene Sira, divertida.

—Cállate —respondo contagiada de su humor— y pásame el móvil. Quiero ver cuántos perturbados te han pedido que les enseñes las bragas en Meetic.

Decidimos ponernos manos a la obra para volver a hacer de mi apartamento un lugar habitable. No tengo mucho tiempo. He quedado para comer con Rodri y después iremos a Ikea. Las chicas bajan a por cerveza y algo de picar y yo comienzo a abrir ventanas y correr cortinas. Hace un frío que pela, pero a cambio entra

algo de sol.

Enciendo la radio del equipo de música. Suena *No controles*, de Olé Olé. Sonrío. Me encanta esta canción. Me remango las mangas antes de tirar con fuerza de la sábana que cubre el sofá. Toso por el polvo que se levanta e involuntariamente centro mi atención en el tresillo. La luz lo cubre, haciendo que la pana marrón clara parezca casi blanca. La música de pronto parece llenar todo el ambiente. Casi sin quererlo, comienzo a recordar cada vez que me tocó tumbados sobre él, lo recuerdo besándome como si se fuera a acabar el mundo... Joder. Joder. Joder. Comienzo a quitar todas las sábanas rápido, con rabia, tratando de huir de todos los recuerdos tristes, pero el efecto de cada mueble que descubro es exactamente el mismo. ¡Me importa un bledo! Soy una chica nueva y pienso ponerle solución. Empiezo a arrastrarlos y sacarlos al rellano con más tesón que maestría. La mesa de centro, la pequeñita del teléfono, la lámpara, mi sillón orejero. Cuando mis amigas llegan, estoy intentando empujar el sofá. Las dos me miran como si estuviera bailando una sardana vestida de *pin-up* en la Puerta del Sol.

Yo ceso en mi empeño de mover el tresillo y me incorporo.

—Vida nueva, muebles nuevos —suelto muy convencida.

Sira asiente sin dudarlo, se quita el abrigo y me ayuda a arrastrarlo. Martina es más reticente, pero no tarda en unirse. Se acabaron los recuerdos, se acabó... él.

Unos veinte minutos después, todos mis muebles están en la acera y en mi salón sólo hay una pila de libros sobre la que he colocado el teléfono fijo, mi televisor, mi deverdó y mi viejo equipo de música. No voy a negar que también consideré tirarlo, pero en el último segundo me pudo la nostalgia. Era de mi padre.

Como recompensa, nos bebemos una cerveza sentadas en el suelo.

* * *

Ikea con Rodri es la odisea que esperaba. Para su casa, lo obligo a comprar un montón de cojines, marcos de fotos y cuadros con toda probabilidad demasiado coloridos, pero debemos compensar tanto mueble negro; para mi apartamento, un sofá, una mesa de centro y una estantería lo bastante grande como para poder colocar todos mis libros y la televisión.

Insisto en pagar, pero Rodri hace caso omiso, el mismo que he hecho yo cuando me ha preguntado por qué de repente no tengo muebles.

Mientras comíamos, Estela nos ha ido llamando por turnos unas cinco veces a cada uno. Ninguno de los dos lo ha cogido. Trato de convencerlo de que podría con ella físicamente, porque Estela sólo le saca un año, pero, como con la cuenta de muebles suecos, pasa por completo de mí.

Pasamos toda la tarde en mi piso. A lo mejor me equivoco, pero creo que está más animado, incluso casi contento. Observándolo montarme mi mesita *trulstorp* y sonreír mientras me cuenta lo que asegura que es el peor chiste del mundo, por primera vez desde que lo decidí, me alegro de haber regresado. Me necesita.

—Bueno y ¿ya has hablado con alguien de la facultad? —inquire justo después de pedirme que le acerque el destornillador.

—Mañana llamaré al profesor Calasanz.

—Estará deseando que vuelvas —dice henchido de orgullo fraternal—. Cualquiera profesor querría tenerte en su departamento. Tienes un expediente envidiable y vas un año adelantada. ¿Quién consigue ir un año adelantada en derecho y administración de empresas? —pregunta socarrón, como si acabara de caer en la cuenta.

Yo sonrío. La verdad es que me sorprende haber sido capaz de aguantar el ritmo con todo lo que ha pasado este último año. En el tiempo que estuve con él, se me amontonó el trabajo e incluso me salté algún

examen, pero tres meses deprimida dan para mucho y, al rescindir mi vida social y sentimental, y reducirla a lo que Sira me contaba con resaca los domingos por la mañana, tuve mucho tiempo libre para estudiar. Resoplo. Las chicas tienen razón, mi vida es muy aburrida.

—Yo he estado haciendo de hermano mayor —me suelta como quien no quiere la cosa.

Automáticamente siento un escalofrío recorriéndome la espalda. Dejo uno de mis libros de Eduardo Mendoza sobre la estantería y camino hasta colocarme frente a él.

—¿Qué has hecho, Rodri?

La última vez que hizo de hermano mayor conmigo, acabé en una cita ciegas con el hijo de un amigo de nuestros padres que tenía tantos guiones en los apellidos que sentí el impulso de hacerle una reverencia.

—He hablado con Paula, la jefa de Recursos Humanos de la empresa —contesta concentrado en terminar de atornillar la mesa—, y dice que puedes recuperar tu puesto de trabajo cuando quieras.

Lo miro con los ojos como platos y por un momento creo que me falta el aire.

—Le he contestado que empiezas mañana mismo.

Rodri alza la mirada con la sonrisa preparada y yo le devuelvo una por compromiso. ¡Maldita sea!

—Voy a beber agua —me excuso nerviosa, con la única intención de esconderme en la cocina.

¡No puedo volver! Allí pasaron demasiadas cosas. Su despacho, su mesa, la mía. Cojo aire, abro el grifo y me sirvo un vaso bien lleno.

Es cierto que él ni siquiera trabaja ya allí. Respiro una vez más y me llevo el cristal a los labios. Cuando lo hago, me doy cuenta de cómo tiemblo. Maldita sea, corazón, deja de latir así de rápido. Sólo es un curro y lo necesito como parte del plan para recuperar mi vida. Vuelvo a dar una bocanada en busca de oxígeno. ¡Yo no me amilano, joder! Cuando tengo que autoinfundirme valor, siempre digo tacos. Me hacen sentir un poco macarra y, por lo tanto, más valiente.

Regreso con una sonrisa autoimpuesta. La nueva Cande no le tiene miedo a nada.

* * *

Al poco de que se marche mi hermano, después de que hayamos cenado sushi para llevar, llega Martina. Nos tomamos un par de cervezas en mi balcón y nos fumamos un par de cigarrillos. Me llama «asco de pija» cuando rechazo uno de sus Nobel para fumarme un Marlboro *light*.

Nos reímos como hacía tiempo que no lo hacía. Más aún cuando vemos cómo el repartidor del restaurante chino, a unas manzanas de aquí, choca con un par de poligoneros. Ellos lo increpan. El repartidor intenta marcharse, pero no lo dejan; entonces se quita el casco muy tranquilo y, de repente, con cuatro golpes de kung-fu al más puro estilo Bruce Lee, los manda al suelo como dos sacos viejos de patatas.

Echo a mi amiga entre risas después de que trate de convencerme de que vayamos al karaoke. Para animarme, me ha cantado en aproximadamente cinco minutos todo el repertorio de Katy Perry.

Mañana tengo que ir a trabajar. Intento no pensarlo mucho, pero es un hecho, así que decido irme pronto a dormir. Me pongo el pijama y voy a la cocina a beber un poco de agua. A oscuras, regreso a la habitación y me meto en la cama. Sin embargo, sólo necesito un par de segundos para sentir cómo los recuerdos me arrollan como un huracán. No entiendo cómo no lo vi venir después de lo que me pasó con el salón. Aún huele a él. Han pasado tres malditos meses y aún huele a él. ¿Cuánto tiempo va a durar esta tortura?

Me levanto de un salto y, malhumorada, tiro de la manta y voy hasta el sofá. Me acuesto y me tapo, furiosa. Suspiro hondo e intento tranquilizarme con la vista clavada en el techo. Aquí estoy a salvo. En mi nuevo sofá. Mi nuevo sofá donde él no me ha besado, donde no me ha susurrado cosas como que todo lo que necesita es hundirse en mí. Mi nuevo sofá que huele a plástico y a nuevo y no a él.

Intento dormir, pero soy absolutamente incapaz.

Frunzo el ceño como la idiota que soy, incluso farfallo un juramento entre dientes, y vuelvo a levantarme todavía de peor humor. Soy una estúpida, una imbécil, una tonta del culo, y me merezco cada letra, pero, cuando vuelvo a tumbarme en la cama, me siento mejor porque es como si me tumbara con él.

Lo odio más que nunca, porque soy incapaz de pasar página.

—Es Madrid —vuelvo a resoplar, pero por fin me acabo durmiendo.

* * *

Me levanto con bastante tiempo. Me doy una ducha de esas tan largas que te hacen sentir mal con el medio ambiente y busco qué ponerme. La nueva Cande se ha reconciliado con su yo coqueto, así que me decido por un bonito vestido, me maquillo y me seco mi indomable pelo castaño claro para poder dejármelo suelto.

Salgo de casa sin desayunar. Estoy muy nerviosa. Además, quiero llegar lo antes posible para poder pasar ya por el momento «Dios mío, ¿qué hago otra vez aquí?». Es como quitarse una tiritita, mejor hacerlo de un tirón.

Rodri se ha ofrecido a recogerme, pero prefiero ir en metro. Se trata de recuperar la normalidad y readaptarme, y eso significa salir de mi piso, tener cuidado de no resbalarme con la acera recién mojada por el servicio de limpieza y cruzar el barrio pasando por delante del mercado de la Cebada, que a primera hora de la mañana está más bullicioso que nunca.

Tras un trasbordo, unas cuantas paradas más y unos minutos caminando por el paseo de la Castellana, me detengo a unos pasos de la Torre Picasso. Aprieto los labios mientras la observo levantarse frente a mí. Es uno de los edificios modernos más bonitos de todo Madrid. Por lo menos puedo estar tranquila de que, aunque cada centímetro cuadrado me recuerde a él, no lo verá. El día antes de que me marchara a Barcelona, él aceptó un puesto en una multinacional americana que abría una nueva sucursal en la capital. El puesto era idéntico al que ya tenía, subdirector del Departamento de Recursos Humanos, pero le ofrecían más dinero y la posibilidad de algo nuevo. Odiaba su trabajo. Como él mismo decía, su máxima aspiración en la vida era follar con una chica que lo volviese loco, mientras escuchaba música de Antonio Vega el resto de sus días. Sonríó débilmente. Cuando estábamos así, tumbados en su sofá, con sus manos recorriéndome entera y la música triste de los ochenta inundándolo todo, nada más importaba. Era el único momento en el que lo sentía cerca de mí.

«¡Basta de recuerdos, Candela!»

Me llamo Candela a mí misma cuando sé que estoy metiendo la pata hasta el fondo. Y perderme en recuerdos que no me convienen cinco minutos antes de entrar en el lugar donde todo comenzó, claramente, es meter la pata.

Subo hasta la planta cuarenta, donde están las oficinas de Javier Freirá y Asociados. El señor Freirá hace mucho que descansa en paz. Ahora es su nieto y una junta directiva, de esas inmensas a lo película hollywoodiense, los que dirigen el poderoso *holding* empresarial que abarca desde constructoras a banca de inversión, pasando por centros comerciales o inmobiliarias en la costa. Martina trabaja en el Departamento de Administración, puesto que consiguió gracias a Sira, que trabajaba en Documentación. Ella fue quien la avisó para que trajera su currículum a toda prisa en cuanto vio a Aurora Ávila recoger sus cosas con una sonrisa y diciendo a voz en grito todo lo que pensaba de cada uno de sus jefes y compañeros. Creo que sólo vino a buscar las pocas pertenencias que había almacenado aquí con esa intención. Le había tocado la Bonoloto y quería darse el gustazo de mandarlos a tomar viento en directo.

Yo trabajaba en el Departamento de Recursos Humanos. Sí, era una de esas chicas que te observan con

una lista interminable de preguntas para, al final, decidir si te contrata o no por la ropa que llevas o por cuántas veces te has tocado la oreja mientras respondes a la archiconocida pregunta trampa «¿cuál es tu mayor defecto?». Bueno, yo no era ésa, ésa era nuestra jefa, Paula. Yo me ocupaba de detalles administrativos internos y de todos los aspectos relacionados con derecho laboral, que, en una empresa de estas dimensiones, son muchos.

Rodri me espera junto a recepción.

—Qué bien que ya hayas llegado —me dice dando un paso hacia mí.

Me resulta raro que esté aquí. Él trabaja en el Departamento de Inversiones.

—Hola —lo saludo con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

Mi hermano sonrío al ejecutivo con el que charlaba y me rodea los hombros con un brazo.

—Es tu primer día.

—Trabajé aquí durante más de cinco meses —lo interrumpo.

—Pero llevas sin hacerlo más de tres. Tu virginidad laboral ha vuelto a crecer.

Sonrío de nuevo. Ahora mismo tengo la sensación de estar hablando con Sira.

Empezamos a andar por el inmenso pasillo, dejando departamentos atrás.

—Además, quería ser yo quien te contara que Paula ha decidido que te reincorpores a tu mismo puesto —añade.

No sé si reír o llorar. Y lo tengo mucho menos claro cuando Rodri abre la puerta del Departamento de Recursos Humanos y, con una sonrisa, me señala mi mesa. Miro a mi alrededor. La misma moqueta algo gastada, la pared blanca impoluta que casi hace daño mirar fijamente, las dos hileras de mesas enfrentadas y la mía justo en la esquina.

Por Dios, esto es una locura. Todo sigue igual. Eso o yo estoy viviendo el *déjà vu* más intenso de la historia. Pero entonces Gustavo, mi compañero de trabajo que ocupa la mesa frente a la mía, concentradísimo en unos papeles, le da al ratón con la mano, el ratón, al lapicero, el lapicero, a su vaso y se mancha de café que, si la memoria no me falla, toma con leche y dos de azúcar.

No puede ser un *déjà vu*. Está todavía más torpe que antes.

—Mira —llama mi atención Rodri—, hasta tienes tu misma mesa.

La puerta del despacho se abre y Paula sale diligente con una sonrisa enorme.

—Bienvenida de nuevo, Cande —me saluda.

Pero toda esta amabilidad no es para mí, sino para mi hermano.

Pongo los ojos en blanco, con discreción. Estoy sufriendo una auténtica crisis; lo último que necesito es a esta mujer, que es lo más parecido a un perro de presa, poniéndole ojitos a Rodri.

Me desentiendo de la conversación y doy un paso al frente observando de nuevo la sala. Esto va a ser un desastre monumental.

En ese momento oigo otra puerta abrirse. Instintivamente, ni siquiera sé por qué, giro la cabeza y el corazón me da un vuelco cuando lo veo. Creo que incluso dejo de respirar.

¿Qué hace aquí?

Él va concentrado, leyendo los documentos de una carpeta, y ni siquiera me ve, así que decidió hacer la mayor estupidez en tres meses y pararme a contemplarlo. Está guapísimo, con el pelo negro peinado hacia atrás con las manos, de esa forma tan casual y sexy, y sus impresionantes ojos azules recorriendo ávidos las letras. Lleva su traje azul marino y su corbata azul eléctrica, mi preferida, que resalta perfecta sobre su camisa blanca.

Al alzar la mirada, me descubre y sus ojos se posan en los míos mientras da un paso más por inercia. Me recorre entera, como si él tampoco pudiese creerse que esté aquí.

—Cande —pronuncia mi nombre sólo moviendo los labios, sin emitir sonido alguno.

Por un temerario instante, todos los recuerdos en los que no me he permitido pensar en estos tres días me asaltan. Tengo la sensación de que alguien ha puesto a todo volumen *Una décima de segundo*, de Antonio Vega. Sus manos, sus labios, su olor... No es Madrid. Es él. Es Sergio Herranz.

19 de septiembre del 2016

El pasado de mi historia

Es increíblemente guapo. Injustamente guapo, en realidad. Y no es sólo una cuestión de belleza objetiva. No es que sea como Alain Delon de joven, es que es como Alain Delon de joven en *Gatopardo*, atractivo a rabiar.

Ese día llevaba un elegante traje que entallaba mezquinamente bien su cuerpo de escándalo, alto, delgado y fibroso. Apoyó la mano en la espalda de la silla de Pedraz, uno de mis compañeros, y se inclinó sobre él para leer algo en la pantalla del ordenador. Nunca pensé que diría eso, pero envidiaba profundamente a Pedraz. Éste, calvo y gordo, sudaba cada vez que una chica hablaba con él, pero en ese instante estaba cerca, muy cerca, cerquísima de él.

Se revolvió su mata de pelo negro y comentó algo con sus ojos deliciosamente azules aún en la pantalla del Mac.

—Castaño —se irguió mirando al fondo de la sala, llamando a otro de mis colegas—, quiero ver los archivos económicos del 23 de agosto y las tablas de contabilidad del último mes.

Sin más, se giró y volvió a su despacho, que, para mi suerte o desgracia, según se mire, estaba justo frente a mi mesa.

* * *

—Ese tío está demasiado bueno. Es demasiado guapo. Los guapos ocultan cosas —argumentó Martina mientras abría un sobrecito de sal y lo echaba en su ensalada César.

Sospeché que tenía una teoría muy elaborada al respecto, pero aún no había terminado mi ensalada y estábamos en mitad del Beach Sea, la cafetería donde almorzaba toda la oficina, a menos de cien metros de la Torre Picasso, dos motivos por los que no sabía si quería que continuase hablando.

—Cosas, tipo ¿qué? —me rendí. Tenía demasiada curiosidad.

—*Perversiones* —se adelantó Sira, haciendo lasciva cada letra—, de todas clases. Seguro que le pone atar a una chica al cabecero de su cama.

Mmm... No sonaba nada mal.

—Chicas, a Sergio Herranz lo que le pone es metértela hasta que te toca el velo del paladar y que sonrías después de tragártelo —sentenció Martina.

—¡Por Dios! —me quejé entre risas.

—Deberías dejar de fantasear con él —me advirtió.

—Yo no fantaseo con él —me defendí.

—Chata, acabas de imaginarte hasta el color de su cabecero —replicó con una sonrisa llena de malicia.

Yo le hice un mohín de lo más infantil, lo que no quitaba que tuviese toda la razón.

—Lo que deberías hacer —comentó Sira, apoyando los codos en la mesa e inclinándose ligeramente hacia delante. Era su pose de «te voy a dar el consejo sexual de tu vida»— es entrar en su despacho, quitarte las bragas delante de él, asegurándote antes de que sean bonitas y de encaje, y tíraselas encima de la mesa.

Sira Téllez, una niña bien del barrio más bien de Madrid, que, sin embargo, esconde a un director de cine porno y dos escritoras de novela erótica en su interior.

—No pienso hacer eso —protesté arrugando la nariz y poniendo caro de asco.

Y, si pensara hacerlo, tendría que ir a comprarme bragas.

—Seguro que las olería y se las guardaría en el bolsillo interior de uno de esos trajes tan elegantes que le sientan tan bien —continuó Martina.

Las dos se echaron a reír y yo disimulé que estaba a punto de unirme a ellas.

—No pienso hacerlo —me ratifiqué.

—Échale valor —me arengó Sira.

—Que te den —respondí con la sonrisa aún en los labios.

—Lo que tú quieres es que el señor «te haría cambiar de religión con un polvo» te dé a ti.

Y esa vez no pude evitar que mi sonrisa se ensanchase.

—Lo peor que puede pasar es que te despidan de este antro infernal —me explicó Martina mientras se levantaba, cogía su bolso y rebuscaba en él hasta sacar un paquete de Nobel— y, no nos engañemos, dejar de trabajar en Javier Freiría y Asociados —señaló vagamente a su alrededor con el cigarrillo entre el índice y el corazón— no es perderse gran cosa.

Las tres asentimos. Aquella empresa era muchas cosas, pero, desde luego, no el trabajo de nuestros sueños, para ninguna de las tres.

—Y lo mejor —prosiguió con una pícaro sonrisa—, que te folle encima de su mesa. Ese tío tiene pinta de poder hacer que te corras sólo con la mirada.

Sonreí nerviosa fingiendo que la mera idea no había hecho que todo me diese vueltas. Ella asintió convencidísima de su propia teoría y se llevó el cigarrillo a los labios. No lo encendió. Sabía que estaba rigurosamente prohibido.

—También tiene pinta de tener la boca sucia en la cama —añadió Sira.

Sí. Yo también lo había pensado.

—¿De qué? ¿De llamarte *zorra*? —inquirió Martina, conmovida.

—Un poquito más de Christian Grey y un poquito menos de Pajares y Estesos, por favor —protestó Sira—. Boca sucia —se explicó con una sonrisita en los labios—, decirte justo lo oportuno en el momento oportuno para que te pongas a mil.

Las tres sonreímos y juraría que las tres nos sumergimos en nuestras propias fantasías.

—Creo que lo que más me gusta es que tiene aspecto de estar de vuelta de todo —comenté en un arranque de sinceridad—. No sé qué es, pero hay algo, una de esas cosas increíbles que no pueden explicarse con palabras, que... lo envuelve.

—¿Lo envuelve? —repitió Martina, burlándose—. ¿Cómo si fuese papel de regalo?

—Si está desnudo debajo del papel, me apunto —añadió Sira.

Yo bufé, disimulando que estaba a punto de soltar una carcajada.

—Eso me pasa por ponerme profunda con vosotras —me quejé.

—No refunfuñes —replicó Martina—. Prometemos portarnos bien. Cuéntanos, ¿qué es eso que lo envuelve?

Fruncí los labios y le enseñé el dedo corazón.

—Qué vulgar —protestó divertida.

Definitivamente me eché a reír.

—No sé qué es —me reafirmé—, pero, cuando llega a trabajar por las mañanas con las gafas de sol puestas, la manera en la que se mueve o que no se esfuerza lo más mínimo en resultar complaciente a los jefes...

—Eso se llama colarse por el chico malo —me interrumpió Martina.

—Hay algo más.

—Tienes razón, es colarse por el chico malo que además está buenísimo —agregó Sira.

Negué con la cabeza.

—Es la idea de que no le importa absolutamente nada —expliqué, y sentí cada palabra que pronunciaba como si hablase del héroe de una novela romántica—, porque lo único que tiene valor para él es más simple, más puro, y está fuera de estas cuatro paredes.

Inspiré enamorada y, al volver a mirar a mis amigas, las dos ya me observaban a mí a punto de partirse de risa. Quizá, con toda probabilidad, había sido demasiado... vehemente. Me sonrojé al instante y, como somos como somos, unos tres segundos después, las tres estallamos en carcajadas.

—Los chicos malos —repitió Martina.

Entonces fue Sira la que negó con la cabeza, justo antes de sonreír con un punto de malicia.

—Chata, eso son las gafas de sol —sentenció.

* * *

Me senté a mi mesa y moví el ratón para reactivar mi ordenador. En una esquina de mi escritorio había como unos diez dosieres con al menos cien páginas cada uno y presentía que muy pocos dibujos. Debí suponer que me encontraría con pocos dibujos cuando decidí estudiar derecho y ADE... ¿Lo decidí yo? Ya es un recuerdo borroso.

Bufé. No quería trabajar. No es que normalmente quisiera, aunque sí era bastante eficiente.

Me pasé el resto de la tarde intentando convencer a Gustavo, el compañero que ocupaba la mesa frente a la mía, de que montásemos una *vendetta*. O lo que es lo mismo: llamábamos a alguien de cualquier departamento, alguien que nos cayese realmente mal o que nos hubiese hecho alguna putada, como colarse en el Beach Sea para que lo atiendan primero o no compartir el último paquete de Pringles de la máquina de *vending*. Lo metíamos en una de las salas de entrevistas y uno de nosotros entraba con cara apesadumbrada y un par de carpetas. Le hacíamos pasar el peor rato de su vida fingiendo que iba a perder el empleo o le iban a bajar el suelo. Cuando se acercaba el verano, lo cambiamos por perder las vacaciones. Tras unos minutos, le decíamos que íbamos a hacer un gran, grandísimo, esfuerzo por él, que por otro no lo haríamos, pero que tenía que quedar entre nosotros y que, a cambio, yo qué sé, nos tenía que invitar a café durante un mes u organizar el papeleo de las reuniones de personal, eso ya dependía de cuál hubiese sido su delito. Había una meticulosa lista, que Concha guardaba en su mesa, de los nominados para una *vendetta*.

Pero Gustavo me estaba ignorando con gran estoicismo. Todavía seguía enfadado porque hacía unos días lo había convencido para que le tirara los trastos a Martina y ella le había correspondido con un rodillazo en los huevos.

Sin embargo, todo pasó a un segundo plano cuando la puerta del señor Herranz se abrió y él salió guapísimo como si no hubiera un mañana, colocándose la chaqueta y ajustándose los puños de la camisa, que le sobresalían con elegancia. Llevaba unos gemelos que eran la clase y la sofisticación hecha platino, porque seguro que eran de platino, de esos de Cartier de quinientos euros. Lo sabía como también sabía que sus

trajes eran italianos. Resultaba imposible que, si no, le quedaran tan rematadamente bien.

Él ni me miró, por supuesto, y eso que era uno de los mejores amigos de Rodri y que él mismo nos presentó el día que entré a trabajar aquí, exactamente cuarenta y cinco días atrás. Pero, para el señor Herranz, era como si no existiera.

* * *

—Podría alquilarme algo pequeñito en algún barrio en el centro; en La Latina, por ejemplo.

Rodri puso los ojos en blanco mientras abría la puerta de su Q7. No era la primera vez que se lo proponía en general, ni siquiera era la primera vez que lo hacía ese día.

—Si no te convence que me alquile algo, podría irme a vivir con Martina —contraataqué abrochándome el cinturón—. Su piso es muy bonito y tiene una habitación libre.

Mi hermano se pasó las palmas de las manos por los ojos y se los frotó con fuerza.

—Cande, ¿podemos dejarlo estar? —preguntó armándose de paciencia.

Resoplé y clavé la vista en la luna delantera. ¡Qué frustrante! Tenía veintiún años. ¿Por qué no comprendía que quería vivir sola? No entendía sus reticencias.

Rodri me miró de reojo.

—No te enfades, enana.

—No me enfado —lo interrumpí molesta—, pero no lo entiendo.

—Le he pedido a Charo que prepare tu comida favorita —prácticamente me interrumpió.

Yo lo miré. Él sonrió y yo acabé sonriendo, porque es mi hermano y porque lo adoro y porque, a pesar de todo, sé que haríamos cualquier cosa el uno por el otro. Estrictamente, no necesitaba su permiso. Yo trabajaba y era independiente, pero no quería irme de su casa sin su consentimiento. Era una tontería, pero nosotros, él y yo, funcionábamos así.

El resto de la semana básicamente fue así: trabajaba y estudiaba muchísimo; me reía aún más con las chicas, y mis intentos de convencer a Rodri de que me dejase mudarme cada vez eran menos sutiles. Además, estaba quedando claro que no era la única interesada en verme lejos de La Finca, el lujoso y exclusivísimo barrio donde vivía mi hermano. Julia, mi malvada cuñada, había comenzado a hacer insinuaciones como «le servirá para aprender a tener responsabilidades», «se lo das todo hecho, Rodri; necesita empezar a ser adulta» y, mi favorita, «así sabrá el valor de las cosas». Como si ella lo supiese. No había dado un palo al agua en su vida. Pasó de ser la niñita de un papá rico a la mujercita de un marido aún más rico. Además, todos sus razonamientos me dejaban en un mal lugar a mí, como si fuera una malcriada.

El viernes por la mañana, si bien era cierto que no lo tenía convencido, por lo menos ya empezaba a agotarlo mentalmente. Y ésa era la base de mi malévolo plan para llevarlo, la mañana del día siguiente, a una encerrona y enseñarle un piso que había ido a ver a principios de semana en la parte alta del barrio de La Latina, muy cerca de donde vivía Martina.

Por supuesto, durante la semana también me dediqué a suspirar. Suspirar porque el señor Herranz se había sentado en la mesa de Gustavo a comprobar cómo funcionaba la nueva plantilla de contratación de *freelances*. Suspirar porque el señor Herranz había cruzado el departamento remangándose su camisa hasta los antebrazos. Suspirar porque había estado hablando en la puerta de su despacho con Rodri y había sonreído... esa sonrisa podría acabar con las guerras en el mundo y el cambio climático de un solo plumazo.

Sin embargo, él no había pasado de un escueto «buenos días, señorita Martín»; ni siquiera el jueves, cuando me puse tanta máscara de pestañas, con tanta intensidad, color y volumen, que con un solo aleteo podría haber provocado un vendaval. Lo bueno fue que coincidí con el repartidor que reponía la máquina de

vending y me regaló una chocolatina. Lo malo, que Arroyo intentó flirtear conmigo en la máquina de café y tuve que regalarle la chocolatina a Gustavo para que me lo quitara de encima.

Casi a última hora de la tarde, el señor Herranz salió de su oficina. Me preparé para observarlo en silencio, pero entonces él echó un vistazo a la diáfana sala y por fin clavó sus ojos en mí. ¡En mí!

—Señorita Martín, a mi despacho —dijo sin más, antes de entrar de nuevo.

Me levanté prácticamente de un salto y en el mismo acto me puse muy nerviosa. El señor Herranz nunca me llamaba a su despacho ni se acercaba a mi mesa como hacía con mis compañeros. Es más, ni siquiera me mandaba cosas. Estaba firmemente convencida de que yo sólo trabajaba allí por hacerle un favor personal a Rodri, una de las piezas claves del Departamento de Inversiones, y que en el fondo no hacía ni la más mínima falta.

Caminé con paso titubeante y, antes de llamar a la puerta con discreción, me alisé la falda.

—Adelante —me dio paso.

Suspiré. Tiene una voz tan sugerente...

«Candela, contrólate, por favor. No montes una escena.»

Entré y no pude evitar contemplarlo. Estaba de pie, revisando unos papeles al otro lado de su mesa, con sus preciosos ojos azules centrados en los documentos. Suspiró con suavidad y yo, a punto del desmayo, fui incapaz de no mordirme el labio inferior. Martina tenía razón, era demasiado guapo.

Tecléo algo en su ordenador y finalmente alzó la cabeza. Su mirada se detuvo en mi boca y, con timidez, dejé escapar el labio de entre mis dientes. Por un segundo, ninguno de los dos dijo nada y eso hizo que me sintiese aún más nerviosa. Él apartó la vista de golpe y tomó asiento.

—Siéntate —dijo indicándome la silla frente a él.

En ese momento debía de pensar seriamente que era una cría estúpida, aunque tenía una mirada y una apariencia tan frías que era imposible adivinar qué pasaba por su cabeza.

«Tranquilízate», me repetí a la vez que intentaba mostrarme mínimamente profesional. Cuadré los hombros y dejé las manos sobre mi regazo.

—Hoy termina oficialmente tu período de prueba —me informó tomando su preciosa estilográfica y abriendo una carpeta.

—¿Ya han pasado siete semanas? —pregunté haciéndome la interesante, como si no hubiera contado cada día junto a él y lo hubiera revivido cada noche hasta quedarme dormida.

El señor Herranz, con la vista puesta en los documentos frente a él, se llevó la mano con la que sostenía la pluma a los labios, pero pude ver cómo éstos se curvaron con suavidad en una sonrisa, una completamente diferente, muy sexy, muy atractiva y algo dura. Me quedé sin habla. Esa sonrisa tuvo un efecto directo entre mis muslos.

—El siguiente paso es un contrato de tres meses. ¿Te interesa?

—Sí, claro que sí.

Si renunciaba al empleo, sería del todo imposible que Rodri dejase que me mudase.

El señor Herranz asintió.

—Pásate por la mesa de Concha o por la de Aguilar. Cualquiera de los dos puede gestionar tu nuevo contrato.

—¿Seguiré trabajando para usted?

Volví a mordirme el labio, pero lo solté con rapidez. ¿Cómo podía ser tan ridícula? Dios, ¡qué bochorno! Las palabras habían salido de mi boca antes de que pudiese controlarlas. Él volvió a sonreír de esa manera que me descolocaba y me arrollaba por dentro a partes iguales y asintió con suavidad, a la vez que alzó la mirada y la clavó directamente en mis ojos.

—Sí, seguirás trabajando para mí. —Su voz era seductoramente ronca.

Intenté decir algo, pero mis conexiones cerebro-boca habían caído fulminadas junto con mi ropa interior.

—¿Algo más, señorita Martín?

Tú, recubierto de caramelo.

El señor Herranz mantuvo una vez más la mirada sobre la mía. Intentando disimular una incipiente sonrisa, se humedeció los labios, fugaz, justo antes de volver a prestarle atención a sus papeles. Hizo una pequeña marca en una lista, cerró la carpeta que la contenía de golpe y la colocó sobre otras tantas en una esquina de su escritorio escrupulosamente ordenado.

«Reacciona, idiota.»

Carraspeé y me levanté con las piernas aún temblándome, lo que obviamente impedía que me moviese como si fuera Grace Kelly.

—Adiós, señor Herranz —me despedí a punto de alcanzar la puerta.

—Hasta luego, señorita Martín.

Esas cuatro palabras me mantuvieron clavada en la moqueta durante un segundo. No era lo que había dicho, que también, sino cómo lo había dicho. La sugerencia hecha voz, ¡por el amor de Dios!

Ese «hasta luego, señorita Martín» se convirtió en el *trending topic* de mi vida. Lo repetí hasta la saciedad mientras tomaba unas cervezas con las chicas en el O'Donell. Lo pensé y lo repensé antes de irme a dormir. La conclusión a la que llegaba siempre era la misma: se me estaba yendo un poco la cabeza y era drástico y urgente que dejase de fantasear con él. Si no, corría el riesgo de que un día dijese algo como «señorita Martín, tráigame los informes de contratación del mes pasado» y yo me presentase en lencería en su despacho, convirtiéndome en la primera empleada a la que despidiesen por acoso al jefe y no al revés.

* * *

Rodri odiaba el piso. No lo había dicho con esas palabras exactas, pero lo odiaba, lo odiaba a muerte. Sin embargo, como ya me imaginaba que la primera respuesta sería un no rotundo, jugué mis ases guardados bajo la manga o, mejor dicho, mi as: mi casero, el señor Campo Real. Un hombre con pinta de abuelo estricto, pero adorable, que vivía justo a una calle y que le aseguró a Rodri que era un piso muy seguro; además, le enseñó cosas como todas las puertas, las ventanas y la instalación del gas y, para rematar, le dijo eso que tanto gusta escuchar a los hermanos mayores: «la cuidaré como si fuera mi nieta».

Rodri le pidió veinticuatro horas para pensárselo y el casero, encantado con la seguridad y dinero que desprendía mi hermano, aceptó encantado.

Para hacerme perdonar por la encerrona, le ofrecí dar un paseo por el barrio y tomarnos una cerveza.

—¿Qué pasa, enana? ¿No estás contenta en casa? —me preguntó algo apesadumbrado.

Le preocupaba que no me sintiese cómoda y, aunque era cierto que no lo estaba, no pensaba reconocérselo y hacerlo sentir mal.

—Para nada, idiota —mentí colgándome de su brazo—. Me encanta estar contigo, pero, Rodri, necesito sentirme un poco más independiente. Tengo trabajo y sigo estudiando. Creo que he cumplido mi parte y me merezco que confíes un poco en mí.

Resopló y se detuvo justo frente a la puerta del mercado de la Cebada.

—Precisamente por eso. Trabajas, estudias, ¿de dónde vas a sacar tiempo para limpiar, poner lavadoras o hacer la compra?

Suspiré un pelín exasperada.

—Haré lo que hace todo el mundo, Rodri. No sé si sabes que la mayoría de las personas no tienen

servicio doméstico.

Mi hermano entornó la mirada. Detestaba que le hablase como si fuera uno de esos ricos ostentosos y superficiales con los que compartía barrio y, gracias a la inquebrantable insistencia de Julia, club de campo.

—Lo siento —me disculpé.

Rodri cabeceó y se agarró el puente de la nariz con el índice y el pulgar. Finalmente bufó y, con las manos en las caderas, perdió la mirada a mi espalda. En un segundo, su expresión cambió y sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué haces tú aquí? —casi gritó.

Me giré extrañada mientras Rodri salía al encuentro del «tú» en cuestión. Me quedé boquiabierta al comprobar que se trataba del señor «hasta luego, señorita Martín», pero... estaba completamente diferente. No llevaba traje italiano, ni gemelos carísimos, ni zapatos recién pulidos. En ese momento, simplemente, vestía unos viejos vaqueros y una camisa de cuadros con las mangas remangadas, dejando ver esos perfectos antebrazos. Calzaba unas Converse negras tan gastadas que parecían decir «hemos estado en todas partes y en todas nos lo hemos pasado mejor que tú». El pelo aún más desordenado que de costumbre, con toda probabilidad ni se había molestado en peinarse, y, por último, sus Ray-Ban Wayfarer negras ocultando esos deliciosos ojos azules. La conversación que mantuve con las chicas en el Beach Sea vino a mi mente palabra por palabra. Sergio Herranz estaba de vuelta de todo y eso lo hacía increíblemente atractivo.

—¿De dónde sales? —volvió a preguntar Rodri justo después de que se dieran un apretón de manos como los pandilleros de las películas.

—De dar una vuelta —contestó revolviéndose el pelo—. Hay una tienda de discos muy buena a un par de calles.

¿Tienda de discos? ¿Todavía quedaban tiendas de discos?

—Yo he venido con Cande.

De pronto el señor Herranz reparó en mí y, con descaro, me miró de arriba abajo desde detrás de sus gafas de sol. ¡Coño, acababa de darme un buen repaso! Yo hice un repaso mental de mi ropa: una faldita de flores, un jersey de punto y mis botas de media caña. El pelo recogido en una coleta de lo más sencilla y un montón de pulseras de cuero y collares de bisutería. No iba mal, pero, de haber sabido que ese encuentro tendría lugar, habría elegido algo mucho más sofisticado.

De forma inconsciente, me llevé la mano al bajo de la falda y me lo agarré esperando que, por arte de magia, se convirtiese en un vestido de Chanel.

Sonrió de esa manera tan sexy y yo volví a sentirme descolocada, pero, a diferencia del despacho, esa vez me sentí lo suficientemente valiente como para mantenerle la mirada. No sé por qué, tenía la sensación de que le gustaba confundirme.

—Íbamos a tomarnos unas cañas —comentó mi hermano ajeno a todo—. ¿Te apuntas?

Lo pensó un segundo y, en ese ínfimo espacio de tiempo, me miró a mí.

—Sí, claro —respondió devolviendo toda la atención a Rodri.

Tardé un instante en echar a andar. Las rodillas me temblaban otra vez. Por suerte, mi hermano se detuvo a unos pocos metros en una terraza junto al teatro.

Nerviosa, me senté junto a Rodri, y Sergio, porque ya no me salía llamarlo señor Herranz, lo hizo frente a él.

El camarero se acercó, pedimos tres Heineken y, unos minutos después, las teníamos, heladas, sobre la mesa.

—Pues resulta que mi hermanita pequeña ha decidido que quiere mudarse a este barrio —comentó Rodri, mitad resignado, mitad enfadado, paseando la mirada por la plaza.

—No lo digas así —me quejé—. Parece que lo haya decidido de la noche a la mañana y no es el caso.

Tengo muy claro lo que quiero.

En realidad, lo que me había molestado era que me hubiese llamado *hermanita pequeña*... más concretamente, que lo hubiera hecho delante de él. Tenía veintiún años. Era una mujer adulta.

Sin embargo, Rodri me miró de la misma manera que cuando le pedí que le quitara los ruedines a mi bici. Algunas cosas, para mi desgracia, nunca cambian.

—Sé que lo tienes claro —respondió paciente—, pero también tienes un trabajo a jornada completa y el último año de universidad por delante. Me preocupa que no puedas con eso y con todo lo que supone vivir solo.

—Déjala que se mude —me interrumpió Sergio cuando estaba a punto de responder a mi hermano—. Soy su jefe —añadió—: si empieza a llegar tarde o no cumple, te avisaré.

Rodri lo miró pensativo y yo quise levantarme y darle una bofetada. ¡No necesitaba una niñera!

—Me parece bien —sentenció mi hermano al fin.

Sergio le dio un trago a su cerveza y perdió su mirada en la plaza. Parecía que la conversación había dejado de interesarle.

—Enana, oficialmente vas a independizarte.

¿Enana? ¿En serio? Rodri y yo teníamos que mantener una charla acerca de los apelativos que me dedicaba en público, aunque en ese momento no era lo que más me importaba. ¡Me había salido con la mía! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... Pero seguía cabreada con los dos, sobre todo con Sergio. ¿De qué iba? No necesitaba una maldita niñera y mucho menos si se trataba de alguien que no me había dirigido más de dos palabras seguidas en casi dos meses.

Valoré muy en serio la posibilidad de montar una escena, ya me visualizaba a mí misma tirando la mesa de una patada, pero no me lo podía permitir. Al final, eran mi hermano y mi jefe. Así que suspiré hondo, cogí el teléfono y me alejé unos pasos con la excusa de llamar a mi casero.

Estaba concretando con él cosas como la fianza, pero, en contra de mi voluntad, no podía dejar de mirar a Sergio. ¿Cómo se podía ser tan increíblemente atractivo? Incluso estando enfadada con él y habiendo pensado en tirarle la cerveza a la cabeza, no podía evitar relamerme ante el hecho de que era un maldito dios griego.

Sacándome de mis pensamientos más perversos, Sergio se levantó. Suspiré decepcionada. Que estuviese cabreada no significaba que quisiera que se marchase. Le dijo algo a Rodri, volvieron a estrecharse las manos como en una peli de Spike Lee y definitivamente echó a andar. Mi casero seguía hablándome, contándome algo de la llave del buzón, pero yo sólo podía contemplar cómo se aleja. Tenía una forma de caminar tan masculina... No de robot o de portero de discoteca. Ésos son andares exagerados y poses que, por mucho que los tíos se empeñen en perpetuar, no resultan nada atractivos. Él es masculino. No se me ocurre una palabra mejor para definirlo. En ese preciso instante giró la cabeza despacio a su derecha sólo un segundo, con sus gafas de sol reluciendo bajo el sol. El pelo se le revolvió por la brisa y él se lo llevó hacia atrás con una mano. Tuve la sensación de que todo pasaba a cámara lenta, sólo para mis ojos, pero, casi al instante, vi a dos chicas que lo observaban embobadas, sentadas en un banco, y todas las piezas encajaron a la perfección. Él es un macho alfa —en ese momento, el macho alfa de toda aquella maldita plaza—. Por eso resulta imposible para cualquier mujer sobre la faz de la tierra mirarlo y no desearlo.

* * *

—El señor Herranz quiere echarte un polvo —dijo Sira dejando su mojito sobre la mesa de madera del O'Donnell después de darle un trago.

Si que en su momento me dijera «hasta luego» nos tuvo tres ronda de cumbre, lo que había pensado

tomando una cerveza con mi hermano exigía cócteles.

—No quiere acostarse conmigo —repliqué—. Ni siquiera me saluda, ni me habla, ni es amable.

—He dicho un polvo, Cande —protestó—. No que vaya a pedirte matrimonio.

—¿Y por qué sólo dijo «hasta luego, señorita Martín» y por qué hoy me ha mirado de esa manera y luego se ha marchado sin ni siquiera despedirse?

Frunció los labios y sonrió con malicia.

—Porque quiere que acabes ardiendo por combustión espontánea.

Le dediqué mi mejor mohín y las tres nos echamos reír.

Después de que todas dimos un nuevo trago a nuestras copas, noté que Martina me observaba fijamente.

—¿Qué? —inquirí.

—No se te ocurra enamorarte de él —me advirtió muy seria.

—No estoy enamorada de él —respondí convencidísima.

Todavía no.

—¿Fantaseas con él? —me preguntó tratando de evaluar me.

—Sí —contesté con un bufido—, ¿y quién no?

No tuvo más remedio que darme la razón.

—Candela Martín —como haría una madre, cada vez que Martina tenía algo importante que decir, me llamaba por mi nombre completo—, fóllatelo hasta que te deje las ingles en carne viva, pero no pases de ahí, porque él no pasará.

La verdad es que Sergio Herranz no tenía pinta de ser de esos hombres que se enamoran.

—Chicas —repuse—, estáis hablando como si el señor Herranz me estuviera esperando en su coche para llevarme a casa y meterse en mi cama. No quiere acostarse conmigo. Es así de simple, así que, que yo me enamore de él o no, es algo que no tiene sentido discutir.

Las dos me miraron y asintieron muy poco convencidas de mi discurso.

—A lo mejor la que tiene que dar el primer paso eres tú —comentó Sira.

La miré con los ojos tan abiertos que podrían haberseme salido de las órbitas en cualquier momento.

—A ver —comenzó a explicarse—, tal y como yo lo veo, tienes dos opciones. La primera, dejarlo pasar. Te olvidas de él, pero te olvidas de verdad. Cero fantasías, cero pensamientos pervertidos y nada de ir a la perfumería de El Corte Inglés a oler el bote de muestra de Armani Code como si fueras una yonqui esnifando pegamento.

Armani Code es la colonia que usaba y huele rematadamente bien, a actor de Hollywood guapo y sensual sumergido en una piscina de agua fresca y cítricos.

—Y la segunda —continuó—: te pones monísima, con un vestido ajustado que le haga completamente imposible no mirarte o, mejor aún, uno con el que se le haga completamente imposible no mirarte y que no se le ponga dura. Vas a su despacho y, como quien no quiere cosa, te sientas en el borde de su mesa, sonrías, te apartas el pelo del hombro —Sira fue escenificando su descripción— y, con la voz más sensual que seas capaz de poner, lo invitas a cenar ostras —dijo lasciva— y fresas con nata y *champagne*.

Pronunció la última palabra y las tres estallamos en carcajadas.

* * *

Me dormí muy convencida de dejarlo pasar, porque era obvio que Sergio Herranz no quería nada conmigo... Cómo me levanté ya fue otra cosa. Delante del armario, eligiendo cuál de mis vestidos «de trabajo» iba a ponerme, no sé si fue por la canción de Loquillo que sonaba en la radio a todo volumen, las

gotas de agua cayendo sobre mis hombros tras la ducha o esa sensación que siempre me había transportado a otro mundo al sentir el parqué bajo mis pies descalzos, decidí que tenía que intentarlo con Sergio, sólo una vez, sólo para quedarme tranquila. Así que pasé de largo por mis aburridos vestidos de oficina y me centré en los reservados para citas.

Una vez peinada y pintada, cambié mi colonia de todos los días por la de las ocasiones especiales, Miss Dior, y me subí a los tacones más altos que tenía.

Camino del trabajo, me repetí hasta la saciedad que estaba que crujía y que él no iba a tener más remedio que caer a mis pies. Sin embargo, ese estado de euforia me duró poco. En cuanto puse un pie en el ascensor de la Torre Picasso, empecé a arrepentirme. Todos me miraron de la misma manera que lo habrían hecho si hubiese decidido ir a trabajar en bikini y con una tumbona bajo el brazo. No los culpé. Nuestra empresa era muy amante de eso del gusano anónimo y, en cuanto a vestimenta, nadie, ni hombres ni mujeres, salía del gris marengo, el gris claro, el negro o el azul, casi siempre marino. Y ahí estaba yo, con un vestido rojo entalladito, muy mono pero con el que se me veía venir a diez kilómetros de distancia.

Al sentarme, Gustavo me miró con los ojos como platos, no en un sentido sensual, sino más bien algo tipo «esta loca se ha olvidado de tomarse las pastillas esta mañana».

Intenté obviar el elefante que sobrevolaba la habitación y abrí el servidor de correo electrónico. El primero era de Sira, con una invitación a la fiesta de inauguración de mi propio piso. Tuvo la delicadeza de dejarme llevar un acompañante. El segundo, un *e-mail* de mi director de departamento de la facultad, el profesor Calasanz, con toda la información para una importante beca de formación en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Según él, cumplía con creces los requisitos, daba el perfil, y sería una oportunidad perfecta para completar mi currículo académico.

Pensativa, alcé la cabeza. Entonces Arroyo me guiñó un ojo con más lascivia y sudor del necesario y decidí que tenía que irme a casa y cambiarme de ropa, pero la puerta del departamento se abrió y entraron una nube de ejecutivos, entre los que iba Paula.

—Castaño, Chen, Pedraz y Martín, a la reunión —nos llamó nuestra jefa—, y traed todos los contratos de este último mes.

¡Mierda! ¡No podía ser! A mí nunca me llamaban para las reuniones.

Todos los nombrados se levantaron de un salto y comenzaron a coger los papeles. Eran conscientes de que, aunque nos pasáramos el noventa por ciento del tiempo haciendo el gilipollas como si fuéramos una clase de niños de sexto de Primaria sin vigilar, esos encuentros con Paula y los otros directores de departamento eran muy importantes.

Resoplé con fuerza a la vez que me levanté y dejé de lamentarme. No iba a conseguir que la tierra me tragase por mucho que lo intentase, así que más me valía espabilar. Me dejé la chaqueta puesta y me remangué las mangas para poder trabajar. Fui hasta el archivador, ayudé a Pedraz con todos los documentos y nos dirigimos a la sala de reuniones.

Los chicos me explicaron dónde teníamos que sentarnos, que teníamos que repartirnos los informes y, cuando Paula nos lo ordenase, ir comentándolos.

Menos de diez minutos después entró el personal de la reunión. Para colmo de mis males, el señor Herranz, volvía a llamarlo señor Herranz porque volvía a estar vestido de ejecutivo, estaba tan atractivo que podría protagonizar así, sin inmutarse, tres anuncios de colonia cara y todavía le sobraría seducción para uno de relojes. Traje de corte italiano negro, camisa blanca y corbata negra con rayas grises; guapo a rabiar y en los colores reglamentarios.

Sobra decir que él ni me miró. No sabía por qué me había molestado en arreglarme tanto. Me dije que, aunque me hubiese paseado desnuda delante de él, no habría llamado su atención.

La reunión empezó y pronto se convirtió en algo largo, tedioso y aburrido. Básicamente, se trataba de repasar los contratos de todo el mes con dos únicos objetivos: comprobar que ninguno de nosotros se hubiese equivocado y, lo que era aún más retorcido, comprobar que ninguno de nosotros hubiese sido demasiado generoso y poder bajar sueldos, retribuciones y categorías laborales. Ése era el verdadero motivo del contrato de prueba de un mes, asegurarse de que no te estaban dando ni un céntimo más de lo que quisieran darte. Cuando terminó la reunión, volví a mi mesa, hastiada y algo desanimada. Además, los pies me estaban matando.

A media tarde, con el bochorno asimilado y descartado, y después de haber rechazado las insinuaciones de Arroyo, estaba trabajando en mi mesa, revisando la aplicación de una nueva legislación interna. Me había quitado los zapatos, ya no podía más, y, aprovechando que sólo quedábamos cuatro gatos, incluso me había permitido ir descalza a la mesa de Concha a buscar la grapadora. Eso sí, me había dado una carrerita.

Una hora después, ya sólo quedábamos dos o tres pringados en todo el departamento y yo estaba en modo «todo me da igual». Me había paseado descalza hasta el archivo, la máquina de *vending* y a recoger un dossier a la mesa de otro de mis compañeros. Por suerte, el suelo enmoquetado estaba impoluto, olé por las chicas de la limpieza, así que no tenía quejas.

Estaba de pie, tratando de localizar unos ficheros, cuando oí una puerta abrirse. No le presté atención. Saqué la carpeta que buscaba y la coloqué sobre el propio mueble. Apenas un minuto después, el señor Herranz estaba a unos pasos de mí. La respiración se me aceleró estúpidamente y por un segundo me quedé en blanco. Dejó unas carpetas sobre el archivador y, de un paso, se colocó a mi espalda. Descalza me sacaba una cabeza. Apoyó su mano en el mueble de metal y su cuerpo, sin llegar a tocarme, me cubrió por completo. Yo ni siquiera me giré. No era capaz.

Se inclinó y, despacio, pasó su nariz por mi cuello haciéndome suaves cosquillas, despertando las mariposas de mi estómago y consiguiendo que me temblaran las rodillas, todo a la vez.

—No vuelvas a ponerte ese perfume para venir a trabajar —susurró casi tocando el lóbulo de mi oreja, con su voz increíblemente masculina. Ésa que, como su sonrisa, tenía una chispa descarada y era atractiva en extremo—, me desconcentras.

Tardé unos segundos de más, pero al fin logré asentir. Sergio Herranz sonrió a mi espalda y, sin más, se marchó.

Me quedé paralizada. ¡No sabía qué hacer ni qué decir! Cuando por fin recuperé la capacidad de reacción, miré a mi alrededor por si alguien nos hubiera visto, pero mis dos compañeros que todavía andaban por allí estaban demasiado enfrascados pensando en cómo quemar toda la oficina por obligarlos a trabajar hasta tarde y no se dieron cuenta de nada. A veces me asustaba lo pirados que estaban.

Salí de la oficina con las piernas todavía temblándome. Si lo desconcentraba, es que pensaba en mí, que sabía que existía... ¡Sabía que existía! Para mí eso sonó más romántico que el final de *Pretty Woman*. Estaba lanzada y sin frenos.

* * *

Nadie me había llamado la atención por mi abandono de las normas de vestuario, así que volví a pasar de los trajes aburridos de trabajo. No es que me pusiera otra vez de punta en blanco, pero sí más acorde con mi estilo de fuera de la oficina. Ropa más de una chica de veintiún años y menos de ejecutiva estresada. ¡Adiós al gris marengo y las faldas lápiz!

Estaba tan crecida que, cuatro días después, incluso me animé a ponerme un sombrero *vintage* que quedaba de miedo con un vestido también *vintage* lleno de florecillas que me compré en un mercadillo en

Dublín.

El señor Herranz no había vuelto a dirigirme la palabra después de aquel «me desconcentras» y yo comenzaba a pensar que lo mejor que podía hacer era pedir la beca a Barcelona y marcharme de allí. Él nunca iba a hacerme caso.

Así que, el viernes, me puse mi falda más bonita, una blusa y, desde mi mesa, llamé para confirmar la cita con la Fundación de la Universidad Pompeu Fabra, que ya había cogido una mañana de resaca con las chicas. Sólo me faltaba ir al despacho del señor Herranz y pedir el resto de la mañana libre.

Me armé de valor y fui hasta su despacho. Estaba nerviosísima y ni siquiera había entrado. Mientras esperaba a que me diese paso, me alisé la falda, un gesto de lo más recurrente en mí, pero también se trataba de que, inconscientemente, siempre quería estar guapa para él, aunque él ni siquiera me mirase.

—Adelante —dijo.

Abrí y caminé hasta colocarme frente a su mesa. Por suerte, el despacho no era demasiado grande.

—Señor Herranz —lo llamé.

—¿Sí? —contestó con la mirada ocupada en los documentos sobre su mesa una vez más. Tuve la sensación de que lo hacía el mismísimo Alain Delon.

«Di la frase de un tirón, Candela. Si tartamudeas delante de él, no te recuperas», me advertí.

—Necesito el resto de la mañana libre.

—¿Para?

—Tengo que resolver unos asuntos personales —respondí muy convencida.

—¿Y qué asuntos personales son esos?

¿Y qué pregunta tan inapropiada era esa?

—¿Eso me lo pregunta como mi jefe o como mi niñera? —inquirí con un tono de lo más impertinente.

Perdono, pero no olvido.

El señor Herranz levantó la cabeza y al fin me miró. No sé si mi comentario lo había enfadado o le había hecho gracia. Resultaba tan inaccesible que era difícil saberlo. Se dejó caer sobre su sillón de ejecutivo y estiró su perfecto cuerpo en un movimiento muy sexy para rebuscar en uno de sus bolsillos. Sacó una cajetilla de Marlboro, de ella un cigarrillo, se lo llevó a los labios y se lo encendió con un reluciente Zippo. ¡Se lo encendió! ¡En mitad de la oficina!

—¿Y en qué momento me he convertido en tu niñera, si puede saberse? —preguntó después de darle una calada.

Su voz era tan suave que resultaba intimidante. Aun así, no me amilané. Sin embargo, quisiera o no, todavía estaba algo conmocionada por verlo transgredir de esa manera una norma acatada por todos.

—Cuando le dijo a Rodri que no tenía que preocuparse, porque ya se encargaría usted de controlarme.

«Bien dicho, Cande.»

El señor Herranz entornó los ojos suavemente y me observó. Fue un gesto muy sexy y tuvo un eco directo en el vértice de mis muslos.

—Tendrás que recuperar el tiempo que estés fuera al final de la jornada.

Asentí. Como no tenía claro que no estuviese enfadado, giré de prisa sobre mis talones y me dirigí hacia la puerta.

—No tengo ningún interés en ser tu niñera ni en contarle a Rodri todo lo que hagas.

Sus palabras hicieron que me volviese. Otra vez no era lo que había dicho, sino cómo lo había dicho. Su tono de voz, el timbre, qué sé yo, pero era como si me estuviese diciendo «eh, Cande, no vas a poder escapar de mí ni aunque te mudes al Polo Norte». Era una locura.

Se llevó el cigarrillo a los labios de nuevo y volvió a prestar toda su atención a los documentos sobre su

mesa, y yo suspiré bajito a la vez que salí de su despacho a paso ligero. Ese hombre iba a acabar conmigo.

* * *

La entrevista fue bastante bien o, al menos, ésa fue la impresión con la que salí de la sala de juntas C del hotel Ritz, donde nos habían entrevistado a mí y a otras cinco personas.

Cuando miré el reloj, eran casi las siete y volvíamos a ser cuatro o cinco los pringados que seguíamos en la oficina. Me preocupé seriamente cuando Del Álamo, por norma general el último desgraciado en irse, apagó su ordenador y me sonrió con malicia antes de alejarse camino del ascensor. Oficialmente me había convertido en la más pardilla.

Sólo unos minutos después, di un respingo al oír voces acercarse. Pensaba que ya se habían marchado todos. Me parapeté tras la pantalla de mi Mac corporativo y observé. Eran el señor Herranz, Paula y un par de ejecutivos más de la constructora. Se detuvieron a hablar junto a la puerta del despacho de mi jefe.

Me hice el firme propósito de no mirarlo, pero entonces recordé que llevaba ese traje azul marino que me encanta y no pude evitarlo. Alcé la vista tratando de resultar discreta. Maldita sea, el capullo estaba guapísimo. Sí, me había dado por insultarlo mentalmente para ver si, en una de ésas, dejaba de parecerme tan atractivo, pero hasta el momento no había funcionado. Me quedé embobada y, como resultado, él miró en mi dirección y me pescó contemplándolo. Yo en seguida disimulé y él en seguida volvió a su conversación. Me creí salvada.

Los dos ejecutivos se marcharon pasados unos minutos. Paula y el señor Herranz entraron en sus respectivos despachos. Ella salió un instante después, se despidió de mí con una sonrisa de lo más falsa y se largó.

«Ahora sólo estáis el señor Herranz y tú», me dijo mi desbocada libido, que ya se había hecho la trenza y esperaba en bragas e impaciente en la puerta del cuarto de juegos. Sin embargo, yo decidí no perder el sentido común y me centré en terminar el papeleo. Tengo dignidad.

Estaba cuadrando los últimos papeles para graparlos cuando el señor Herranz salió y, con paso decidido, recorrió la estancia que nos separaba. Ya no llevaba chaqueta ni corbata y se había remangado la camisa hasta los antebrazos. Se metió la mano en el bolsillo, sacó su cajetilla de Marlboro y se llevó un cigarrillo a los labios. Parecía un chico malo que se peleaba en billares y el corazón comenzó a martillearme con fuerza bajo las costillas.

—Vamos, Candelita —dijo al pasar a la altura de mi mesa, con la mirada al frente y el pitillo todavía en la boca—. Toca un descanso.

Sin esperar mi respuesta, continuó caminando hasta la puerta que daba a las escaleras, dando por hecho que lo seguiría. Y yo, a cualquier otro, lo habría mandado al cuerno, más aún después de llamarme *Candelita*. Sin embargo, en ese preciso instante, él destilaba ese aspecto tan macarra pero sin perder un átomo de sofisticación. El chico malo vestido con ropa cara. Cualquier mujer en el mundo que lo hubiese visto pasar habría reconocido que era absolutamente imposible no plegarse a cualquiera de sus deseos. Estaba increíble.

Tomé las escaleras. La puerta que daba a las de emergencia estaba abierta e imaginé que habría ido hasta una pequeña terraza a la que se accedía desde ellas y donde todos salían a fumar, aunque después de esa mañana estaba claro que él sólo salía cuando le apetecía.

Cuando al fin llegué, de inmediato me encontré con el señor Herranz. Estaba inclinado sobre la baranda de hierro negro, con los antebrazos apoyados en ella y la vista fija en el impresionante cielo de Madrid.

Yo no reaccioné. Otra vez no podía, pero es que mi cuerpo había decidido que era mejor contemplarlo hasta el desmayo que hacer algo útil como andar o hablar.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó sin dejar de mirar la ciudad.

—Tengo que recuperar las horas que me cogí libres esta mañana. ¿Ya no se acuerda?

Era obvio que no sólo no sabía que existía, sino que el tiempo que pasábamos juntos no lo guardaba como un tesoro, precisamente.

—Es cierto —repuso incorporándose.

Se llevó el cigarrillo de nuevo a los labios, sacó su reluciente Zippo plateado del bolsillo del pantalón y se lo encendió cubriendo la mecha del viento con la otra mano.

—Los asuntos personales —añadió socarrón, soltando el humo de la primera calada.

¿Se estaba riendo de mí?

—Sí, los asuntos personales —respondí algo molesta, acercándome a la baranda.

El señor Herranz, que había vuelto a apoyarse sobre el hierro negro, se metió otra vez la mano en el bolsillo y, con una media sonrisa en los labios, deslizó su paquete de Marlboro hasta mí.

—No, gracias. No fumo.

—Una buena chica —comentó y, si no hubiese sido una locura, hubiera dicho que había cierto toque de resignación en su ronca voz.

—Yo no he dicho eso —me defendí.

—Pues es lo que pareces, más aún desde que has decidido dejar de vestirte como una oficinista más.

Así que se había dado cuenta de mi cambio de *look*.

—¿Sabes? No es la ropa más adecuada para venir a la oficina —comentó burlón.

—Nadie me ha llamado la atención —repliqué.

El señor Herranz sonrió misterioso otra vez, al tiempo que le daba otra calada a su pitillo. Pasaron unos minutos sin que ninguno de los dos dijera nada y yo me puse todavía más nerviosa, aunque, paradójicamente, no me habría movido de allí por nada del mundo.

—¿Por qué lo llamamos señor Herranz? —inquirí de golpe.

Estaba a punto de tirarme por la terraza. ¡Qué ridícula podía llegar a ser!

—No te entiendo —contestó socarrón.

En realidad sí me entendió, estoy segura, pero estaba empezando a pensar que le encantaba torturarme.

—Paula es su jefa y la llamamos Paula —me expliqué sin titubear—, ¿por qué a usted no lo llamamos Sergio?

—Porque yo no tengo la necesidad de creer que le caigo bien a la gente que trabaja para mí, ni de sentirme cercano a ellos.

Más claro, imposible. Eso me pasaba por preguntar.

Empecé a sentirme un poco incómoda. Involuntariamente, me mordí el labio inferior; lo hacía siempre que no sabía qué otra cosa hacer, y ocupé mi vista en Madrid, como él.

—Parece que odie su trabajo —le dije.

Volví a arrepentirme casi al instante, aunque en realidad lo pensaba. Parecía que era el último lugar en el que quería estar, y no lo decía por ese momento; como buena acosadora, lo observaba mucho, y era de lo más habitual verlo resoplar o, no sé, simplemente deducir su hastío por su expresión corporal; eran pistas que dejaban claro que, si hubiera podido, no habría vuelto a pisar aquella oficina jamás. Además, nunca intentaba resultar simpático a los jefes ni luchaba por agradarlos como hacían el resto de los ejecutivos. Su trabajo era impecable y eso era todo lo que estaba dispuesto a darles.

—Claro que lo odio. Como todo el mundo, ¿no? —contestó sin más, sonriéndole a la ciudad.

En ese instante envidié Madrid.

—¿Y qué le gusta hacer?

—Muchas cosas —respondió misterioso, al tiempo que apagaba su cigarrillo contra el hierro.

«Esas cosas más simples, más puras y fuera de estas cuatro paredes», me recordó mi mente.

—Cosas, ¿como qué?

Soy una chica muy curiosa y estaba hablador. Tenía que aprovechar.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió ignorando por completo mi pregunta.

—Veintiuno —contesté con seguridad en un golpe de voz y él automáticamente sonrió—. Pero no soy ninguna cría —me apresuré a añadir.

—Joder, sí que lo eres —me replicó en un susurro grave, sin ningún remordimiento y sin perder la sonrisa.

Irguió su perfecto cuerpo y, de un par de pasos, se colocó frente a mí. Sacó otro pitillo de la cajetilla, se lo llevó a los labios y se lo encendió con sus preciosos ojos azules posados en los míos. Dio una calada y exhaló, y el humo se difuminó en el poco espacio libre entre los dos y, despacio, se quitó el cigarrillo de su sensual boca para colocarlo en la mía.

—Demuéstrame que no eres una buena chica.

Sonreí nerviosa y, esgrimiendo toda la elegancia que pude, lo agarré entre los dedos y le di una calada. Gracias a Dios, no tosí ni nada por el estilo, y por primera vez en mi vida tuve la sensación de parecerme un poquito a Lauren Bacall. El señor Herranz sonrió de esa manera que me descolocaba y salió de la pequeña terraza.

¡Por el amor de Dios!, ¿qué acababa de pasar?

Me tomé unos segundos para recuperar el aire y, ya que estábamos, terminarme el cigarrillo. No sabía igual que los Nobel que me había fumado con Martina.

Cuando regresé al departamento, el señor Herranz ya se había marchado. Una parte de mí esperaba que estuviera sentado en mi mesa con esa pose tan macarra dispuesto a echarme el polvo de mi vida... Está bien, toda yo lo esperaba.

* * *

Mi hermano Rodri cruzó el departamento como una exhalación en dirección a Sergio, que estaba en mitad de la sala comentando unos flecos de un contrato con Pedraz. Ni siquiera me saludó, y eso me hizo pensar que estaba enfadado, mucho. Se encerraron en su despacho. Cinco minutos. Diez. Quince. Veinte... ¿Qué demonios había pasado? De pronto la puerta del despacho se abrió y Rodri salió más tranquilo.

Yo me levanté de un salto.

—Rodri —lo llamé llegando hasta él.

Mi hermano se detuvo y me sonrió, pero no le llegaba a los ojos. Estaba preocupada por si Sergio le había contado que esa mañana había llegado tarde (chivatazo por el cual había planeado su muerte), pero en seguida me di cuenta de que no tenía nada que ver con eso.

—¿Estás bien? —inquirí.

—Sí —respondió automático—. Es... ha sido —rectificó— algo sin importancia.

—¿Tiene que ver con Julia?

Y mentiría si dijera que lo había preguntado sin pensar. Cada vez que mi hermano había pasado un mal momento, había sido debido a su mujercita. Si de mí hubiese dependido, la hubiera metido en una caja de madera sin agujeros y la hubiera encerrado en el almacén de *El arca perdida*.

—Estoy bien —replicó esforzándose en hacer su sonrisa más sincera. No lo logró—. El miércoles cenamos en el Matisse, solos tú y yo, para celebrar tu cumpleaños.

Asentí entusiasmada. El Matisse era mi restaurante favorito y la idea de cenar sola con Rodri, sin Estela ni Julia, me parecía fantástica. Además, como imagino que ya sospecháis, adoraba el día de mi cumpleaños.

Aun así, seguí preocupada por él.

El resto del día pasó de lo más tedioso. Comí con las chicas y continuamos rematando detalles de mi fiesta de cumpleaños, que, como Sira aseguró, iba a tener más expectación que unos *Juegos del hambre* celebrados en Vallecas.

A las cinco y media, cualquier duda que pudiese tener sobre cómo iba a comportarse el señor Herranz conmigo después de nuestro pequeño encuentro en la terraza de fumar, había quedado por completo solventada. No me había mirado ni una mísera vez en todo el maldito día. No me había mirado cuando había estado frente a mí, en la mesa de Gustavo repasando unas carpetas. No había tenido un solo segundo para mí, ni siquiera en el sentido más estrictamente profesional, pero sí para Arroyo, Chen, incluso para Concha, la empleada más antigua de nuestra distinguida empresa y a la que cualquier hombre que trabajase allí sabía que no podía acercarse si no quería que lo pellizcasen o le sobasen el culo. Que no me diera los buenos días, me dolió; que se acercara voluntariamente a la mesa de la sexagenaria acosadora, me dolió más.

El miércoles debería de haberme levantado enfadada con el mundo, ¡pero era mi cumpleaños! Me puse un vestido precioso, en los colores reglamentarios, y unos bonitos tacones.

Ya en el metro, recibí los primeros mensajes de felicitación. Siendo técnicos, los primeros llegaron a las doce en punto de la noche anterior, de Sira, Martina y Rodri, y me hicieron muchísima ilusión.

En la oficina me pasé el día prácticamente dando saltitos. Mis compañeros me cantaron *Cumpleaños feliz* y me sorprendió que incluso Paula me felicitase. Por supuesto, el señor Herranz ni siquiera hizo acto de presencia. Era un capullo, pero no iba a fastidiarme el día.

En la cafetería, Sira y Martina también me cantaron el *Cumpleaños feliz*, pero, buscando que el bochorno fuese aún mayor, me cantaron la versión de Parchís y casi obligaron a todo el Beach Sea a que cantase con ellas.

Cuando faltaba media hora para salir, estaba más contenta que unas castañuelas, pero entonces vi a Rodri atravesar el departamento con paso decidido hasta mí e instintivamente me di cuenta de que acababa de quedarme sin cena.

Antes de que llegase a mi mesa, el señor Herranz salió de su despacho y también empezó a caminar en mi dirección. Por primera vez en los dos meses exactos que llevaba trabajando, casi prefería que no viniese a hablar conmigo, porque, si Rodri iba a decirme lo que yo ya sabía que iba decirme, no estaría de humor para ningún « demuéstrame que no eres una buena chica ». Más aún, cuando llevaba cinco días pasando de mí.

Suspiré hondo. Rodri llegó hasta mi mesa, pero el señor Herranz, para variar, no me buscaba a mí y se detuvo junto a Gustavo, a revisar algo en la pantalla de su ordenador. Lo observé un segundo, lo maldije en secreto y le presté toda mi atención a mi hermano. Si mi jefe no fuera tan jodidamente guapo, mi vida sería mucho más fácil.

—Enana —me llamó Rodri, sacándome de mi ensoñación.

Parecía tan contrariado que, por suerte, no se dio cuenta de a quién miraba.

—Dime —respondí levantándome y alisándome el vestido, nerviosa.

—Es por lo de esta noche —dijo—. No voy a poder ir a cenar contigo al Matisse —soltó de un tirón.

Aunque era lo último que quería, no pude evitar mirarlo decepcionada. Tenía muchas ganas de que pasáramos juntos un rato.

—Mira, sé que no es excusa, pero el lunes discutí con Julia —me confesó pasándose la mano por el pelo — y acaba de llamarme disculpándose y ofreciéndome cenar para que lo arreglemos.

Si yo fuera malpensada, hubiese dicho que Julia había provocado una pelea a propósito sólo para

propiciar una reconciliación justo ese día e impedir nuestra cena, pero, como yo no era una malpensada, lo afirmé con total rotundidad y me aposté mis mejores zapatos a que mi hermana Estela estaba, junto a mi queridísima cuñada, detrás de todo.

—Te lo compensaré —pronunció muy preocupado.

Suspiré de nuevo. No podía culparlo por estar enamorado.

—No te preocupes —respondí al fin, esbozando una sonrisa a regañadientes.

Rodri me dio un abrazo de oso en toda regla y no tuve más remedio que sonreír de verdad.

—Muchas gracias, y te lo voy a compensar, en serio.

De reojo vi a Gustavo pasar por mi lado camino de los archivadores.

—Feliz cumpleaños —se despidió Rodri, dándome un sonoro beso en la mejilla.

Con un gesto de mano, saludó a alguien a mi espalda y entonces me di cuenta de que el señor Herranz seguía ahí.

Me giré y clavé la vista en la pantalla de mi Mac, dispuesta a sentarme de nuevo.

—Nos veremos en el restaurante a las diez —dijo con total naturalidad.

Yo alcé la mirada y lo observé completamente perpleja. ¿Acababa de decir lo que creía que había dicho?

—¿Qué? —musité.

—Es el Matisse, ¿cierto?

Me miró esperando una respuesta, pero yo seguía en estado de *shock*. ¿Me estaba pidiendo una cita? ¿El día de mi cumpleaños?

«Muérete ahora, Candela. Muere feliz.»

—Sí, el Matisse —murmuré—. Está en María de Molina...

—Sé dónde está —me interrumpió y, sin más, regresó a su despacho.

Yo, a punto de tener una crisis cardíaca, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie había podido vernos ni oírnos. Como ninguno de mis compañeros me miraba con los ojos como platos, supe que estaba a salvo.

Cogí el iPhone y escribí el whatsapp de mi vida.

¡¡¡Voy a cenar con Sergio Herranz!!!

Añadí un montón de emoticonos de esos en los que parece que el muñequito ha consumido cocaína pura al noventa y nueve por ciento y se lo envié a Martina y Sira. Sus respuestas no se hicieron esperar. La primera me dijo que no me dejase atar en el primer polvo. La segunda me aconsejó que fuera sin bragas. Y, curiosamente, las dos me pidieron fotos de él desnudo.

En los quince minutos de jornada laboral que me quedaban, me pareció demasiado obvio salir disparada antes de tiempo, pero repasé mentalmente todo mi vestuario, el de Sira y el de Martina. Decidí que nada era comparable a mi estado de felicidad y opté por irme de tiendas, algo rápido.

A las diez menos cinco estaba cruzando las puertas del elegante restaurante francés con mi bonito vestido nuevo y mis ojos ahumados. El camarero me guio hasta una coqueta mesa para dos y me ofreció vino mientras esperaba... y esperaba y esperaba y esperaba. Media hora después, un gesto impaciente con la mirada fija en la puerta había sustituido a la sonrisa de oreja a oreja con la que entré. Cuarenta y cinco minutos después, era plenamente consciente de que el capullo no iba a presentarse. Comprobé mi móvil por si me hubiera mandado un mensaje. Por el amor de Dios, comprobé hasta mi buzón de correo electrónico.

Indignada, decepcionada y triste, muy triste, pagué mi solitaria copa de vino y me marché del restaurante. No podía creerme que hubiese sido tan impresentable de ni siquiera llamar para ponerme una tonta excusa.

Regresé a mi apartamento en taxi porque, eso de andar por las aceras de Madrid mientras me lamento de

mi vida sentimental, siempre me ha parecido demasiado dramático, como de canción de Mecano, y no estaba por la labor.

Lo primero que hice cuando llegué a casa fue encender la radio del viejo equipo de música de mi padre, recogerme mi melenita en una cola y bajarme de esos tacones de infarto. Automáticamente me dibujé tirándoselos a la cabeza, pero decidí que ni siquiera se merecía que imaginase su asesinato. Era un cabronazo.

Aún no había salido de la habitación cuando llamaron a la puerta. Me figuré que serían Martina y Sira, que habrían montado guardia en el balcón de la primera y, al verme regresar sola y tan pronto, querrían saber qué había pasado.

Fui descalza hasta la puerta y, cuando abrí, no pude creer lo que encontré. Sergio Herranz, el mismo Sergio Herranz que me había dado plantón, estaba en mi rellano, con unos vaqueros y una camiseta y sosteniendo una caja de cartón con el logo del Matisse serigrafiado en ella.

—Hola —saludó.

Por un momento, no supe qué decir.

—Hola —respondí en un hilo de voz.

No es que estuviese bochornosamente hipnotizada, que también, sino que no entendía qué hacía en mi puerta. Ya no llevaba el traje puesto, así que no se trataba de que lo hubiesen retenido en el trabajo hasta tarde. Además, ni siquiera se había disculpado.

—¿Aún quieres cenar?

—No lo sé —contesté apoyando la mejilla en la puerta—. Me has dado plantón —me esforcé en decir.

El señor Herranz llevó la vista durante un segundo a su izquierda y sonrió de esa manera que haría que las rodillas le temblaran a la mujer más escéptica.

—Pero ahora estoy aquí, ¿no? —susurró con sus ojos azules clavados de nuevo en los míos.

Lo pensé un microsegundo, pero, por aquello de la dignidad, fingí que me tomaba más tiempo. Por fin me hice a un lado, mostrándome todo lo displicente que pude, tratando de ocultar la boba sonrisa que amenazaba con inundar mis labios. Reconozco que fui un poco permisiva, pero no me importaba. Seguía enfadada, pero también más emocionada que una niña la mañana de Navidad con el hecho de que él estuviese allí.

Caminamos hasta el salón y pasé al otro lado de la barra que hacía de separador de espacios con mi pequeña cocina.

Dejé un par de platos sobre el granito y me giré para buscar las copas. Cuando me volví de nuevo, me sorprendió ver a Sergio moverse como pez en el agua por mi salón. Había acercado mi pequeña mesita de Ikea al sofá, la había despejado y había colocado los dos platos sobre ella junto a la caja del restaurante.

—¿Sacacorchos? —preguntó escuetamente, con una botella de vino con etiqueta francesa en la mano.

Asentí feliz, rebusqué en el cajón y le pasé el tirabuzón. Él abrió la botella grácil bajo mi atenta mirada y yo remoloneé buscando las servilletas con tal de poder seguir contemplándolo.

Con un movimiento de cabeza, me señaló el suelo. No pude evitar sonreír de nuevo mientras caminaba hasta la pequeña mesita de centro y me sentaba, y lo cierto es que tuve que esforzarme en no dar palmaditas cuando él lo hizo a mi lado.

—No sabía qué te gustaba —comentó abriendo la caja del Matisse—, así que he traído un poco de todo.

—Seguro que está buenísimo.

Sergio me dedicó su media sonrisa y yo me permití observarlo durante unos segundos antes de apartar mi vista, nerviosa.

—¿Y ésta va a ser toda tu celebración de cumpleaños? —preguntó mientras daba un sorbo de su copa de vino.

—No, el fin de semana lo celebraré con mis amigas.

Asintió y volvimos a quedarnos en silencio, tal y como pasó en la terraza. Seguimos cenando, aunque la verdad es que ninguno de los dos comió mucho. Iba a sobrar un montón de comida.

Apenas quince minutos después, estaba claro que no íbamos a cenar más, pero yo no quería que la velada se acabase.

«Piensa, Cande, piensa.»

—¿Me das un cigarrillo? —inquirí con mi mejor sonrisa.

Eso me daba cinco minutos más y, con un poco de suerte, algo de conversación.

Sergio sonrió de esa manera que hacía que todo mi cuerpo suspirase y, levantando unos centímetros las caderas del suelo, se sacó del bolsillo de los vaqueros un paquete de Marlboro. Ese gesto me pareció increíblemente sensual y sexual, como cuando lo hizo en su oficina la primera vez que lo vi encenderse un pitillo allí, y por un momento estuve a punto de pedirle que guardásemos ese cigarro para fumarlo en la cama después de haber tenido un maratón de sexo salvaje.

Cogí el cigarrillo que me tendía y, colocándomelo en los labios, me incliné para que me diese fuego. Él también se echó hacia delante, aunque no era necesario, y, voluntaria o involuntariamente, nos quedamos muy cerca.

Sus preciosos ojos se posaron en mis labios y, despacio, subieron hasta que nuestras miradas se entrelazaron. Es demasiado guapo, más que ninguna persona que haya conocido en mi vida.

El sonido del Zippo al cerrarse me sacó de mi ensoñación. Me retiré, nerviosa, y de reojo vi cómo su sonrisa se ensanchaba.

—Estos cigarrillos no saben igual a los que he fumado alguna vez —comenté buscando desesperadamente serenarme un poco y, de paso, un tema de conversación.

Sergio se encendió su pitillo y dio una calada con la mirada fija al frente y la misma sonrisa que escondía un secreto en los labios.

¡Ese silencio me estaba matando! Ni siquiera sabía dónde poner las manos.

—Estás nerviosa, Candelita. —No lo preguntó, lo afirmó—. ¿Por qué?

¿En serio tenía que preguntármelo? La culpa era sólo suya. Cada vez tenía más claro que disfrutaba torturándome.

—No lo sé —respondí al fin.

No quería regalarle los oídos.

—Me gusta tu vestido —pronunció en un ronco susurro, dejando que sus dedos acariciasen el bajo de la prenda, pero sin llegar a tocar mi piel—. Debo tener mucha suerte si te lo has puesto para cenar conmigo.

Sus palabras, pero, sobre todo, su voz, me hipnotizaron. En ese instante tuve la sensación de estar en el lugar más íntimo del mundo.

Sergio sonrió de nuevo y dejó caer la cabeza hasta apoyarla en el sofá. Clavó su mirada en el techo y lanzó el humo de una calada, que juraría que enmascaró un suspiro. Las mariposas burbujearon en la boca de mi estómago.

El cigarrillo comenzó a marearme y lo apagué. Imitando su gesto, apoyé mi antebrazo en el sofá y mi cabeza en él, de lado, para poder seguir contemplándolo.

—¿Por qué no has ido al restaurante? —le pregunté bajito para no romper esa atmósfera íntima y sexy que se había creado entre ambos.

—¿No está claro? —inquirió a su vez, girando la cara para que nuestras miradas volvieran a encontrarse.

—No —contesté suavemente.

—Pues, que no lo tengas claro —replicó volviendo a clavar su vista en el techo—, es otro motivo más

por el que he tomado la mejor decisión al no presentarme.

Sonó resignado y algo contrariado. Me hubiese encantado poder saber en qué estaba pensando y, la verdad, más cosas, como deslizar mi mano bajo el cuello de su camisa y poder tocar su piel.

—Pero ahora estás aquí —dije y, sin quererlo, mi voz sonó trémula.

—Siempre he sido un poco idiota cuando...

Él mismo se frenó y suspiró brusco y profundo. Esa vez no lo disimuló con ninguna calada.

—Cuando, ¿qué? —me atreví a indagar apenas en un susurro.

Sergio tardó un segundo más de lo estrictamente necesario en contestar y, al hacerlo, se levantó.

—Cuando nada, Candelita. Eres demasiado curiosa, ¿lo sabías?

Su tono de voz había cambiado a uno más juguetón, más travieso, pero también más impersonal. Me miró desde arriba y me dedicó su media sonrisa... y supe que el momento acababa de terminar.

—Me voy a casa —anunció sin más, guardándose la cajetilla de Marlboro y el mechero en el bolsillo de sus vaqueros.

Sergio se encaminó hacia la puerta. Yo me levanté rápidamente y lo seguí. *Se dejaba llevar por ti*, de Antonio Vega, comenzó a sonar en el viejo equipo de música. Él mismo abrió la puerta y, cuando creí que iba a marcharse sin más, se detuvo en mi rellano y se giró. Sus ojos buscaron los míos y, cogiéndome por sorpresa, me agarró de la cadera y me acercó a él.

—Feliz cumpleaños —susurró con sus labios casi rozando el lóbulo de mi oreja.

Suspiré bajito. Sergio avanzó por mi piel, con su cálido aliento incitándome, con sus dedos apretando posesivos mi cadera. Mi corazón se aceleró sin remedio y las mariposas hicieron triples mortales en mi estómago. Antonio Vega seguía cantando, hablando de dejarse llevar, de un sueño con sonido a mar. No quería estar en ningún otro lugar. Su boca se deslizó por mi mejilla y finalmente me besó, peligrosamente cerca de mis labios, haciendo que durase más de lo necesario, demostrándole a la pobre Candelita hasta qué punto la tenía en sus manos.

Cuando se separó, con nuestras bocas todavía demasiado cerca, atrapó mi mirada.

—Hasta mañana —susurró de nuevo y, para ser sincera, creí que iba a derretirme. A esa distancia, simplemente, no tenía escapatoria.

Sergio me sonrió de nuevo y se marchó.

Cuando reaccioné, ¡por fin!, caminé acelerada al rellano, lo justo para verlo bajar las escaleras. Él se detuvo en un peldaño cualquiera, me dedicó una mirada fugaz con la sonrisa todavía en los labios y desapareció en el piso de abajo. De repente éramos Robert Redford y Barbra Streisand en *Tal como éramos*. Joder, ¡qué momentazo!

Presente

Vuelvo a la realidad y doy un paso atrás. No puedo verlo. No estoy preparada. Han pasado tres meses, debería estarlo... pero no es así. Lo miro un segundo. Mi cuerpo se enciende y brilla. Maldita sea, no lo estoy.

—Tengo... tengo que salir un momento —murmuro torpe, girándome hacia Rodri y Paula, que me miran como si acabara de bajarme de un platillo volante—. He olvidado algo —acierto a decir al fin.

Siento sus ojos injustamente azules clavados en mi nuca al montarme en el ascensor. ¿Qué hace aquí? Debería estar en otra empresa, torturando a todas las pobres incautas que se enamoren de él. Tuerzo el gesto. Odio esa idea.

Le mando un whatsapp a Martina y nos encontramos en los baños de su planta.

—¿Qué pasa? —inquire cruzando la puerta. Su voz suena preocupada. No la culpo. Mi mensaje ha sido escueto pero convincente: «Quiero tirarme desde la última planta de la torre. Nos vemos en el baño».

Dejo de mordirme el labio inferior de manera compulsiva. Tengo una mano apoyada en el mármol que rodea los lavabos y otra en mi cadera. Estoy al borde de una crisis en toda regla.

—Está aquí —digo acelerada—. Está aquí y no debería. Aceptó un trabajo en otra compañía —y eso prácticamente lo grito, porque todavía me enfada y me duele. Estábamos juntos y ni siquiera me dijo que pensaba largarse. Aunque no sé de qué me sorprende; no fue, ni de lejos, lo peor que me hizo.

Martina frunce el ceño, confusa.

—¿Quién está aquí?

—¿Quién va a ser?

—Me gustaría decir que James McAvoy, pero como eso es bastante improbable... te contesto que ésta es la conversación más estúpida que hemos tenido desde que has vuelto.

—¡Sergio! —me quejo.

Ella arruga la frente un poco más.

—Claro que está aquí —contesta como si fuera obvio.

—¿Tú lo sabías? ¿Y por qué no me lo dijiste? —gimoteo girando sobre mis pies y volviendo a quedar frente a ella un segundo después.

—Porque pensé que tú también, que Rodri te lo habría contado. Volvió cuatro días después, con cara de pocos amigos y con pinta de no haber dormido nada la noche anterior.

Pongo los ojos en blanco.

—Gracias. No necesito detalles.

—No flaquees —me advierte señalándome con el dedo.

—No voy a flaquear —protesto a la defensiva—. Es sólo que no sabía que estaría aquí.

Me obligo a relajarme y a ver la situación como la adulta que soy. Está aquí, ¿y? Es el mejor amigo de Rodri, es obvio que más tarde o más temprano acabaría viéndolo. No me importa. Y puedo con esto. Ya no soy la misma cría tonta y enamorada que se marchó echa un mar de lágrimas de su piso.

—Estoy bien —digo en voz alta, obligándome a sentir un impulso de energía positiva y macarra con cada letra—. Han pasado tres meses y lo he superado.

—Has madurado —me recuerda Martina, ofreciéndome la mano para chocarla.

—He madurado que te cagas —suelto chocándola.

¿Os acordáis de aquello de las palabrotas para hacerme la valiente?

—Me voy —le anuncio muy segura, echando a andar hacia la puerta.

—Ve allí y demuéstrole a ese cabronazo lo que se ha perdido.

Le enseño el puño. Puedo con esto.

En el ascensor, toda esa seguridad se esfuma un poco y no es que la recupere precisamente cuando pongo un pie en mi antigua planta. Sin embargo, no pienso dejar que él me vea con la más mínima duda de que no soy capaz de aguantar verlo todos los días o comprobar que sigue siendo igual de alto, igual de guapo... Mejor, dejo de infundirme valor.

Veo mi mesa vacía. Ya no hay rastro de Rodri o Paula. Pienso en sentarme y directamente fingir que trabajo. Al fin y al cabo, el hecho de que no contrataran a nadie para sustituirme sólo me confirma la idea que siempre he tenido sobre mi puesto en esta empresa: no hago falta absolutamente para nada, pero Rodri es uno de los ejecutivos más importante de uno de los departamentos que más dinero deja a Javier Freirá y Asociados y quieren tenerlo contento. Pero, quiera o no, lo lógico es que me presente en el despacho de Sergio. Me guste o no, y antes me gustaba mucho y ahora no me gusta nada, es mi jefe.

Camino con el paso decidido y llamo a su puerta. Me da paso con una única palabra y algo dentro de mí, una especie de huracán de mariposas, se levanta en la boca de mi estómago. Maldito Sergio.

Cabeceó dejándolo todo al margen y entro. Él está sentado a su mesa, revisando unos papeles. Cuando mis pies se detienen en el centro de su oficina, alza la cabeza, despacio, y sus ojos atrapan los míos en cuestión de décimas de segundo. Es injusto que siga siendo tan guapo.

—Vuelvo a trabajar aquí —me obligo a decir y me obligo a mantenerle la mirada mientras lo hago—. ¿Con qué necesitas que me ponga?

No contesta. Me observa de arriba abajo y vuelve a sus papeles. ¿Así van a ser las cosas a partir de ahora? ¿Ni siquiera piensa dirigirme la palabra?

—Genial —murmuro.

No tengo por qué aguantar esto. Me giro decidida y avanzo hacia la puerta. Sin embargo, a un mísero segundo de alcanzar el pomo, oigo el sonido sordo de su sillón de ejecutivo arrastrándose por la moqueta. Lentamente me giro, y no debería. Sé que no me traerá nada bueno. Jamás debí regresar.

—¿Por qué has vuelto, Cande? —inquire, y lo hace furioso, pero no con la rabia impulsiva que te hace perder el control por un momento. Ésta es más profunda y más antigua.

—¿Y a ti qué te importa?

Podría contestarle, pero no quiero. No me da la gana.

Sergio entorna la mirada y me manda el mensaje de que no va a permitirme sacar los pies del tiesto. Nunca lo ha llevado nada bien.

—No me importa absolutamente nada —me recuerda con la voz suave y amenazadora al mismo tiempo. Ese tono sigue intimidándome y resultándome demasiado sexy como para que caiga en saco roto—, pero, si vas a volver a trabajar para mí, quiero saber por qué.

—He vuelto por Rodri.

Sergio niega con la cabeza.

Todo es demasiado intenso. Con él siempre ha sido así y tres meses no han conseguido aplacar esa idea lo más mínimo.

—No deberías estar aquí —replica.

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es, joder.

Lo miro. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Lo odio de tal manera que creo que es lo único que respiro.

—¿Por qué regresaste tú? —pregunto dejando que todo lo que siento por él cubra mis palabras.

Sergio me observa un momento y sus ojos azules se llenan de demasiadas cosas.

—Vuelve a tu mesa —me ordena.

—La cría estúpida ya no estaba para molestarte mirándote embobada desde su mesa, así que ya no había problema para volver. Es eso, ¿no?

—Cande —me advierte.

—Contéstame —le espeto.

Estoy tensando la cuerda, pero me importa un bledo. ¡Me he pasado tres meses llorando por él!

Sergio rodea la mesa destilando toda esa seguridad y se detiene a un único paso de mí. De golpe está demasiado cerca y yo me sumerjo en que sea tan guapo que duela, en su olor, en los recuerdos de este despacho. No quiero, pero mi respiración se acelera y el corazón comienza a latirme desbocado. Juro por Dios que sigo odiándolo.

—Claro que es eso —sentencia sin un mísero remordimiento— y, ahora, vuelve a tu mesa de una jodida vez.

Por un momento ninguno de los dos se mueve y tengo la kamikaze idea de que ambos estamos sintiendo lo mismo, ese hilo que nos ata y tira de nosotros, al uno contra el otro. Odio esa sensación. Odio esa idea.

—Te odio —afirmo obligándome a sonar segura.

—Lárgate —replica sin liberar mi mirada.

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para girar sobre mis *peep toes* y marcharme. La puerta suena a mi espalda encajándose en el marco y todos mis compañeros me miran. Han pasado tres meses. ¿Por qué todo tiene que seguir siendo tan intenso con él? Quiero poder olvidarlo. Sólo me gustaría estar en la misma habitación que él y que mi cuerpo no se despertara como si saliera del letargo más largo del mundo sólo porque por fin él está frente a mí. He pasado tres meses echándolo de menos, llorando por él, saltando como una idiota cada vez que sonaba el teléfono. He cumplido. Me merezco poder mirarlo y no sentir nada.

Pasado

El día siguiente a mi cumpleaños, después de ese «me gusta tu vestido» y el espectacular beso en la mejilla, hice el camino hasta la oficina más que contenta, contentísima. Aunque no era capaz de explicar lo que había pasado con Sergio, sabía que había pasado algo y que él no lo obviaría como las otras veces. A decir verdad, tenía curiosidad por ver cuál sería su siguiente paso.

Y allí estaba yo, en mi diminuta mesita, concentrándome en no meterme con Gustavo —teniendo en cuenta la corbata que había elegido aquella mañana para ir a trabajar, me estaba desafiando— y esperando a que él apareciese. Y no tardó en hacerlo. Salió de su despacho y caminó con el paso decidido hasta la mesa de Novoa, sólo a unas pocas de la mía. Se estiró sobre el escritorio de mi compañero y pude ver cómo su inmaculada camisa blanca se adhería a su cuerpo. Era un maldito sueño. Por si fuera poco, su corbata azul eléctrico resaltaba sus ojos y, cuando alzó la cabeza para mirar la pantalla mientras se revolvía su pelo negro, estuve a punto de desmayarme. Acababa de decidir que aquélla iba a ser mi corbata favorita.

Le dio instrucciones a Novoa sobre los nuevos contratos y se irguió. Esperé entonces, no sé, una mirada furtiva, una sonrisa discreta, pero nada.

Me desilusionó un poco, pero no desfallecí. Estaría agobiado con algún tema de trabajo, me dije. Era imposible que menos de veinticuatro horas después se hubiese olvidado de mí.

* * *

—¿Le enseñaste las bragas, Cande? —me preguntó Sira dejando su BlackBerry sobre la mesa y dándole un trago a su agua con gas.

—¡Claro que no! —me defendí.

—Candela, esto es tan simple como que Sergio Herranz fue a tu casa a echarte un polvo y seguro que se encontró con una cría nerviosa que asentía moviendo la cabeza como los perritos de los coches.

Le hice un mohín. En ese preciso instante la odié, pero tenía razón. Ella sonrió. Sabía que la tenía.

—¿Y qué querías que hiciera? Cuando lo vi aparecer, casi caigo desmayada.

—¿Te explicó por qué no fue al restaurante?

—Técnicamente no —contesté removimiento desganada mi ensalada.

—¿Cómo que técnicamente no?

—Me dijo que estaba claro por qué no había ido y, que yo no lo tuviese claro, era otro motivo más por el que había hecho bien en no ir.

—Cande —pronunció mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja—, es definitivo. El señor Herranz quiere echarte el polvo de tu vida.

Pero, por mucho que Sira diese por hecho que Sergio fantaseaba conmigo, a las seis y media en punto no me había hecho el más mínimo caso. Creo que no me había mirado ni siquiera por equivocación. Pero era tan

estúpida y estaba tan colgada de él que incluso me quedé una hora más por si estaba esperando a que la oficina estuviera un poco más tranquila.

Eran casi las ocho cuando llegué a mi edificio. Dispuesta a enmendar un día horrible, a un giro de llave de entrar en mi apartamento, me di media vuelta, me paré en el chino a comprar dos *packs* de Coronita y me presenté en casa de Martina.

Ella me recibió al grito de «a beber hasta caer inconscientes» y *Ni tú ni nadie*, de Alaska y Dinarama, hizo el resto.

* * *

El viernes por la mañana estaba destruida. Si Rodri me hubiese visto, me habría llevado a rastras de nuevo a mi habitación en su casa de La Finca. Para colmo de mis males, con el primer pie que puse en la recepción de la Torre Picasso, recibí una llamada de mi hermana Estela comunicándome, sin posibilidad de negativa, que el domingo tendría que cenar con ella, Rodri y Julia, en casa de estos últimos. Maldije mi suerte, pero, como he dicho, no se me dio la posibilidad de negarme. Los viernes solía llegar a la oficina como si estuviese a segundos de aterrizar en la luna: pletórica. Nos íbamos a casa a las tres, no tenía que ir a la facultad por la tarde y era la antesala del fin de semana; sin embargo, gracias a esa llamada, la mañana no había comenzado muy bien. No soy una de esas personas que odia a su familia porque sí. Estela se lo ha ganado a pulso desde mi más tierna infancia. Es agobiante, controladora, intenta imponer su criterio a toda costa y, por si fuera poco, sencillamente es mala persona. Una psiquiatra estirada y esnob que mira a todo el mundo por encima del hombro. Comer con ella y con mi cuñada ocupaba el penúltimo puesto en la lista de cosas que me apetecía hacer, sólo superado por hacerse la cera tibia (que nunca es tibia) en las ingles.

Cuando llegué a mi mesa, Sira me estaba esperando sentada en ella. Arroyo le dijo algo, no oí el qué, y ella le enseñó el dedo corazón con la sonrisa más hostil que había visto en mi vida.

—A ti te quería ver yo —me recriminó cruzándose de brazos en cuanto reparó en mi presencia.

Yo le sonreí como arma de defensa, apelando implícitamente al «somos amigas desde hace once años, tía». Sabía demasiado bien lo que la había traído hasta allí.

Aparté mi silla y me senté a la vez que dejaba el bolso sobre la mesa.

—¡No me llamasteis! —se quejó en clara referencia a la juerga de la noche anterior.

—Fue algo improvisado —me excusé.

—Pues que sepas que, cuando me he enterado esta mañana, le he pedido al karma que tuvieras resaca.

Le dediqué el mohín más infantil que fui capaz de esgrimir y ella me lo devolvió.

—Te ha hecho caso —gimoteé.

Ella sonrió, pero, cuando estaba a punto de contestar, guardó silencio repentinamente y fijó la mirada a mi espalda. Extrañada, me giré preguntándome si se había quedado sin pilas o qué, pero, para mi desgracia, en seguida comprendí lo que la tenía ensimismada. El señor Herranz acababa de entrar en el departamento. No estaba guapo, estaba espectacular. Puro magnetismo con gafas de sol atravesando la sala a grandes zancadas. Aún llevaba el pelo húmedo y, en un gesto mezquinamente masculino, se lo echó hacia atrás con una mano.

Sin detenerse, llegó hasta su despacho y entró. Abandonó el maletín sobre la mesa y se dejó caer en su sillón de ejecutivo con la cabeza recostada sobre la parte superior. Trasteó con las manos en sus bolsillos y, apenas un segundo después, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con su reluciente Zippo, a las nueve y diez de la mañana, en mitad de una oficina repleta de empleados y jefes que podían cuestionarlo, saltándose toda la legislación vigente de un solo plumazo.

Todavía con las gafas puestas, giró la silla y se quedó de cara a la ventana. Un macarra de vuelta de todo,

esas seis palabras nunca habían definido mejor a un hombre.

—Uau —suspiró atónita Sira después de que nos llevásemos nuestros buenos dos minutos sin hablar, hipnotizadas—. Ese hijo de puta está buenísimo.

Asentí. Ésa era mi cruz.

—Sin duda alguna, ha follado —sentenció de pronto.

—¿Qué? —inquirí con una sonrisilla nerviosa irrumpiendo en mis labios.

—Cande, es así. Hay hombres a los que, cuando follan, se les nota. Es una cuestión de feromonas —continúo muy convencida, como si de pronto fuera la experta en sexualidad de la revista *Muy interesante*—. Y el señor Herranz tiene pinta de haber follado... y no un polvo de mala muerte adormilado. Ha sido un maratón de ducha, cama y encimera de la cocina.

Sin quererlo, rompí a reír, aunque en el fondo no me hacía ni puta gracia. Probablemente tenía toda la razón y eso significaba que había estado tocando a otra chica que no era yo y la idea me enfadaba y me deprimía a partes iguales.

—Preparativos de mi cumpleaños —dije esforzándome en poner mi mejor sonrisa. Necesitaba un urgente cambio de tema—. Mañana vamos a quemar la ciudad, deberíamos comprarnos algo de ropa.

Sira asintió y se bajó de un salto de mi mesa.

—Esta noche vamos al O'Donell, en plan tranquilo —me advirtió levantando ambas manos—. Me quedo a dormir en tu casa y mañana nos vamos de compras.

Asentí encantada. Era un plan perfecto. Ella también asintió y giró sobre sus bonitos tacones mandarina.

—Y mejora esa sonrisa —añadió socarrona justo antes de echar a andar— o se va a dar cuenta de que no te ha hecho ninguna gracia que haya echado un polvo.

La miré mal y, un par de segundos después, las dos nos echamos a reír. No puedo negar que tengo que mejorar mi cara de póquer.

El día pasó sin pena ni gloria. Al igual que el día anterior. El señor Herranz decidió que no existía para él ni laboralmente hablando. A veces pensaba que había un agujero negro justo delante de mi mesa y que eso le impedía verme, pero entonces vi a Arroyo coger su móvil y, con disimulo, meter barriga y estirarse los pantalones para fotografiarse el pene, y me di cuenta de que, si tuviera un agujero negro delante de mi mesa, no sufriría la desgracia de ver esas cosas. Así que sólo me quedó volver a mi teoría inmediatamente anterior: Sergio Herranz era un cabronazo.

* * *

Seguimos los planes de Sira y, después de bebernos unas cuantas copas en el O'Donell, todas dormimos en mi piso. Desayunamos en un bar con terracita del barrio. Ya hacía bastante frío, pero pronto haría más y entonces sería imposible desafiar los elementos. Mientras tanto, había que resistir.

A las nueve de la noche salimos de mi apartamento perfectamente maquilladas y con nuestras mejores galas. Sira insinuó la posibilidad de no llevar ropa interior, a lo que Martina le respondió que con ella, si se salía, se llevaban bragas, aunque fueran pequeñas. Era una cuestión de principios.

Empezamos cenando en un bonito restaurante cerca de la Puerta del Sol, mi lugar favorito de Madrid, y, como era un día especial, obviamos el O'Donell y nos dirigimos directamente a la zona de Huertas, a un club muy de moda donde un amigo del hermano de Sira trabajaba de camarero, por lo que la primera ronda cayó gratis. Sólo necesitamos echarle un vistazo al chico en cuestión, un tal Bosco, para saber por qué Sira había querido salir sin bragas.

A eso de la una, ya un poco perjudicadas pero con ganas de seguir bailando, nos montamos en un taxi y

nos fuimos a La posada de las ánimas, la discoteca de las discotecas de Madrid. Sin embargo, un par de horas después, decidimos volver al club. Sira no paraba de contarle a cualquiera que le preguntase que se había enamorado de Bosco y ¿quién era yo para negarle a nadie el amor?

A pesar de la música tan increíble que habíamos escuchado, íbamos por la calle del Prado cantando la horrible canción de reguetón con la que Sira llevaba torturándonos semanas. La verdad es que resultaba muy pegadiza y el alcohol ya había empezado a hacer estragos en nosotras.

Aún no habíamos llegado a la intersección con la calle del León cuando una pareja de policías se acercó a nosotras.

—Señoritas —nos llamó uno de ellos con esa inconfundible frialdad policial.

Las tres nos volvimos a la vez y creo que, también a la vez, las tres nos dimos cuenta de que eran dos policías francamente guapos.

—¿Sí, señor agente? —respondí con mi voz de «señor agente, estás tremendo».

—¿Se encuentran bien? Parece que han estado bebiendo.

Las tres asentimos con una sonrisa de una forma bastante descoordinada y al final no fuimos capaces de evitarlo y nos echamos a reír. Eso no ayudó a convencer a los policías de que éramos ciudadanas respetables, pero, el hecho de que Martina estuviera a punto de caerse por intentar imitar a Nicki Minaj en su último videoclip hacía apenas cinco minutos, tampoco.

—Deberían marcharse a casa —nos aconsejó uno de ellos con paciencia.

—Esos haremos, señor agente. Somos unas señoritas —me empeñé en recalcar.

El policía asintió y sonrió enseñando una ristra de dientes blancos y perfectos y ambos echaron a andar dispuestos a seguir patrullando. Joder, con la autoridad.

—Señores agentes —los llamó Sira caminando hacia ellos. Los dos se detuvieron y se giraron solícitos —, ¿por qué no vienen a tomar una copa con nosotras? Estamos celebrando el cumpleaños de mi amiga —añadió señalándome con dificultad.

Los policías sonrieron de nuevo.

—Señorita, estamos de servicio.

Sira asintió aún más torpemente que antes.

—Y está claro que ustedes deberían marcharse a casa, de verdad —sentenció el policía y, no sé por qué, me miró a mí.

—Juguemos a aguantarnos la mirada —le propuso mi borracha amiga a la autoridad, ignorando por completo todo lo que acababan de decir—. Si yo pierdo, me esposa y, si gano, me esposa.

Martina y yo nos miramos y estallamos en carcajadas, pero de inmediato recordé al camarero del club y me paré en seco.

—¿Y qué pasa con Bosco? —inquirí muy indignada—. ¿Esto es lo que te dura el amor?

Debía de tener una de mis borracheras justicieras. Por norma general me daba por planear robos a bancos, entregar el dinero a los pobres y después vivir oculta en El Retiro a lo Robin Hood.

—Bosco no tiene uniforme —respondió Sira como si fuera obvio.

—No tienes sentimientos —le recriminé.

—Y él no tiene esposas —me recriminó ella a mí.

Los agentes, que ya empezaban a estar un poco cansados, volvieron a aconsejarnos que nos marchásemos a casa y se dieron media vuelta.

—¡Volved aquí! —gritó Sira—. Quiero follar con la autoridad y no podéis negaros. Vuestro sueldo sale de mis impuestos.

—¿Qué impuestos? —le pregunté muy seria a Martina mientras observaba a Sira unos pasos por delante

de nosotras.

—Debe de referirse a los impuestos que paga su padre cuando le da el cheque al jardinero.

Yo asentí y automáticamente las dos volvimos a partirnos de risa de nuevo. Claro que dejamos de hacerlo cuando los policías se giraron y caminaron hacia nosotras con cara de pocos amigos.

Sira se envalentonó, ¡qué innecesario!, nosotras la defendimos y, en el fragor de la batalla, llamamos a los policías instrumentos opresores, marionetas del poder y gilipollas, eso también. Resultado final: acabamos en el calabozo de la comisaría de Madrid Centro por desorden público y, para desgracia de Sira, nos detuvieron sin esposarnos. Yo creo que eso ya fue por joder.

Desde luego, estar sentada en un calabozo es el mejor método para que la borrachera se te pase de golpe.

—¿Por qué no me sorprende que hayamos acabado en prisión por tu culpa? —le recriminé a Sira, a la vez que apoyé la cabeza en la pared helada—. No me imaginaba los calabozos así —añadí mirando a mi alrededor.

Siempre había dibujado los calabozos a lo película de Almodóvar de los ochenta. Sin embargo, eran algo mucho más aséptico e incluso... normal.

—Es que tú siempre has sido muy peliculera —repuso Sira con los ojos cerrados, intentado dominar su resaca.

—Deberías ponerlo en el Meetic —comentó Martina, sentándose entre las dos—. Seguro que a los hombres les da morbo estar con una expresidiaria.

—Di mejor presidaria —la corregí entre risas ante la desesperación de Sira, que en esos momentos hubiese matado por un Alka-Seltzer.

—Tengo una resaca horrible —gimoteó dejando caer la cabeza sobre el hombro de Martina.

—Eso se pasa con un bloody Mary bien cargado de apio, cielo —dijo cogiéndonos de improviso una mujer sentada en el otro extremo de la celda.

Sira alzó la cabeza y las tres la miramos mitad sorprendidas, mitad recelosas.

—He tenido resacas de todos los colores —continuó con total seguridad— y todas se curan con un bloody Mary.

La hora siguiente nos la pasamos charlando con nuestra compañera de celda, una transexual de cincuenta y seis años de Lavapiés llamada Sofía. La habían detenido por ejercer la prostitución en la vía pública. Una puta, como ella misma se denominaba, pero puta con *a* y a mucha honra, añadió después.

Un policía viejo y con barriga cervecera bajó a decirnos que podíamos hacer una llamada. Los agentes que nos detuvieron debieron de advertir del *feeling* de Sira con los uniformes, porque mandaron al policía más feo y viejo de toda la comisaría.

A regañadientes, accedí a llamar a Rodri. Era la mejor opción. Era abogado y sabía que me caería una buena charla, pero con toda seguridad podría sacarnos de allí.

Eran más de las cinco cuando lo vi aparecer desde el pasillo de acceso a los calabozos con el paso decidido, acompañado de un agente. Tenía cara de muy pocos amigos y por su expresión sabía que había tenido que ponerse en modo abogado implacable con los policías en el piso de arriba. Suspiré y me levanté con el paso titubeante. Dios, la que me esperaba.

Sin embargo, el corazón me dio un vuelco y los nervios concentrados en mi estómago se revolvieron cuando vi que mi hermano no venía solo, el señor Herranz, el hombre que me daba besos muy cerca de los labios pero para el que no existía de nueve a siete, había venido con él. De verdad que, en aquel instante, no era capaz de entenderlo. ¿Qué hacía allí?

Las chicas se levantaron y se colocaron a mi lado, pero yo, por unos segundos, no pude apartar la vista de él, con sus vaqueros oscuros, una camiseta gris y una cazadora de cuero negro.

—Paf—susurró Sira—. Ése es el sonido que hacen las bragas de Cande cayéndose al suelo —continuó en clara referencia a su presencia.

La miré mal, ella asintió y las tres disimulamos una sonrisa. Lo último que necesitaba era que Rodri pensase que seguía de fiesta.

—¿En qué estabas pensando, Cande? —me preguntó mi hermano muy enfadado, con los brazos en jarras, al otro lado de la celda mientras el policía abría la puerta.

—No ha sido algo premeditado —traté de disculparme—. Estábamos de fiesta y ocurrió.

Rodri resopló y se sacó un papel del bolsillo que, supuse, era el acta policial.

—Señor agente —leyó malhumorado. Sí, definitivamente era el acta policial—, quítele las manos de encima a mi amiga. Ella sólo quiere amor y usted es un aprensivo que tiene miedo a sentir y un gilipollas.

—Esas palabras están sacadas de contexto —me defendí.

Y de reojo me pareció ver cómo Sergio, vestido como un macarra sexy —en esas circunstancias era muy complicado seguir pensando en él como el señor Herranz—, a la espalda de mi hermano, apoyado en la pared y con los brazos cruzados, sonrió. Ya podía dar gracias a que estuviese entre rejas, si no lo habría estrangulado.

—Intentaste darle una patada voladora a uno de los policías —se quejó Rodri casi en un grito.

—Ésa fue Martina.

Ella asintió y alzó la mano, culpable.

—Fue el calor del momento —se disculpó.

Rodri resopló de nuevo y se pasó las palmas de las manos por la cara.

—Tú y yo vamos a hablar de esto. Largo y tendido —me advirtió índice en alto.

El policía nos hizo un gesto con la mano y las tres salimos.

—Adiós, Sofía —nos despedimos prácticamente al unísono.

—Adiós, cielos —nos respondió.

—¿Podemos sacar a Sofía? —me arriesgué a preguntarle a mi hermano.

—¿Qué? ¿Quién? —inquirió por inercia—. No, no podemos sacar a Sofía —contestó sin darme oportunidad de protestar.

Rodri se marchó con el agente a firmar el último papeleo a una mesa en un extremo de la sala. Las chicas estaban urdiendo un plan para convencer a Rodri de que no les contase nada a los padres de Sira; conociéndolos, eran capaces de mandarla de vuelta al internado. Y yo, antes siquiera de que pudiera saber por qué, alcé la mirada y me encontré con la de Sergio, observándome con una media sonrisa. Seguía muy enfadada con él porque no se dignara a mirarme después de mi cena de cumpleaños, pero algo, que ni siquiera era capaz de comprender, también brillaba con fuerza dentro de mí por el hecho de que él estuviese allí.

—Vámonos —dijo Rodri caminando de nuevo hasta nosotras y sacándome de mi ensoñación—. Te quedas en casa —me informó tajante.

¡No! Eso era como salir de la sartén y caer en las brasas.

—Puedo volver en taxi con Martina —traté de negociar.

—Ni lo sueñes —me espetó—. No me fío de ti.

—Por el amor de Dios, Rodri —me quejé—. No he intentado asesinar al presidente. Sólo ha sido escándalo público.

—Sí, tú recuérdamelo —replicó sardónico—. Ya lo había olvidado.

No iba a ceder. Antes de despertarme y ver la cara de Julia sin ni siquiera tomarme un café, prefería volver a la celda.

—Yo la llevaré —dijo Sergio dando un paso hacia nosotros—. Tú puedes llevarte a Sira a La Finca y yo las dejaré a ellas en La Latina.

Rodri lo pensó un segundo y finalmente asintió, aunque era más que obvio que aún estaba muy cabreado.

—Mañana te quiero en mi casa a las ocho, Cande. Pobre de ti como te retrases —me advirtió Rodri.

Sin decir nada más, salió de la comisaría y Sira lo siguió con cara de susto. Ver a Rodri enfadado es muy raro, pero, cuando sucede, da miedo.

En cuanto nos quedamos los tres solos, cogí la mano de Martina y la apreté con fuerza, dándole a entender que no quería que hiciera ninguna de esas cosas de amiga tipo decir que se marchaba en taxi para dejarnos solos, porque no quería quedarme a solas con Sergio. Seguía enfadada con él.

Ella captó el mensaje y, sin que ninguno de los tres dijese nada, salimos de la comisaría y caminamos en silencio un par de calles hasta donde Sergio tenía aparcado su coche. No pude evitar mirarlo admirada. Nunca lo había visto y, la verdad, era una pasada. Un BMW cupé azul eléctrico, brillante y precioso, a juego con sus increíbles ojos.

Aunque la miré mal, Martina me ignoró por completo y se sentó en el asiento de atrás, dejándome a mí el de copiloto. Sergio se montó ágil y en seguida nos incorporamos al tráfico.

Estábamos en ese mágico y único momento ideal para la conducción en Madrid. Los noctámbulos ya se habían ido a dormir o no estaban en condiciones de conducir y la gente decente aún no se había despertado, así que cruzamos la calle Bailén con total tranquilidad y una suave canción de los ochenta de fondo. Esta ciudad me encanta. Adoro el bullicio que siempre la envuelve, pero verla despertar es un espectáculo precioso.

—Es aquí, ¿verdad? —le preguntó a Martina, deteniendo el vehículo frente a su portal.

—Sí —contestó ella abriendo la puerta—. Gracias por traerme, señor Herranz. Cande, te llamo mañana.

Yo asentí mientras la observaba salir y Sergio sonreía con algo de malicia. Sabía que me estaba mirando, pero yo decidí hacerme la dura y, obviando las mariposas de mi estómago, clavé la vista al frente, ignorándolo por completo. De reojo, me di cuenta de cómo su sonrisa se ensanchó y arrancó de nuevo.

—¿Una copa? —inquirió escuetamente.

Tenía que estar de broma y, como no quería soltarle una fresca, mejor me callé. ¿Qué es lo que le pasaba? ¿Que se ponía el traje italiano y se olvidaba de mí?

—Mejor no —respondí al fin.

Sergio pasó de largo mi portal y continuó calle arriba. Yo lo miré sorprendida y algo molesta y él me dedicó esa sonrisa que hizo que me temblasen las rodillas.

—Acabo de darme cuenta de lo poco que me gusta que me digas que no —comentó presuntuoso.

Yo ahogué una sonrisa breve e indignada en un suspiro aún más fugaz y me crucé de brazos malhumorada y, para qué negarlo, también encantada con lo que acababa de decir.

—No voy a ir a tomarme una copa contigo, porque no entiendo que no exista para ti en la oficina y fuera de ella sí.

—Más a mi favor —soltó ladeando la cabeza ligeramente para mirar con más atención la calle y permitiéndome, de paso, poder ver su cara desde otro ángulo. ¡Qué guapo es!—. Tendré que compensarte. Además, siempre he oído decir que los expresidarios, cuando salen de la cárcel, lo primero que hacen es meterse en un bar.

No tuve más remedio que sonreír. Puede ser un sinvergüenza con mucho encanto.

Callejeó un poco más y al final aparcó en una calle estrecha y poco concurrida. Si la orientación no me fallaba, y suele fallarme siempre, habíamos salido de mi barrio y estábamos en el vecino: Malasaña.

Sergio se bajó del BMW sin decir una palabra. Pensé en hacerme un poco la dura mientras lo observaba

desde mi asiento, pero entonces se encendió un cigarro, llevándose las dos manos a la boca para proteger la llama, la cazadora de cuero se le levantó con el movimiento y me dejó ver lo sexy que le caían los vaqueros sobre las caderas. La decisión estaba tomada.

Entramos en un bar de esa misma calle, el Emerson. Sergio me señaló una mesa a unos metros y él se acercó a la barra.

—Dos Glenlivet con un poco de tónica y mucho hielo —pidió.

No había oído a nadie pedir esa marca de whisky desde que regresé de Irlanda.

Me acomodé donde me había indicado, una mesa de madera pequeña pero muy gruesa y rodeada de un sillón corredizo también de madera en un tono más oscuro. Eché un vistazo al local y en seguida me llamó la atención la cantidad de portadas de discos que había en las paredes. Todas eran clásicos de la movida madrileña, de Objetivo Birmania a Gabinete Caligari. La luz era tenue y la música también, aunque se intuía que era un tema de rock de esa misma época.

Sergio llegó con las bebidas. Las dejó sobre la mesa, se quitó la cazadora y se deslizó hasta sentarse a mi lado. Su rodilla rozó la mía y me puse todavía más nerviosa. Por lo menos, fui capaz de contener el gemido de pura felicidad que amenazó con salir desbocado de mis labios. Él dedicó su media sonrisa al aire y le dio un sorbo a su copa. Yo miré a mi alrededor de nuevo, buscando un tema de conversación, cualquiera. No quería quedarme callada y volver a parecerle una cría sobrepasada.

—Este local está bien —comenté decidida—. Parece interesante.

—Es un antro —me corrigió con una sonrisa, dejando su copa en la mesa—, pero es uno de los pocos sitios en el que sirven esta marca de whisky.

Sonreí.

—Me ha llamado la atención que pidieras Glenlivet.

—¿Lo conoces? —preguntó, y sonó un poco sorprendido.

Mi sonrisa se ensanchó. Descubrí cuánto me gustaba sorprenderlo.

—En Irlanda todo el mundo lo toma. Pasé ocho años allí...

—Ya sé que eres carne de internado como yo —me interrumpió con una sonrisa que de pronto me descolocó. Nunca la había visto. No era una sonrisa feliz.

—¿Tú también fuiste a un internado?

Eso sí que no me lo esperaba.

—Suiza —respondió escueto—. Desde los catorce.

—¿Y te gustaba?

—¿A ti te gustaba?

—No lo sé —contesté sincera—. No me gustaba estar lejos, pero los internados no son como la gente cree, o como eran antes. Allí conocí a Sira y me divertí muchísimo.

Sergio sonrió y le dio un nuevo trago a su copa. No sé por qué, pero tuve la sensación de que se estaba parapetando tras una coraza.

—Y tienes pinta de que tú también —continué socarrona.

Su sonrisa se hizo más grande y más canalla, pero no contestó. En ese momento un grupo de chicas pasó junto a nosotros. Una de ellas se quedó literalmente embobada con él. No la culpo. Estaba increíble. Sergio no le prestó la más mínima atención y ella acabó tropezándose con un taburete por no mirar hacia delante.

—¿Es divertido provocar todo eso en las mujeres? —inquirí displicente.

—Yo no provoco nada en las mujeres.

—Esa chica ha puesto en peligro su integridad física con tal de poder seguir mirándote —me quejé divertida.

Sergio no tuvo más remedio que sonreír abiertamente. Es consciente de su aspecto.

—Si estuviéramos juntos, tendría que hacer algo para demostrarles que tienes chica.

Sin levantar sus ojos de mí, algo en su mirada cambió. Se cruzó de brazos sobre la mesa e inclinó su cuerpo ligeramente sobre ella.

—Algo, ¿como qué? —preguntó, y su voz sonó más grave.

El corazón empezó a latirme con fuerza y por un instante todo me resultó muy íntimo.

—Me sentaría a horcajadas sobre ti y te besaría —susurré con voz trémula, armándome de valor, sintiendo cómo su mirada me dominaba. Era algo intenso y desbordante que llenó cada centímetro de mi cuerpo de deseo.

Sergio se recostó sobre el respaldo del sillón y sonrió de nuevo, ese gesto medio duro y tan sexy a la vez. La peligrosa sensación de que me estaba dando permiso para llevar a la realidad cada palabra que había pronunciado me cegó. Definitivamente, debía haber perdido el poco sentido común que me quedaba. Como medida de seguridad, opté por dejar de mirarlo de inmediato y me centré en mi copa. No quería acabar haciendo ninguna tontería, pero seguía bajo su atenta mirada y hasta la última molécula de mi cuerpo era consciente de ello. Sergio alargó una mano y enredó sus dedos en uno de los mechones de mi pelo.

—Ay, Candelita —me llamó con una macarra y arrogante sonrisa en los labios.

Su voz me hizo alzar la mirada de nuevo. Sus ojos me esperaban y podría jurar que estaban más azules que nunca. Durante unos segundos, volví a dejar que su cuerpo simplemente llamase al mío y las mariposas de mi estómago se revolucionasen. Era increíble.

—Vamos a fumar —dijo de pronto, levantándose y rompiendo el momento.

Me sentí como si me hubieran sacado de una burbuja y necesité unos segundos para reaccionar.

En la puerta del local hacía un frío horrible y mi vestidito no ayudaba en lo más mínimo. Sergio sacó dos cigarrillos y me tendió uno. Cuando me ofreció fuego, sus dedos estuvieron a punto de rozar mi mejilla... pero no lo hicieron. ¡Quería que me tocara! ¡Necesitaba que me tocara! Nunca me había sentido así.

—¿Por qué has venido a la comisaría? —pregunté, una vez más con el único objetivo de tener algo de qué hablar, porque el silencio, entre nosotros, estaba cargado de electricidad.

Sergio, que se estaba encendiendo su pitillo, alzó la mirada. La mecha iluminó suavemente sus facciones y su pelo negro se agitó con el viento. ¡Qué espectáculo!

—Estaba con Rodri cuando lo llamaste —respondió— y, ¿qué puedo decir?, me entró curiosidad —añadió con una media sonrisa.

¿Cuándo pensaba dejar de sonreír? Esa sonrisa me complicaba mucho la vida.

Reorienté mis neuronas, analicé sus palabras y... lo miré confusa. ¿Rodri en un local pasadas las cuatro de la mañana?

—¿Tanto te sorprende que Rodri estuviera en un bar? —inquirió como si de pronto pudiese leerme la mente.

—La verdad es que sí —confesé.

—Su vida es más complicada de lo que parece.

Algo en su voz me hizo pensar que me estaba reprendiendo, como si me dijese que debía agradecerle a mi hermano todo lo que se preocupa por mí. Eso me enfadó, muchísimo. Yo también hacía (y hago) muchas cosas por él.

—La vida de Rodri es complicada porque está casado con una arpía.

Me arrepentí al instante. A lo mejor Julia era su mejor amiga o familia suya y estaba metiendo la pata hasta el fondo. Sin embargo, él sonrió y automáticamente me sentí aliviada.

—¿Por qué no te cae bien Julia? —demandó curioso—. Es un amor —sentenció burlón.

Yo le dediqué mi peor mirada y su sonrisa se ensanchó, por lo que no tuve más remedio que sonreír con él.

—El problema no es que no me caiga bien —intenté explicarme—. Es que no me gusta cómo trata a Rodri.

—Bueno, a lo mejor le da algo a Rodri que sólo ella puede darle.

—¿Te refieres al sexo? —pregunté tímida.

—Sí, me refiero al sexo —contestó con una sonrisa maliciosa.

No sé por qué, pero, de pronto, me sentí avergonzada al hablar de sexo. Siendo amiga de Sira y Martina, el sexo es la piedra angular del ochenta por ciento de nuestras conversaciones.

Antes de que pudiese responder, el frío arreció de nuevo y un escalofrío me recorrió entera. Sergio me cogió de la mano y tiró de mí hasta dejarme entre sus piernas. En cuanto sus vaqueros rozaron mis rodillas, me soltó la mano y yo perdí por completo el hilo.

—Por el frío —me aclaró.

Sonrió de nuevo y automáticamente tuve la sensación de que le parecía mucho más cría e inocente de lo que sospechaba. Eso me hizo volver de golpe a la conversación.

—Me parece ridículo hipotecar toda tu vida con una persona sólo porque folle bien —dije tratando de sonar muy segura de mí misma, muy adulta.

—Bueno, mejor hipotecarla por sexo. Por lo menos te aseguras de que lo pasarás bien.

—Mejor, ¿que qué?

Sus ojos azules estaban muy cerca de los míos.

—Mejor que hipotecarla por amor, Candelita —contestó displicente.

Pareció tenerlo muy claro y la idea me deprimió un poco. En ese instante me di cuenta de que era una gigantesca señal de peligro.

—Mejor follar que enamorarse, ¿no?

Él desvió la vista a un lado y se humedeció los labios, fugaz, a la vez que sonrió de esa forma que parecía querer decirme que conocía un secreto y yo no. Cuando volvió a mirarme, sus ojos brillaban con fuerza.

—Follar mejor que todo, hasta volverse loco.

Sus labios estaban tan cerca de los míos que por un instante creí que la que iba a volverse loca era yo.

Sergio alzó una mano lentamente y acarició mi cadera. Sus ojos siguieron el movimiento de sus dedos, que se anclaron con brusquedad a mi piel. Inspiré con fuerza. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Levantó la mirada. Estábamos aún más cerca. Me mordí el labio inferior y sus ojos se posaron de inmediato en él. Nunca había sentido todo ese deseo voraz, húmedo y caliente recorriéndome entera.

Él sonrió, volvió a apartar su mirada, perdiéndola en la calle que se extendía a la derecha, y supe a ciencia cierta que no iba a besarme.

—Te llevo a casa —anunció.

Retiró su mano de mi cadera tan despacio como la había colocado y todo mi cuerpo protestó, desamparado.

Detuvo el coche frente a mi puerta. Apenas había dicho una palabra desde que salimos del Emerson. Yo me quité el cinturón de seguridad y abrí la puerta para salir. No quería irme, pero él tampoco parecía tener interés en que me quedara.

—Buenas noches, Cande.

Su voz me detuvo una vez más cuando ya casi había puesto un pie en la acera. Lo miré, pero él tenía la vista fija en la calzada. En ese preciso instante hubiese mentido si hubiera dicho que entendía algo de lo que estaba pasando.

Salí por fin y cerré la puerta. Me obligué a caminar. Mi cuerpo no quería alejarse del suyo y era algo absolutamente ridículo y unilateral. Después de esa noche, estaba claro que Sergio sólo quería jugar conmigo. Había tenido la ocasión ideal para besarme y no lo había hecho. Sólo me quedaba decidir si me interesaba jugar o no.

* * *

Puse el plato sobre la mesa de Philippe Starck. La doble lectura que podía hacerse de los muebles, y de esa casa en general, nunca dejaba de sorprenderme. Mi hermano Rodri es un hombre normal, muy sencillo. Nunca le ha importado el dinero, aunque hay quien puede decir que eso es porque siempre lo ha tenido, y jamás le han gustado las ostentaciones. Después estaba mi cuñada Julia, Julia Cisneros; creo que el apellido lo dice todo. Ella sí quiere una vida llena de lujos y por ella se mudaron a vivir a La Finca. Creo seriamente que su máxima aspiración en la vida es salir en algún *reality* sobre esposas de ricos.

Por todo eso, en esos momentos, estaba poniendo los cubiertos sobre una mesa de diseño, pero dentro del pequeño *office* que Rodri había mandado construir para poder comer como una familia, junto a una cocina kilométrica digna de un anuncio de Porcelanosa. Y por eso la estaba poniendo yo y no una de las chicas del servicio. Era su particular lucha, de la que Julia siempre se quejaba. Si por ella y mi hermana fuera, hubiésemos cenado cada domingo en una mesa inmensa de esas en las que necesitas prismáticos para ver al otro comensal. Pero Rodri no es así. Quería que se respirase ambiente familiar y no dinero, más aún si yo estaba en casa. Sospecho que ése es otro de los motivos por los que Julia me odia, aunque, para ser franca, me importa bastante poco. Cada vez que la veo, tardo aproximadamente diez segundos en imaginar que la atropella un autobús.

—¿Todo listo, enana? —preguntó Rodri entrando en el *office*.

Ya estaba de buen humor. Cuando llegué, me echó un sermón sobre que tenía que aprender a comportarme y ser más responsable, pero el enfado le duró poco. Creo que siempre va a sentirse culpable por haberme enviado al internado, por eso no puede cabrearse y echarme la bronca y siempre acaba perdonándose.

—Falta un plato —comentó tras contarlos con la mirada.

—No —contesté fijándome también en ellos.

Enumeré los comensales mentalmente: arpía número uno, arpía número dos, Rodri y yo.

—Somos cuatro —me quejé realzando lo obvio. Si fuéramos veinte, entendería las dudas—. A no ser que tu mujer haya decidido que sentemos al servicio a esta *lujosísima* —dije exagerando cada letra, sólo para chicharlo— mesa. En tal caso, vigílala de cerca. Debe de estar poniéndose hasta las cejas de polvo de ángel.

—Cande —me reprendió tratando de ocultar que mi comentario le había hecho gracia.

—Lo siento —fingí disculparme—. ¿A los ricos ya no os va el polvo de ángel? ¿MDMA, entonces?

—Somos cinco —respondió exasperado, aguantándose la risa.

—Cinco, pues —repetí encogiéndome de hombros y girándome para coger otro plato y otro servicio de cubiertos del carrito.

—Y mi mujer es una dama de la alta sociedad —repuso—, así que consumiría coca, que, por si no lo sabes, siempre será la droga de los ricos y los agentes de bolsa. Ten un poco de clase.

Nos miramos y, en el mismo segundo exacto, ambos nos echamos a reír.

Rodri se marchó entre carcajadas y yo olvidé preguntarle quién se había apuntado a tan divertida, véase con toda la ironía del mundo, cena a última hora. Seguro que era una amiga de Estela o de Julia, con un nombre de pija ridículo como Piti, Cuqui o Patu.

Cuando lo tuve todo listo, salí de la cocina dispuesta a ver un poco la tele con Charo, la cocinera, o estar

un rato en el jardín. Cualquier cosa que no me matase de aburrimiento. Oí la voz de mi hermana en la cocina y rápidamente la idea de Charo quedó descartada. No quería encontrármela. Seguro que Julia le había contado mi escaqueo con la ley del día anterior y estaría deseando verme para echarme la charla, y echármela a malas. Curiosamente, ella nunca se ha sentido culpable por mandarme al internado y eso que fue idea suya.

Estaba a punto de llegar a la terraza cuando oí unos tacones repiquetear contra el suelo de mármol. Siempre había tenido un gusto envidiable para los zapatos. Creo que es lo único bueno que puedo decir de ella.

—Estela —me giré usando su nombre como saludo. Otra costumbre muy de pijo que no soporto, pero con ella lo hago. No lo puedo evitar. Me sale solo.

—Cande —replicó caminando hasta mí—, imagino que sabrás que tenemos que hablar.

Asentí a la vez que maldije mentalmente ese salón tipo palacio de congresos. Si hubiese sido diez metros más corto, habría llegado a la terraza.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —me reprochó.

—No estaba pensado en nada. A veces siento bien —respondí impertinente.

Estela me miró de esa forma que creo que debe tener incluso patentada, como si yo fuera una niña malcriada que no parara de meterse en problemas y estuviera a punto de aparecer en «Hermano mayor», y ella la madre abnegada y cansada de vivir esa situación.

—Acabar en el calabozo no es ninguna broma. ¿Por qué eres tan irresponsable, Cande? Tienes veintidós años. Podrías empezar a comportarte como una adulta.

¿Qué? Eso estaba rozando ruinosamente el colmo. Encima todavía tendría que escuchar que me tenía sobreprotegida, cuando sería capaz de tirarme como sacrificio a un volcán por una falda de cachemira.

—Julia tiene razón. Te lo hemos dado siempre todo hecho. Tienes que aprender el valor de las cosas y, sobre todo, tienes que aprender a comportarte.

Tomé una larga bocanada de aire. No quería montar una escena, aunque podría y ella se la mereciese.

—Sinceramente, creo que te estás comportando como una niña malcriada que ni siquiera sabe lo que quiere. Madura, Cande, madura y devuélvenos un poco del cariño que te hemos dado.

¡Eso sí que había sido el colmo!

Fui a saltar, pero ella, que es una arpía muy lista, giró sobre sus talones y se marchó, dejándome con la palabra en la boca. ¡Maldita! No iba a dejar que la conservación quedara así. Di el primer paso tras ella, pero entonces unos pasos a mi espalda me distrajerón y alguien me agarró de la muñeca y me obligó a girarme.

—Cande.

Alcé la mirada y no supe qué decir. Simplemente me quedé en blanco. Él tiró de mi mano y nos sacó al jardín. Mientras lo atravesamos, me pregunté muy en serio si estaba sufriendo algún tipo de efecto psicossomático por haber estado hablando de drogas en la cocina. ¿Qué hacía Sergio allí?

Rodeó la pequeña casita de invitados y se detuvo a unos pasos del muro que rodeaba la propiedad. Era imposible que nadie pudiese vernos en ese lugar recóndito... e íntimo.

Me soltó y yo conseguí salir del hechizo de su mano agarrando mi muñeca.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Por lo visto, impedir que asesines a tu hermana.

Lo miré mal y él sonrió.

—Rodri siempre me invita a estas cenas —me aclaró.

—¿Y por qué no te he visto en ninguna?

—Porque siempre había dicho que no. Ahora me resultan más interesantes, ¿qué puedo decir?

Otra vez se estaba riendo de mí, era consciente de ello, pero el brillo de sus ojos era tan azul y su sonrisa tan sexy que se me olvidó.

Me miré las manos. Me temblaban suavemente. Todavía estaba furiosa por todo lo que había dicho Estela y, más aún, por no haber tenido oportunidad de contestarle. A veces puede llegar a ser malvada y no del tipo «me dejé llevar», sino malvada con mayúsculas, como las malas de las telenovelas.

—No le des más vueltas —dijo, y su voz, más que sus palabras, me sacaron de mi ensoñación.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —protesté.

Él sonrió de nuevo y yo me permití observarlo. Llevaba unos vaqueros, una camisa blanca y un jersey celeste. Estaba guapísimo, pero era una versión relajada de su yo de oficina. No era el Sergio que frecuentaba antros donde servían Glenlivet. Por un segundo me hizo ilusión pensar que conmigo sí era así, como era de verdad.

—¿Qué? —inquirió sin que la sonrisa lo abandonase.

—Nada —me defendí a la vez que, nerviosa, dirigí la mirada a cualquier otro sitio.

Sergio dio un paso y nos quedamos cerca, muy cerca.

—No es la primera vez que te pillo mirándome embobada.

Ahogué una risa inquieta en un suspiro. Mis nervios aumentaron hasta la luna, ida y vuelta, como en la canción de Sinatra, pero en la versión de Dudley Moore. Me parece un espejo más apropiado en el que reflejarme teniendo en cuenta que fue el rey de la comedia y mi vida, por entonces, era un completo chiste (no es que haya mejorado mucho, pero lo llevo con dignidad). ¿Cuántas veces me había pillado contemplándolo? Le mantuve la mirada y levanté la barbilla con altanería. No era ninguna cría asustada. Joder, ¡qué bien olía! Me distraje. Armani Code mezclado con él. Si en ese momento me hubiese desmayado, habría sido de lo más comprensible.

—Imaginaciones tuyas —balbuceé para salir del bochorno absoluto.

Su sonrisa se ensanchó y su mirada se volvió más hambrienta.

Sergio alzó la mano y la colocó en mi cuello, hundiendo los dedos en mi pelo. Tragué saliva. Sus preciosos ojos bailaban de los míos a mis labios. Suspiré bajito. Se acercó un poco más. No habría podido escapar de él aunque hubiese querido.

Pero, en el último segundo, se apartó y, veloz, retiró su mano.

Otra vez como en la puerta del bar.

Miró hacia la casa y comenzó a andar en su dirección. Sin darme oportunidad a pensarlo, alcé la mano y cogí su jersey con suavidad a la altura de su estómago. Levanté la mirada y la suya estaba esperándome para atraparla.

Quería que me besase. Lo deseaba como no había deseado a ningún chico en veintidós años.

—No es una buena idea —susurró con su voz ronca, como si estuviera hecha de masculinidad pura y películas de Robert Redford.

—Quiero que lo hagas —musité.

Él sonrió y su gesto se reflejó en mis labios.

—Me muero de ganas —confesé con tono trémulo.

—Puede que yo también quiera y que también me muera de ganas —replicó sin levantar sus ojos de mí—, pero no voy a besarte.

—¿No?

Esa única palabra escapó decepcionada de mis labios antes de que pudiese controlarla.

—No —repitió torturador—, porque te tengo tantas ganas que, si te beso, no voy a poder controlarme y acabaré follándote muy fuerte y muy duro. Me va a dar exactamente igual dónde estemos. Así que, ahora que

todavía puedo mantenerme alejado de ti, prefiero que sea así.

¡Uau!

Sergio colocó su mano sobre la mía y yo entendí que tenía que soltarlo. Viéndolo alejarse, empecé a pensar que Sira tenía razón y que quería que ardiese por combustión espontánea.

Presente

—¡Necesitas salir! —grita Sira como si fuera el fin de todos los problemas de la humanidad—. Pillarte un pedo descomunal, ligar con un tío bueno y olvidarte de que Sergio Herranz existe.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —murmuré.

—Levántate —me increpa, empujándome de mi nuevo tresillo hasta que me obliga a hacerlo.

—No quiero —protesto enfurruñada.

—Y eso le importa a... —Deja la frase en el aire, dándome pie a que continúe. Está claro que a ella no—. Vístete. Muy guapa —especifica—. Vamos a darlo todo.

Voy a volver a decir que no quiero, pero es obvio que no va a importarle, así que mejor me ahorro las quejas y voy a cambiarme. Con un poco de suerte, después de un par de copas, conocerá a algún chico muy mono y se olvidará de mí y de mi sed de venganza. Tengo sed de venganza. Jamás, en mis veintidós años, me he sentido así, pero es que lo odio tanto que quiero que lo pase mal, quiero que sufra, y después pienso que no, que no quiero que le pase nada malo... y me enfado conmigo misma por seguir estando tan enamorada y todo vuelve a empezar. Si ni siquiera puedo decir cómo me siento, ¿cómo voy a enfrentarme a él? Debería ponerle alguna excusa a Rodri y dejar el trabajo, pero es que tampoco quiero hacer eso, porque equivaldría a rendirme y no me da la gana. Soy adulta y soy fuerte y cada vez que me he repetido que podía con esto era verdad.

Me pongo mi vestido más bonito y me subo a unos taconazos. Sira tiene razón. Tengo, rectifico, necesito pasármelo bien, una de esas noches en las que olvidas que después habrá un mañana y morirás con la resaca, y la mejor manera de conseguirlo es, primero, copas y más copas en el O'Donnell; segundo, copas y más copas, y buena música, en alguna discoteca de Huertas, donde los hípsters y los pijos redomados se disputan el poder.

Acabamos en Elité, que es, como todas imaginareis, un club chulísimo que toma lo mejor de la discoteca Pachá y lo mezcla con una decoración muy sofisticada y buena música. Es un sitio increíble y, en cuanto te pones a bailar y te ríes, se te olvida un poco que te han soplado cinco euros por una cerveza.

—Mira allí —dice Sira señalándome un grupo de chicos. Son muy monos... para mí ya nada pasa de mono. ¡Qué asco!—. ¿Por qué no vas a hablar con ellos?

Niego con la cabeza y con el índice. No pienso ir. No quiero un rollo, ni otro tío, ni siquiera tengo muy claro que quiera estar aquí. Sí, mi plan está haciendo aguas. No sólo no he conseguido olvidar que después vendrá un mañana, sino que sigo teniendo ganas de morirme ahora y muy probablemente mañana.

—Vale, pues iré yo —continúa con una sonrisa de oreja a oreja, encogiéndose de hombros.

—No —replico con los ojos como platos.

Pero mi queridísima amiga ni siquiera me escucha y echa a andar hacia el grupo de cuatro o cinco chicos.

—¡Sira! —grito desesperada, pero ella sigue sin oírme y, si lo hace, finge a la perfección lo contrario.

Cuando llega hasta los chavales, les planta su mejor sonrisa y comienza a hablar con ellos. Unos segundos

después, me señala y yo quiero cavar un agujero en el suelo y escapar de la discoteca de moda de esta semana como los de *La gran evasión*. Uno de ellos le devuelve la sonrisa y asiente un par de veces mirando en mi dirección. No. No. No. Me niego a una cita a ciegas improvisada. No, no, no y mil veces no. Opto por lo más cobarde, pero lo más efectivo, y huyo sin mirar atrás, protegiendo mi cerveza de la multitud.

No he avanzado más que un par de metros cuando un chico, tratando de hacer un paso de *breakdance*, empuja a otro, éste a una chica... y van chocándose como piezas de dominó hasta que un torso enfundado en una camisa azul se estrella contra mí y mi Coronita.

—Perdona —dice al instante.

—Perdonado —repito, y añado una sonrisa al comprobar que mi botellín está intacto.

Él me devuelve el gesto. Pienso en decirle que mi sonrisa era para mi cerveza y no para él, pero mejor me callo. Lo miro con más detenimiento. Tiene el pelo castaño muy claro y unos bonitos ojos marrones. Me resulta familiar, pero no sé de qué.

—Me llamo Marcos —se presenta.

—Yo, Cande.

Miro a mi espalda y veo a Sira con dos de los chicos del grupo en la porción de pista donde antes estaba yo, buscándome.

—Tengo que irme —le digo. No quiero sonar antipática, pero tampoco puedo dejar que Sira me encuentre.

—Parece que tienes un poco de prisa.

Enarco las cejas. Eres un lince, chaval.

—De verdad que no quiero parecer una borde, pero... es que tengo que irme.

Vuelvo a mirar hacia atrás. Él también lo hace y su sonrisa se ensancha.

—¿Estás huyendo de esa chica? —inquire burlón—. Si tiene pinta de ser adorable.

—Es una mujer con una misión —replico. Me mira divertido—. ... No lo entenderías.

Yo tampoco comprendo por qué le estoy dando tantas explicaciones, pero, en lugar de marcharme, él sonrío y yo le devuelvo la sonrisa.

—¿Por qué no subimos? —me propone—. Hay una terraza con unas vistas increíbles y podrás escaparte de esa chica, que obviamente es muy muy peligrosa.

Aprieto los labios tratando de contener una sonrisa. Claramente se está burlando de mí.

—No quiero añadir más presión a tu decisión —continúa con la vista a mi espalda—, pero te ha visto y viene hacia aquí.

Tuerzo el gesto.

—Mierda... quiero decir, acepto.

Vuelve a sonreír y me hace un gesto para que pase delante.

En cuestión de minutos logramos acceder a la parte de arriba. Marcos me pide un momento y se acerca a hablar con uno de los camareros. No oigo qué le dice, pero el chico acaba sonriendo y sale de detrás de la barra. Marcos me hace una señal para que me reúna con él y, cuando lo hago, no suelta prenda. Sólo me pide que siga al camarero. Unos segundos después, abro la boca, admirada. El empleado acaba de retirar un coqueto cartelito de reservado de una de las mesas de la terraza. ¡Es para nosotros!

—Uau —murmuro con una sonrisa de oreja a oreja, abandonando mi cerveza en la mesa, dejando a un lado la silla y caminando los pocos pasos que me separan de unos paneles de cristal de menos de un metro que rodea todo el mirador. Madrid está literalmente a nuestros pies, con los preciosos edificios de piedra caliza iluminados por esos halos dorados de luz. Mires donde mires hay algo que merece una sonrisa: un cartel publicitario clásico, una maravillosa estatua en lo alto de un edificio aún más maravilloso, las calles

recubiertas de coches, personas y teatros. Es espectacular.

—Ya te dije que las vistas eran increíbles —interviene Marcos desde la mesa.

—Ya lo sabía —respondo aún alucinada e inmediatamente vuelvo a admirar las vistas—, quiero decir, lo sospechaba. Nunca hemos conseguido mesa en el mirador. Es una pasada —sentencio mirando a Marcos de nuevo.

Él sonríe.

—Una Coronita y un gintónic.

El camarero asiente y se dirige a la barra. Yo me pierdo un momento más en cada precioso centímetro cuadrado de esta impresionante fotografía y al fin tomo asiento.

—¿Ves? —comenta con un deje de satisfacción en la voz—. Conmigo estás a salvo.

Le doy un trago a mi cerveza.

—Cuánta seguridad —recalco socarrona.

—Supongo que es deformación profesional —replica contagiado de mi humor—. Soy policía.

De pronto mi memoria encuentra el recuerdo exacto y abro los ojos como platos. ¡Joder, ya sé de qué lo conozco!

—Dios mío —pronuncio con una sonrisa, casi risa—, de eso me sueñas.

Entorna los ojos.

—¿Te he metido en la cárcel?

Tuerzo el gesto.

—De hecho, sí, por escándalo público.

En mi defensa diré que, como el noventa por ciento de los líos en los que acabo metida, la culpa fue de Sira.

—Fue hace varios meses —concreto—. A una amiga, a esa chica de abajo que te ha parecido adorable y a mí.

Marcos mira hacia el cielo haciendo memoria y al poco sonríe. Está clarísimo que acaba de recordarnos.

—Nos hicisteis quedar como los reyes de la comisaría —sentencia orgulloso sin dejar de sonreír.

Me gusta esa sonrisa y, antes de que pueda pensarlo, se la devuelvo.

—Bueno, y ahora que ya sabemos que eres una criminal peligrosa —dice cruzándose de brazos sobre la barra—, ¿por qué no me cuentas algo más de ti?

Le doy un trago a mi bebida, esta vez al botellín nuevo. Está helado y delicioso. Una suave ráfaga de aire inunda el mirador proveniente de la ciudad. Hace un poco de frío, pero las vistas merecen la pena.

—Estoy pensando en atracar un banco —bromeo.

—¿Ah, sí?

Me encojo de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy una contestataria.

Marcos asiente fingiendo que sopesa mis palabras. Tras unos segundos, se inclina sobre la mesa y baja el tono de voz; de golpe todo parece más íntimo y también más divertido, como si, sin saberlo, hubiésemos empezado a jugar.

—Creo que eres demasiado bonita para ser una contestataria.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Me río nerviosa, toso y la cerveza acaba yéndose por la nariz, por lo que empiezo a toser como si fuera una enferma de tuberculosis en un hospital de la primera guerra mundial.

Marcos se levanta aguantándose la risa por semejante espectáculo, se acuclilla frente a mí y me tiende una servilleta.

—Lo siento —dice cuando me calmo, pero esa indisimulable sonrisilla sigue ahí. No lo culpo.

Y de pronto, no sé por qué, creo que ni siquiera es un pensamiento racional, pero una suave sensación de protección me inunda. Sin quererlo, hago memoria y recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así. Cabeceo y me obligo a echarlo de mis pensamientos, pero eso sí que es infinitamente más complicado desearlo que hacerlo.

—¿Estás bien? —inquire Marcos sacándome de mi ensoñación, metiéndome, con una dulzura digna de un príncipe de cuento, un mechón de pelo tras la oreja.

—Sí —respondo veloz y fuerzo una sonrisa—. Ha sido una tontería.

Él me devuelve el gesto y por un momento nos quedamos mirándonos. Me siento incómoda y cómoda a la vez, como si una parte de mi cuerpo estuviese contenta de estar dando una especie de paso adelante y la otra la avasallara con un montón de recuerdos que no me hacen ningún bien.

—Gracias —digo alzando suavemente la servilleta.

—No las merece.

Se levanta despacio y vuelve a su asiento. Marco parece de esas personas con un código moral muy firme y que cumple en cualquier circunstancia. Algo de lo que se siente orgulloso. Siempre he pensado que en el mundo están los artistas, que lo mueven a golpe de genialidad: Dalí, Steve Jobs, Andrés Iniesta... porque ser artista no se limita sólo al arte en sí, se trata de tocar la fibra de alguien, emocionarla a través de tu trabajo o tu manera de ver la vida. Y después están los protectores, los que sustentan esos cambios, los que los cuidan con mimo y, sobre todo, los que nos miran al resto de miles de millones de personas a los ojos y nos dicen «no os preocupéis. Por muy mal que vayan las cosas, nosotros estaremos aquí». Siempre he creído que necesitamos tanto a los primeros como a los segundos.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti? —le pido.

Nos pasamos charlando casi dos horas. Sólo nos vamos porque el frío ha dejado de ser soportable y, como ha sido tan caballero de prestarme su chaqueta, no quiero que pille una pulmonía por mi culpa.

Marcos se ofrece a acompañarme a casa y acepto. Aunque sigue haciendo frío, no estamos demasiado lejos y vamos dando un paseo. Caminamos por la calle Atocha, cruzamos por la plaza Mayor y después bajamos por Toledo. No es el camino más corto ni por equivocación y, como siempre que paseo por esta plaza, me convierto en una turista más que mira embobada cada rincón, pero él no protesta; es más, me parece ver alguna que otra sonrisa, y yo disfruto de Madrid.

—¿Éste es? —pregunta con las manos en los bolsillos, deteniéndose junto a mi portal.

—Sí —respondo.

Nos quedamos frente a frente. Es una tontería, pero estoy nerviosa y creo que a él le pasa lo mismo. Ninguno sabe qué decir. Yo no quiero alargar más la agonía y doy el primer paso para marcharme, pero, entonces, una vocecita me recuerda que debería estar aquí, que debería querer estar aquí y todo lo demás, por mi bien y por el de mi pobre corazón, debería quedarse atrás.

—Me lo he pasado muy bien —dice. Yo asiento y él da un paso hacia mí, casi titubeando—. ¿Tal vez podríamos repetir?

Lo pienso y no debería.

—Sí —contesto al fin, y no sé quién ha respondido, si yo, mi sentido común o mi sed de venganza. Sin meditarlo, suelto mi móvil a bocajarro, como si disparara una metralleta.

Él sonrío de nuevo, creo que no se ríe por no incrementar mi bochorno, y se acerca un poco más. Tiene unos ojos preciosos. Se inclina despacio y me deja un suave beso en la mejilla. Sus labios contra mi piel, muy cerca de mi boca, me hacen sentir un dulce cosquilleo en el estómago. Cuando se aparta, mi sonrisa inquieta se entremezcla con la suya, que ahora es más tenue, pero también más sexy.

—Hasta la próxima —murmuro, giro sobre mis zapatos y voy hasta el portal.

—Hasta la próxima —responde.

En cuanto cierro la puerta de mi piso, me apoyo contra la madera. Tengo la respiración agitada y no tengo ni la más remota idea de cómo me siento ahora mismo. He hecho bien. He hecho lo que tenía que hacer. Tengo que seguir adelante con mi vida. Trato de relajarme y doy un paso adelante, pero, sin que pueda controlarlo, creo que sin que ni siquiera pueda verlo venir, rompo a llorar. Me llevo las palmas de las manos a los ojos y los sollozos me atraviesan la garganta.

—No, joder —me lamento dejándome caer en el tresillo.

Sólo hace siete días que he vuelto. ¡Es que nunca debí volver!

Lucho por tranquilizarme y lo consigo. Respiro hondo y busco mi cajetilla de Marlboro. Sin embargo, en ese preciso instante recuerdo que me quedé sin tabaco de camino a la discoteca.

—Maldita sea —refunfuño.

Me levanto y voy hasta la nevera. Una cerveza helada sustituirá el cigarrillo. Sólo necesito relajarme un poco, respirar hondo con mi botellín en la mano y meterme en la cama... No quedan.

—Genial —murmuro irónica.

Sin pensarlo, cojo mi abrigo y salgo de nuevo. Me gustaría poder decir que deambulo sin sentido, pero sé perfectamente a dónde quiero ir. Mi casa ya no huele a él y yo necesito tenerlo cerca de alguna manera. Sé que no me hace ningún bien y que roza lo enfermizo, pero lo echo de menos de una manera casi sobrehumana.

El antro tiene la misma pinta de antro que la última vez que estuve aquí... con él. Entro en el Emerson y camino hasta la barra con paso inseguro.

—Hola —saludo al camarero.

Él me mira de arriba abajo, preguntándose qué demonios hago aquí, esperando con un intimidante silencio que diga lo que tengo que decir.

—¿Vendéis tabaco?

—No.

Otra vez... genial.

—Un copa —le pido—, Glenlivet con tónica.

Podría haber pedido cualquier otra cosa, pero debo de ser masoquista, o tonta del culo, yo qué sé.

El camarero asiente y se pone a preparar mi bebida. Yo me quito el abrigo a la vez que suspiro enfurruñada. Quiero un cigarrillo.

Me encaramo a la barra de metal que escolta el mostrador de madera a unos centímetros del suelo y esgrimo mi mejor sonrisa.

—¿No tendrías un cigarrillo? —le pregunto al camarero.

El hombre, una mole de cien kilos, barba y chaleco de motero, me mira, mal. Pero debe de apiadarse de mí porque se saca un paquete de Chesterfield del bolsillo y, con muy pocas ganas, lo pone sobre la barra.

—Uno —me advierte.

Yo asiento encantada, regreso al suelo y saco un pitillo. Se lo agradezco y voy hasta la puerta. El frío me recibe, aunque el término exacto sería me planta cara. Estamos a finales de marzo, ¿cuándo van a subir un poco las temperaturas?

Me llevo el cigarro a los labios y, cuando meto las manos en el bolso en busca del mechero, lo visualizo encima de mi pequeña mesita de centro. ¡Mierda!

—¡Joder!

Alguien chasquea la lengua contra el paladar y el sonido me distrae. Lo siguiente que oigo es su pesada respiración y, al girarme, creo que estoy a punto de perder la poca cordura que me queda cuando veo a Sergio, con el hombro apoyado en la gigantesca ventana que sirve de fachada del local. Su actitud sexy y

macarra al mismo tiempo, su atractivo, sus ojos azules... todo juega en mi contra, porque todo sigue siendo igual, incluso ese halo de peligro. Sólo que ahora sé cuánto daño puede hacer.

—¿Qué haces aquí, Cande?

—Fumarme un cigarrillo —digo cruzándome de brazos y dejándome caer también sobre la cristalera con la vista al frente. Insolente, distante, displicente.

—En Madrid debe de haber algo así como un millón de bares —sisea.

—Me gusta éste.

Sergio le da una calada a su pitillo y lo lanza a unos metros. Con el humo aún evaporándose, da un paso hacia mí. Su olor, su sensualidad, su sexualidad... me sacuden. Es un maldito castigo.

—¿Por qué coño has vuelto, Cande? —pregunta, y su voz sigue sonando igual de ronca.

—¿Y por qué no tendría que haberlo hecho? ¿Por ti?

De pronto estoy todavía más enfadada. Me incorporo y doy el primer paso para regresar al local, pero Sergio me agarra de la muñeca y sin ningún esfuerzo me deja contra la pared. Su cuerpo me bloquea el paso y sus manos, apoyadas en el muro, flanquean mi rostro. No llega a tocarme y una mezcla de decepción, furia y todo lo que lo echo de menos se apodera de mí.

—No fuiste tan importante —le espeto, y creo que sólo lo hago para hacerle daño.

Sergio se inclina suavemente sobre mí. A esta distancia no tengo ni una mísera oportunidad de escapar de esos ojos azules.

—Espero por tu bien que eso sea verdad —susurra, y algo suena diferente en él, aunque en seguida desaparece, ahogado en mitad de toda su arrogancia.

Mi respiración se acelera. Su mirada se posa un instante en mis labios justo antes de que se incorpore y entre de nuevo en el bar.

¿Por qué siempre tengo que dejar que se marche como el rey del mambo? ¡¿Es que no he aprendido nada?! Aún más cabreada, regreso al antro con el paso acelerado.

—¿A qué ha venido eso? —prácticamente grito.

Está a unos pasos de mí, caminando hacia el fondo del local. Sé que me ha oído.

—Sergio —lo increpo.

Se detiene.

Podría decir que estoy llamando la atención del resto de clientes, pero no hay. El camarero ni siquiera ha levantado la vista. Este sitio tiene pinta de ser de esos en los que vuelan las sillas y un tío rompe una botella contra una mesa para usarla como arma, así que, que alguien grite, no debe ni de inquietarlo.

—¿A qué...?

Sergio se da la vuelta y en dos zancadas llega hasta mí. No termino la frase porque sencillamente no soy capaz. Siempre ha tenido la capacidad de intimidarme con una sola mirada. Antes me parecía lo más sexy del planeta... ahora también, para qué voy a negarlo.

—Vete a casa. —Y no me lo está ordenando, me lo está advirtiendo.

—De eso nada —respondo muy digna—. Me he pedido una copa y pienso bebérmela.

Sergio mira hacia la barra. No le lleva más de un segundo reconocer mi abrigo en el taburete y el vaso bajo con hielo y whisky junto a la botella de tónica.

—¿Aún bebes Glenlivet? —pregunta entornando la mirada.

—Sí —contesto, y saboreo con malicia lo que estoy a punto de decir—. Hay cosas que me enseñaste que merecen la pena, como que se corran dentro cuando me follan.

Otra vez ha hablado mi sed de venganza.

Sergio aprieta la mandíbula y un centenar de emociones recorren sus ojos tan de prisa que no soy capaz

de atrapar ninguna. No sé qué gano provocándolo, pero estoy demasiado furiosa como para preguntármelo.

—Ponte el abrigo —ruge.

—No.

Y él no dice nada. Simplemente se pasa la mano por el pelo, me agarra de la muñeca y tira de mí sin ninguna amabilidad al tiempo que echa a andar.

—Suéltame —me quejo.

Pero obviamente no me hace el más mínimo caso.

Al pasar junto a la barra, se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros que le queda libre, saca un billete de veinte, lo deja sobre la roída madera junto a mi copa y coge mi abrigo.

—Sergio, suéltame —protesto con más insistencia.

Ni siquiera parece oírme. Cruzamos la puerta del Emerson. Sus largas piernas le proporcionan largas zancadas y, sumado a su ritmo acelerado, hace que casi tenga que correr y llevo tacones.

Intento soltarme de su mano con la otra, pero creo que todo mi esfuerzo ni siquiera le está haciendo cosquillas. Una ráfaga de aire frío atraviesa la calle del Tesoro y me eriza la piel.

—Hace frío —me quejo.

—Te dije que te pusieras el abrigo —repone sin ningún arrepentimiento.

Caminamos un par de calles más y no tardo en divisar su flamante BMW azul eléctrico. Las luces se iluminan cuando estamos a unos pasos. Sergio nos detiene junto a la puerta del copiloto y la abre.

—Sube —gruñe.

—No —contesto como si fuera obvio, ¡y es obvio!—. No pienso subir.

—Cande.

—¿Qué?

Masculla un juramento entre dientes y cierra la puerta con un sonoro portazo. A pesar de verlo, el ruido me sobresalta. No tarda más de una décima de segundo en acorralarme contra la carrocería con sus manos apoyadas en el techo. Otra vez estamos muy cerca, pero otra vez no me toca.

—Para con esto, Cande.

Está furioso, mucho, y me alegro, porque yo también lo estoy. Aunque, siendo sinceros, también es algo mucho más profundo y complicado, como el hecho de que algo dentro de mí brilla al conseguir provocar en él una emoción, la que sea. Creo que Sergio también es consciente, como si yo fuera la única capaz de sacarle de esa especie de letargo. Esa temeraria idea lo arrasa todo dentro de mí y las viejas costumbres vuelven: la imperiosa necesidad de consolarlo, de demostrarle que el amor es real. La canción que comienza a sonar bajito entre los dos.

—Joder —murmura, y la rabia en su voz se ha transformado.

Me mira a los ojos de verdad, como hacía tres meses que nadie me miraba, y yo tengo que recordarme que debo seguir luchando. Sergio mueve la mano, despacio. Sus ojos se fijan en el movimiento y la respiración de ambos se acelera suavemente. Debería apartarme, pero no puedo y tampoco quiero. El reverso de sus dedos me acaricia efímero la mejilla y, por Dios, creo que por fin vuelvo a respirar, como si estuviera muerta de sed y él me hubiese dado de beber. Sergio inspira pesadamente y sus manos toman mi cara. Es el preludio del beso, el gesto que tantas veces ha usado. Mi corazón late desbocado. Y lo que más me asusta de todo esto es que no lo estoy sintiendo sólo yo.

Sergio traga saliva sin apartar su mirada de la mía. Está luchando, conteniéndose. Y empiezo a no saber si quiero que lo haga o no.

Esto es un error.

Aparta las manos y yo muevo la cara, los dos a la vez. Todo mi cuerpo protesta y clama por el suyo

recibiendo su llamada.

Antes de que diga nada, giro sobre mis pies, abro la puerta y me meto en el coche. Sé que si me lo ordena, esa especie de resorte que le ha declarado la guerra volverá a decir que no, como sé que no va a rendirse y aceptar una negativa. Así que, cuanto antes acabemos con esto, mejor.

El motor arranca con un rugido y la música salta. *Una décima de segundo*, de Antonio Vega, inunda el interior del vehículo, pero Sergio no la deja sonar más que un segundo y silencia el equipo. Mejor, Antonio Vega y, en concreto, esa canción no van a traernos nada bueno.

Ninguno de los dos dice nada y el silencio, sin embargo, está cargado de cosas. De todas las ocasiones en que hemos estado los dos en este coche, las veces que nos hemos reído, que hemos discutido, que me ha besado. Todas y cada una de las veces que me ha follado y yo he jugado a eso tan peligroso de interpretarlo como un gesto de amor cuando sólo era sexo.

Me estoy ahogando.

Quince minutos después llegamos a mi calle. Sergio detiene el BMW despacio y no sé si aún lo ha hecho del todo cuando abro la puerta y salgo disparada.

No tendría que haber venido, nunca.

Pasado

En mitad del jardín de Rodri, escondida tras la casita de invitados, me tomé unos segundos para recuperarme. Había sido increíblemente intenso y sólo habíamos hablado. Bueno, él había dicho las palabras *follar, fuerte y duro* y la leyenda de Sergio Herranz se había hecho un poco más grande. El malnacido tenía la boca sucia. Sira tenía razón y yo ya podía morirme del gusto.

Con una sonrisa indisimulable, regresé a la casa. No tenía ni idea de cómo iba a soportar una cena con él a dos sillas de distancia. Sin embargo, cuando entré en el salón y unos dos minutos después en el *office*, advertí de inmediato que él no estaba. Rodri no tardó en disculparlo, diciendo que le habían surgido unos asuntos que resolver y no había podido quedarse. Mentira. Mentira cochina.

* * *

El lunes llegué a la oficina nerviosa, muy nerviosa. No iba a negarlo. En cuanto entré, me senté a mi mesa y me camuflé tras mi Mac corporativo. No sabía qué me esperaba con respecto a Sergio. Por fortuna, no tardé mucho en averiguarlo. Él salió de su despacho, mezquinamente guapo, observó la sala y, cuando nuestras miradas se encontraron... no hubo nada, pero nada de nada, ni un «hola», ni una discreta sonrisa. Nada. Habíamos vuelto a ser el señor Herranz y la señorita Martín y, aunque todo mi cuerpo se destensó por volver a territorio conocido, no tuve claro que eso me gustase. ¿Qué quería de mí?

Estaba revisando los volúmenes económicos contractuales del último trimestre cuando de reojo vi a San Gil, una de mis compañeras, levantarse con unos papeles en la mano y dirigirse al despacho de Sergio. Me había vuelto superconsciente de todo lo que pasaba en ese puñado de metros cuadrados y alrededores, sobre todo si se trataba de una mujer la que merodeaba por allí.

Llamó y entró en el despacho con la sonrisa preparada. Resoplé discreta y resignada. Me pregunté si alguna vez se habría encontrado con una chica que le hubiese dicho que no... Creo que no. Es un ejemplar diseñado para el triunfo. Dios tiene que estar muy contento de su obra. Seguro que se parte de risa viendo las caídas de bragas que provoca. ¿Lo que acabo de decir será una blasfemia?

Unos minutos después, la puerta volvió a abrirse y mi compañera salió con cara de acabar de ver una sesión doble de *El diario de Noah* y *Titanic*, con Ryan Gosling y Leo DiCaprio haciéndole un masaje a dos manos. Era el efecto «he estado cerca de Sergio Herranz».

La miré mal, pero tuve que contenerme cuando San Gil, con el paso decidido, llegó hasta mí.

—Cande, el señor Herranz quiere verte —me anunció odiándome un poco en secreto.

Yo le sonreí tirante y me levanté. Sergio Herranz era mío y estaba dispuesta a batirme en un duelo de grapadoras para dejárselo claro.

Sergio estaba de pie, de espaldas a la puerta, buscando unas carpetas en su estantería de madera clara. Sin quererlo, mis ojos recorrieron su cuerpo. Unos hombros fuertes y torneados, una espalada perfecta, la

cintura algo más estrecha y las piernas largas rematadas con un culito espectacular. No puede negarse que está muy bien hecho.

—¿Querías verme? —inquirí para dejar de mirarlo y no correr el peligro de que me pillase relamiéndome.

—Sí —respondió con su seriedad habitual—. Quería comprobar una cosa —me explicó girándose y lanzando un par de carpetas sobre su mesa.

Asentí y fruncí el ceño al verlo caminar rotundo hasta mí. Tomándome completamente por sorpresa, rodeó mi cintura con su brazo. La palma de su mano se posó decidida y peligrosa al final de mi espalda y, brusco, me atrajo hacia él, chocando su duro y espectacular cuerpo contra el mío. Gemí y toda yo me iluminé cuando Sergio se inclinó sobre mí y perdió sus labios en mi cuello. Deslizó su nariz y mi piel se encendió.

—Hueles exactamente como imaginaba —susurró tras inspirar con suavidad.

Sin más, se separó y me dejó allí, al borde del desmayo.

—Puedes volver al trabajo.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué?

Me recompuse, ni siquiera entendí cómo, asentí con timidez y, al girarme y echar a andar para alcanzar la puerta, di un traspié y estuve a punto de darme de bruces contra el suelo. ¡No me extraña! Mi cuerpo en esos momentos era pura gelatina y mucha, mucha, muchísima excitación.

Al fin alcancé la puerta y logré salir. De reojo, lo vi sonreír. Ya podía sentirse orgulloso, el muy cabronazo. Era todo culpa suya.

Sólo volví a ver a Sergio cuando cruzó el departamento con el paso decidido y se marchó.

Pasé la tarde y parte de la noche con las chicas, aunque me callé los últimos acontecimientos. No sabía por qué lo hacía. Creo que primero quería ver cómo terminaba todo.

* * *

El martes prometía ser como el lunes, sólo que con una tonelada más de trabajo. Había entrado un nuevo proyecto en el departamento. Paula parecía estar inmersa en una fase de faraona egipcia y creía que nosotros éramos su propio pueblo condenado a la esclavitud. Encima tampoco había tenido la oportunidad de darme una alegría viendo a Sergio hablando con algún compañero. No había salido de su despacho prácticamente en todo el día. A eso de las cinco, terminé de revisar el último contrato, lo metí en la carpeta correspondiente y me levanté para llevárselos a Paula. Ella asintió un par de veces y al final me devolvió el dossier.

—Buen trabajo. En media hora te quiero en la reunión —me comunicó—. Prepara toda la documentación y no llegues tarde.

Asentí nerviosa y salí de la estancia. Esas reuniones me ponen los pelos de punta. Es donde se decide qué cabezas rodarán. De hecho, llegué a la sala de conferencias quince minutos antes, con una docena de carpetas. Ordené los dossieres conforme Paula los iría necesitando y revisé algunos flecos de última hora. Al oír a las primeras personas acercarse, cerré la carpeta que ojeaba y me dispuse a sentarme en algún sitio alejado y con poca luz, para que nadie reparara en mí.

La reunión comenzó y los ejecutivos fueron comentando problemas de sus departamentos, que, en realidad, poco a poco, fueron convirtiéndose en rencillas con el departamento vecino, hasta convertirse en una especie de patata caliente cuyo premio, si te explotaba, era acabar metiendo tu grapadora y la foto de tu mujer en una bonita caja de cartón mientras buscabas trabajo de ayudante de cocina.

—Ahora pasemos a ver el programa de contratación —intervino Paula tras haber pasado más o menos media hora—. Herranz, ¿podrías explicarnos el nuevo sistema?

Sergio sonrió.

—Puede hacerlo la señorita Martín —contestó.

¿Había recordado que existía? ¿Justo entonces?

Paula me miró y asintió. Yo me levanté un poco más torpe de lo que me hubiese gustado y carraspeé alisándome la falda. No me esperaba que nadie me pidiese opinión y, aunque mi yo más profesional quería pensar que Sergio lo había hecho para darme una oportunidad, esa media sonrisa maliciosa me dejaba claro que lo único que quería era ponerme nerviosa y observar cómo reaccionaba. Algo así como cuando le echas agua con un pulverizador al pobre ratoncito de laboratorio.

Mi jefa volvió a mirarme, apremiándome en silencio para que empezase a hablar.

—El nuevo sistema —empecé con la voz tímida y, acto seguido, volví a carraspear. Esa idea me enfadó. Podía con eso e iba a devolvérsela de inmediato— intenta rebatir los fallos de la segunda versión del Asius, sobre todo en el cálculo de las variables porcentuales de los impuestos.

Paula asintió y yo gané un poquito de confianza, pero Sergio eligió justo ese instante para barrerme de arriba abajo con la mirada, lleno de descaro. No sentía el más mínimo respeto por esa sala, ni por las personas que estaban en ella, fingiendo que hacían un trabajo importantísimo, ni siquiera por esa empresa que estaba claro que nunca iba a ganar el Nobel por preocuparse de sus conciudadanos (ni de sus pobres empleados). Esa actitud era tan sexy que casi resultaba perturbadora.

—El... Asius —balbuceé—, quiero decir, el nuevo sistema...

¡Basta! No era ningún ratoncito y no iba a darme de golpe contra las paredes de la jaula.

Di un paso hacia Paula llena de seguridad.

—Lo mejor será que se lo muestre con los gráficos —le expliqué deteniéndome junto a mi jefa.

Ella volvió a asentir y yo pude ver de reojo cómo Sergio sonreía, aunque era una sonrisa... diferente. Abrí la carpeta en cuestión y, apoyándome en los gráficos, hice una revisión completa del programa e incluso conseguí arrancar algunos murmullos de asombro entre los ejecutivos. Cuando me enfado, no sé cómo, saco mi orgullo más fiero.

Al terminar, también lo hizo la reunión. Todos los asistentes se levantaron a toda prisa y salieron comentando algunos detalles. Sin embargo, Sergio no se levantó. Al contrario, se acomodó en su silla con cierto aire impertinente. Yo empecé a recoger las carpetas.

—Llévate toda la documentación —me ordenó Paula antes de atravesar la puerta—. Haz un informe pormenorizado con la información que has presentado. Lo quiero para mañana por la mañana.

—Sin problemas —respondí.

La jefa de mi jefe se fue y me quedé a solas con él. Estaba más nerviosa de lo que me gustaría admitir. Seguí cerrando y apilando dosieres bajo su atenta mirada. Estábamos separados por la inmensa mesa de madera. Ninguno de los dos habló y el ruido en los pasillos inundó la habitación. Ya eran casi las siete y todos se estaban marchando a casa. Apenas un par de minutos después, el ambiente se había silenciado por completo. Era más que probable que ya no estuviésemos solos únicamente en esa estancia.

Sergio se metió las manos en los bolsillos. Sacó un paquete de Marlboro, de él un cigarrillo y se lo llevó a los labios ocultándolo con su propia mano. Me quedé hipnotizada por el movimiento y, cuando hizo restallar su Zippo para encenderlo, el pequeño chasquido tuvo un sexy eco entre mis piernas, sobresaltándome. Sergio sonrió mientras se encendió el pitillo y algo me dijo que tenía cristalinamente claro cómo me hacía sentir.

—No puedes fumar aquí —le reproché sólo para demostrarle a él, y a mí, que no me tenía en la palma de la mano.

—Las buenas chicas sois muy aburridas.

Otra vez ese toque de resignación en su voz, como cuando estuvimos en la terraza de la escalera de emergencias.

—Eso ha sonado resignado.

Sé que no era asunto mío, pero algo que ni siquiera entendía siempre me impulsaba a luchar por intentar conocerlo mejor, como si la imagen que Sergio proyectaba de sí mismo y cómo era en realidad no casasen al ciento por ciento.

—La vida es como es. Tratar de cambiar es una pérdida de tiempo.

Y en contra de todo pronóstico, aquello no tuvo ni una pizca de conformismo, era todo lo contrario, una latente rebeldía, y sonó rematadamente sexy. Dejó claro que Sergio Herranz estaba de vuelta de todo, sin sueños, sin aspiraciones. Era como si volviese a llevar esas gafas de 1964 puestas, con las que parecía mandar el mensaje de que el mundo, hecho a su medida, le sobraba.

—¿No te gusta tu vida? —inquirí armándome de valor. Estaba ávida por saber.

—Lo que más me gusta de mi vida es que no le tengo que dar cuentas a nadie. No quiero nada especial, ni nada extraordinario, sólo follar con una chica que me vuelva loco mientras escucho música de Antonio Vega el resto de mis días. Eso de un trabajo mejor, un coche más potente, más dinero, niños... es una pérdida de tiempo. Hago lo que quiero y cuando quiero, y no hay más.

—Es una respuesta un poco nihilista —repliqué encogiéndome de hombros.

Sergio sonrió.

—Eres capaz de aprender palabras muy complicadas.

Fruncí los labios. Se estaba riendo de mí.

—Y tú, de reducir mucho las cosas.

Sergio se levantó despacio, como si me invitara a seguir el movimiento. Le dio una calada a su cigarrillo y empezó caminar con esa misma lentitud, rodeando la kilométrica mesa.

—Follar y vivir —sentenció a modo de explicación. Tuve la sensación de que esa frase terminaba con un «todo lo demás, sobra».

—¿No incluyes a otras personas? —En ese instante tuve la sensación de que en realidad lo que hubiese querido preguntar era «¿no me incluyes a mí?».

—¿Y el amor? —se burló. Estaba claro que había sabido leer entre líneas mi súplica silenciosa. Sergio era más listo de lo que me convenía. A decir verdad, creo que no había ningún sentido en el que me conviniese—. La vida no es como en los libros, Candelita.

Otra vez me estaba tratando como a una cría.

—Tampoco está tan vacía como tú la describes —respondí con una aplastante seguridad.

—Mi vida no está vacía —replicó sin dejar de avanzar—, pero sólo la lleno con lo que yo quiero. Y nada de lo que quiero tiene que ver con un trabajo de mierda en una torre llena de una veintena de oficinas como ésta. —Se detuvo y se apoyó hasta casi sentarse en la mesa, justo frente a mí—. Eres como esas personas que se quejaban de que la cultura de los ochenta estaba vacía porque sólo buscaba la belleza. Nada de mensajes contra Gobiernos represores o intentar salvar el mundo. La menospreciaban, pero en realidad no tenía nada de malo. —Sergio se incorporó y cruzó el único paso que nos separaba—. Buscaban gustar y sentir, nada más, como tú ahora.

Bajó la voz y un susurro ronco y masculino se apoderó de sus labios. Su olor me mareó, como te marean las cosas que te gustan demasiado.

—Yo no busco nada de eso —contesté. No podía mostrarle tan cristalidamente lo colada que estaba por él.

Volvió a sonreír de esa manera tan sexy, tan impertinente, tan macarra.

—¿No? —preguntó, dejando que todo lo que sentía por él jugase en mi contra.

—No.

Asintió despacio, sin dejar de mirarme. Se humedeció el labio inferior y, con esa misma lentitud, se inclinó sobre mí.

—Una lástima —susurró muy muy cerca de mis labios.

Quería mover la cabeza ese mísero centímetro que nos separaba y besarlo. Lo deseaba más que nada.

—Sigo pensando que no deberías fumar aquí —balbuceé, conteniéndome, buscando con desesperación un cambio de tema—. Vas a hacer saltar el detector de incendios.

Él había puesto las normas en esa especie de juego y yo no podía enseñar la bandera blanca y pedir clemencia. Eso hubiese sido como demostrarle que era la cría que él había dado por hecho que era. Me moría de ganas de que me besara, sí. Iba a demostrarle que era una adulta que podía estar a su nivel, sí, también. Y como uno más uno son dos, me tocaba aguantar, maniatar a mi libido y esperar a que él fuera el primero en decir «necesito besarte, tocarte y hundirme en ti hasta que invirtamos la polarización de la tierra». Un poco dramático, pero muy explicativo.

Sergio alzó la cabeza y su mirada impertinente se encontró con la pequeña alarma blanca y redonda del techo.

—Y no queremos eso, ¿verdad? —dijo mirándome de nuevo, atrapándome en esos ojos azules fabricados de pura fantasía erótica.

—No... no —balbuceé al tiempo que él negaba con la cabeza sexy, muy sexy.

Sin decir una palabra más y con la mirada aún sobre mí, dio un paso atrás. Con otro lleno de agilidad, se subió a la mesa. Mi sentido común se negaba a asumir lo que pensaba hacer. Le dio una calada al cigarro, levantó la cabeza estirando su perfecto cuello y firmó su mirada más macarra antes de, lleno de alevosía y arrogancia, contemplar el detector y dedicarle todo el humo de la calada a escasos centímetros.

La alarma lanzó un estruendoso pitido y en menos de una décima de segundo comenzó a soltar agua a raudales. Emití un gritito a mitad de camino entre la incredulidad y la sorpresa.

—Las carpetas —gemí.

Corrí hacia ellas y las apilé veloz. Las dejé en la silla y encajé el asiento bajo la mesa, protegiendo los documentos del agua. Apenas tardé unos segundos, pero ya estaba completamente empapada. Tomé aire sin saber qué otra cosa hacer con las medidas del sistema antiincendios calándome hasta los huesos. Sergio lanzó el pitillo al suelo con los ojos clavados en mí y esa misma insolente sonrisa. Se bajó de un salto y cruzó la distancia que nos separaba repleto de seguridad, echándose el pelo húmedo hacia atrás con la mano. Las cosas siempre salían como quería, siempre.

—¿Por qué lo has hecho? —prácticamente grité, conmocionada, para hacerme oír por encima del estruendoso sonido del agua.

—La culpa es tuya —contestó sin un mísero remordimiento, otra vez demasiado cerca—. Te dije que no te pusieras ese perfume. Me vuelve loco y me da por hacer tonterías.

Sergio me observó de arriba abajo. El pelo mojado me enmarcaba la cara y las gotas de agua me salpicaban los labios. El vestido se pegó a mi piel y el frío señaló mis pezones bajo él.

—De lo que nunca tienes bastante es lo que te mueve por dentro —susurró—. El amor es sólo un invento para ponerle nombre a las ganas de tocar a una persona hasta morirte.

Sentí cómo sus palabras me calentaban una a una, cómo fabricaban un hilo desde el centro de mi cuerpo y tiraba de él, contra el suyo.

Sergio alzó la cabeza una vez más y dejó que el agua lo mojara por completo, empapándolo, disfrutándolo. Yo centré la mirada en su pelo indomable, en sus ojos cerrados, en su cuello, y bajé por su

traje, que, como mi vestido, se pegaba a su piel. Nunca vi tan claro que había dos Sergios y, el que de verdad era, era ese macarra que iba a antros, odiaba llevar traje y hacía saltar alarmas de incendios justo después de contarte su visión de la vida. Era imposible no colarse por ese Sergio.

Volvió a mirarme, volvió a sonreír y, sin más, salió de la sala de reuniones. Yo me quedé allí, en mitad de la lluvia artificial, tratando de controlar lo de prisa que me latía el corazón. El agua paró de golpe y miré a mi alrededor como si me hubiesen sacado de un sueño.

Todo con él era increíblemente intenso.

Recuperé las carpetas y salí de la sala a paso ligero. El departamento estaba vacío, pero seco. Me hubiera encantado ser una chica que guarda ropa para emergencias en el último cajón de su mesa, pero no era de esas, así que sequé mis zapatos todo lo que pude con el secador de manos del lavabo, me puse el abrigo y me fui a casa. No vi aparecer a los bomberos, lo que me hizo pensar que Sergio los habría llamado diciendo que era una falsa alarma.

* * *

Esa especie de tonto-tortura duró toda la semana. El viernes ya no podía más. Si no había ardidido por combustión espontánea, poco me había faltado. La verdad era que empezaba a tener curiosidad por ver de qué color serían las llamas cuando eran de pura pasión, rojo intenso o azul violeta. Lo deseaba más que a nada. Para ser sincera, temía que, la próxima vez que me sonriera o me rozase, experimentaría el orgasmo de mi vida. Además, que disfrutaba torturándome ya era un hecho científicamente comprobado. A sus «huesos exactamente como imaginaba» había que sumar que había decidido parecer, todavía más, un modelo sacado de la portada de *GQ*. Sus mejores trajes, sus mejores corbatas... y cosas que hasta entonces siempre había hecho en la intimidad de su despacho, como retocarse los gemelos o remangarse la camisa, de pronto las hacía en mitad del departamento.

Y eso era lo que estaba haciendo en ese preciso instante, a las doce y cuarenta y dos de la mañana. Había salido de su despacho muy concentrado en los puños de su camisa y finalmente se había detenido en el centro de la sala.

—Candelita, ven a echarme una mano —me pidió con esa voz tan tan sugerente—. Te necesito cerca.

Esas nueve palabras habían licuado el vértice entre mis muslos. Me levanté y con el primer paso estuve a punto de tropezarme con la silla. Miré a mi alrededor, pero el bastardo había sido tan descarado que no había levantado sospechas.

Llegué hasta él hecha un flan y Sergio sonrió encantado. Disfrutaba con mi excitado sufrimiento.

Abrió la mano derecha sobre la mía y dejó caer dos gemelos de perfecto platino sobre mi palma.

Me sonrió de nuevo, macarra, inaccesible y sexy, y tuve la sensación de que iba a caer fulminada. Torpemente, comencé a ponerle un gemelo cuando él dio un nada inocente paso hacia mí y nuestros cuerpos se tocaron.

—Te necesito aún más cerca —susurró con una sonrisa llena de malicia.

Por Dios, todo me dio vueltas.

Le puse el otro gemelo tan rápido como pude. Al terminar, cometí el error de alzar la cabeza y sus ojos estaban esperándome para atrapar los míos. Santo cielo, ¡qué guapo! Lo único en lo que podía pensar era en sentirlo entre mis piernas. Todo su cuerpo entre mis piernas, desde esa mata de (indomable) pelo oscuro hasta esas caderas de locura. Lo deseaba. Lo deseaba. Lo deseaba. Encima las chicas tenían razón, rebosa ese magnetismo que te susurra una y otra vez al oído que podría cambiarte de religión con un polvo. Cogí aire. ¡No podía más!

Sergio sonrió y, tras mirar a mi espalda para asegurarse de que nadie nos observaba, me acarició con suavidad el vestido a la altura del estómago.

Ardiendo por combustión espontánea en tres, dos, uno...

—Muchas gracias, Candelita —susurró de nuevo cerca, muy cerca de mi oreja.

Cero.

Contuve a mi libido a duras penas, que quería abalanzarse sobre él y no separarse hasta que a Madrid le diesen las Olimpiadas, y observé cómo se marchó a la sala de juntas.

Esa noche, en el O'Donell, comprendí que había llegado el sagrado momento de hablar con las chicas y contarles todo lo que había pasado hasta la fecha. Necesitaba con urgencia un plan para devolverle alguna de esas escenas con las que me torturaba. Cuando les expliqué todo lo que había ocurrido, las dos se quedaron literalmente patidifusas.

—Me estás gastando una broma; una broma muy cruel, por cierto —me acusó Sira.

—¿Crees que bromearía con algo así? ¡Me estoy subiendo por las paredes! —protesté.

—¿De verdad provocó que sonara la alarma de incendios? —preguntó Martina con una sonrisilla entre alucinada, divertida y, para qué negarlo, un poco excitada. Decidí obviar esa última parte.

—Sí —me lamenté, y dejé caer la cabeza sobre la mesa. Acto seguido me pregunté cuántos Erasmus habrían bebido, bailado y follado sobre ella y me incorporé con cara de asco (y miedo).

—Qué cabrón —respondió mi amiga, maravillada.

¿Por qué las mujeres tenemos esa fijación con los cabronazos que son tan atractivos y follan tan bien como malos son para nuestra salud? ¿Es que no hemos aprendido nada? Casanova, Don Juan, Daniel Cleaver, Sergio.

—No te creo —repuso Sira encogiéndose de hombros y haciendo hincapié en cada sílaba.

—Hoy ha sido el colmo —continué—. Ha salido de su despacho, se ha parado en medio del departamento y me ha pedido que le colocase los gemelos y, cuando me ha dado las gracias, me ha acariciado el vestido a la altura del estómago —por inercia llevé mis manos al lugar exacto—. Me ha dicho «te necesito aún más cerca», con esa voz con la que te entran ganas de arrancarle la ropa y chuparlo entero.

—Vale —claudicó Sira—, ahora sí que te creo. Ésa es una anécdota demasiado sensual como para que te la hayas inventado.

—Necesito un plan —supliqué.

—Chata, necesitas otra cosa —me interrumpió Martina, riéndose de mis desgracias. La miré mal y, aunque siguió riéndose, se apiadó de mí—, pero vamos a empezar con un cóctel.

Entre las tres y las dos rondas de mojitos que nos tomamos, convenimos un plan. Por fortuna, nunca pensé que diría eso, aunque al día siguiente era sábado, tenía que ir a trabajar. Paula quería dejar todo lo relacionado con el nuevo sistema cerrado antes del lunes. Era eso o se estaba planteando llenar la sala de reuniones con literas y dar el paso definitivo para convertir Recursos Humanos en un taller ilegal chino. De todas formas, si no lo pensara, no sería la directora del departamento. Es lo que buscan averiguar con lo psicotécnicos. Resumiendo: no iba a tener que esperar hasta el lunes para poner mi nueva estrategia en práctica.

* * *

Delante de la pantalla de mi ordenador, estaba tan nerviosa que ni siquiera sentía los estragos de la resaca en mi cabeza. Recordaba el plan a la perfección y había ido preparada para cumplirlo... sin embargo, no me atrevía. No era una mala idea, pero era una estrategia ideada por Sira, con todo lo que eso conllevaba.

A las cinco y media de la tarde, todavía no había sido capaz de poner el plan en marcha, lo que me había costado media decena de mensajes de mis queridísimas amigas llamándome cobarde y otros adjetivos similares. Me comparaban con Francia en la segunda guerra mundial; en todas las guerras en realidad, me aclaraban en el siguiente whatsapp.

Media hora después decidí que no tenía más remedio que echarle valor. Él me veía como a una cría, con la que se divertía torturándola y poniéndola nerviosa, así que no me quedaba otra que demostrarle que esa cría podía devolvérselas.

Llamé con suavidad a su despacho, entré y me aseguré de cerrar la puerta a mi espalda.

—¿Qué quieres? —inquirió Sergio, muy concentrado en los documentos sobre su mesa.

Cogí aire para tomar fuerzas y, despacio y con las manos titubeantes, agarré el bajo de mi falda y comencé a subirla lentamente, recogiendo la tela entre mis manos y dejando poco a poco mis muslos al descubierto.

Por puro instinto, Sergio alzó la mirada y automáticamente el azul de sus ojos se volvió hambriento. Dejó poco a poco su exquisita estilográfica sobre la mesa y el sonido se mezcló con mi respiración acelerada. Descubrí el encaje del final de mis medias y, apenas unos segundos después, mis bonitas bragas tangerina, también de encaje, quedaron a la vista.

Sergio me observó sin moverse un ápice, controlándose a la perfección para no darme ni una mísera pista sobre si mi desafío estaba funcionando o no, sobre si le afectaba o no. Cogíendolo por sorpresa, dejé caer la falda de golpe y él ahogó una breve sonrisa en un bufido, como si lo hubiesen liberado por fin del hechizo.

—Es que yo también quería comprobar algo —le aclaré con una sonrisa en los labios y, sin más, salí de su despacho.

Volví a mi mesa, nerviosa pero triunfal, acompañada mentalmente de uno de esos tríos de mujeres negras de los setenta cantando con el mismo vestido puesto y el índice en alto. Lo había hecho. Lo había hecho. ¡Lo había hecho!

Apenas me había sentado en mi silla, cuando Sergio salió de su oficina con el paso decidido.

—Señorita Martín, a la sala de juntas —me llamó sin detenerse.

Yo me levanté y lo seguí. Las piernas me temblaban y lo hacían por varios motivos. Quizá mi pequeño experimento no le había hecho la más mínima gracia. Tal vez había ido demasiado lejos, cruzando una de esas líneas imaginarias de los tíos. Abrí la puerta despacio, con el corazón latiéndome de prisa y un nudo en la garganta, y nada más entrar... Nada más entrar, Sergio me agarró por la cintura y me llevó contra la pared, acorralándome entre ella y su cuerpo. Su respiración estaba acelerada, la mía aún más que un mísero segundo atrás. Con él todo era siempre tan eléctrico, tan sensual...

—En media hora en tu piso —me ordenó con sus ojos azules clavados en los míos.

Se inclinó sobre mí. Su aliento bañó mis labios. Iba a besarme. Se acercó un poco más, pero, justo cuando mi imaginación volaba ya libre y me regalaba un anticipo de todo lo que sentiría, Sergio sonrió, se separó y se dirigió hacia la puerta.

—Te voy a destrozar —me advirtió macarra, aún con la sonrisa en los labios y una voz rebosante de sensualidad pura, sin adular.

Presente

Los días siguientes en la oficina son un auténtico infierno. Ni siquiera soporto que me dé los buenos días y estoy convencida de que a él le pasa lo mismo. Apenas nos dirigimos la palabra y, cuando lo hacemos, la hostilidad ha subido a un nivel termonuclear. Lo peor de todo es que, por mucho que lo odie, sigue siendo mi jefe y en la oficina la sombra del señor Herranz es alargada. En resumidas cuentas: hay cosas con las que, me guste o no, tengo que tragar y, tener que levantarme e ir a su despacho como un perrito obediente cada vez que me llama, es una de ellas. Él lo sabe y lo aprovecha para fastidiarme y yo, cada vez que lo hace, me imagino golpeándolo en la cara con el teclado.

Hoy en concreto, miércoles, a las cuatro y cuarto de la tarde, estoy desbordada. Sergio ha decidido que no me mandó suficiente trabajo cuando tuve que revisar todas las tablas de gastos adquiridos, ni cuando me ordenó que elaborase la previsión de gastos del departamento, así que, hace cosa de una hora, decidió que preparase la nueva tanda de contratos por obras y servicios, que una empresa como Javier Freirá y Asociados, sólo en el Departamento Inmobiliario, baraja por centenas. Ni siquiera he parado para comer. Desde que volví, nunca había tenido tantas ganas de que dieran las siete.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Acaba de llegarme un whatsapp de Sira. En realidad es el tercero en lo que va de día. En el primero me decía que le parezco una amiga horrible por haberla abandonado en el Elité, pero me perdona porque se ha enamorado (otra vez), en esta ocasión de un tal Óscar. Aun así, el segundo mensaje ha sido una maldición gitana que ha sacado de Internet.

Si dices tres veces cruz de san Andrés mientras escuchas el disco de Thomas Tallis al revés, Jamie Dornan aparece en bolas en el espejo. Ya me he bajado de Internet una canción de Tallis. ¿Sabes cómo conseguir que el iPod reproduzca marcha atrás?

Me muero de risa con el *smartphone* en la mano, que buena falta me hacía. Estoy a punto de contestar cuando me llega otro mensaje. Al ver el nombre de Marcos, involuntariamente, mi sonrisa de «mi amiga está como una regadera» se transforma en «ese chico tan mono».

¡Hola! Me preguntaba si las bonitas contestatarias tenéis algo en contra de ir al cine.

Me muerdo el labio inferior pensativa y tecleo.

No tenemos nada en contra del cine, pero tengo que pensarme si acepto ir contigo o no (quiero hacerme la interesante).

Su respuesta no se hace esperar.

Está bien. La peli empieza a las diez y media. Puedes hacerte la interesante hasta entonces.

Vuelvo a sonreír. Me vendrá bien distraerme después de este infierno de día.

—Señorita Martín.

Alzo la cabeza y lo fulmino con la mirada. Está con los brazos cruzados sobre su camisa blanca y el hombro apoyado en el quicio de su puerta, injustamente guapo. Tiene esa media sonrisa llena de malicia en los labios. Sea lo que sea lo que va a decirme, ya sé que no será una buena noticia para mí.

—Como veo que todavía tienes algo de tiempo libre —empieza a hablar y el muy cabronazo está disfrutando de lo que sea que esté maquinando en mi contra—, encárgate también de preparar las entrevistas para el Departamento de Administración.

Lo miro con los ojos como platos. No puede ser verdad. ¡Son, como mínimo, cinco o seis horas más de trabajo! ¿Qué pretende? ¿Qué me quede aquí a vivir?

El malnacido paladea mi reacción, gira sobre sus pies y regresa a su despacho. Yo observo la puerta cerrada, tratando de hacer eso de contar mentalmente hasta diez y calmarme.

—Uno... —murmuro—... dos... —farfullo—... tres... Me cago en la puta.

¡No me da la gana!

Se está aprovechando de que es el jefe para hacérmelas pagar, aunque francamente ni siquiera entiendo el qué. Fui yo la que acabó hecha polvo, la que tuvo que marcharse con el corazón hecho pedazos. ¿Qué tiene él que recriminarme a mí? ¿Que lo quisiera? ¡Es el colmo!

Me levanto como un ciclón y voy hasta su despacho. Ni siquiera llamo. Sólo abro la puerta y la cierro casi de un portazo tras de mí.

Él, sentado a su mesa, alza la mirada y me fulmina con ella. Nunca le ha hecho gracia que saque los pies del tiesto, ni siquiera cuando estábamos juntos, y ahora probablemente menos que nunca.

—No puedes hacer eso —me quejo furibunda.

Sergio se recuesta sobre su sillón de ejecutivo, diciéndome sin palabras que mi ataque de ira no lo intimida lo más mínimo.

—¿Y se puede saber qué es eso que supuestamente no puedo hacer?

—No puedes encargarme todo ese trabajo. Bien sabes que no me importa quedarme haciendo horas extra y que soy capaz de sacar todo lo que me mandes, pero tú no lo estás haciendo sólo por trabajo.

Él suelta todo el aire de sus pulmones de una manera increíblemente condescendiente, como si le cansara escucharme. ¡Es un hijo de puta!

—Si puedes sacar el trabajo, no entiendo de qué te estás quejando y, si no puedes llevar este ritmo, admítelo y vete a casa, a la universidad o donde quieras. Con franqueza, me importa bastante poco.

—Eres un tirano.

Sergio finge sopesar mis palabras.

—Exacto. Por eso yo soy el jefe y no al revés. Además, ya te lo dije una vez: no me importa lo más mínimo lo que mis empleados piensen de mí.

Esas palabras me hacen recordar esa conversación en la pequeña terraza donde todos salen a fumar y, sin quererlo, recuerdo toda aquella época. La idea de que no sé qué platos rotos estoy pagando vuelve a mi cabeza. ¿De qué coño se está vengando?

—Te estás vengando —suelto sin amilanarme.

Mi comentario parece cogerlo por sorpresa y me ignora centrándose de nuevo en la pantalla de su ordenador en vez de contestar. Su actitud no me hace sino estar más convencida de lo que estoy diciendo.

—Te estás vengando —repito cruzándome de brazos frente a su mesa— y ni siquiera entiendo por qué. No tienes ningún derecho.

Es esa última frase la que hace que vuelva a mirarme o, más bien, a clavar sus ojos en mí. Parece que esa mecha que antes éramos capaces de prender el uno en el otro para devorarnos enteros es la misma que

usamos ahora para enfadarnos hasta límites insospechados.

—¿Qué hice para que estés tan cabreado?

—Cande —me reprende con la voz ronca.

—Estoy deseando saberlo.

—Basta —me advierte levantándose.

Debería dejar de presionarlo, eso nunca ha funcionado con él, pero es que esto no es por él, para que hable o se sienta mejor. Esto es por mí. Necesito saber qué estúpida línea imaginaría crucé, porque no soy capaz de entenderlo.

Sergio se frota la cara con las palmas de las manos y acaba pasándoselas por el pelo.

—¿Qué demonios hice? —inquiero con rabia, casi gritando, y en cierta manera sonando desesperada. Odio sonar así delante de él, me recuerda a otras muchas cosas que también dije e hice.

—Basta ya.

—¡Me odias!

—¡Claro que te odio! —responde ensordeciendo el ambiente—. ¡Te largaste!

—¿Y qué pretendías que hiciera? —Los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo más—. ¿Que me quedara aquí luchando por ti? Yo no me fui a Barcelona. ¡Me echaste tú!

—¡Me equivoqué! Joder, me equivoqué y tú ya tenías la maleta hecha esperando a que lo hiciera —me recrimina.

Está enfadado y dolido, pero yo también lo estoy.

—¿Tienes una idea del daño que me hiciste?

Su mirada cambia y, antes de que la aparte, tengo la sensación de que una tristeza punzante se hace cristalina en ella.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Si te equivocaste, podrías haber venido a buscarme. —Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas—. Te esperé como una idiota en mi piso, en el aeropuerto, cada vez que llamaban a la puerta en Barcelona, pero tú no viniste, nunca.

Sergio me mira, pero no dice nada. Supongo que no quiere hacerlo. Él cerró esta historia hace mucho. Siempre se le dio muy bien separar las emociones de todo lo demás. Parece que sólo el odio ha sobrevivido.

—No viniste a buscarme porque no quisiste hacerlo —sentencio junto antes de girar sobre mis pies.

Estoy cansada de que me vea como a la cría con la que puede hacer lo que quiera.

Alcanzo el pomo. Estoy a punto de hacerlo girar cuando su voz me interrumpe.

—Tienes razón. No fui a buscarte —dice. Sé que va a hacerme daño y prefiero no volverme— y es lo mejor que nos pudo pasar a los dos.

Asiento. Estoy de acuerdo. Lo quería demasiado para mi propio bien.

Salgo de su despacho y camino de prisa hacia los lavabos. Por suerte, ningún compañero repara en mí y supongo que, de haberlo hecho, pensarían que el jefe se ha comportado como un auténtico cabrón y me ha mandado tanto trabajo que ha conseguido que flaquee. La verdad es tan increíble que a ninguno de ellos se le pasaría por la mente.

No sé cuánto tiempo paso en el baño y salgo, básicamente, porque no me queda otra.

A las seis y media mis colegas empiezan a marcharse. A las siete ya sólo quedamos tres pardillos. A las ocho menos cuarto estoy sola en el departamento. Paula ya se ha largado y Sergio no ha vuelto a salir de su despacho. Miro las montañas de carpetas sobre mi mesa y resoplo. Creo que ni siquiera voy a salir de aquí a tiempo para cenar.

Enfurrugada, me quito los zapatos de tacón, que comienzan a molestarme, y me acomodo en mi silla. Un

rayo atraviesa el ambiente y, casi en el mismo instante en el que se oye un trueno ensordecedor, comienza a llover con fuerza. Genial. Justo lo que me faltaba. Que el agua me cale hasta los huesos mientras corro a la boca de metro.

Estoy hasta arriba de papeles, cansada y enfadada, cuando su puerta se abre. Sergio sale y de inmediato posa su vista en mí. Yo me niego a mirarlo, pero puedo sentir sus ojos azules traspasándome. De reojo percibo cómo, despacio, con las manos metidas en los bolsillos, apoya el hombro en el quicio de la puerta y sencillamente se queda ahí, observándome. Yo intento ignorarlo, pero es demasiado complicado y acabo alzando la cabeza y simplemente dejando que sus ojos azules borren todo a nuestro alrededor.

Sergio inspira pesadamente y yo me muerdo el labio inferior, nerviosa. Me gustaría saber cuánto tiempo va a seguir afectándome de esta manera, cuándo va a romperse ese hilo que nos une. Creo que él se está preguntando exactamente lo mismo.

El pitido del ascensor nos indica que las puertas van a abrirse en nuestra planta, pero ninguno de los dos presta atención. Sólo cuando el repiquetear de unos tacones se pierde en la moqueta, Sergio mueve su mirada y su expresión cambia en ese mismo instante.

—Tenemos que hablar.

Distingo su voz en el acto y me giro justo a tiempo de ver a Covadonga de Herranz, la madre de Sergio, atravesar la estancia con el mismo aplomo con el que lo hizo aquella noche en mi piso.

—¿Qué quieres? —la frena antes de que pueda entrar en su despacho.

Ella le sonríe con esa malicia impropia de una madre y pasa a su lado para entrar en su oficina.

—No montes un espectáculo —lo reprende dejando su bolso sobre uno de los asientos al otro lado de su mesa.

La mirada de Sergio se cruza con la mía justo antes de cerrar la puerta. Odio a esa mujer por todo lo que le hizo.

Quiero seguir trabajando, pero soy incapaz. No puedo dejar de mirar la puerta cada diez segundos. ¿A qué ha venido? Siempre que se ha acercado a él, sólo ha conseguido hacerle daño. Compruebo el reloj en la esquina inferior izquierda de mi Mac. Ya ha pasado casi media hora.

Al fin oigo la puerta. Me parapeto tras la pantalla como he hecho tantas veces y observo. La madera sólo se separa unos centímetros del marco.

—No te atrevas a hacernos eso —es la voz de Covadonga—. Además, el que más tiene que perder eres tú.

La puerta se abre definitivamente. Ella sale toda elegancia y actitud taimada, atraviesa la sala y se marcha. No me saluda. Lo cierto es que no sé si me ha visto o si ha dado por sentado que soy una oficinista más y no se ha tomado mayores molestias. Con Julia fuera del mapa, Rodri lejos de La Finca y Estela en una convención en Nueva York, probablemente ni siquiera sepa que he vuelto.

Observo el despacho de Sergio. Que su oficina pueda verse desde mi mesa siempre me ha parecido una suerte, un castigo divino e incluso una putada. Ahora no sabría cómo calificarlo. Algo me está comiendo por dentro viéndolo de pie, con la mirada perdida en el propio escritorio, cansado como si llevase cien años luchando en la misma guerra. Todo su cuerpo está en tensión. Esa mujer ni siquiera merece que la llamen madre.

Me gustaría poder seguir con mi trabajo, ponerme los zapatos y el abrigo y largarme a casa, pero no puedo, sencillamente no puedo. Soy consciente de que no debería hacer lo que estoy pensando hacer, de que él no se lo merece, pero tampoco nadie se merece sentirse tan solo y tan perdido.

Me levanto y voy hasta allí. Mis pies descalzos son puro silencio sobre la moqueta, pero, aun así, sé que él sabe que estoy acercándome.

—¿Quieres que hablemos? —inquiero deteniéndome al otro lado de su mesa.

—No —responde sin ni siquiera mirarme.

—¿Quieres que me quede?

—No.

Pero en el fondo sé que quiere decir sí, pero sus estúpidos límites autoimpuestos le impiden hacerlo.

No lo dudo. Rodeo la mesa, me pongo de puntillas y lo abrazo, rodeando su cuello con mis brazos y hundiendo mi cara en ellos, como hice aquella vez. No lo dudo porque soy una idiota integral o porque comprendo lo que es sentirse así de solo, no lo sé, o, quizá, simplemente lo hago porque todavía lo quiero y contra eso no se puede luchar.

—Cande.

—Cállate —le pido—. No es por ti, es por mí.

Pero es por él. Lo necesita, aunque su negativa idea de lo que es el amor le impida decirlo y yo lo necesito a él, siempre, aunque sea la última vez que me permito pensarlo.

Sergio alza las manos, pero en el último instante vuelve a bajarlas y lanza un profundo suspiro. Sigue luchando. No me rindo. Sé por qué lo estoy haciendo. Recuerdo cómo me miró después de que ella se marchara de mi casa, cómo me abrazó, cada palabra que dijo.

—Sólo es un abrazo —murmuro.

Mis palabras tensan su cuerpo, pero casi en la misma décima de segundo vuelve a levantar los brazos y me estrecha con fuerza contra él. Ladea la cabeza y su nariz se pierde en mi pelo. Su olor me envuelve y, por Dios, vuelvo a respirar, vuelvo a sentirme completa.

—Joder, Cande —susurra.

Su voz es demasiado ronca, demasiado perfecta. Me olvido de todo y me dejo llevar.

Está sentado en su sillón de ejecutivo, conmigo en su regazo. Ni siquiera rompimos el abrazo cuando él nos acomodó y no sé cuánto tiempo pasamos así. La lluvia repiquetea con fuerza contra la ventana y ese sonido monótono y continuo nos aísla del mundo. Ninguno de los dos se mueve, tampoco habla, y respiramos bajito, como si nos diese un miedo profundo y sordo que el otro vaya a desaparecer.

—Será mejor que me vaya —musito.

—Sí.

Pero durante el siguiente minuto ambos seguimos muy quietos. Cierro los ojos y reúno las fuerzas necesarias. Me quedaría en sus brazos el resto de mi vida, pero ya no tengo esa opción.

Me deslizo en su regazo y mis pies descalzos vuelven a tocar el suelo. Por un momento me quedo clavada en el sitio sin saber si girarme o no bajo su mirada. No me arrepiento de haberlo consolado, pero ahora no sé en qué dirección dar el siguiente paso. Bueno, saberlo, sí lo sé, pero dudo de si quiero o no.

—Vete a casa, Cande —dice Sergio, y lo conozco lo suficiente como para saber que esa voz no admite réplicas.

Salgo de su despacho sin volverme, prefiero no hacerlo. Despejo mi mesa, me calzo de nuevo mis salones nude y me pongo el abrigo. Sigo estando enfadada, pero también empiezo a plantearme tantas cosas... Cosas que en realidad deberían estar muertas y enterradas para mí, pero ¿y si de verdad se arrepiente de lo que hizo, del motivo por el que me marché? Él quería que me quedara. Resoplo suavemente y poco a poco dejo que los recuerdos que llevo intentando olvidar los últimos tres meses regresen: lo feliz que me sentía a su lado, lo deseada, lo sexy, lo viva... y, casi sin quererlo, cometo el peor error de todos: ¿y si podemos tener una segunda oportunidad?

Mi teléfono comienza a sonar en la palma de mi mano. Es Marcos.

Sergio sale de su despacho con el marinero y el maletín en la mano y, tras un breve amago de detenerse y

un incómodo suspiro, comienza a atravesar la sala.

¿Y si podemos arreglar lo que él rompió?

—Sergio —lo llamo.

Él se detiene y me mira.

—¿Qué?

—¿De verdad piensas que fue lo mejor que nos pudo pasar?

No necesito explicarle que me refiero a lo que él mismo me ha dicho hace unas horas, a que había sido lo mejor que no fuese a buscarme cuando yo estuve en Barcelona.

Sergio me observa un momento más y pierde su vista al lado, sólo un segundo. Mi teléfono deja de sonar.

—Sí —contesta volviendo a mirarme, y sus ojos azules se llenan de demasiadas cosas—, fue lo mejor.

Asiento. Soy yo la primera que aparta la mirada.

—Lo que ha pasado hoy ha sido sólo un momento de debilidad, Cande —dice con la voz ronca... ¿triste? —. No cambia lo que hay entre nosotros.

Levanto la cabeza y asiento de nuevo. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero no me permito llorar ninguna.

—Adiós —murmuro.

—Adiós.

Percibo sus pasos perderse y las puertas del ascensor cerrarse. Ya no está.

Ésta es la última vez que me permito algo así. Sergio no es bueno para mí. Esa verdad la entendí hace mucho. Entonces, ¿por qué darle más y más vueltas a la misma idea? No volvería nunca con él. Da igual lo que hubiese contestado, que me hubiese dicho que corrió por todo Barajas buscándome y que llegó justo a tiempo de ver el avión despegar. El problema no es lo que no hizo, es lo que hizo. Y, cuando salí aquella noche de su piso, estaba destrozada.

Otra vez me siento perdida. ¿Qué voy a hacer?

Termino de recogerlo todo y salgo de la oficina. Atravieso la recepción con pies pesados y miro el cielo de Madrid a través de las puertas de cristal. Está diluviando. Resoplo y me preparo para correr. Sin embargo, cuando sólo he dado dos pasos bajo la lluvia, lo veo, a Sergio, en mitad de la plaza. Está de pie, sin ir a ningún lado, sin moverse, simplemente dejando que el agua lo cale hasta los huesos. Nos miramos y el silencio se transforma en nuestra canción, en ese hilo mágico tirando de nosotros, el uno contra el otro. Sus ojos están llenos de rabia, de frustración. Está dejando que las emociones lo golpeen y probablemente es la segunda vez en su vida que lo permite.

Yo lo contemplo tratando de contenerme por no salir corriendo y tirarme en sus brazos. ¿Es que no he aprendido nada? Sólo está así por la visita de su madre; después recompondrá su coraza, volverá a decidir que no quiere sentir y volverá a apartarme. Él mismo lo ha dicho: sólo ha sido un momento de debilidad. Tengo que protegerme.

Mi móvil empieza a sonar de nuevo. Y el nombre de Marcos vuelve a iluminarse en la pantalla... Quizá sea una señal de universo.

—¿Ya has dejado de hacerte la dura? —pregunta divertido en cuanto descuelgo—. ¿Vamos a ver esa peli?

Tengo que protegerme o volverá a destrozarme el corazón.

—Sí —respondo todavía atrapada en la mirada de Sergio.

Marcos sigue hablándome, pero no le escucho. Soy incapaz. Sé que Sergio sabe lo que ha significado ese «sí», lo que significa este momento para los dos, y yo no puedo quedarme a verlo. Con las piernas temblándome, me giro y echo a andar hacia la boca de metro antes de que Sergio pueda impedirme tomar la decisión que ya he tomado.

Sin embargo, estoy a unos pasos de mi piso cuando le mando un whatsapp a Marcos anulando los planes. Soy idiota, lo sé, pero necesito más tiempo.

Pasado

A menudo fantaseaba con él. Eran fantasías de todo tipo. Algunas veces imaginaba que me besaba apasionadamente en mitad del departamento y me confesaba que, si era tan frío y distante conmigo, era porque me amaba desde el primer momento en que me vio. Otras, las que más, me llamaba a su despacho, cerraba la puerta y me hacía el amor contra la pared a lo Christian Grey. Otras, se nos unía Christian Grey. Sí, ésas eran las mejores sin duda alguna... pero ahora iba a pasar. ¡Iba a pasar! ¡Por fin!

Salí de la oficina casi derrapando, con la felicidad desbordando cada átomo de mi piel. «En media hora en tu piso», me había dicho. «Te voy a destrozar», había añadido después, con esa sonrisa macarra que me volvía completamente loca. No sabía qué frase me gustaba más y sentía un febril impulso de tatuarme las dos en cinco partes diferentes de mi cuerpo. Iba a pasar. Iba a sentir sus manos, sus labios, su polla. No me juzguéis, estaba pletórica.

No quería que él pudiese llegar antes que yo, así que pasé del metro y cogí un taxi.

Eché un vistazo a mi piso y, de prisa, escondí en el armario cualquier cosa que dejara por medio esa mañana. Ahuequé un poco las almohadas y los cojines, y pretendía retocarme el maquillaje cuando llamaron a la puerta. Media hora exacta. Me alegró saber que no era la única que estaba ansiosa.

Abrí la puerta con el discurso preparado de «disculpa si está un poco desordenado, ¿quieres tomar algo?», pero Sergio no me dio opción. Sólo vi su sonrisa más macarra antes de abalanzarse sobre mí. Me besó con fuerza y me llevó contra la pared. Sus labios eran exactamente como llevaba imaginándome esos setenta y un días, y *Una décima de segundo*, de Antonio Vega, comenzó a sonar con fuerza entre los dos, como si nuestros cuerpos, juntos, hiciesen música.

Sus manos volaron sobre mi cuerpo, apretándome contra él, mientras su boca perfecta y maliciosa me arrancaba gemidos y jadeos. Estaba más excitada que nunca y también más nerviosa, más sobrepasada. Coño, era él, Sergio, y estaba allí besándome, qué digo, estaba devorándome con una habilidad que marcaba la diferencia entre los hombres y los dioses del sexo jodidamente seguros de sí mismos.

Una de sus manos pasó al otro lado de la tela de mi falda, arañó con suavidad la piel de mi muslo y llegó al encaje de mis bragas. No lo dudó —él no duda. Nunca— y coló dos dedos bajo la tela primero y en mi parte más húmeda después. Gemí. Alto.

—Joder —susurró ronco, con esa voz canalla y presuntuosa al mismo tiempo, que me excitada más que cualquier otra cosa en este maldito universo—, estás muy mojada. Me gusta. Me gusta mucho.

Se recolocó entre mis piernas. Me agarró el culo con fuerza y me levantó a pulso mientras sus caderas me estrechaban aún más contra el muro. No pensé. Sólo obedecí su orden imaginaria y rodeé su cintura con mis piernas.

Sergio sonrió sexy, volvió a mover los dedos y me embistió con ellos. Todo mi cuerpo se tensó, pero una tensión explosiva, casi frenética, ¡santo cielo, era la clase de tensión que quieres sentir cada día el resto de tu vida! Un jadeo descontrolado se escapó de mis labios, porque en ese momento me costaba trabajo respirar,

me costaba trabajo absolutamente todo lo que no fuera rendirme a él, a esa mano, a la manera en la que me miraba, a Sergio Herranz en toda su expresión, al chico malo con traje caro, al rey de mis fantasías que hacía que la realidad fuese incluso mejor.

Estrelló de nuevo su boca contra la mía y yo rodeé su cuello con mis manos, hundiendo mis dedos en su pelo mientras él seguía moviendo los suyos más abajo.

—Voy a hacerte de todo, Candelita —dijo contra mi boca. Me mordió el labio inferior y tiró de él hasta que una punzada de dolor se diluyó en un mar de placer—. Rápido, fuerte, duro y por todas partes, y no pienso parar hasta que sólo te quede aliento para gemir mi nombre.

Me embistió. Grité. Me besó. Cerré los ojos. Y todo me dio vueltas.

Mi espalda se arqueó contra la pared con el placer luchando por atravesarme entera y me corrí contra su mano, agarrándome a su chaqueta, retorciéndola entre mis dedos a la altura de sus hombros.

Sus dedos me abandonaron. Su boca se separó de mí al tiempo que lo hacía todo su cuerpo y mis pies volvieron despacio al suelo. Por un momento tuve serias dudas de que las piernas fuesen a sostenerme. ¿Qué había sido aquello? El mejor orgasmo de mi vida y sólo había necesitado dos dedos. Supongo que en cualquier otra circunstancia eso no hubiese dicho nada bueno de mis anteriores orgasmos, pero es que a esos dedos había que sentirlos en carne propia para dictar sentencia.

—Tu habitación —ordenó con los ojos hambrientos de deseo dominando los míos.

Carraspeé para decir que al fondo a la derecha, pero no era capaz de hablar y acabé señalando torpemente. Él me hizo un gesto de cabeza con la misma pose de exquisito torturador, que sólo hizo más grande su leyenda, para que pasara primero. ¿En serio? ¿Quería que caminase en ese momento? Sergio entornó los ojos, sin piedad, y yo eché a andar bajo su atenta mirada. Me recorrió lleno de descaro, desnudándose donde sus ojos azules se posaban, y me siguió a una distancia prudencial, como si estuviese decidiendo si me había ganado o no lo que vendría a continuación. Sergio es muchas cosas y el ser un auténtico perdonavidas, sin duda, está en la lista.

Llegué a la habitación y tomé aire a la vez que mis rodillas chocaron con mi cama de estructura de metal. ¿Qué estaba haciendo? No podía parecerle una cría. Tenía que comportarme como una de esas mujeres que chasquean los dedos y provocan orgasmos en el personal. Tenía que ser... Tenía que ser... Sharon Stone en *Instinto básico*... pero sin picahielos. Mejor, iba a ser Kim Basinger en *Nueve semanas y media*. No había visto la peli, pero a los tíos les ponía, ¿no? Iba a ser una mujer fatal y sexual. Mi poder, su perdición.

—Date la vuelta.

Cerré los ojos y mi cuerpo tembló por dentro. Contra esa voz resultaba muy difícil luchar, maldita sea.

Me giré despacio y lo observé; tenía los brazos cruzados y el hombro apoyado en el quicio de la puerta. Había llegado a identificar esa postura como muy suya.

—¿Qué coordinación estás usando para las retenciones interanuales en los contratos de los *freelances*? —inquirió.

¿Qué? Creo que fruncí el ceño y abrí los ojos como platos a la vez. ¿Me estaba hablando de trabajo en ese instante?

—¿Qué? —pregunté con la voz demasiado aguada.

—Me has oído la primera vez —sentenció castigador.

Es cierto, oírlo lo había oído, pero, para mí, todo había sonado a «sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, *freelances*». Creo que ésa había sido la palabra clave para comprender que hablaba de trabajo.

Lo miré esperando algún gesto de que estaba bromeando, pero él seguía allí, bajo el umbral de mi puerta, absolutamente inaccesible. Arqueó las cejas metiéndome prisa y yo no había estado tan confusa jamás.

—Yo... no... —carraspeé tratando de concentrarme—. La coordinación para ese tipo de retenciones es...

complicada —acerté a decir. ¡Joder! ¡No podía pensar!

Lo miré de nuevo y, como si ya no pudiese disimularlo más, sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa. ¡Se estaba quedando conmigo!

—¡Eres un cabronazo! —me quejé llevándome las manos al pelo y revolviéndomelo. Estaba a mil. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a escapárseme del pecho y mi cuerpo llamaba al suyo como un lobo aullando a la luna.

Sergio rompió a reír, caminó hasta mí, hundió sus manos en mi pelo y, regalándome el beso más increíble del mundo, me hizo caer sobre mi cama. Se inclinó sobre mí y sus manos volaron ágiles bajo mi falda. En contraposición, me quitó las bragas despacio, deslizándolas por mis piernas sin que nuestros ojos perdiesen esa conexión casi mística, sin dejar de sonreír de esa forma tan sexy, con toda esa masculina seguridad apabullándome y excitándome. Sabía lo que estaba haciendo, lo sabía de maravilla.

Se deshizo de mi falda, se arrodilló entre mis piernas y me quitó los zapatos, que resonaron contra el parqué. Me bajó las medias, arañándome suavemente con el índice, disfrutando de cómo mi cuerpo iba rindiéndose al suyo sin condiciones. Tomó el bajo de mi blusa y me la sacó por la cabeza. Me quitó el sujetador. Estaba muy cerca y yo me incorporé para besarle, pero me empujó para hacerme caer de nuevo en la cama mientras él, aún de rodillas entre mis piernas, contemplaba su obra. Yo, totalmente desnuda. Él, totalmente vestido. Yo, excitada como nunca. Él, con un deseo indomable y hambriento brillando en sus ojos azules. El lobo y el cordero... y al pobre animalito nunca le importó menos ser devorado.

Se inclinó despacio y me besó con fuerza. Disfruté de su boca mientras su cuerpo cubría el mío. Me acarició. Me mordió. Nuestras respiraciones se aceleraron creando un dulce caos lleno de sudor, placer y excitación. Se balanceó sobre mí. Sus pantalones a medida se clavaron en el punto exacto y todo mi cuerpo se arremolinó bajo el suyo.

—Por favor... —murmuré.

—Por favor, ¿qué? —replicó torturador—. ¿Por favor, bésame? ¿Por favor, acaríciame? ¿Por favor, fóllame?

Deslizó su boca desde mi hombro a mi pecho y atrapó uno de mis pezones entre sus dientes.

—Joder —gemí extasiada—. Por favor... —repetí luchando por que las palabras tuvieran sentido—. Por favor... Sergio.

Él volvió a atrapar mis ojos desde arriba y sonrió lleno de suficiencia.

—Quiero oírtelo decir —me ordenó apoyando las palmas de las manos a ambos lados de mi cabeza.

Dudé. De pronto me sentía avergonzada de usar justo esa palabra justo en ese momento.

—Fóllame —susurré.

—Sí —gruñó—, eres tan jodidamente inocente que haces que suene sucio y perverso.

—¿Eso está bien? —inquirí confusa y algo asustada. Quizá no era algo positivo ser «jodidamente inocente», aunque, con franqueza, no creía serlo.

Sergio se inclinó y me mordió el cuello, despacio.

—Eso me la pone muy dura —musitó en mi oreja.

Quise decir algo, pero no supe el qué. Sergio tenía la boca sucia y acaba de descubrir cuánto me excitaba eso.

—No te haces una idea de cómo lo vas a pasar —sentenció con una sonrisa, y sonó como la perfecta amenaza que era—. ¿Tomas la píldora?

Asentí con la cabeza. No con fines sexuales, pero la tomaba desde los veinte.

—Pero quiero que uses condón.

No dudaba de que estuviera sano y limpio, pero también estaba segura de que no era capaz de recordar el

número de parejas sexuales que había tenido el último año. He leído demasiados folletos informativos en la consulta del ginecólogo como para pasar ese pequeño detalle por alto.

Sergio sonrió con malicia, pero no dijo nada. Se deshizo de su ropa ágil y, antes de lanzar sus pantalones a la maraña que se amontaba en el suelo, sacó un número indefinido de preservativos de uno de los bolsillos y los tiro sobre la cama.

Abrió un envoltorio con los dientes y el gesto tuvo un eco directo entre mis piernas. Esa misma malicia volvió a su sonrisa. Sabía lo que había provocado. Se lo colocó con una habilidad pasmosa sobre la polla grande y gruesa. Si viviésemos en pleno Renacimiento, lo esculpirían en piedra para dejar claro lo bien hecho que estaba (y para el regocijo de las mujeres de generaciones futuras).

Se inclinó de nuevo sobre mí. Me besó sólo una vez, brusco y fugaz al mismo tiempo, y, cuando se separó, me embistió sin piedad. El aire se escapó de mis pulmones y me sentí llena... ¡Joder, esa palabra ni siquiera se acerca! Me sentí plena, como si fuera descubriendo porciones de mi interior inexploradas hasta entonces. Le pedí un segundo, pero, en lugar de dármelo, sonrió sexy y volvió a embestirme. Los dioses del sexo no tienen compasión. Debería saberlo.

El ritmo se volvió demencial. Mi cuerpo se acopló al suyo. Volé. Sus caderas entre las mías eran lo mejor que había probado nunca. Todo él rezumaba sexo. Eso ya lo sabía. Era algo obvio. Pero ahora estaba comprobando cómo el animal salvaje e indomable que llevaba dentro se erguía triunfal y lo dominaba todo.

Mi cuerpo se tensó bajo el suyo, todas mis terminaciones nerviosas se despertaron de golpe. La sangre me corría caliente. El corazón me latía con fuerza. No había nada más en el mundo salvo esa cama.

—Oh, Dios, no —gemí cuando un placer centelleante y eléctrico se arremolinó en mi sexo al ritmo de sus embestidas.

—Oh, Dios, sí —repitió burlón—. Hasta que te corras.

El placer explotó. Y cada centímetro de cuerpo brilló, se encendió, ardió. Era toda placer húmedo y sudor, y todo le pertenecía a él. Pero Sergio no tenía suficiente.

Me giró entre sus manos y, agarrando las mías con una de las suyas contra el colchón, entró de nuevo, aún más profundo.

Su boca se paseó por mi nuca, mi cuello, mis hombros y mi espalda. El placer no se calmaba, subía más, más y más, desbocado como un tren de mercancías sin frenos. La perfecta velocidad se combinó con sus salidas, hasta casi abandonarme del todo, y sus entradas, cada vez más bruscas, más duras.

—¡Joder! —grité.

Pero tenía más que expresar y sentí impotencia de no saber cómo traducir todo ese placer, esa sensación infinita de cruda excitación y luz. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Mordí la almohada tratando de controlar mi cuerpo, pero era una batalla perdida.

Volvió a girarme. Volvió a embestirme. Volvió a besarme.

—Córrete —volvió a ordenarme.

Y lo hice, porque era demasiado bueno para decir que no.

Mi cuerpo se arqueó contra el suyo. Sus manos me recorrieron de prisa y se aferró a mis caderas hasta casi hacerme daño. Una embestida. Dos. Tres. Y se corrió con un sexy gruñido en los labios.

Sergio se dejó caer sobre el colchón y cerró los ojos con la respiración agitada. Yo disimulé una sonrisa de oreja a oreja. Acababa de pasar. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Me giré a la vez que llevaba las uñas del anular y el corazón a los labios, básicamente para asegurarme de que de verdad él estaba allí y no había sido víctima de un señor gordo, bajito y feo que me había echado burundanga en la copa.

Soltó una larga bocanada de aire y se levantó prácticamente de un salto. Después de lo que acababa de pasar, a eso le llamaba yo estar en una excelente forma física. Se puso los bóxers blancos y los pantalones,

ajustándoselos con un par de saltitos que fueron como dos punzadas de placer puro en mi sobreestimulado sexo y aproveché para mirar su cuerpo y confirmar lo que ya sabía. Que era alto, que estaba delgado pero con el cuerpo fibrado, que tenía los hombros anchos y masculinos y las caderas algo más estrechas, coronadas con un culito de infarto. Se giró y el repaso de arriba abajo de Candelita Martín comenzó esta vez por la cara A. El pecho perfecto, con una suave sombra de vello que desaparecía y resurgía bajo su ombligo y seguía un sugerente camino hacia abajo, hasta esconderse bajo los pantalones. Igual que los dos maravillosos músculos de sus caderas. Sira los llamaba «las agarraderas del placer infinito». No queráis saber qué hacía cuando se agarraba justo ahí.

Se pasó la mano por su cabello oscuro, llevándoselo hacia atrás hasta rascarse la nuca, y la sonrisa macarra volvió a sus labios.

—¿Acaba de pegarme un buen repaso, señorita Martín? —preguntó socarrón.

Abrí los ojos como platos. ¡Mierda! Me había pillado con las manos en la masa.

—No —respondí muy seria, como si ni siquiera supiera de lo que estaba hablando. Me giré, destapé la cama y me cubrí con la colcha a la vez que arrastraba el culo hasta sentarme con la espalda pegada al cabecero —. No —repetí—. No.

Creo que fue el tercer no el que me delató.

Sergio se humedeció el labio inferior y echó a andar bordeando la cama.

—Mañana ven a desayunar a mi casa.

No lo dijo, lo ordenó, y yo empecé a pensar que, quizá, debería hacerme un poco la dura. Puede que fuese un dios en la cama y, sí, con toda probabilidad me había pillado mirándolo embobada más veces de las estrictamente necesarias, pero eso no significaba que fuese a plegarme a todos sus deseos o, por lo menos, él no tenía por qué saberlo.

—No sé si podré —contesté tratando de emanar seguridad; obviamente, en semejantes circunstancias, no lo conseguí.

Sergio no respondió. Continúo caminando y, cuando estaba a mi altura, se inclinó hasta apoyar los puños en la cama, flanqueando mis caderas. Estaba cerca, muy cerca. Sus ojos parecían aún más azules y su olor a Armani Code se había mezclado con el olor a sexo. Me di cuenta de que esa enloquecedora combinación era exactamente el olor de Sergio Herranz.

—Calle Claudio Coello, número veintidós, cuarto C —dijo muy despacio, con una seguridad cegadora, casi intimidante, y todo lo atractivo que siempre me había parecido subió un escalón más y se me dibujó algo casi mezquino, un castigo divino en toda regla para todas las mujeres de la humanidad—. Ponte el vestido de tu cumpleaños. Quiero follarte con él puesto.

Si alguna cree que hubiera sido capaz de decirle que no, o simplemente decirle algo, le cedo gustosa mi sitio.

Sin más, terminó de recoger su ropa y sus zapatos, y salió de la habitación.

—Hasta mañana, Candelita —pronunció justo antes de cruzar el umbral, aprovechándose de su aspecto, de su voz y de lo que sabía que provocaba en las mujeres.

Apenas un minuto después, oí la puerta principal. Cuando el sonido atravesó mi diminuto piso y llegó a mi dormitorio, me subí de un salto al colchón y empecé a dar botes y a gritar absolutamente feliz, mientras trataba de que no se me resbalara la sábana con la que me cubría el cuerpo. Al darme cuenta de que tenía que comprobar si el vestido de mi cumpleaños estaba limpio y planchado, dejé de saltar y corrí hasta el armario.

¡Sí!

Sobra decir que me levanté incluso antes de que sonara el despertador, que prudentemente programé a las ocho. Sergio dijo desayunar, pero, al fin y al cabo, era sábado, así que di por hecho que una hora adecuada para presentarme en su casa serían las diez.

Me puse el vestido en cuestión y domé mi melenita castaña con toda una gama de productos TRESemmé y muchísima paciencia. Algo muy meritorio, ya que, si por mí fuera, me habría presentado en pijama y a las seis de la mañana.

Comprobé mi reloj de pulsera—sí, aún tengo reloj de pulsera— cuando puse un pie en mi calle y sonreí. Iba genial de tiempo. Cogí el metro y conté las paradas deseando que el vagón se moviera más rápido. Me bajé en el intercambiador de Alonso Martínez, cambié de línea y, para intentar calmarme, decidí trastear en mi móvil durante las tres paradas que me quedaban hasta la de Claudio Coello. Abrí Messenger y lo cerré sin contestar ningún mensaje, lo mismo que con WhatsApp, Facebook, Twitter e Instagram. Quería llegar y quería llegar ya.

Cuando alcancé su calle, estaba increíblemente nerviosa y ansiosa al mismo tiempo. Me había pasado la noche repasando y fantaseando con cada momento, incluso cuando el muy cabronazo me preguntó por los *freelances*. No tenía ni idea de lo que me esperaba, pero, si era la mitad de bueno, merecía la pena el madrugón y el frío que estaba pasando, porque el vestidito de mi cumpleaños no era de invierno precisamente.

Llamé al portero automático y me abrió sin un mísero «¿quién?». El portal tenía el toque de lujo de los pisos antiguos de esta zona de Madrid. Creo que lo hacen a propósito, por si algún pobre estudiante se despista y acaba buscando un piso de alquiler por esta zona; sólo con ver el portal, sabrá que está lejos, muy lejos, de podérselo permitir.

Salí del ascensor y juro que los diez metros hasta su puerta se me hicieron interminables. Estaba cerrada, así que di un paso atrás para asegurarme de que no me había equivocado de planta o letra, y llamé con los nudillos. Creo que incluso dejé de respirar en los largos segundos en los que nadie abrió. Y entonces, sencillamente, ocurrió, y lo que me encontré al otro lado me dejó fulminada. Unos vaqueros gastados, una camiseta azul, ese pelo de recién follado y descalzo. Me pregunto si los hombres serán conscientes de cuánto atractivo pueden ganar sólo por estar descalzos.

—Hola —lo saludé y, por si a alguien le quedaban dudas de hasta qué punto perdía el raciocinio cuando lo tenía cerca, alcé la mano y la agité con suavidad. Sólo me faltaba la banderita y estar en la cubierta de un transatlántico.

Sergio sonrió. Se inclinó sobre mí, me agarró de la muñeca y tiró hasta llevarme dentro. Me besó a la vez que me empotraba contra la pared, que pude ver blanca. Cerró de un portazo. Hundió sus manos en mi pelo y consiguió hacerme gemir exactamente en cinco segundos, y eso que he contado los tres que tardó en abrir la puerta.

No hubo rastro del desayuno prometido. Pedimos comida, creo que india, pero tampoco la comimos. No salimos de su cama hasta que supliqué por agua, lo que sirvió para que Sergio me atrapase junto al frigorífico y lo hiciéramos sobre la encimera de la cocina. Segunda vez que sólo vi la bolsa de comida india.

—Me gusta tu habitación —dije deteniéndome delante de unas viejas portadas de discos enmarcadas. *El eterno femenino*, de La Mode; *La canción de Juan Perro*, de Radio Futura, y *80-88*, el disco con el que se despidió Nacha Pop. El último lo conocía, aunque no lo había escuchado entero—. Estos discos son clásicos de la movida madrileña, ¿verdad?

Me giré y le dediqué una sonrisa de auténtica felicidad justo antes de continuar caminando hacia la siguiente pared como las geishas... y no se trataba de que nos fuera el rollo de disfrazarnos de clichés

japoneses, aunque estaba casi segura de que Sergio debía de haberse tirado a alguna, es que estaba envuelta en la sábana blanca y no podía separar las piernas todo lo que necesitaba para andar con soltura. Probablemente podría haber prescindido de la sábana, sobre todo si teníamos en cuenta que había perdido la cuenta del número de orgasmos que había tenido desde esa mañana, pero así me sentía más cómoda. No sé si la palabra es *avergonzada*, pero nunca me he sentido a gusto con mi desnudez.

Sergio estaba tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en el antebrazo y fumándose un Marlboro sin levantar sus ojos de mí. La colcha lo cubría estratégicamente, lanzada de cualquier manera dos centímetros por debajo de su cadera. Creo que por eso decidí levantarme y empezar a curiosear su habitación. No quería acabar mirando los músculos de su cadera y la suave flecha de vello como si fuese una ardilla hipnotizada por un camino fabricado con nueces.

—¿Entiendes mucho de música?

—Me gusta —contestó lacónico al cabo de unos segundos.

Miré a mi alrededor y torcí el gesto, divertida. Estaba en su cuarto y estaba ávida de información personal. ¿Dónde estaba la típica foto de pequeño? ¿O una con sus padres en el cumpleaños de la abuela?

Seguí mi incursión, cual arqueóloga en busca de la ciudad de El Dorado, cuando, al pasar junto a la cama, Sergio se estiró, me agarró del brazo y me dejó caer sobre el colchón, tumbándose de inmediato sobre mí. Se deshizo de la sábana como si hubiera arrancado sábanas del cuerpo de chicas desde el principio de los tiempos y, con una rodilla, me obligó a abrir las piernas para acomodarse entre ellas. Nos acoplamos en cuestión de segundos y un gemido se escapó de mis labios largo y glotón. Nunca, jamás, podría cansarme de tenerlo encima de mí. Ya lo tenía cristalinamente claro.

Aun así, tenía la sensación de que debíamos hablar. No habíamos desayunado ni comido ni merendado. Sólo agua y sexo. Teníamos que hacer un vago intento de conocernos un poco mejor para que aquello no pareciera una de esas situaciones por las que Dios acaba transformando a la gente en sal por su exceso de lujuria.

—¿Por qué no tienes fotos?

Sergio frunció el ceño, sorprendido por la pregunta, pero no necesitó más que un mísero segundo para recuperarse.

—Porque no quiero que me miren mientras les hago cosas pervertidas a chicas de veinte años.

—Tengo veintidós —me defendí muy digna.

—¿Quién dice que estaba hablando de tí? —replicó.

Yo abrí la boca absolutamente escandalizada y traté de golpearlo en el hombro, pero Sergio atrapó mis manos sin problemas y las clavó en el colchón, sujetas por las suyas.

—¿Con cuántas chicas te has acostado?

—No quieres saberlo.

Me mordí el labio inferior y le mantuve la mirada.

—No soy ninguna niña —le recordé—. Soy fuerte.

Sergio sonrió, estaba claro que ni siquiera iba a molestarse en fingir que me creía, y acarició mi nariz con la suya.

—Tú no me conoces —murmuré, puede que un poco a la defensiva, y probablemente hubiese sido el comienzo de un discurso muy elaborado si él no hubiera estado tan cerca.

—¿Y por qué debería conocerte, Candelita? —repuso con su cálido aliento bañando mis labios.

—Porque... porque es lo que hace la gente.

Sergio sonrió de nuevo, ese gesto tan macarra que me volvía sencillamente loca.

—Me importa una mierda lo que haga la gente.

Otra vez tuve la sensación de que estaba siendo condescendiente conmigo y, esa vocecita que no paraba de decirme que le parecía una niña inocente, añadió *ingenua* al mensaje.

—Sé lo que está pasando aquí —le dejé claro, aunque mi voz apenas tenía un puñado de decibelios.

—Mejor —respondió con su actitud de perdonavidas brillando con fuerza.

Estiró el brazo hasta la mesita y cogió un condón. Se lo enfundo en décimas de segundo perdiendo la mano entre los dos.

—Porque no hay nada más, nena.

Y con ese *nena*, que hizo que se licuaran los músculos de mi vientre, Sergio dio la conversación por acabada y me embistió de nuevo, con fiereza.

* * *

A las doce menos cuarto de la noche, es decir, catorce horas de puro sexo después, Sergio me llevó a mi apartamento con una cajita de *aloo tikki* y otra de *tandoori* de pollo. «Por las molestias», dijo el cabronazo. No hubo beso de despedida, ni una caricia, pero, cuando ya tenía un pie fuera del coche, Sergio susurró un «hasta mañana, Candelita» con una voz tan increíblemente sugerente que por un momento sonó a poderosa advertencia sexual. Y allí estaba yo, con un pie dentro y otro fuera, sosteniendo dos cajas de comida india y con el ceño fruncido, sin saber si aquello significaba que mañana me empotraría salvajemente contra la puerta de su despacho, cosa a la que me apuntaba sin dudar, o si simplemente era una despedida casta... casta y Sergio no casan ni con pegamento, dejémoslo en una despedida formal.

Él sonrió sexy, disfrutando de toda mi confusión, y yo carraspeé, balbuceé algo parecido a un «sí, nos vemos mañana» y salí del vehículo.

En mi piso, me dejé caer en el sofá, abrí una de las cajitas de comida y comencé a comer con los dedos. Estaba muerta de hambre y exhausta; con demasiadas preguntas rondándome la cabeza y, sobre todo, más que cualquier otra cosa, estaba feliz.

* * *

Sergio era sexo. Era una réplica de Alain Delon en su momento álgido y sexo, mucho sexo. Y yo estaba viviendo mi despertar a la lujuria en mi propio calendario bíblico. Ya no era lunes, 16 de octubre del 2016. Era lunes, 3 de enero del año uno D. S. (Después de Sergio).

No tardó en hacer su aparición estelar en el departamento aquella mañana. La puerta de su despacho se abrió y salió revolviéndose el pelo, con un traje gris marengo, una camisa blanca y una preciosa corbata azul reluciendo sobre ella. Es una absoluta locura lo bien que le quedan los trajes. Sonreí de oreja a oreja y lo visualicé caminando hasta mí, lanzando mi ordenador, junto con todos los papeles que inundaban mi mesa, al suelo con un movimiento de su brazo. En un extremo de la sala se levantaba un escenario y Joe Cocker empezaba a cantar la canción de *Oficial y caballero*. Sergio me obligaba a levantarme, me cargaba sobre su hombro y me daba una palmada en el culo antes de encerrarnos en su despacho. Todos aplaudían y mi compañera San Gil nos miraba con envidia.

—Candela.

Sí, señor.

—Candela.

Candela es feliz en *fantasilandia*.

—¡Candela, coño! —La voz de Concha, la sexagenaria acosadora, me sacó de mi ensoñación.

Volví a la realidad y lo primero que enfoqué fue a Sergio, a unos pasos de su despacho, mirándome, disimulando una impertinente sonrisa; obviamente el motivo de ese gesto era que yo llevaba contemplándolo a él con cara de idiota ni se sabe. Tosí para disimular y me puse a mover documentos y carpetas sin ton ni son.

—Quieres dejar de remover papeles y darme los impresos de regulación de la tasa del IRPF —me riñó Concha—. Que parece que te estés entrenando como trilera.

La sonrisa de Sergio se ensanchó y al fin echó a andar hacia donde quisiera que fuese a ir. Yo agaché la cabeza avergonzada y del cajón saqué los dosieres para Concha. Definitivamente, ésa no era la impresión que pretendía darle esa mañana.

Un par de horas después, a mí ya casi se me había olvidado el bochorno de que me hubiera pillado mirándolo con los ojos en forma de corazón y la jornada había pasado sin mucho que contar.

Con más pereza que ilusión, cuando dieron las doce menos cuarto, nos fuimos levantando y caminando hasta la sala de reuniones. Paula quería repartir más trabajo y asegurarse de que los proyectos y funciones ya asignados iban exactamente como tenían que ir.

El poco espacio que teníamos que recorrer fue suficiente como para crear algo así como media docena de especulaciones sobre Paula, otra media sobre el señor Herranz, aquí nadie osaba llamarlo Sergio, y que Pedraz le pusiera la zancadilla a Chen, que éste se enfadara cuando casi se dio de bruces contra el suelo y que se enfadara aún más cuando alguien grito «dale una patada a lo *Karate Kid*. Demuéstrale a ese desgraciado lo que es un ninja». Chen no era japonés, como los ninjas, sino de Leganés. Chino-español, sí; japonés, no. Cada uno tenemos nuestras manías.

Nos sentamos revoltosos y todos nos callamos cuando Paula y el señor Herranz entraron en la estancia. La jefa de nuestro jefe fue directa al grano, acribilló a preguntas a los que sabía de buena tinta que habían estado vagueando y repartió todo el trabajo que había entrado aquella mañana.

—Candela —me llamó, e instintivamente cuadré los hombros—, ¿qué coordinación estás usando para las retenciones interanuales en los contratos de los *freelances*?

No podía ser verdad. La misma pregunta que me hizo Sergio en mi casa.

Una punzada de placer atravesó mi sexo y tuve que contenerme para no apretar un muslo contra otro. Sergio me observó sin decir una palabra, pero con un brillo divertido en la mirada. Por Dios, ¿qué contestaba yo a eso, si me acababan de mandar de una patada al sábado por la noche?

—Yo... —empecé a decir.

«Candela, concéntrate.»

—Creí que tenía controlado este tema —le dijo Paula a Sergio, aunque sus palabras eran una reprimenda hacia mí.

—Y debería tenerlo —respondió él con una naturalidad pasmosa—. La señorita Martín y yo estuvimos comentando este mismo tema el viernes. Señorita Martín —repitió llamándome y hasta esas dos palabras las usó con una clara intención de tortura—, los *freelances*.

¿Cómo había conseguido que la palabra *freelances* sonase sensual? Me las iba a pagar.

Tomé aire, me concentré y me enderecé un poco más sobre la silla.

—Estamos usando una coordinación variable —arranqué al fin—, a cinco puntos y no a tres. Siempre que los contratos sean de obras y servicios y no sumen más de cuatro, los porcentajes quedan dentro del acuerdo sindical y la legalidad vigente. Si hablamos de un quinto contrato o de otra modalidad, tendremos que bajar la coordinación variable a tres o los porcentajes de retenciones del IRPF nos traerán problemas.

Creo que ni respiré. Todos me observaron un poco admirados. Paula asintió satisfecha y Sergio simplemente llevó su vista a los documentos que tenía en la mesa, pero, entonces, pude ver cómo se

humedeció los labios y juraría que estaba conteniendo una sonrisa. Se lo estaba pasando de cine a mi costa.

De vuelta en la sala de tortura, aún no me había acomodado tras mi Mac corporativo cuando Sergio cruzó el departamento con largas zancadas, tiró unas carpetas sobre su escritorio y volvió sobre sus pasos hasta detenerse bajo el umbral de su puerta.

—Señorita Martín —me llamó—, a mi despacho.

Las mariposas de mi estómago, que debían de tomar anfetaminas porque estaban en pie desde hacía dos días, hicieron triples mortales y las piernas se me volvieron de mantequilla. Me observó castigador levantarme y, cuando eché a andar, él también lo hizo y desapareció en el interior de la estancia.

—Cierra la puerta —me ordenó con el primer paso que di en su oficina.

Diligente, me giré y cumplí. Lo oí caminar y, al volverme, lo encontré apoyado, casi sentado, sobre su mesa, frente a mí, a un par de metros.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunté profesional.

Como no sabía en qué punto estábamos, prefería ir de digna en plan «no me afecta que estés como un queso», por si no estábamos donde a mí me gustaría que estuviésemos y efectivamente tenía que olvidarme de que estaba como un queso.

—Haz lo que hiciste el sábado. —Usó ese tono de perdonavidas al que dudo de que haya alguna mujer en este universo que sea inmune.

—¿Qué hice? —pregunté.

Creía saber a lo que se refería, pero quería que fuese él quien lo dijese. Además, consideraba que ya iba siendo hora de que me hiciese un poco (sólo un poco pequeño) la dura.

—Lo sabes de sobra. Hazlo. —No hubo piedad en su voz y me resultó sexy, excitante y peligroso.

Tomé el bajo de mi vestido y, despacio, comencé a remangarlo, recogiendo la tela entre mis dedos. Intenté ser sensual, sentirme como Sira dijo que debía sentirme, como me sentí el sábado en realidad. Sergio no dijo nada, pero, cuando el final de mis medias negras quedó al descubierto lleno de encaje, apretó con fuerza la madera de su mesa hasta que sus dedos se emblanquecieron. Me mordí el labio inferior tratando de disimular una sonrisa. Aquel juego a él también lo afectaba y de pronto me sentí guapa, aunque sé que no paso de mona, y sexy, de verdad, sin fingirlo, y cuando un hombre consigue que te sientas así, no tiene precio. Sabéis a lo que me refiero, ¿verdad?

Seguí y descubrí mis bragas de color azul.

—No te muevas —me advirtió a la vez que se incorporaba despacio.

Cruzó la distancia que nos separaba. Mi corazón empezó a latir de prisa, desbocado, y ese hilo que nos llevaba contra el otro brilló eléctrico y lleno de un deseo que podía llegar a ahogar.

Se detuvo frente a mí. Mi respiración ya era un caos. Tuve la tentación de soltar la falda del vestido sólo para rodear su cuello con mis manos.

—No te muevas —repitió como si fuera capaz de leerme la mente.

Se inclinó sobre mí. Mis ojos se clavaron en sus labios. Es tan seductor... tan sexy... tan provocativo. Sólo con mirarme, yo ardía.

—Sergio —murmuré, pero su nombre se diluyó en un gemido cuando sentí cómo me rompió las bragas.

Él sonrió macarra y me empujó contra la pared. De un paso, apoyó las dos palmas de las manos flanqueando mi cabeza. La tela de mi vestido rozó mi sexo desnudo y me estremecí. Sergio se inclinó sobre mí y otra vez creí que iba a besarme, pero me torturó quedándose muy cerca y un gemido desesperado escapó de mi boca. Sólo conseguí que su sonrisa de cabronazo se ensanchara.

—¿Sabes? —pronunció—. Ahora, cada vez que oiga la palabra *freelances*, voy a ponerme cachondo.

Yo me reí con la respiración agitada.

—Lo mismo digo.

De pronto las mismas preguntas que me asaltaron cuando salí de su coche la noche anterior volvieron a mi cabeza.

—¿Por qué por fin ha pasado? —pregunté.

Sé que quizá no era el mejor momento, que quizá la respuesta no implicaba todas las cosas que yo quería escuchar y que ese «por fin» me delataba demasiado, pero quería saberlo.

Sergio bajó la boca, calentándose con su aliento, hasta morderme en el cuello. No paró hasta que gemí y, como recompensa, me regaló un beso húmedo que hizo que una oleada de placer me recorriera entera. Después, contempló su obra y un segundo más tarde clavó sus ojos increíblemente azules en los míos. Joder, ¡qué guapo!

—Porque me apetecía hacerlo, Candelita —respondió con una canalla sonrisa en los labios.

—Ésa no es una respuesta —me quejé exasperada.

—¿Cómo que no? ¿Por qué bebes? Porque tienes sed. ¿Por qué te besé? Porque quería. Además, en último caso la culpa es tuya.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Yo qué sé —replicó desdefioso y divertido—. Por cómo me miras, cómo me hablas. Haces que piense cosas.

—Cosas, ¿como cuáles? —inquirí casi en un tartamudeo.

—Como las ganas que tengo de follarte.

Tragué saliva. Tenía calor. Tenía sed. Estaba muy excitada.

—Acorralarte contra la pared —continuó susurrando con la voz ronca, dejando que otra vez sus labios calentasen mi cuello, mi mejilla, mis labios—, levantarte a pulso y metértela tan fuerte que no puedas respirar. No sé, lo mismo que tú piensas que te hago cada vez que me miras embobada desde tu mesa.

—Yo no fantaseo contigo —mentí muy digna.

—¿Ah, no?

—No.

Me buscó. Acarició mi nariz con la suya, abrió los labios, pero, cuando yo también lo hice, se retiró consiguiendo que saliera tras él y volviera atrás decepcionada. Sonrió. Maldita sea, me tenía en la palma de la mano y estaba disfrutando con ello.

—Pues es una lástima —sentenció inclinándose de nuevo sobre mí.

Como buen cabronazo, no iba a darme lo que yo quería hasta que no le reconociese lo que él quería oír. Ese ego estaba sobrealimentado de lencería y las caídas de pestañas de las mujeres de Madrid.

—Puede que... puede que haya fantaseado contigo un par de veces. Nada fuera de lo común —me defendí de inmediato—. Cualquiera chica te confesaría que ha fantaseado alguna vez con su jefe.

Sergio enarcó las cejas y asintió como si le pareciera un dato interesantísimo.

—Es decir, que lo que te pone es que sea tu jefe.

—Y que tienes la boca sucia —me envalentoné a añadir.

Su sonrisa se ensanchó y tuvo que contenerse para no echarse a reír.

—Perdona, pero soy todo un caballero.

Solté una carcajada y, como castigo, o como recompensa, quién sabe, Sergio deslizó la mano y me dio un suave azote justo en el centro de mi sexo.

Todo me dio vueltas.

—Apuesto a que en tus fantasías te follo en este despacho.

Asentí incapaz de decir nada más. Era imposible hacerlo cuando toda la sensualidad parecía concentrarse

en él, en cada una de sus palabras, en la manera en la que sus ojos me desnudaban.

Sergio sacó un condón del bolsillo, lo abrió con los dientes y se lo colocó en cuestión de segundos. Ancló sus manos a mi culo desnudo y, apretando, me levantó sin aparente esfuerzo. Yo reaccioné sin pensarlo y rodeé sus caderas con mis piernas.

—Hoy me siento generoso —me advirtió antes de embestirme con una fuerza atronadora—, pero me la pienso cobrar.

Milagrosamente me contuve para no gritar. Sergio sonrió, salió casi del todo y volvió a entrar igual de brusco, llenándome entera, lanzándome al placer sin miramientos. Esa vez no pude aguantarme, pero Sergio me tapó la boca y el sonido rebotó en su palma. Eso me excitó todavía más.

Empezó a moverse de prisa, deslizándose arriba y abajo sobre la madera blanca de su puerta. Fuera, todos tecleaban o se bajaban porno o lo que quiera que hicieran mis compañeros y el mundo seguía girando; pero dentro, era nuestro, era suyo, de la manera en la que me follaba, en la que me hacía sentir que nada importaba, absolutamente nada si no eran las rozaduras que sus pantalones a medida acabarían haciendo en la cara interna de mis muslos, cómo sus manos se aferraban a mi piel, la forma en la que me llenaba como ningún otro hombre me había llenado.

Me revolví, solté un grito entremezclado con gemidos y jadeos y choqué la nunca contra la puerta intentando asimilar todo el placer que me sacudió por dentro cuando un orgasmo desgarrador se desató en mi interior.

Él siguió bombeando con la mezcla exacta de profundidad y rapidez y, con un movimiento endiablado de caderas, se corrió dentro de mí.

Con la respiración aún jadeante, retiró la palma de mi boca y me besó con fuerza. Se separó despacio, dejando que mis pies volvieran a tocar el suelo, y me acarició el vestido a la altura del estómago con el reverso de los dedos. Una caricia fugaz justo antes de alejarse y comenzar a arreglarse la ropa.

Yo tardé un par de segundos en salir de mi ensoñación y empezar a hacer lo mismo. Sergio terminó antes que yo. Recogió mis bragas rotas y se las guardó en el bolsillo; minipunto para Martina. Volvió a apoyarse, casi sentarse, en su mesa y se cruzó de brazos mientras me observaba.

Me arreglé el vestido y me aseguré de que no tuviera ninguna mancha. Comprobé que las medias no estuvieran rotas y me sacudí mi media melenita. Ya estaba lista. Ya podía salir. Pero mis piernas o mi cerebro, no sabía cuál de ellos era el responsable, se negaban a cooperar. Giré para abrir la puerta, pero prácticamente en ese mismo momento me volví de nuevo hacia él y abrí la boca dispuesta a decir algo, pero ¿el qué...? «¿Gracias por el polvo, señor Herranz?» Desde luego, hubiesen sido una de las *gracias* con más sentido dadas en la historia de la humanidad, pero creo que desvelarían demasiado acerca de cómo me lo pasaba con él, aunque, con toda seguridad, eso, él, ya lo sabía.

—Vuelve al trabajo, Cande —me ordenó otra vez con esa naturalidad devastadora.

Yo asentí, tomé aire y abrí la puerta, agradeciéndole mentalmente que pusiera final a aquella especie de microsituación sin sentido. Justo antes de salir, de reojo, me pareció verlo sonreír.

Después de semejante descanso de media mañana, el día, paradójicamente, fue insulso y al mismo tiempo acelerado. Culpa mía. En mi interior me sentía como una moto de carreras a la que no pararan de echar gasolina. Allí estaba yo, Cande Martín, de veintidós años y natural de Madrid y, al otro lado, el dios del sexo, Sergio Herranz, natural del Olimpo, por aquello de ser poéticos, ya que sabía a ciencia cierta que era tan madrileño como el oso y el madroño y yo misma. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué debía esperar? ¿Repetiríamos esa noche? ¿Al día siguiente? ¿Ya no habría más repeticiones? ¿Lo nuestro duró lo que el fin de semana y lo de esa mañana sólo fue el bis, como en los buenos conciertos? Necesitaba consejo... y alcohol. Y también, para qué negarlo, quería pavonearme un poco mientras hacía el baile de la victoria y mis

amigan me jaleaban. ¡Me había tirado a Sergio Herranz! ¡Me lo merecía!

Saqué el móvil y mandé un mensaje a las chicas en nuestro grupo de WhatsApp, que de vez en cuando servía para algo más que para pasarnos fotos de Chris Pine en bolas, diciéndoles que necesita una reunión en la cumbre, es decir, el O'Donnell. Las dos contestaron que sí y Sira envió una foto de Chris Pine desnudo. Según ella, era parte de la documentación a revisar para la reunión en nuestro cuartel general. Siempre ha sido una persona muy metódica para la bibliografía.

Además, caí en la cuenta de algo. En el supuesto caso de que Sergio me pidiera vernos esa noche, yo podría decir que no, que ya tenía planes, sin tener que mentir, que no es una de mis especialidades, y así pondría en práctica, por fin, eso de hacerme un poco la dura.

* * *

—¿Que te has tirado a quién?! —gritó Sira haciéndose oír por encima de *Escuela de calor*, de Radio Futura, que sonaba de fondo en nuestro irlandés preferido—. Rebobina, quiero detalles... y tamaño —añadió muy convencida.

—Yo... —empecé a decir, pero acabé encogiéndome de hombros y rompiendo a reír. Creo que ni siquiera yo podía creérmelo del todo.

—Mira esa risa —soltó Martina, burlona—. Tiene pinta de que, cada vez que cierra los ojos, se lo imagina en pelotas.

Yo traté de hacerme la digna y negar con la cabeza, pero no fui capaz, era un análisis demasiado certero de lo que me pasaba, y estallé en carcajadas de nuevo.

Tras unos segundos, las dos se callaron esperando a que me decidiera a hablar. Sin embargo, yo seguía en una especie de nube.

—Habla de una vez, maldita perra —me increpó Sira—. Me va a acabar dando un ataque.

Les expliqué que había puesto en práctica el plan de Sira y que funcionó, porque Sergio acabó acorralándome en la sala de reuniones. Mi amiga se autofelicitó por ser la responsable y me aseguró que sentía un poco menos de envidia, pero que parte de esos orgasmos le pertenecían por legítimo derecho. Les conté todo lo que pasó en mi piso, en el suyo y aquella mañana en su despacho.

—Lo sabía —chilló Sira, de nuevo con una sonrisa enorme, dando una palmada sobre la mesa de madera que tambaleó nuestros mojitos—. Sabía que el tío era un empotrador salvaje. ¿Y qué? ¿Vais a repetir? —añadió ansiosa.

—Por qué me da la sensación de que la siguiente pregunta será un «¿puedo mirar?» —inquirí divertida.

—Porque lo será —respondió resuelta.

—Porque es Sira —contestó Martina al unísono.

Las tres volvimos a estallar en risas.

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea. No sé si esto ha sido sólo esto o es un... esto —repetí a falta de encontrar una palabra mejor— que se alargará en el tiempo.

—Confiesa —me amenazó Martina, soltando la ceniza del Nobel que se estaba fumando, en contra de la legalidad vigente, en un botellín abandonado—. Ya has pensado hasta el nombre de vuestros tres hijos.

—¡No! —me quejé—. Sergio me gusta —mucho— y me gustaría —mucho— repetir.

Me encogí de hombros mientras intentaba disimular la sonrisa que amenazaba con partirme la cara en dos. Martina entrecerró los ojos, evaluándome.

—Recuerdas aquello de no enamorarte de un cabronazo de semejantes proporciones, ¿verdad?

Asentí convencidísima.

—Pues entonces necesitamos un plan para asegurarnos de que vuelva a por más.

Presté toda mi atención. Aquello me interesaba de verdad. Afortunadamente el plan era bastante básico. Para mi desgracia, consistía en decirle que no a Sergio la próxima vez que viniera a buscarme. La teoría que sustentaba semejante estrategia era simple pero muy contundente: los hombres siempre quieren lo que no pueden tener.

Maldije para mis adentros, maldije en voz alta y, después del segundo mojito, me prometí echarle valor y decir no.

Que iba a ser difícil, lo sabía... Lo que no imaginé fue que sería pronto.

Las tres estábamos pasando por delante del mercado de la Cebada. Ya desde la placita podía verse mi calle y a unos metros de entrar en ella una figura, un hombre junto a mi puerta, me llamó la atención. Sólo necesité mirarlo un par de segundos para que todo mi cuerpo entrara en una deliciosa tensión al comprender que era Sergio. ¿A quién más podrían quedarle esos vaqueros, esa camisa y esa chupa de cuero tan bien? Estaba apoyado en la pared junto a mi portal, en una pose casual pero increíblemente masculina, como si no le interesara lo más mínimo gustar o no y por ese simple hecho su atractivo creciera hasta cegar todo. Estaba fumándose un cigarrillo.

Me detuve en seco y, al hacerlo, Martina y Sira me imitaron por inercia un paso más adelante. Sergio alzó la cabeza, se deshizo del pitillo y se humedeció el labio inferior a la vez que se incorporaba y se metía las manos en los bolsillos. Todo con la mirada clavada en mí. Sin embargo, no echó a andar. Sabía que no necesitaba dar un solo paso para tenernos a las tres en la palma de la mano.

Creo que todas nos quedamos boquiabiertas a la vez.

—Que hijo de la gran puta —murmuró Sira admirada.

Martina pareció salir del coma profundo en el que nos había dejado y me dio un manotazo en el antebrazo que me hizo soltar un lastimero «ay».

—Acuérdate del plan —me dijo.

Yo fruncí el ceño, la miré, después miré a Sergio y volví a mirarla a ella.

—No creo que pueda.

—Yo tampoco —añadió Sira.

Llevé la vista a mi otra amiga, dudando de si ese «tampoco» se refería a mí o a ella misma. Ella cerró los ojos y se encogió de hombros. Preferí no preguntar.

—Si le dices que no y lo mandas a su casa con el calentón, mañana va a estar aún más loco por echarte un polvo.

—Y te lo tiras —intervino Sira—. Haz estiramientos antes.

Volví a mirarla. ¿Qué había hecho yo para soportar esa cruz de amiga?

—No —la reprendió Martina—, lo obligas a hablar y, cuando te haya contestado a todo lo que quieras saber o, por lo menos, hayáis hablado un poco, te lo tiras.

Evalué sus palabras. Tenía más razón que un santo. Martina era muy sabia. Pero entonces cometí el error de volver a mirar a Sergio y digamos que su discurso cayó en saco roto... y mis bragas... mis bragas desaparecieron fulminadas por esos ojos azules.

—Creo que primero me lo voy a tirar y después lo convengo de que hablemos... en la dicha poscoital, cuando esté cansado, en plan interrogatorio a traición.

Sira se rio en mi cara.

—Qué ilusa —se burló.

—Después del polvo no vas a tener fuerzas ni para abrir la boca y, si la abres, ya se va a encargar él de llenártela con otra cosa —sentenció Martina.

Volví a evaluar sus palabras. Seguía teniendo razón, pero esta vez no necesité ni mirarlo.

—La próxima vez me hago la dura, prometido —dije besándome los índices cruzados a modo de despedida.

Me giré hacia Sergio y sonreí con el primer paso. Negarme a estar con él seguro que violaba alguna convención de la UNESCO.

—No —gritó Martina agarrándome del brazo y obligándome a volverme—. Candela Martín, sé fuerte.

—Candela Martín sabe lo que hace —repliqué tratando de soltarme.

—Candela Martín tiene que dejar de hablar de ella en tercera persona —repuso Sira, agarrándome también.

—Candela Martín quiere entregarse al sucio fornicio.

—¿Sucio? —intervino Sira soltándome de golpe, con la sonrisa enorme otra vez—. Lo sabía.

Era la conversación más surrealista que había mantenido jamás.

Y de pronto, unos pasos nos callaron a las tres. Sergio llegó hasta mí, lleno de seguridad.

—Señoritas —nos saludó con esa voz fabricada de pecado.

Y sin ninguna otra explicación, hundió sus manos en mi pelo y me besó con fuerza. Era el maldito paraíso. Cuando se aseguró de que lo único que podría hacer (que podríamos hacer las tres, de hecho) era mirarlo y suspirar, se inclinó, me tomó de las caderas y me cargó sobre su hombro. Solté un gritito por la sorpresa y me aferré a su cintura sin poder dejar de reír.

Me soltó en la parte exterior de mi portal y, tan pronto como mis pies tocaron el suelo, me arrinconó contra la pared y volvió a besarme. Yo gemí y rodeé su cuello con los brazos mientras sus manos bajaban por mis costillas, se anclaban a mis caderas y después a mi culo.

«Cobarde», oí gritar a una de las chicas, pero yo sólo pude sonreír contra esa boca perfecta y retorcerme de gusto cuando pasó su lengua por mis labios justo antes de volver a besarme.

—¿Quieres... quieres subir? —Gran pregunta estúpida, pero mi capacidad de raciocinio estaba temporalmente fuera de servicio.

—Sí —contestó con esa misma endemoniada seguridad y su macarra sonrisa. Se separó, me agarró de la muñeca y tiró de mí—. Voy a dejar que te sigas haciendo la dura arriba.

Para cuando llegamos a mi puerta, ya no llevaba bragas y Sergio me había manoseado por todas partes. Abrí a trompicones y él cerró de un portazo en cuanto pasamos. Me tomó en brazos obligándome a rodear su cintura y, cogiéndome por la nuca, estrelló mi boca contra la suya. Con él todo era tan salvaje, lleno de una pasión casi infinita. Y eso me hacía sentir llena de un montón de maneras que ni siquiera supe que existían hasta la primera vez que me besó.

Atravesó mi diminuto apartamento y me dejó sobre la isla de la cocina. Sus labios se deslizaron por mi cuello, fabricando un camino de besos que se transformaron en mordiscos cada vez más intensos hasta llegar a mis pechos. Me calentó los pezones, humedeciéndolos con su aliento por encima de la tela. Eché la cabeza hacia atrás y con ella todo mi cuerpo y dejé escapar un gemido. La encimera estaba fría, pero no me importó lo más mínimo, yo estaba caliente por las dos.

Continuó su descenso. Me besó el ombligo y se abrió paso entre mis piernas. Los jadeos rápidamente se solaparon y mi cuerpo se retorció de placer. Estaba tan excitada que cada movimiento de su lengua era una sacudida eléctrica en el centro de mi sexo. Era placer... placer... y más placer. Traté de cerrar las piernas por instinto, por inercia, qué sé yo. Sentía que iba a desmayarme por sobreestimulación. ¡Joder!

—Sergio —gemí, y ya había perdido la cuenta de cuántas veces había gemido su nombre, exactamente como él me aseguró que terminaría haciendo—. Sergio. Sergio. Sergio.

Alzó sus ojos azules y me miró con suficiencia. Sabía a la perfección lo que estaba provocando en mí y

no estaba en absoluto arrepentido.

Acompañó sus besos con sus dedos. Los hizo entrar, salir, girar.

—Sabes muy bien, Candelita —susurró con la voz ronca, y yo subí un escalón más sólo por oírlo.

Un mordisco perfecto en el lugar perfecto en el momento perfecto.

—¡Sergio!

Y me corrí sintiendo cómo el placer dominaba mi cuerpo, lo llenaba, lo hacía explotar y lo reconstruía en torno a cada pequeño azulejo de gres de mi encimera, a ese momento, a él.

Sergio se incorporó limpiándose la boca con el antebrazo. Apoyó las manos en la isla, otra vez flanqueando mis caderas, y clavó su mirada en la mía, sólo un instante, pero lo suficiente como para asegurarse de que, sin decir una palabra, él ordenaría y yo obedecería. Así de potente es su energía sexual.

Se separó y echó a andar con ese aire macarra de estar preparándose para ganar una pelea en cualquier bar de mala muerte. Cuando desapareció en mi habitación, me bajé de un salto de la encimera (diez puntos extras por saltar en tacones y excitadísima y no darme de bruces contra el suelo) y lo seguí.

—Desnúdate —me ordenó en cuanto entré.

Volví a obedecer. Nunca me había sentido tan sexy. Me agarró de la muñeca y me llevó de nuevo contra la pared. Su brusquedad me sobresaltó y me gustó, creo que demasiado para mi propio bien.

—De rodillas.

Lo miré sin saber qué hacer o qué decir. De pronto estaba en una especie de limbo; un limbo supersensual, eso sí. Sergio se humedeció el labio inferior y entornó suavemente la mirada.

—Oír cómo gemías mientras te corrías me ha puesto como una puta moto —me explicó con esa voz suave, con ese tono desdeñoso y ese punto de malicia que sólo él sabe imprimir a las palabras— y ahora quiero que te arrodilles, abras la boca y dejes que entre entera.

Mi excitación subió hasta estrellarse contra el techo. ¿Cómo era posible que me hubiese calentado con una simple frase que, en cualquier caso, no implicaba placer para mí? Pero entonces comprendí que el placer estaba justamente ahí, en el morbo, en su boca sucia, en él, y empecé a preguntarme cosas como qué sonidos haría al correrse en mi boca o qué sabor tendría.

Me arrodillé despacio bajo su atenta mirada, desnuda, y alcé las manos para abrir su cinturón. Los botones de sus Levi's cedieron entre mis dedos con ese sonido tan sexy de la tela vaquera. Los bajé justo lo suficiente y después hice lo mismo con sus bóxers blancos. Su erección salió firme y grande. Lo miré a través de mis pestañas. No pretendía resultarle sensual, aunque, si lo conseguía, mejor. Sólo quería repasar a aquel espécimen de hombre que en ese momento, aunque fuese yo la que estaba de rodillas, me pertenecía sólo a mí. Hay que saber leer entre líneas, chicas.

Agarré su erección con la mano. Estaba muy dura. Le besé la punta. Sabía a limpio y a salado. La recorrí entera con el puño cerrado y le dejé entrar en mi boca. Repetí el proceso una, dos, tres veces, tratando de ganar confianza, de saber qué hacer, pero ésa era yo, la cómicamente inexperta Cande. Sin embargo, en ese preciso instante, él gruñó un gemido, un sonido gutural que atravesó sus labios, y algo dentro de mí se excitó más que nunca y vi la luz. Sí, chicas, vi la luz con una polla en la boca. Puede que no sea lo más poético del mundo, pero es una verdad como una casa, así que abrid bien los oídos porque aquí viene la revelación: tu placer es maravilloso, mucho, pero darle placer a otro es lo que te lleva al éxtasis, y no importa si es follando, con la boca, con la mano o con un dedo del pie. Dar placer te hace sentir sexy, viva e invencible.

Comencé a moverme con más seguridad. Sergio apoyó la mano en la pared y se inclinó hacia delante. Cerré los ojos y lo acogí entero, sintiendo cómo se humedecía más y más.

—Joder, así —rugió.

Su mano libre se enredó en mi pelo y comenzó a marcar el ritmo de las entradas, cada vez más profundas,

más duras, más rápidas. Me llegó al velo del paladar y tragué con su erección dentro, consiguiendo que se le escapara un «hostia» entre dientes que casi hizo que me corriese allí mismo.

Me ladeó la cabeza sin ninguna delicadeza y volvió a entrar. Su mano bajó hasta mi barbilla, se deslizó hasta mi cuello y apretó suavemente cuando su cuerpo se tensó y se corrió en mi boca. No lo pensé y tragué, y alcé la mirada porque quería verle la cara y, ese algo morboso que se había despertado dentro de mí, sobre todas las cosas, quería que él me viera a mí.

Sus ojos eran dos llamaradas azules que nunca habían estado tan hambrientas. Ninguno de los dos tenía suficiente. Yo no tenía suficiente. Volví a besarlo. Estaba igual de duro, como si no acabara de vaciarse. Lo besé otra vez y empecé a chupar de nuevo. Su cuerpo se tensó un segundo y en seguida volvió a acoplarse a mí, endureciéndose aún más.

Nunca me había sentido así.

Sergio me miró con algo parecido a la adoración. Me cogió por los hombros, me puso en pie y me besó desesperado, excitado, ávido, exactamente como lo estaba yo.

Me tiró sobre la cama y se deshizo de su ropa veloz. Rasgó el envoltorio plateado del condón con los dientes y se lo puso en un microsegundo. Joder, qué excitaba estaba y, a juzgar por lo que veía, qué excitado estaba él.

Me separó las piernas y de una sola embestida larga, profunda y resbaladiza entró en mí, llenándome hasta cegar todo.

—¡Dios! —grité mientras mi cuerpo se arqueaba.

Sergio deslizó sus manos hasta abrirlas, posesivas, en la parte baja de mi espalda y me levantó, arrodillándose entre mis piernas, sin salir de mí. La fricción se multiplicó por mil y el placer lo arrasó todo.

Jadeé. Gemí. Grité.

Colocó sus dedos entre mis pechos y bajó despacio, acariciándome, casi arañándome. El placer seguía y seguía y yo necesitaba una tregua. La necesitaba, pero no la quería. Lo que realmente quería era morir de gusto con Sergio empujando entre mis piernas.

Cada vez más lejos. Más fuerte. Más rápido.

—Vas a volverme loco, nena —rugió.

Y ese *nena* fue la guinda del pastel. Me corrí de nuevo con tanta fuerza que por una décima de segundo llegó también a doler. Mientras, él se perdía dentro de mí apretando mis caderas, dejando las marcas de sus dedos en mi piel.

Sergio se dejó caer a mi lado y los dos, en silencio, tratamos de recuperar la respiración. Casi sin querer, empecé a recordar la conversación que había tenido con las chicas. No es que mis amigas fueran lo primero que acudía a mi mente después de echar un polvo, pero, en esa ocasión, debido al objeto de la conversación que mantuvimos en el O'Donnell y en la plaza junto a mi calle, sí. También era complicado que no sucediese cuando el objeto en cuestión estaba tumbado desnudo (¡desnudo!) en mi cama.

—¿Quieres beber algo? —le pregunté para empezar a charlar.

—No —respondió escueto.

A continuación se levantó, rescató sus bóxers y sus pantalones del suelo y, como hizo el sábado anterior, se los puso, acomodándoselos con un par de saltitos. Yo trepé por mi colchón, tiré de la colcha y me cubrí con ella al tiempo que me sentaba.

—Podríamos comer algo, si tienes hambre, o, no sé, ver una peli —propuse.

—Es tarde —respondió con una impertinente sonrisa.

El muy cabronazo me estaba poniendo complicado el mantener una conversación y lo peor es que era plenamente consciente y se estaba divirtiendo con ello. Sin embargo, les había asegurado a las chicas que

conseguiría que habláramos como personas normales y pensaba cumplirlo o, por lo menos, intentarlo.

—¿Seguro que no prefieres quedarte a dormir?

Sergio movió los dos hombros a la vez para subirse la camisa por ellos en ese gesto tan masculino, me miró y su sonrisa se ensanchó. La vocecita en mi cabeza empezó a canturrear «te ve como una cría inocente e ingenua, muy inocente y muy ingenua». Semejante hecho me enfadó de muchísimas maneras. ¿Acaso Sergio no había estado ahí cuando estaba de rodillas delante de él?

Por un momento lo observé abrocharse los botones.

—Sergio, ¿por qué has venido? —inquirí claudicando. Esa pregunta, por lo menos, tenía que responderla. Sonrió de nuevo.

—Porque quería hacerlo —contestó cargado de todo lo que es él: atracción a raudales, rebeldía, seguridad y una cristalina arrogancia.

Salió de mi habitación y, cuando oí la puerta principal cerrarse, me dejé caer sobre el colchón. Dos segundos después tenía dibujada en la cara la sonrisa más grande del mundo. No habíamos hablado, pero había venido a buscarme en plena noche. Me había esperado en el portal (mi parte ataviada con el pijama de Hello Kitty anhelaba que durante interminables horas) y habíamos vuelto tener el sexo más salvaje. Puede que no fuera exactamente como lo había planeado, pero, oficialmente, Candela Martín, era feliz.

* * *

Estaba tecleando cuando el leve pitido del ascensor hizo acto de presencia avisando de que las puertas iban a abrirse. Me volví sin levantarme para ver quién venía. Por norma general no me importaba mucho quién decidía honrarnos con su presencia en el «infierno en la tierra», pero estaba muy aburrida. Sergio estaba en una reunión con Paula, así que no tenía a nadie a quien observar y, aunque estaba segura de que podría poner mi máquina de fantasías a funcionar sin tener mi oscuro objeto de deseo enfrente, era mucho más divertido cuando podía comérmelo con la mirada mientras lo hacía.

Sonreí sorprendida al ver a mi hermano Rodri. Sin embargo, cuando él, con el primer paso y sin reparar todavía en mí, puso los ojos en blanco, supe quién lo acompañaba. Plan de huida a la una. Me levanté como una exhalación y corrí hacia las escaleras. Plan de huida a las dos. ¡Mierda! Había olvidado el bolso. ¿Qué sentido tenía huir a la máquina de *vending* si no podía comer para celebrarlo? Miré hacia el ascensor. No me habían visto. Regresé a por mi bolso. Plan de huida a las tres.

—Cande.

Me detuve en seco y hundí los hombros.

—Estela.

Tendría que haber huido en la otra dirección.

Me giré con la cara cenicienta y Rodri, al verme, disimuló una sonrisa.

—Mi tiempo es muy valioso —comentó mi hermana, tirante y antipática, pero no con ese tipo de antipatía que en cierta manera resulta graciosa, sino antipática de verdad, del tipo «si estuviéramos en una habitación con Hitler y Bin Laden y tuviera una pistola con dos balas, le dispararía ambas a ella»—. Podrías alegrarte de que me tome la molestia de venir a verte.

Yo estiré los labios y le mostré la dentadura un segundo para, inmediatamente después, volver a mi cara de hastío. A Rodri le costó más trabajo disimular la sonrisa esa vez y Estela fingió no verme.

—¿Tenéis cafetería aquí? —preguntó, como si acto seguido fuese a preguntarnos si alguien había muerto de disentería en ella. Las palabras *esnob* y *elitista* se inventaron para ella.

—No —me apresuré a responder interrumpiendo a Rodri—. Sólo tenemos una horrible máquina de

vending y creo que los sándwiches de la fila superior llevan tanto tiempo caducados que ya han comenzado a hablar entre ellos para amotinarse —concluí encogiéndome de hombros.

Estela me fulminó con la mirada; nunca le ha gustado mi sentido del humor, y Rodri, haciendo de hermano mayor, barra, salvador, le dijo que había una cafetería a dos minutos de la torre.

—Tengo trabajo —mentí—. Que os divirtáis.

Rodri, que ya se había girado y echado a andar, se volvió otra vez, colocó su brazo sobre mi hombro y me obligó a caminar hasta el ascensor. Una cosa era que me quisiese y otra que fuese a permitir que lo dejase a solas con Estela todo un desayuno.

—Un café con crema desnatada y estevia natural, en una taza de porcelana hervida.

La observé y no pude poco más que asentir con los labios fruncidos. Carmen Lomana, a su lado, era un taxista sudoroso.

—Un café —pidió Rodri, disculpándose con un movimiento de cejas con el camarero. Lo de «hervida» le había tenido que doler en su yo profesional.

—Un café —repetí.

Los minutos siguientes se me hicieron eternos y creo que incluso fui capaz de percibir el segundo exacto en el que todos los relojes del mundo se detuvieron y empezaron a andar hacia atrás. Iba a ser un desayuno larguísimo.

—¿Y qué te ha traído por aquí? —preguntó Rodri.

El camarero se acercó con nuestro pedido. A media mañana, cuando el Beach Sea estaba tranquilo, servían en las mesas. A las horas punta había que pelearse en la barra.

Estela miró su café con aire de superioridad. Abrió el diminuto sobre de edulcorante y se lo echó en la taza.

—Sólo quería ver cómo os iba.

Me contuve para no fruncir el ceño. Estela jamás había querido «sólo ver cómo nos iba». Ella es más de ordenar y mandar.

—Supongo que no nos podemos quejar —respondió Rodri.

—¿Qué tal la casa nueva, Cande?

—Bien —contesté con los ojos clavados en mi café—. Me gusta mucho.

—Cuando Julia me contó que te habías mudado, no me sorprendió, pero entonces me dijo que tu nuevo piso estaba en La Latina. —Y pronunció el nombre con un estudiado desdén.

Acabáramos.

—Es un barrio precioso —traté de explicarle.

—Es La Latina, Cande.

La conocía perfectamente y el problema no era que fuera La Latina, sino que no fuera La Moraleja, La Finca, el barrio de Salamanca o el del Pilar. Los cuatro vecindarios más pijos de la ciudad y los únicos al nivel de mi queridísima hermana.

—Estela —intervino Rodri—, yo mismo la acompañé a verlo y me aseguré de que fuera un buen sitio para vivir.

—No lo dudo, pero esto no es más que un capricho para reafirmarse a sí misma. Se le pasará.

Siempre he odiado que hable de mí como si no estuviera, una técnica que ella y mi cuñada Julia dominan a la perfección, pero es que, por si fuera poco, en este caso, no tenía la más mínima razón. Estudiaba, trabajaba, me había ganado mi independencia y, ¡maldita sea!, me encantaba mi piso. Estaba algo viejo, pero era muy bonito y, aunque era pequeño, tenía todo lo que necesitaba. Vivía cerca de una de mis mejores amigas, estaba relativamente bien comunicada con el trabajo o la universidad y no muy lejos del centro de la

ciudad. Adoraba el barrio, con el mercado, las terracitas y el teatro. Y, sobre todo, era algo que había encontrado yo, que pagaba yo y que mantenía yo, aunque casi no llegase a fin de mes. Lo hacía al margen del dinero de mi familia, sólo con mi sueldo. Era algo mío y estaba muy orgullosa.

—Me encanta mi casa. Tiene todo lo que necesito y me gusta muchísimo el barrio.

Cada palabra que pronunciaba, me enfadaba todavía más. ¿Por qué me estaba justificando? ¡No había hecho nada malo!

—No lo dudo. —Y era obvio que no valoraba una sola de las palabras que había pronunciado.

Tomé aire tratando de calmarme. Era feliz en mi piso y no iba a dejar que nadie me lo estropeará.

—Debería volver ya —dije levantándome—. Tengo mucho trabajo.

—Enana —trato de mediar Rodri, agarrándome de la mano y mirándome con esa mezcla de compasión y corporativismo. Yo se la apreté y sonreí, y él me devolvió la sonrisa. A partir de un momento muy concreto de nuestras vidas, con diez y veinte años respectivamente, ése ha sido nuestro gesto.

—Cuando decidas superar esta etapa, estaré encantada de ayudarte a encontrar un barrio adecuado.

—Estela —la reprendió mi hermano.

Ella alzó las manos levemente en señal de tregua, con una maliciosa sonrisa en los labios. Supuse que ya había generado todo el malestar que pretendía.

—Gracias por la visita —me despedí. Me hubiera gustado sonar irónica y sangrante, pero estaba tan enfadada que no lo conseguí.

En el ascensor bullía de rabia. ¿Por qué no podía tener una hermana normal? Una de esas que te pasa recetas y te pellizca las mejillas para darte color. Bueno, sí, es cierto, mi visión de las hermanas es un poco «La casa de la pradera», pero es que no era justo. No es justo. Estaba enojada, cabreada, furiosa. Cómo me hubiese gustado ser una de esas personas que rompen cosas o golpean paredes. Cualquier cosa con tal de poder desahogarme.

Crucé el departamento como una exhalación y entré en el despacho de Sergio, aunque ni siquiera me di cuenta de que lo hacía. Sólo quería un sitio para gritar y de paso patear un poco. Soy plenamente consciente de que eso no suena muy adulto, pero estaba al límite.

Pretendí cerrar la puerta a mi paso, pero un último brote de cordura me lo impidió. Empecé a caminar de un lado a otro, dando pequeños e inconexos paseos. «Tranquilízate, Cande —me pedí una y otra vez—. No merece la pena...» Pero qué ganas tenía de plantarme delante de Estela y gritarle todo lo que pensaba de ella. Me frené en seco. ¿Por qué demonios me estaba conteniendo? Ella se lo merecía y yo estaba muerta de ganas. Di el primer paso para salir de la oficina y volver al Beach Sea, cuando me imaginé cómo respondería... la palabrería de psiquiatra reputada con cero empatía, el chantaje emocional sin sentido, el hacerme sentir como una niña malcriada y desagradecida. Resoplé en seco, me llevé las manos a las caderas y clavé la mirada en mis propios pies. No iba a darle la satisfacción de ponerme en esa situación.

La puerta se cerró, sacándome de mis pensamientos y, cuando alcé la vista, Sergio estaba frente a mí. Su camisa remangada me robó la atención y consiguió distraerme.

Me observó un segundo y, de pronto, no sabría decir el qué, pero algo en él cambió. Su postura, su actitud, todo se coordinó con la manera en la que me miraba y el animal que se alimentaba con sexo que Sergio llevaba dentro se despertó.

—Siento haberme colado en tu despacho —me expliqué—. He estado con Estela y necesitaba un momento para calmarme.

No dijo nada y yo pensé que, quizá, sin palabras, me estaba invitando a desahogarme. Eso se parecía mucho a hablar y me gustó.

—Sólo ha venido hasta aquí para decirme que no le gusta dónde me he mudado. —Caminó hasta mí y

lanzó sobre la mesa las carpetas que llevaba—. Siempre intenta hacerme quedar...

Su boca se estrelló contra la mía y no pude decir nada más. Sus manos se perdieron en mi pelo y su cuerpo perfecto bajo esa ropa exquisita se estrechó contra el mío. Qué bien sabía, maldita sea... pero estábamos intentando mantener una conversación.

—Sergio —protesté contra su boca—, estoy tratando de contarte...

—Y yo estoy tratando de hacer otra cosa —me interrumpió—, y te aseguro que lo mío es mucho más divertido.

Volvió a besarme y yo me rendí. Ahora podría intentar adornarlo diciendo que él, en el fondo, quería distraerme y hacerme olvidar el mal trago, pero sólo serían eso, adornos y, por cierto, adornos muy mal fundados que no creo que nadie se creyese. Él quería follar. Punto. Eso era nuestra relación en aquel momento. Punto. Así es Sergio. Punto.

Esa misma tarde debíamos encontrarnos en su casa. Sin embargo, por esas casualidades que tiene la vida, mientras estaba en la mía estudiando un poco, me bajó la regla. Maldije unas setecientas veces. No es que tener la regla fuera la ilusión de mi vida cada mes, pero esa tarde iba a verme con Sergio, ¡con Sergio!, y así, entre nosotras, sin paños calientes, quería follar, que me empotrara salvajemente contra una pared y después, yo qué sé, que me diera de comer fresas con nata mientras nos bañábamos en *champagne*. La verdad es que, después de besarme, podría pedirme todo lo que quisiese, que servidora iba a decir que sí.

Asumido que me tenía que olvidar del sexo, empecé a darle vueltas a otra idea. Quizá era el momento perfecto para que habláramos. No podíamos revolcarnos como animales, así que no tendría opción.

Me cambié de ropa, me retoqué el pelo y el maquillaje y fui en metro hasta su casa. Me abrió la puerta hablando por teléfono. Me hizo un gesto para que pasara y él se fue hacia el salón. Yo aproveché para contemplar cada centímetro de su cuerpo. Unos vaqueros, una camisa azul con las mangas remangadas, descalzo y despeinado. Lo de revolcarnos como animales volvió a parecerme la mejor idea del mundo, y, cuando recordé que no podía ser, volví a maldecir.

Sergio se revolvió el pelo, se despidió y colgó. En cuanto lo hizo, se giró hacia mí y, mientras caminaba el puñado de metros que nos separaban, juro que su mirada me desnudó entera.

Me estrechó contra él y yo gemí saboreándolo. Dos segundos después estábamos tumbados en el sofá y su cuerpo cubría el mío por completo.

—Hueles muy bien, Candelita —susurró perdiéndose en mi cuello—. Voy a desnudarte tan despacio que va a dolerte.

Sus labios se pasearon por mi hombro, mi cuello, mi barbilla, y todo mi cuerpo se revolucionó, haciéndome poner los ojos en blanco. Por el amor de Dios, ¡qué bueno era!

—Voy a besarte donde quiera y como quiera y después...

—Para —lo frené con la voz jadeante. Tenía que explicarle lo que pasaba.

—No —respondió Sergio incorporándose, con la mirada perdida en mi cuerpo, decidiendo dónde iba a torturarme con sus labios en ese instante, ignorando por completo mi única palabra.

Me besó en la boca, de nuevo la barbilla y siguió bajando. Deslizó el tirante del vestido y las copas del sujetador, liberando mis pezones. Me revolví cuando acarició uno de ellos con la palma de la mano y, al atrapar el otro entre sus dientes, creí que me derretiría en su sofá.

—Sergio, no puedo... —gemí—. Para...

—Tú no quieres que pare —contestó macarra, impertinente y arrogante, todo a la vez, desafiándome con sus ojos azules.

Sonreí y jadeé en contra de mi voluntad.

—Sergio... —tiró de uno de mis pezones suavemente con los dientes mientras me pellizcaba el otro.

Gemí. ¡Joder! Estaba a punto de perder el sentido común—... tengo la regla.

Se detuvo en seco y yo me mordí el labio inferior por no habérselo dicho antes o por haberlo hecho así o, francamente, por haberlo hecho.

Se incorporó despacio y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Lo siento —murmuré, y no tuve muy claro por qué lo hice. Creo que fue más una disculpa a mi libido, que me miraba con el traje de látex, la pelota roja en la boca y la fusta en la mano, preguntándome con qué demonios iba a entretenerse ahora.

Sergio no dijo nada, pero tampoco dejó de mirarme.

—No sé —continué sin mucha seguridad. ¿Estaba enfadado? No lo sabía—, quizá podríamos charlar un rato o... o jugar a un juego de mesa.

Siguió en silencio. Se levantó serio, me tomó de la mano y me obligó a hacer lo mismo. Creí que iba a ponerme en la puerta, darme una palmadita en el culo y decirme que volviera cuando estuviese lista, pero, al dejar la salida atrás, lo miré confusa (y también un poco expectante).

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Puedo asegurarte que no vamos a jugar a un juego de mesa.

Y aunque no lo vi del todo, estoy segura de que sus labios se curvaron en una sonrisa.

Entramos en su habitación, pero la cruzamos con el paso rápido que marcaban sus largas zancadas y llegamos al baño.

Sergio me dejó en el centro de la estancia y abrió el grifo de la ducha.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirí.

—¿Tú qué crees que vamos a hacer? —demandó a su vez socarrón, tirando de mi cintura y acercándose a él. Hábil, empezó a desabrocharme el vestido.

Miré la ducha y volví a mirarlo a él. ¿No me había escuchado cuando le había dicho que tenía la regla? De golpe entendí lo que pretendía y de golpe también me sentí avergonzada. Di un paso atrás y me crucé el vestido, que acaba de abrirse ante él, con las manos. Yo nunca había hecho algo así. De acuerdo, no había hecho la mayoría de las cosas que había probado con él, pero ésa en concreto me parecía una especie de frontera, algo... diferente.

Sergio me agarró la barbilla y me obligó a levantar la cabeza, atrapando mi mirada al instante.

—¿Algo de lo que hemos hecho hasta ahora no te ha gustado? —me preguntó, y, aunque era eso, una pregunta, y la formuló como tal, tuve la sensación de que él ya conocía la respuesta.

Mi mente me regaló un montón de imágenes de lo más sugerentes de las cosas que había descubierto desde que estaba con él y un nudo de pura excitación se contrajo en mi estómago.

Alcé la mirada y, al encontrarme con sus ojos azules, una sonrisa de tonta superenamorado se coló en mis labios.

—No —respondí.

Sergio me dedicó su media sonrisa. El vapor empezó a inundarlo todo. Hacía calor, aunque francamente yo lo habría sentido en mitad de la Antártida sólo con la manera en la que me miraba. Me señaló la ducha con la cabeza y una ola de excitación y nervios me recorrió de arriba abajo.

—Sergio —vacilé—, necesito un momento.

Frunció el ceño levemente y escrutó mi rostro con sus ojos. No sabía cómo, pero siempre conseguía averiguar lo que estaba pensando, así que imagino que en ese instante no le costó demasiado trabajo.

—Tienes un minuto —me informó justo antes de salir del baño derrochando toda esa seguridad.

Me quedé mirando la puerta por la que acababa de salir como si estuviera hechizada y acabé llevándome las manos a la cabeza. ¿Cómo se suponía que íbamos a hacer aquello? ¿Y cómo pretendía él que yo...?

Resoplé. Pensé en llamar a las chicas para una ronda de consejos, pero mi móvil estaba en el salón. ¡Joder!

—Vale, vale, vale —susurré.

Me desnudé, ese paso estaba claro, no íbamos a ducharnos vestidos, pero, como estaba muy nerviosa y la desnudez nunca ha sido mi fuerte, me envolví en una toalla blanca que cogí de una de las baldas de una delgada estantería oscura a mi espalda. Me mordí el índice y el corazón. Podía hacerlo y, lo más importante, quería hacerlo, pero no tenía ni idea de cómo resolver los flecos que tenía ese plan y, pensar en cómo lo resolvería él, me daba vértigo.

Sergio golpeó la puerta y el sonido me sobresaltó. ¿He dicho ya que estaba un poco nerviosa?

—Dame un momento —le pedí.

Me apoyé en el lavabo. Sabía qué era lo que tenía que hacer... sólo tenía que hacerlo.

—Cande —dijo al otro lado—, tienes cinco segundos para abrir la puerta o entraré yo.

Tomé aire por enésima vez. Me quité el tampón y, aunque sé que no se debe y juro que no lo he hecho ni antes ni después de aquella vez, lo lancé al inodoro y tiré de la cadena.

Abrí la puerta y todo lo que vi fueron sus preciosos ojos y su cuerpo moverse de prisa antes de abalanzarse sobre mí y besarme con fuerza. Me arrancó la toalla y me hizo caminar hacia atrás, hacia la ducha, sin dejar de besarnos, quitándose la ropa pasmosamente rápido.

El agua cayó sobre los dos, caliente, pero creo que nosotros lo estábamos mucho más. Se enfundó un preservativo. Me llevó contra la pared y, levantándose a pulso, me embistió brusco. Gemí. Con fuerza. Con el placer anegando mi garganta, porque lo sentía más, mejor. Mi sexo hinchado y sensible lo recibía y lo acomodaba en su interior de una manera diferente, que revertía de lleno en mi placer. Era... era... joder... ¡era increíble!

—Me vuelves loco —rugió contra mis labios—, y no pienso fingir que me interesa algo que no sea tocarte, nunca.

Una declaración de principios acerca de lo que Sergio esperaba de nosotros y de nuestra relación.

Aquella tarde nos duchamos cuatro veces.

Presente

Estoy tecleando a toda velocidad, ignorando los whatsapps de Sira. He decidido dar carpetazo a mi vida sentimental y concentrarme en la profesional. Trabajar me mantendrá lejos de las malas decisiones, aunque paradójicamente la peor de todas ellas trabaje en un despacho en esta misma planta. Sin embargo, olvidando ese detalle, mi estrategia es simple: acabar tan destruida al final del día entre la universidad y el curro que ni siquiera pueda plantearme malas ideas, véase ir a antros de Malasaña, por puro cansancio.

Sergio ha salido un par de veces, ha pedido un par de informes y se ha acercado a un par de compañeros. Todo como mínimo a tres mesas de distancia de la mía y, por supuesto, ni me ha mirado. Siempre envidié su inteligencia emocional, la capacidad que tiene para aislar lo que no le gusta, no quiere o le hace daño. Me pregunto en qué categoría de esas tres estoy yo.

—A comer —canturrea Martina junto a mi mesa, sacándome de mi ensoñación.

—¿Eh? —inquiero fuera de juego. Ella arquea las cejas—. Sí, claro.

Me levanto rápido bajo su atenta y perspicaz mirada. Recupero mi bolso del cajón y caminamos hasta el ascensor. Esperamos en silencio, pero ella sigue observándome. Me siento extrañamente incómoda, como si me hubiesen pillado con las manos en la masa.

Entramos en el ascensor, que está abarrotado, y nos quedamos en el centro del cubículo.

—¿Fantaseando? —pregunta con algo de malicia.

Yo ladeo la cabeza y la miro ofendida, incluso me quedo boquiabierta para mandar un mensaje más claro.

—Claro que no —respondo frunciendo el ceño.

—¿Cómo va vestido hoy?

Traje italiano azul marino, camisa blanca y corbata azul con rayas plateadas y pisacorbatas a juego.

Me encojo de hombros y niego con la cabeza, tal vez demasiadas veces.

—No... no lo sé.

Ella sonríe suspicaz. ¿Tan obvio ha sido?

Las puertas van a cerrarse, pero en el último segundo alguien agarra la puerta con fuerza, frenándola, y entra. Cuando alzó la cabeza, comprendo que no puedo tener más mala suerte. Debo de ser algo así como el *punching ball* del karma, porque es Sergio.

Me mira, sólo un segundo; es obvio que no me esperaba y se detiene a mi lado. Ninguno de los dos quiere, pero es imposible huir al fondo del ascensor. Las puertas se cierran por fin y, si no fuera imposible, diría que el habitáculo va encogiéndose por momentos. Mi mano descansa junto a mi costado y la suya, en idéntica posición, está demasiado cerca. Sólo tendría que estirar un dedo y podría tocarlo. Sé que la comparación es injusta y absolutamente fuera de lugar, pero ahora mismo me siento como un alcohólico al que han dado las llaves de una destilería. ¿Qué pasaría si lo toco? Sólo un roce, uno pequeño, uno casi efímero. Muevo el dedo despacio. Trago saliva. Adoro sus manos. Son tan grandes, tan fuertes, tan masculinas... ¡No! ¡Joder! Carraspeo y cruzo mis manos al frente. Están siendo los dos minutos más largos de mi vida.

Las puertas al fin se abren en el vestíbulo y salgo disparada. Necesito escapar de... él. Por Dios, ¡todo esto es tan frustrante!

—Frena el ritmo o va a ser demasiado obvio que estás huyendo de él —sisea Martina, agarrándome del brazo con disimulo.

La chica de recepción nos sonrío y las dos le devolvemos el gesto, aunque tirante y algo forzado.

—No estoy huyendo —me quejo sin deshacer el gesto.

—Si quieres que alguien crea semejante mentira, empieza a disimular mejor —responde ella de igual forma.

Llegamos a la puerta principal y creo que las dos respiramos aliviadas cuando salimos a la calle.

—No me mientas a la cara —me regaña Martina.

—Y tú no psicoanalices mis movimientos —protesto yo.

Ella se enciende un cigarro, ignorándome por completo, y yo miro a mi alrededor frotándome las palmas de las manos contra los brazos. Hace un frío que pela. Involuntariamente, observo el interior de la Torre Picasso y veo a Sergio, a unos pasos del mostrador de recepción, hablando con un hombre. Y, aunque sé que no debería, me quedo con la vista clavada en él porque sí, porque es demasiado guapo y ése, el principio de todas mis desgracias, porque lo echo de menos... Lo echo de menos, siempre.

De pronto, él levanta la cabeza y me ve. Yo disimulo, aparto la mirada, me giro, hasta toso, pero me ha pillado. Es obvio.

Un manotazo de mi amiga en el hombro me distrae de mi bochorno. Supongo que ella también me ha pillado y ahora va a caerme una bronca muy elaborada acerca de que soy tonta del culo y lo poquísimo que me conviene Sergio Herranz, pero, cuando la miro dispuesta a aceptar mi castigo, resulta que ella no me está mirando a mí, está embobada con la vista perdida al frente.

—Ey —me quejo por esta flagrante falta de atención, y le atizo un codazo.

Miro hacia donde ella mira, dispuesta a saber con qué se ha quedado tan alucinada y... la entiendo a la perfección.

—Joder —murmuro admirada.

Martina vuelve a golpearme, incapaz de decir otra cosa, y yo la golpeo a ella.

Un policía nacional de uniforme más que guapo, guapísimo, está caminando decidido hacia nosotras. El uniforme le sienta de miedo y unas gafas Ray-Ban de aviador hacen el resto. Cuando lo tenemos sólo a unos pasos, frunzo el ceño. Él sonrío. Yo conozco a este poli.

—¿Marcos? —inquiero confusa y, sin poder evitarlo, sonrío.

¿Qué hace aquí? No sé por qué, me hace ilusión que esté aquí.

Se detiene frente a nosotras.

—Por un momento he temido que no te acordaras de mí.

—¿Conoces a este tío? —inquiere Martina asombradísima, creo que incluso un poco indignada.

—Podría presentártelo —replico socarrona—, pero creo que no voy a hacerlo. ¿Y qué te trae por aquí? —le pregunto divertida. Me está ayudando a chingar a mi queridísima amiga, así que ahora mismo es mi chico favorito.

—Pues resulta que ayer te invité al cine y me diste calabazas —empieza a explicarse ceremonioso, y yo me siento un poco culpable—. Quería demostrarte que soy un chico que no se rinde y he venido a buscar mi segunda cita.

—Espera —lo interrumpe Martina conmocionada—. ¿Le diste plantón? —me pregunta girándose hacia mí—. Desde luego, Dios te da segundas oportunidades que no te mereces.

Marcos sonrío encantado como espectador accidental de nuestra conversación y Martina le devuelve la

sonrisa. Yo no puedo evitar devolverle el gesto también y me encojo de hombros suavemente.

—Bien visto —contesto.

—Como me dijiste dónde trabajabas, he usado un par de artimañas de poli y aquí me tienes.

—Eso es acoso, agente —me burlo perspicaz.

Marcos intenta mantenerme la mirada, fingiendo que no ve el problema, pero tras unos segundos no puede más y acaba sonriendo.

—Bien visto —sentencia.

Yo le devuelvo la sonrisa y por un momento los dos nos quedamos en silencio. Es más mono de lo que recordaba o quizá sea el uniforme. Desde luego, le queda como un guante.

Una breve pero sonora interferencia atraviesa el ambiente.

—Equipo 225852. Agente 6587981 —suena desde la radio que Marcos lleva enganchada a su chaleco antibalas... ¡Chaleco antibalas!, mmmmm...

Éste ladea la cabeza y, llevándose la mano al hombro, pulsa el botón de la radio.

—Aquí agente 6587981.

Martina vuelve a golpearme, esta vez con más disimulo. No voy a negar que la entienda. Definitivamente todos los hombres deberían llevar uniforme alguna vez en su vida. Es muy sexy.

—Lo necesitan en María de Molina, número 28. Un 226. Otra patrulla está de camino.

—Entendido.

Lleva su mirada de nuevo hasta mí y me sonrío disculpándose.

—Pensaba invitarte a almorzar, pero tengo que volver.

Yo me encojo de hombros con una sonrisa.

—El deber es lo primero, agente.

Marcos se muerde el labio inferior a la vez que hace algo parecido a asentir y se mete la mano en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Es un restaurante increíble. Es de unos amigos míos. Además, todo el mundo habla maravillas de él —dice tendiéndome un trozo de papel que, imagino, es la tarjeta del sitio en cuestión—. Llámame. Te debo una comida.

Sonrío nerviosa. ¿Me está pidiendo una cita? Siento un cosquilleo de lo más familiar en el estómago. Esto está bien. Esto es exactamente el camino que debo seguir. Marcos frunce el ceño y en el acto yo también lo hago. ¿Qué pasa? ¿Ha cambiado de opinión? Entonces me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo mirándolo como una idiota sin coger la tarjeta que me está tendiendo.

—Cande es más de cenar —interviene Martina atrapando la tarjeta y diciéndole sin palabras «mi amiga es soberanamente tonta pero buena persona, no se lo tengas en cuenta»—, pero te llamaré. Palabra.

Asiento porque soy imbécil y porque ahora mismo quiero que la tierra me trague y porque él es muy mono y tiene una sonrisa preciosa y va de uniforme. No sé, cualquier motivo me vale.

Marcos parece encontrarle el lado divertido y sonrío.

—Perfecto —se despide—. Ha estado bien volver a verte.

Sonrío de nuevo.

—Ha estado genial —digo, y me muerdo el labio inferior, nerviosa.

Martina y yo lo observamos alejarse de vuelta a su coche patrulla. Menos de un minuto después, está cruzando el paseo de la Castellana. Las dos lo saludamos con la mano.

—¿En serio has tenido una cita con ese pedazo de poli buenorro y no me lo has contado? —inquiérese mi amiga con la mirada aún perdida en la estela de su coche.

Me encojo de hombros con la vista al frente como ella.

—Ni siquiera sé cómo pasó, pero pasó.

—Definitivamente, Dios te envía tíos que no te mereces —se parafrasea aún sin mirarme, tendiéndome la tarjeta del restaurante, que cojo sin dudar.

Martina echa a andar. Sin embargo, yo no puedo dejar de mirar el pequeño trozo de papel. Ha sido divertido coquetear y sé que es lo que debo querer, pero... sin saber muy bien por qué, me vuelvo hacia la torre y miro la recepción. Sergio ya no está. Sé que es lo que debería querer; entonces, ¿por qué no lo quiero?

—¿Nos vamos o qué? —se queja Martina a unos pasos, sacándome de mi ensoñación.

Sacudo la cabeza y me obligo a dejar de pensar. No es lo que debería querer, es lo que quiero. Todo lo demás sólo es palabrería que ya no va nada con la nueva Cande.

—Muévete —me increpa.

—Cállate —protesto con una sonrisa andando hacia ella—, y muérete de envidia —sentencio ensanchando mi gesto, mostrado la tarjeta que me ha dado Marcos.

Ella me enseña el dedo corazón y yo finjo no verlo.

Regresamos de comer relativamente rápido. Martina me ha insistido en que llame a Marcos una docena de veces, pero yo le he respondido que quiero hacerme un poco la dura. Sorprendentemente me ha creído y no ha dicho nada tipo «eres estúpida por seguir pensando en el cabronazo de Sergio».

Me siento a mi mesa con el trozo de papel todavía en las manos. Lo giro entre mis dedos y lo observo un segundo más. Quizá tengo que darme un poco más de tiempo para terminar de sentirme cómoda con todo esto. Asiento convencida y guardo el teléfono en el cajón de mi mesa.

Diez minutos después, me levanto y voy hasta la mesa de Concha. Estoy terminando de rellenar una tabla de cálculo de impuestos y me hacen falta las cifras exactas de unos contratos.

—Concha —la llamo deteniéndome junto a su mesa—, necesito...

Pero algo me interrumpe. La puerta del despacho de Sergio se abre y Pedraz sale de él con cara de susto y un montón de carpetas en la mano. Se hace un silencio sepulcral en la sala.

—Ya estamos otra vez —se queja Concha.

—Ya estamos otra vez, ¿con qué? —inquiero confusa.

—Pues que ya estamos otra vez con las mismas. Tú no lo sabes porque te fuiste a Barcelona, pero, justo por esas fechas, el señor Herranz nos dio un mesecito que para nosotros se queda. El hijo de la gran puta, cómo se las gastaba —recuerda con saña—. Estaba enfadado con el mundo y la pagaba con nosotros. Después, se calmó —añade como si todavía no comprendiese muy bien cómo pasó—. Pero, vamos, que Dios quiera que no estemos en las mismas, porque yo no vuelvo a pasar por eso.

Mi confusión aumenta mientras trato de digerir todas esas palabras. ¿Acaso me está diciendo que Sergio lo pasó mal cuando me fui? Recapacito sobre mi propia idea y tengo ganas de pegarme por estúpida. Obviamente sólo fue una coincidencia. Sergio no me quería en su vida, es tan triste como cierto; que me fuera sólo debió de causarle alivio.

De todas formas me quedan dudas, así que abro la boca dispuesta a seguir la conversación con Concha, pero, en ese instante, la puerta del despacho de Sergio se abre de nuevo y él aparece con cara de pocos amigos. El silencio absoluto vuelve.

Barre la sala con la mirada.

—Chen —lo llama con la voz amenazadoramente suave a la vez que echa a andar—, quiero los informes de la subcontratación de las dos inmobiliarias del aérea sur y el anexo específico del acuerdo con los agentes inmobiliarios especializados.

—Ahora mismo, señor Herranz.

Sergio se detiene frente a mí. Sólo nos separan las dos hileras de mesas enfrentadas.

—Señorita Martín, ¿sería mucho pedir que alguna vez la encontrara en su puesto de trabajo?

No ha habido nada fuera de lugar, ni siquiera ha gritado y, sin embargo, ha sido como si me lanzara afilados cuchillos con cada palabra.

—Estaba pidiéndole unas cifras a Concha —respondo, pero él ni siquiera me oye.

Da un paso más, apoya la mano en el respaldo de la silla de Marta San Gil y se inclina sobre ella con su media sonrisa. ¡Su media sonrisa! ¿Qué demonios está pasando aquí? Ella lo mira como si estuviese presenciando la llegada del hombre a la luna o un *striptease* de Channing Tatum, no lo sé, cualquier cosa que haga que te sientas emocionada y te mueras de gusto al mismo tiempo.

—Señorita San Gil —y no la llama, el cabronazo prácticamente lo susurra, dejándola al borde del desmayo—, quiero ver la documentación de la última reunión con el Departamento de Inversiones.

Él sonríe. Ella sonríe encantadísima. Y yo estoy aquí, estúpidamente petrificada. No entiendo nada. Sergio levanta la cabeza y me flagela con la mirada, supongo que preguntándome en silencio por qué no he regresado todavía a mi mesa.

Recojo lo que necesito y vuelvo a sentarme de prisa. Sin embargo, incapaz de evitarlo, no puedo dejar de prestarles atención. Él se ha sentado en el borde de su escritorio y le habla en ese tono de voz bajo y aparentemente despreocupado que, en contra de tu voluntad, hace que te lo imagines susurrándote de esa misma manera en la cama; ella se toca el pelo sin dejar de mirarlo y sonreír. ¡Está coqueteando! ¡Está coqueteando en mi mismísima cara! ¿Cómo se puede ser tan malnacido, cabrón, bastardo y miserable?

De pronto lo veo todo clarísimo. ¿Quiere jugar a este estúpido juego? ¡Por mí, perfecto! Pero podemos jugar los dos.

Rescato la tarjeta del restaurante del cajón y mi teléfono y busco su número en la agenda. Llamo y rezo para que me lo coja y no tener que fingir la llamada.

—¿Diga? —pregunta.

—Hola, Marcos —respondo cantarina—. Soy, Cande.

Como él está en la sala, mis compañeros fingen que trabajan muy calladitos, así que no me quedan dudas de que todos han podido oírlo. Más aún, cuando me miran casi boquiabiertos por osar haber hecho una llamada claramente personal con el jefe rondando por aquí, achino los ojos con malicia. Es justo lo que pretendo. Sergio no se vuelve, pero los músculos de su espalda se tensan casi imperceptiblemente bajo su camisa blanca.

—No esperaba tu llamada tan pronto.

—¿Te pilló en mal momento?

Por favor, di que no. Por favor, di que no.

—No, para nada —contesta rápido—. Estoy encantado. Cuéntame, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues, verás, me preguntaba si lo de repetir sigue en pie.

Utilizo la palabra *repetir* y no *cenar*, *comer* o *charlar* completamente a propósito, porque la palabra *repetir* da pie a todo tipo de malentendidos cuando uno está escuchando una conversación ajena.

No tengo que esperar mucho para comprobar los resultados. Sergio se incorpora, apoya las palmas de las manos sobre la mesa de San Gil y se inclina suavemente. Está incómodo y su enfado está creciendo por momentos.

—Sí, claro. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

—¿Cenar? —repito.

En ese instante Sergio alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Yo me muerdo el labio inferior actuando como si estuviese nerviosa.

—Sí —respondo con una sonrisa enorme—. Me encantaría.

Aprieta la mandíbula y creo que está a punto de rechinar los dientes.

—Te recojo a las nueve en tu portal.

—A las nueve —le confirmo apartando mi mirada, fingiendo que toda mi atención está en el teléfono y lo demás se ha evaporado para mí.

—Genial. Hasta entonces, preciosa.

Asiento y después sonrío como si ahora mismo estuviese en una nube y tan feliz que no hubiese caído en la cuenta de que él no puede verme.

—Hasta entonces, guapo. —Y saboreo cada letra.

Cuelgo muy orgullosa de mí misma y encantada con que haya recibido de su propia medicina. Ni siquiera me paro a pensar en el hecho de que acabo de aceptar una cita cuando no estoy segura de que eso sea lo que quiero, pero los problemas de uno en uno y, ahora, toda mi atención está puesta en arruinarle la existencia a Sergio.

Vuelvo a mirarlo, sólo para regodearme en cómo aprieta los dientes o cómo todo su cuerpo parece estar en guardia, pero me encuentro con todo lo contrario: está de pie, con las manos metidas en los bolsillos, mirándome, relajado, con una media sonrisa en los labios y esa actitud despreocupada que, en estas circunstancias, hace que un escalofrío me recorra la columna. Ahora que sabe que no voy a poder dejar de observarlo, se inclina de nuevo sobre San Gil. Ella lo mira y balbucea algo, ni siquiera sé el qué, y entonces él sonrío, esa sonrisa con la que sabe perfectamente lo que consigue de las mujeres.

—Vámonos a mi despacho —le dice—. Te necesito, Marta.

«Te necesito, Marta.» Tres palabras, tres disparos. Él se incorpora y no aparta la mirada de ella mientras se levanta. La barre de arriba abajo con sus increíbles ojos mientras ella se alisa la falda, nerviosa, y le hace un gesto para que pase primero. Todos, de reojo, observan la escena y yo lo hago abiertamente, casi boquiabierta. «Te necesito, Marta.» ¿Cómo ha podido atreverse a decirle eso? ¿A usar las mismas palabras que me decía a mí?

Entran en su despacho y la puerta cerrándose resuena en mi cuerpo. Maldita sea.

La hora siguiente, el despacho permanece cerrado. Increpo a alguno de mis compañeros para que vayan a ver qué está pasando, pero son una pandilla de cobardes.

—Si tanta curiosidad tienes, ¿por qué no vas tú, Cande? —replica Aguilar.

—Porque yo no puedo —contesto como si fuera obvio y ahora tengo que pensar una excusa—. No puedo fingir ninguna consulta porque el proyecto con el que estoy es de lo más simplón. Ve tú —insisto.

—Paso —sentencia—. No quiero que el señor Herranz me eche la bronca.

Repito sus palabras vocalizándolas con un mohín en los labios, como si de repente tuviera cinco años.

—Lo que pasa es que le tienes miedo —contraataco.

—Claro que sí —responde sin más—. Si ya estaba cabreado, imagínate cómo va a estar si le estropeo el polvo.

¿Qué?! No lo había pensado. ¿Y si eso es lo que está pasando? ¿Y si ahora mismo la está tocando, acariciando? ¡Joder! Aprieto los labios y entorno los ojos.

—Eres gilipollas, Aguilar —me desahogo.

Me levanto de un salto y me voy a la máquina de *vending*. Joder. Joder. Joder.

«Te necesito, Marta.» No puedo dejar de pensar en esa frase y cada vez estoy más enfadada. Siguen encerrados allí dentro. La malicia se va entremezclando con mi sed de venganza y, de pronto, casi sin quererlo, tengo una nueva idea. Me las va a pagar.

Le mando un mensaje a Marcos y le digo que ando un poco liada y que me haría un grandísimo favor si pasase a recogerme por la oficina en lugar de vernos en mi portal. Él acepta y yo sonrío.

San Gil por fin sale del despacho de Sergio con cara de venir de las nubes. Ahora mismo la odio muchísimo. La odio hasta el punto de montarle una cita a ciegas con Arroyo, el hombre que ayer se jactó de comprar braguitas usadas a japonesas por Internet. Sergio no vuelve a aparecer por la sala. Mejor. Creo que, si lo viese, sería capaz de abalanzarme sobre él armada con una perforadora de folios.

A las siete en punto tengo la mesa despejada. Sólo estoy esperando a que Sergio salga con el maletín y el abrigo para irse a casa. Tarda poco más de unos minutos y, victoriosa, me levanto y lo sigo. Entre las seis y media y las siete menos cuarto, toda la oficina, no sólo nuestro departamento, comienza a vaciarse, así que ahora, en el ascensor, sólo estamos Sergio, mi compañero Gustavo y yo.

Se hace un tensísimo silencio. Nadie dice una palabra. Creo que, durante las cuarenta plantas de bajada hasta el vestíbulo, Gustavo ni siquiera respira.

—Buenos noches, señor Herranz —se despide cuando las puertas se abren y echa a andar.

Yo lo miro con desdén, pero no lo saludo. No me da la gana.

Adelanto el paso hasta alcanzar a Gustavo y dejo a Sergio detrás. Estamos cruzando la recepción cuando veo a Marcos a través de las enormes puertas de cristal. Está en mitad de la plaza mirando el edificio con admiración. Sonríe. «Es tu momento, Cande, disfrútalo.»

—No seas tonto, Gus. No es una cita —digo golpeado a mi compañero en el brazo, fingiendo una sonrisita nerviosa—. Sólo nos estamos conociendo y eso, pero la verdad es que me gusta mucho.

Saludo a Marcos con la mano y él me devuelve el gesto. Gustavo me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza, pero no me importa. Sólo quiero que Sergio nos oiga y explote de pura rabia.

Justo antes de cruzar la puerta, ladeo la cabeza y lo observo en mitad de la recepción.

—Buenas noches, Señor Herranz —me despido con toda la impertinencia del mundo.

Tiene la mirada endurecida, con sus ojos azules destilando fuego y una ira pura, sin edulcorar. Juraría que está a punto de cargarme sobre su hombro y llevarme a rastras a su despacho. La idea, por un momento, me desarma y me excita. Es lo último que quiero, pero estamos hablando de Sergio y ese hilo fabricado de deseo que nos ata sigue estando ahí.

Me obligo a salir a la calle y, cuando veo a Marcos, recuerdo por qué estoy tan contenta. Se la he devuelto al señor Herranz y eso vale millones.

—Hola —lo saludo.

—Hola —responde él.

No sé si acercarme y darle dos besos o quedarme aquí quietecita. Él resuelve mi duda. Me agarra por la cintura sin pasar de ahí, se inclina sobre mí y me da un beso en la mejilla que alarga en el tiempo más de lo necesario. Sé que Sergio está mirando, puedo sentir sus ojos taladrándome, así que aprovecho y me vengo un poco arriba. Alzo las manos y lo agarro de las solapas del abrigo, pidiéndole en silencio que no se separe. Con Sergio ese gesto era algo intuitivo, porque nunca tenía bastante de él. De golpe me siento vacía y me entristezco. Recuerdo que estoy haciendo esto para vengarme, porque se lo merece, porque ha tonteado con San Gil delante de mí sin importarle lo más mínimo, porque me hizo tanto daño que todavía me duele y mis muebles tenían su olor y no lo pude soportar y tuve que deshacerme de ellos. Y lo odio por todo eso y porque todavía lo quiero. Esto es un maldito error.

Me separo despacio con una torpe sonrisa en los labios. No me atrevo a mirar a Marcos a los ojos. Me siento... culpable.

La puerta vuelve a abrirse y salen dos o tres compañeros más con gente de otros departamentos.

—¿Te animas a conocer el restaurante de mis amigos? —me pregunta Marcos.

—Sí —murmuro poco convencida.

Esto no es una buena idea. Debería ponerle alguna excusa y marcharme a casa.

—Está cerca del Retiro. Es pequeño, pero muy bonito. Cocinan un *risotto alle vongole* estupendo.

No puedo hacerlo. No puedo.

—Marcos... —lo llamo, y por fin me atrevo a alzar la cabeza.

El BMW de Sergio aparece desde el garaje y, en lugar de tomar la Castellana y largarse, se detiene frente a la puerta de la oficina. Sale del coche, lo rodea y se apoya en la carrocería con los brazos cruzados y la mirada en el suelo. Ya no lleva chaqueta ni corbata, sólo el marinero, y se ha desabrochado los primeros botones de la camisa. Ha dejado de ser el Sergio de la oficina. Yo lo miro y, por esas casualidades que tiene la vida, él alza la cabeza y también me mira. Ninguno de los dos dice nada y por un instante creo que me está desafiando, esperándome a mí, llamándome en silencio y, cuando estoy a punto de hacer la mayor estupidez de todas, escuchar a mi corazón y dar el primer paso en su dirección, unas pisadas aceleradas, incluso algo nerviosas, me distraen. San Gil pasa a mi espalda y sale disparada hacia él.

Él me mantiene la mirada un segundo más y, no sé qué debe encontrar en la mía, imagino que la más absoluta decepción, el sentirme triste y ridícula y el volver a recordar cuánto lo odio, porque lleva sus ojos azules a un lado, exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones, se incorpora y vuelve a meterse en el coche cuando San Gil está sólo a unos pasos. Ella se detiene confusa, esperaba que él la saludara de alguna manera, pero, aun así, sin perder la sonrisa, ocupa el asiento del copiloto. La puerta todavía no se ha cerrado del todo cuando Sergio hace rugir el motor y desaparecen calle arriba.

—¿Qué querías decirme? —me pregunta Marcos al ver que no respondo.

Vuelvo a la realidad, apartando por fin mis ojos de la calzada.

Me obligo a sonreír.

—Seguro que el restaurante es precioso.

Marcos me devuelve el gesto y echamos a andar hacia su coche.

El restaurante de verdad resulta ser un sitio increíble y Marcos es fantástico. Me hace reír y, sólo por eso, ya me alegro de haber aceptado cenar con él.

Aún no es medianoche cuando detiene su vehículo frente a mi portal.

—Ha sido una cena genial —dice desabrochándose el cinturón.

Yo lo imito y cojo mi bolso del suelo del coche.

—Sí, ha estado muy bien.

Marcos me observa unos segundos y finalmente sonrío.

—¿Seguro? —se atreve a inquirir al fin.

Su única palabra me hace alzar la cabeza, confusa.

—No es que sea un donjuán, Cande, pero sé cuándo una chica no se lo está pasando bien conmigo —añade en un tono suavemente acusatorio.

—Me lo he pasado bien contigo —me defiendo.

—¿Ah, sí? —replica veloz—. ¿Y qué pasaría si intentase besarte ahora?

Su pregunta me pilló fuera de juego. Abro la boca dispuesta a responder, pero la verdad es que no tengo la más remota idea de qué. Acabo de demostrar que tiene razón.

—Lo siento —me disculpo agachando la cabeza de nuevo.

Noto su sonrisa dulce y sincera y sus dedos en mi barbilla me obligan a alzar la cabeza y volver a mirarlo.

—No pasa nada, ¿vale? —me dice con ternura—, pero la próxima vez quiero que seas franca conmigo.

—¿Va a haber una próxima vez? —demando confusa.

—¿Quieres que la haya? —pregunta a su vez, burlón.

—Sí —contesto sin dudar. Independientemente de que no pueda quitarme a Sergio de la cabeza o el

porqué acepté esta cita, me he divertido con él—, pero no pensé que tú quisieras.

—Creo que no es cuestión de que quiera o no —responde, y automáticamente frunzo el ceño. ¿Qué ha querido decir con eso?—. No sé lo que te ha pasado, pero algo me dice que necesitas salir. Yo soy un agente de la ley; ya sabes —hace una pausa pequeña y socarrona—, proteger y servir al ciudadano. Lo pone en mi placa.

—Creí que eso sólo aparecía en las placas de los americanos —replico contagiándome de su humor.

—Es un lema internacional.

Enarca las cejas y me mira muy serio y yo asiento, como si de verdad fuésemos a salir exclusivamente por su sentido del deber, pero, al cabo de unos segundos, ninguno de los dos puede más y rompemos a reír.

—¿Qué me dices, Cande? —pregunta cuando nuestras carcajadas se calman.

—Te digo que sí.

Él asiente y yo vuelvo a sonreír. Me gusta pasar tiempo con él.

Marcos se despide con un beso en la mejilla y salgo del coche. Antes de cruzar el portal, lo saludo con la mano y él me devuelve el gesto.

En mi piso, ese que tiene tatuado el recuerdo de Sergio en las paredes, las cosas se complican un poco. Trato de analizar la situación con frialdad, pensar en todo lo que ha pasado hoy. Es más que probable que Sergio, en estos momentos, esté llevando a Marta San Gil a su casa después de haberse acostado con ella. ¿En qué posición me deja eso a mí? ¿Voy a seguir siendo la tonta enamorada que acepta cualquier cosa? ¡Se supone que no! Dejé todo eso atrás en favor de las citas, el amor y los columpios eróticos, añadirían Sira y Martina. Pero ¿por qué ha tenido que decirle que la necesitaba?

Ni siquiera lo pienso. Giro sobre mis pies y bajo de nuevo a la calle. Pido un taxi y le doy la dirección de Sergio. Estoy tan enfadada que siento que el vehículo tarda horas en llegar cuando en realidad sólo han pasado unos minutos. Entro en su portal ignorándolo todo: las mariposas, el corazón desbocado... y culpo a mi propio enfado de mi respiración acelerada.

Llamo con fuerza. No me importa la hora que es. Sólo espero que ella no esté aún aquí, porque ni siquiera sé cómo reaccionaría. Sergio no tarda más que unos segundos en abrir. Descalzo, en vaqueros y camiseta y con el pelo revuelto. También luchó por ignorar todo lo que el simple hecho de verlo así me provoca. Es mucho más complicado que lidiar con un portal.

Me mira sin poder creer que esté aquí y aprieta con fuerza la mandíbula y el pomo bajo su mano. Está furioso; no me importa. ¡Yo lo estoy mucho más!

—¿Está aquí? —pregunto beligerante.

Sergio frunce el ceño.

—¿De qué coño estás hablando?

—De si ella está aquí —replico con rabia.

Soy vagamente consciente de que debería calmarme, aunque sólo fuera un poco, pero no puedo.

Sergio sólo necesita una milésima de segundo para entender a qué me refiero y su mirada cambia por completo, llenándose de toda su arrogancia.

—¿Por qué? ¿Ya ha terminado tu cita y quieres saber si mi cama está libre para meterte en ella? Creí que esta vez me pondrías más difícil eso de bajarte las bragas —sentencia con desdén.

Y yo ni siquiera dejo que la idea cristalice en mi mente antes de soltarle una bofetada. Sergio gira la cara despacio, con la respiración acelerada de pura rabia. Antes de que pueda hacer nada por evitarlo, me coge de la muñeca, tira de mí hasta meterme en su casa y cierra de un sonoro portazo.

—¡No puedes tratarme como te dé la gana! —me quejo zafándome de su agarre, y no lo digo por ese gesto, sino por todo lo que ha pasado hoy en la oficina y, si soy sincera, creo que ni siquiera es sólo por eso.

Sergio suelta un bufido.

—Eres una cría de mierda —ruge—. ¿Crees que me pone celoso que te pasees por la oficina con el primer gilipollas que te dé la oportunidad?

—Claro que sí. Si no, no habrías montado ese numerito con San Gil. Sólo estabas tonteando con ella para molestarme.

Sonríe duro y, para mi desgracia, muy sexy.

—¿Quién te ha dicho que sólo he tonteado con ella?

¡No lo soporto!

Alzo la mano dispuesta a pegarlo otra vez, pero él la agarra y me lleva contra la pared sin ningún esfuerzo, apretando contra el muro mis dos muñecas con una sola de sus manos.

—¡Suéltame!

—Sólo es un imbécil —sisea de nuevo, atrapando mi barbilla para obligarme a mirarlo—. Un imbécil que seguro que te ha llevado a cenar y a dar una vuelta de la manita. Todas esas cosas que te encantan —se burla.

—Eres un hijo de puta —lo reto tratando de liberarme, pero manteniéndole la mirada, porque ahora mismo todo en lo que puedo pensar es en demostrarle cuánto lo odio.

—Eso no lo dudes —replica sin remordimientos—, pero sé que no te ha follado.

—Claro que me ha follado y ha sido mil veces mejor que tú —le escupo con saña.

Sergio sonrío. Tiene cristalinamente claro que estoy mintiendo y eso me cabrea todavía más.

—Tú sólo puedes pensar en que te toque yo —afirma con su voz ronca y toda esa seguridad, esa arrogancia, inclinándose sobre mí.

—No.

El corazón me late con tanta fuerza en los oídos que poco a poco va aislándome del mundo para que sólo quede él.

—Que te levante contra la pared y que te embista con tanta fuerza que también te duela, que te abra para mí.

—Te he dicho que no —insisto, pero mi voz ya no suena tan segura como antes.

—¿Recuerdas lo mojada que estabas? ¿Recuerdas cómo me dejabas entrar?

Cierro los ojos. Me dejo llevar.

—Sí —murmuro.

¿Qué me está pasando? Yo lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas.

Su mano libera mi barbilla y recorre mi costado hasta anclarse en mi cadera. Mi cuerpo se revuelve. Lo único en lo que puedo pensar es en rodear su cintura con mis piernas.

—Cada vez que me corría dentro de ti me volvía loco, nena —sentencia dejando caer su frente contra la mía.

Su cuerpo casi cubre el mío por completo y todo a nuestro alrededor se ha difuminado. Mi respiración ya es un caos. La suya también.

—¿Por qué has venido? —susurra y, aunque no lo veo, sé que tiene los ojos cerrados. Y yo no sé si se refiere a su piso o a Madrid.

—Porque te odio —respondo dejando que el dolor, el deseo y la rabia inunden mis palabras—. Sergio, por favor... —murmuro desesperada.

—No voy a follarte, Cande. —Y su voz se llena de algo que jamás había escuchado en él. Está enfadado. Está decepcionado. Está frustrado. Todo eso le despiertan sus propias palabras, pero también hay dolor y, por primera vez, tengo la kamikaze idea de que él también está sufriendo—. No voy a follarte nunca más.

Dentro de mi mente y de mi corazón algo colisiona y de pronto estoy más furiosa, más triste, más dolida.

—Suéltame —le pido sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas.

Sergio se separa y, manteniéndome la mirada, me libera. Yo lo empujo y él da un paso atrás concediéndome la huida.

—Eres la peor persona que conozco —sentencio entrecortadamente.

Sus ojos siguen sobre los míos, pero no dice nada, como si de alguna manera me estuviera dando la razón. Y, así, sin que ninguno de los dos pronuncie una sola palabra más, salgo de su piso.

Lloro cuando estoy saliendo de su portal. Lloro en el taxi. Lloro en mis escaleras. Pero me niego a hacerlo en mi casa. Me niego a volver a convertirme en esa Cande. Me dejo caer en mi sofá sin ni siquiera quitarme el abrigo y me acurruco concentrándome en no rendirme a las lágrimas, en controlar mis sollozos. No tendría que haber ido a su piso. No tendría que haber vuelto. No tendría que haber dejado que me tocara nunca. Tengo la sensación de que, por mucho que lo intente, da igual los meses que hayan pasado, jamás voy a poder huir de él, y eso me da un miedo terrible.

Pasado

Las dos semanas y un día siguientes estuvieron llenas de sexo. Sexo salvaje, loco y excitante. En su piso, en el mío, en el despacho, en el ascensor, en su coche. El Sergio de la oficina, serio, arrogante y con ese punto de malicia, también es un macarra muy sexy con un atractivo y una seguridad desbordantes y siempre, siempre, es un animal que se alimenta de sexo. No hablábamos mucho y cualquier rastro de intimidad, aunque fuera un tímido intento por mi parte, era silenciado por su boca estrellándose contra la mía o con una embestida brutal que me llevaba de vuelta al paraíso. La manera en la que Sergio se relacionaba con las mujeres era el sexo. No por un trauma o algo parecido, como los protagonistas de las novelas románticas, sino porque él había elegido ser así. Yo no podía evitar que eso me resultase atractivo. Tenía veintidós años y, aunque había tenido mis novietes, no tenía ni de lejos ni una décima parte de su experiencia. Cómo se comportaba, la seguridad que desprendía, la habilidad, el saber cómo era el juego y cómo jugar muy bien, me volvían completamente loca.

Sin embargo, cuando me dejaba en casa o se marchaba, cuando regresaba a mi mesa con las rodillas temblándome o en los cinco segundos desde que me besaba hasta que todo me daba vueltas, pensaba que debía seguir intentando que nos conociéramos mejor. Sergio me gustaba mucho. Siendo sincera, estaba totalmente colada por él (¿a que no os sorprende?). ¿Cuánto tiempo iba a tardar en cansarse de mí y buscarse a otra chica? Necesitaba que me conociera y se enamorara de mí con urgencia. Después de hablar con mis amigas, me hicieron ver que existía una cuestión previa que debía resolver antes de elaborar un plan para conseguir mis objetivos: ¿en qué punto exacto estaba nuestra relación? «Sólo nos acostamos» era algo demasiado amplio.

De vuelta a mi puesto de tortura, es decir, mi escritorio, recibí un correo electrónico de la Fundación de la Universidad Pompeu Fabra, felicitándome porque me habían concedido la beca. Yo sonreí por inercia, pero lo cierto era que no quería marcharme de Madrid por nada del mundo. Allí estaban Rodri, las chicas, el oso, el madroño... SERGIO (¿a que las mayúsculas tampoco os sorprenden?). Tenía hasta el 16 de diciembre para pensar si la aceptaba o no, pero la decisión estaba tomada.

Estaba a punto de responder un educadísimo «muchas gracias, pero no gracias» cuando su voz me distrajo.

—Señorita Martín, a mi despacho.

Alcé la cabeza y lo vi en su puerta, con la mirada clavada en los documentos que revisaba.

Al levantarme, un suave y dulzón dolor atravesó mi sexo. Ese hombre iba a acabar conmigo. Sin embargo, una sonrisa se apoderó de mis labios. ¿Por qué sería?

—¿Qué necesitas? —pregunté deteniéndome frente a su mesa.

Él, que había vuelto a sentarse en su sillón de ejecutivo, levantó la mirada de los documentos.

—Cierra la puerta —me ordenó, y sus ojos se llenaron de ese brillo indomable al decirlo.

Eran las nueve y media de la mañana de un miércoles. Habíamos estado revolcándonos en mi piso hasta

las dos de la madrugada. ¡Estaba agotada!

Me giré y la cerré y, en cuanto la puerta encajó en el marco, noté cómo se levantó. De pronto, la habitación se llenó de una suave electricidad. Era su energía sexual llamando a mi cuerpo y consiguiendo que se rindiera sin condiciones. Alcé la cabeza y lo miré, y lo guapísimo que es hizo el resto. De un solo plumazo, logró que tuviese la boca seca y el corazón me latiese de prisa. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que ya estuviese lista para él?

Sin embargo, cuando echó a andar hacia mí, yo lo hice hacia el otro lado de la mesa, colocando en mueble entre ambos. No sé por qué lo hice... ¡Ah, sí!, ¡porque estaba exhausta! Sergio dio un paso más y yo también. Se quedó quieto un segundo, pero prácticamente en ese mismo instante el brillo de sus ojos se intensificó y una media sonrisa se coló en sus labios. Acababa de descubrir cuánto le gustaba que se lo pusiese difícil. ¡Maldito malnacido!

—Por Dios, ¿nunca tienes suficiente? —me quejé divertida. En el fondo estaba encantada—. Necesito un día para descansar y reponer fuerzas.

Él continuó rodeando la mesa y yo también. Acabábamos de alcanzar el punto exacto donde estaba el otro hacía menos de un minuto.

—Pobrecita —repuso burlón—. Deberíamos recoger firmas para ayudar a esta chica desvalida a dejar de tener orgasmos.

—Ayer me tuviste despierta hasta las dos de la mañana —protesté, pero, como no dejaba de sonreír como una idiota, era muy difícil no sonreír como una idiota cuando lo recordaba desnudo, o vestido, o cuando lo miraba, mis quejas no tenían mucha consistencia— y el día anterior hasta las tres y media y no me dejaste cenar —le recriminé señalándolo con el dedo.

—Que yo recuerde, te di algo de comer —replicó insolente.

—¡Eres un cabronazo!

—Y tú estás encantada.

Hizo un movimiento rápido, como el de un guepardo acorralando a un pobre cervatillo, pero, no sé cómo, reaccioné a tiempo soltando un gritito y conseguí escapar. El corazón me latía cada vez más fuerte y tenía la respiración agitada, como él.

De pronto Sergio se detuvo y se quedó de pie, sin esa pose de estar dispuesto a salir corriendo en cualquier momento. Era una actitud aparentemente más tranquila, pero todo él seguía desprendiendo ese halo amenazante. Me barrió con la mirada, desnudándome despacio, y después me dio un segundo para que hiciera lo mismo. Sabía el aspecto que tenía y lo estaba poniendo a funcionar a su favor.

—Ven aquí —me ordenó.

Tuve que tomarme un segundo en contestar para no sucumbir a esa voz perfectamente ronca.

—¿Qué me harás si voy?

Sonrió con ese toque de malicia. ¡Es tan increíblemente sexy!

—Castigarte —no lo dudó—, duro.

Ya lo había hecho alguna vez. Me había dado unos azotes y me había follado hasta hacerme ver las estrellas. Yo nunca habría imaginado que me gustaran estas cosas, pero, con él, el sexo era brutal y absolutamente todo lo que me hacía me maravillaba.

—Entonces creo que mejor me quedaré a este lado de la mesa —lo desafié.

—Desnúdate —me ordenó.

Negué con la cabeza y me mordí el labio inferior, nerviosa. Llevaba dieciocho días viendo en directo a un dios del sexo, algo había tenido que aprender.

—Lo haré si tú haces algo por mí.

Sergio arqueó una ceja. No sabía si le estaba gustado e iba a aceptar o estaba a punto de mandarme al diablo con una palmadita en el culo y un «perdiste tu oportunidad». Tenía que darme prisa en convencerlo. Tomé aire y me armé de valor. Podía hacerlo. Yo también podía jugar.

—Me desabrocharé un botón por cada pregunta personal que respondas —le ofrecí. Para asegurarme de que aceptaba, pasé la mano fingidamente distraída y tratando de resultar sexy por la hilera de botones de mi camisa color vainilla.

Sergio se humedeció el labio inferior y, antes de que dijera que no, preferí tomármelo como un sí.

—¿Cuántos hermanos tienes? —inquirí.

No contestó. Estaba... tenso, y no se trataba de tener que hablar; al fin y al cabo, eso era algo que no hacía porque no le daba la reverenda gana. Dos personas no pueden pasar casi tres semanas acostándose y no saber nada de nada del otro. Incluso en las negativas o en los silencios hay información y yo sabía, y ahora puedo ratificarlo, que Sergio no hablaba de su vida porque no quería, porque esa manera exclusivamente sexual era la forma en la que había elegido relacionarse con las mujeres. Que las cosas, aunque fueran por un mísero segundo y por una estúpida pregunta, se estuviesen saliendo de sus esquemas, era lo que lo molestaba.

Me acaricié el botón, tratando de tentarlo.

—Uno —respondió al fin. No lo había tentado, sólo había decidido darme el capricho.

Mis labios se curvaron hacia arriba y me desabroché el primer botón.

—¿Cómo es?

—Gilipollas —contestó sin dudar.

Pasé el siguiente botón por el ojal.

—¿Y tus padres?

—Gilipollas.

Enarqué las cejas y él me devolvió el gesto.

—Tú me has preguntado —me espetó—. El botón.

Obedecí y miré mi prenda. Me quedaban tres preguntas. Uno de los laterales de la blusa se abrió hasta alcanzar mi hombro y una de las copas de mi sujetador verde manzana quedó al descubierto. Su respiración se aceleró un poco más y sus ojos volaron hacia él. Cerró los puños con fuerza.

—¿Fuiste feliz en el internado?

—Tú misma lo dijiste, los internados no son tan malos como parecen.

Recordaba esa conversación en el antro después de que Rodri me sacará del calabozo. Me sonrió de una manera diferente. No fue una sonrisa feliz y lo que acababa de decir había sido como aquella sonrisa.

—Ésa no es una respuesta.

—Sí que lo es —replicó—. No tengo la culpa de que no sepas leer entre líneas —me retó—. El botón.

Me lo desabroché y me mordí el labio inferior, no por intentar caldear más la cosa, sino para pensar. Necesitaba un cambio de estrategia. Estábamos hablando, sí, pero no me estaba valiendo de mucho. Quizá, si conseguía alargar esa conversación pero de una manera más distendida, sin tener que chantajearlo, todo sería más fácil. Se me encendió la bombillita.

—¿Por qué no vamos a tomar algo esta noche? —le propuse.

—Eso no es una pregunta personal —me corrigió.

—Pero es una pregunta.

Ladeé la cabeza tratando de ablandarlo. Siempre tuve la sensación de que ninguna de esas cosas en principio tiernas funcionaban con él.

—No.

Suspire decepcionada. Él no dijo nada más y con la mirada me recordó que debía desabrocharme el

penúltimo botón. Mierda, sólo me quedaba uno. Lo pasé con una lentitud pasmosa por el diminuto ojal y le dediqué mi peor mirada, algo muy intimidante sin duda alguna, ya que lo único que conseguí fue que sonriera.

—¿Por qué no podemos ir a tomar una copa o a cenar o al cine o hacer algo de eso en tu casa o en la mía?

Cuando empecé a hablar no estaba segura de que ésa fuera estrictamente mi última pregunta, pero necesitaba saberlo; es más, comenzaba a estar impaciente por hacerlo. No le estaba pidiendo que me jurara amor eterno, eso ya lo había hecho el otro día, cuando le susurré «estás enamorado de Candela Martín» mientras dormía un par de minutos después de un maratón de sexo, por si eso del condicionamiento del subconsciente durante los sueños funcionaba. Sólo quería un gesto, el que fuera, que me indicara que dábamos un pequeño pasito hacia ser una pareja normal y corriente.

A Sergio le cambió la cara, pero no levantó sus ojos de mí.

—Cande, creí que estaba claro —dijo con una voz suave y firme, de las que no admitían réplicas. Quería que el mensaje resultara cristalino—. Tú y yo no podemos ser novios.

—Pero ¿por qué?

No lograba entenderlo, ni siquiera ahora lo hago. Le gustaba estar conmigo.

—Porque te saco nueve años, porque eres la hermana de Rodri y porque esa parte de las relaciones no me interesa.

—A ti sólo te interesa una parte de las relaciones —contesté intentando resultar graciosa, aunque no pude evitar que un deje mordaz se colara también en mi voz.

—Nunca te he dicho lo contrario.

Fue una bofetada sin manos en toda regla.

Bajé la cabeza avergonzada, sintiéndome como una cría que suplica por una bici nueva para Navidad y a la que sus padres explican que es un capricho que no se pueden permitir. Tenía razón. Nunca había dicho o hecho algo, por ínfimo que fuese, que me diese a entender que habría algo más entre nosotros.

Percibí cómo echaba a andar y sus elegantes zapatos no tardaron en entrar en mi campo de visión. Hundió las manos en mi pelo, me obligó a levantar cabeza y, sin mediar palabra, me besó.

—Deja de darle vueltas —me ordenó contra mis labios.

Suspiré frustrada. Lo sentía cerca otra vez y todo el mundo estaba a punto de desvanecerse a mi alrededor y era... era... demasiado increíble como para poder explicarlo con palabras, pero yo no quería rendirme.

—Sólo serán unas copas —volví a la carga en un jaleo.

Sergio gruñó. Él tampoco quería rendirse. Un duelo en toda regla. Uno que, paradójicamente, se daba entre dos personas que no dejaban de besarse.

—Cande —me reprendió o me llamó, quién sabe.

—Por favor.

Nos besamos cada vez más salvajes, más desmedidos... Y entonces alguien llamó a la puerta. Nos separamos de golpe y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Sergio.

¡Era la voz de Rodri!

Abrí la boca dispuesta a decir algo, aunque, la verdad, no supe el qué. Sergio se apresuró a tapármela con la palma de una mano. Hizo bien, no creo que en semejantes circunstancias hubiera podido controlar el timbre de mi voz.

—Vístete —me ordenó en un conciso susurro— y tranquilízate.

Sonrió. ¡En mitad de todo aquello, sonrió! Y un brillo perverso se apoderó de sus ojos azules. El peligro, su mano en mi boca y esa orden clara e incluso un poco amenazante... Sobra decir que yo también estaba excitada.

Asentí. Él retiró la mano despacio y yo empecé a abrocharme los botones inusitadamente rápido.

—Si estás reunido, puedo volver en otro momento.

Sergio me miró de arriba abajo para asegurarse de que estuviera perfectamente vestida.

—Pasa —dijo sonando la mar de natural.

¡Cómo envidiaba todo ese autocontrol!

Cuando el pomo ya empezaba a girar, Sergio echó a andar hacia el otro extremo de su mesa para alcanzar su silla, pero, sólo separados por un par de pasos, volvió a girarse y me besó. ¡Me besó! Un beso húmedo y profundo que, como siempre, consiguió que todo me diera vueltas.

Se separó con una cara de suficiencia, arrogancia e insolencia a partes iguales y su sonrisa se ensanchó cuando abrí la boca del todo escandalizada. Iba a gritarle un sonoro «¿estás loco o qué?», cuando la puerta se abrió y mi hermano entró.

Sergio se sentó, como si no ocurriese nada, y yo, como no sabía qué hacer, sonreí nerviosa y atolondrada y miré al techo. Sí, señor, al techo. Sólo me faltó silbar y escribirme «culpable» en la frente con rotulador negro. Sin embargo, como era tan difícil de creer que Sergio y yo estuviésemos liados, Rodri no reconoció ni una sola de las señales y simplemente se sentó en la silla al otro lado de la mesa, justo después de darme un beso en la mejilla. Me preocupó seriamente que pudiese oír los latidos de mi corazón desbocado; estaba segura de que, como mínimo, había sufrido una angina de pecho por culpa del beso a traición de Sergio, pero no pareció notar nada.

—Vuelvo a mi puesto, señor Herranz —dije con la clara intención de huir de la escena del crimen.

—Espera, hermanita —me reclamó Rodri—. Esta tarde te recogeré para cenar en casa.

La expresión me cambió en un instante. Creo que incluso se me quitó la cara de susto. Cenar en La Finca con Julia, y obviamente Estela, no entraba en mis planes para esa noche.

—No creo que pueda.

Rodri me observó y después me sonrió con cariño y un poquito de condescendencia.

—Te recogeré a las siete y media.

La familia era lo más importante para mi hermano, aunque tratase de evitar a Estela tanto como yo. No iba a librarme de la cena. Asentí. Claudiqué.

Sentí cómo la mirada de Sergio se clavó en mí hasta que salí del despacho.

* * *

Rodri me recogió puntual como un reloj. Teníamos más de cuarenta minutos hasta su casa. Yo me había dado una ducha rápida y me había cambiado de ropa: una faldita de cuadros en distintos tonos de verde y un jersey. Supongo que mi vestimenta y yo misma, aunque me esforzase en negarlo, entrábamos en la categoría de «niña buena». Martina se reía cuando me lo repetía voz en grito mientras escuchábamos música y nos probábamos modelitos para salir de fiesta. Sira siempre me decía que lo llevara con orgullo, asegurándome que las niñas buenas también tenían su público. Yo no es que fuese una entendida en moda. Simplemente me ponía lo que me gustaba y lo que me hacía sentir bien. Una chica normal del montón y nada más.

Atravesamos los alrededores de Madrid serpenteando entre coches en la autopista y pronto llegamos a casa de Rodri. Me había dejado elegir la música durante el trayecto, me costó mi mejor sonrisa de hermanita pequeña, así que entré en la casa tarareando *Que el tiempo no te cambie*, de Tequila. Adoro la música de los ochenta.

—Hola, Charo —saludé a la cocinera con una sonrisa, un abrazo y un beso en la mejilla.

Rodri sonrió y salió de la cocina, dejándonos solas.

—He preparado bolitas de patata, señorita Cande. Sé que le encantan.

Yo sonreí y me incliné curiosa para ver qué más había en los fogones, ignorando lo de «señorita Cande». A la vez número doscientas cincuenta y seis que le pedí que me llamara sólo Cande y ella no me hiciera el más mínimo caso, decidí dar la batalla por perdida.

—Todo tiene una pinta increíble —comenté disfrutando del delicioso aroma a comida casera.

Charo era una cocinera fantástica.

—Debería venir más a menudo —me dijo, y sonó un poquito también a reprimenda—. El señor Rodrigo la echa mucho de menos.

—Ya, pero el señor Rodrigo está casado con una arpía —repuse encogiéndome de hombros.

Me permitía esas salidas de tono con Charo desde una vez que la pille farfullando sobre Julia y cuánto se merecía que le hicieran un buen trabajo de santería en el cuartito de la lavadora. Ese día supe que tenía una aliada en mi cruzada contra el mal.

—Es la segunda vez que te oigo llamar *arpía* a la pobre Julia. Yo creo que deberías empezar a sentirte culpable.

Charo me miró con cara de susto y volvió a prestarle atención a la comida. Yo me giré despacio, pero del todo convencida de la voz que había oído. Era Sergio. ¿Qué hacía allí?

—Rodri me invitó —comentó poniendo una vez más sobre la mesa su innata capacidad para leerme la mente.

Llevaba la misma camisa blanca de la oficina y el mismo pantalón color carbón, que, al no lucir chaqueta, le caía endiabladamente sexy sobre las caderas. Se había quitado la corbata y desabrochado los primeros botones, y sus antebrazos, bajo los firmes dobleces de su camisa, me distrajeron más de lo que me gustaría reconocer. Había venido directamente desde el despacho.

—¿Mucho trabajo?

—Eso es una pregunta —respondió con una media sonrisa; luego, acercándose a mí y bajando el tono de voz, agregó—: ¿Vas a desabrocharte un botón?

Miré mi ropa por inercia, pero en seguida me recordé que en esos duelos era fundamental que le mantuviese la mirada.

—No —contesté llena de seguridad.

Sergio se detuvo a unos cuantos pasos y se metió las manos en los bolsillos. Otra vez esa pose despreocupada que en el fondo sólo quería decir «sé que te vuelvo loca; ven y demuéstreme que puedo divertirme contigo».

—Pues entonces —añadió dando un paso más, lo suficiente como para que su olor a colonia cara y sexo invadiera mi espacio vital—, no es asunto tuyo.

Me observó un par de segundos, sólo para asegurarse de que caía en sus redes, y cuando mis ojos bailaron de los suyos a sus labios, sonrió macarra, giró sobre sus pasos y salió de la kilométrica cocina. Maldito Sergio. Disfruta haciendo el mal.

Tras unos minutos decidí salir de la cocina. No es que me muriese por seguir contemplando a Sergio imaginando cómo sería hacerle un traje a besos, pero, ya que tenía que pasar una horrible cena en casa de los Martín Cisneros, poder alegrarme la vista era una justa compensación del karma.

Al llegar al salón vi a Sergio charlando con Rodri. Él me dio un repaso en toda regla mientras se llevaba su copa de vino a los labios y después siguió conversando con mi hermano. Me estaba torturando. Lo tenía clarísimo. Al otro lado del descomunal salón estaban Julia y Estela. Las dos me observaron sin ninguna discreción y comentaron, comentaron y comentaron. El disimulo no era lo suyo e imagino que no les gustaban ni mis zapatos, ni me vestido, ni la sencilla coleta con la que me había recogido el pelo; ya puestos, imagino

que no les gustaba ni mi pelo. Como ya le expliqué a mi hermana, la última vez que fui a la peluquería no les quedaba tinte del tono «pija estirada».

Resoplé y miré el techo preguntándome cuánto tiempo tenía que pasar para que resultase socialmente aceptable que sacase el móvil y me pusiese a *bichear* el Facebook. Mi iPhone, como si se tratara del coche fantástico, intuyó que lo necesitaba y comenzó a sonar. Lo saqué con alivio y miré la pantalla. Sonreí. Era Martina. Genial.

—Hola —la saludé comenzando a caminar hacia la terraza—. Es una llamada superimportantísima —dije poniendo mi cara más profesional cuando pasaba junto a Rodri—. Es mi jefe.

Estela y Julia pusieron los ojos en blanco y mi hermano sonrió y suspiró fingidamente resignado. A Sergio preferí no mirarlo. Si él me torturaba, yo podía torturarlo a él y comérmelo con la mirada exclusivamente cuando no se diese cuenta.

—¿Qué pasa, chavala? —pregunté encantadísima de haber recibido la llamada, ya en el cuidado jardín. Hacía frío, pero no me importaba.

—Di la verdad, te he salvado de muerte por aburrimiento —replicó.

—Di más bien de muerte por pijo aburrimiento.

—Ayer, en «Los Gipsy Kings» —intervino Sira. Debían de tener puesto el manos libres—, vi una tapa de inodoro con forma de sillón de sofá Chesterfield dorado. Deberías regalárselo a Julia.

Sonreí.

—Apúntame dos.

Me alejé de las puertas acristaladas, adentrándome en la velada oscuridad del jardín. Quería fumarme un cigarrillo y no tenía ganas de que ninguno de mis hermanos me echase la charla. Miré hacia atrás. Nadie me prestaba atención. Abrí mi pequeño bolsito cruzado y saqué un Marlboro *light* y mi mechero. No es que hubiese empezado a fumar, pero de vez en cuando caía algún pitillo.

—¿Cómo va la cena? —preguntó Martina.

—Aún no ha empezado y para mí ya le sobran diez minutos. —Sonreí como una idiota al recordar un detalle en concreto—. Sergio está aquí.

—¿Qué? —gritó Sira—. ¿Por qué me has dejado hablar de «Los Gipsy Kings» y de tapas de inodoro? ¡Sergio Herranz te ha acompañado a una cena familiar!

La piscina llamó mi atención y eché a andar hacia ella. Mis botas de media caña sin tacón se enterraban en el césped perfectamente cortado y lo hacían crujir.

—*Meeec* —contesté con el sonido de error de los concursos de la tele—. Sergio ha venido porque lo ha invitado Rodri.

—¿Soy yo la única que ve que Sergio sólo ha ido para tirarse a Cande en la casita de invitados de Rodri? —inquirió Martina un poco indignada por ser la única en haber llegado a esa conclusión.

Me subí al enladrillado terracota que recorría la piscina y comencé a pasear bordeándola. Era muy ancho, así que no había ningún peligro de que me cayera. Además, aunque la piscina estaba llena, estaba cubierta por una de esas gruesas lonas verde vidrio.

—Eres muy sabia —sentenció Sira al cabo de unos segundos.

—No lo creo —añadí encogiéndome de hombros—. Creo que está en plan castigador porque esta mañana le hice chantaje para obligarlo a hablar de sí mismo.

—¿Y funcionó?

Negué con la cabeza.

—No mucho, la verdad. —Me quedé mirando la lona que cubría el agua y cómo estaba sujeta a los bordes con unos ganchos de metal—. ¿Creéis que esas lonas con las que se cubren las piscinas en invierno

soportan el peso de una persona?

—¿Por qué? ¿Estás pensando en montártelo con Sergio encima? —soltó Martina.

Yo le dediqué un mohín que obviamente ella no pudo ver.

—Hablar con vosotras es como hacerlo con un guionista de cine porno —me quejé divertida.

—Pero ¿las películas porno tienen guion? —demandó Sira interesadísima.

—Claro que sí; así cuentan los brazos, las piernas y los culos.

Torcí el gesto.

—Qué asco —protesté.

Las chicas no me oyeron. Se habían enzarzado en una conversación sobre la originalidad del cine para adultos.

Yo pisé la lona y presioné despacio. Apenas cedió. Supuse que, llegado el caso, sí podría mantener el peso de una persona. El frío arreció. Retiré el pie. Perdí el equilibrio. ¡Joder! Estuve a punto de caerme. Se me cortó la respiración y todo mi cuerpo se tensó. Cuando recuperé el aliento, lo usé para soltar un profundo suspiro. Por qué poco. Lo último que necesitaba era caerme a la piscina.

Sonreí con alivio y decidí que era el momento idóneo para encenderme el cigarrillo... y... no sé cómo lo hice... pero el mechero se resbaló de entre mis dedos, rebotó en mi bolso y cayó en la lona.

—Mierda —farfullé.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sira.

—Se me ha caído el mechero —gimoteé.

—Pues cógelo, idiota.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Me acuclillé y traté de alcanzarlo, pero no lo conseguí. Me acerqué más al borde, estiré más la mano. Nada. Miré a mi alrededor en busca del típico saca hojas, pero no vi nada con lo que ayudarme. Me puse el cigarrillo en los labios, me acerqué al bordillo hasta que la punta de mis botas quedó en el aire, me estiré, me estiré, me estiré y alcancé el mechero. Sonreí victoriosa y, cuando fui a ponerme en pie... Dejémoslo en que la lona no soporta el peso de una persona.

De pronto me vi en el centro de la piscina, mientras la gruesa tela poco a poco se iba al fondo. ¡El agua estaba helada! Miré a mi alrededor y atrapé mi iPhone antes de que se hundiera en las profundidades. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Qué frío! Comencé a moverme e intenté alcanzar el bordillo.

—No sé por qué no me sorprende, pero no me sorprende.

Alcé la mirada y lo vi a los pies de la piscina, con las manos metidas en los bolsillos y observándome con esa impertinente sonrisa. Él, guapísimo, y yo, empapada, literalmente, de agua, sin metáforas sexuales.

Cuando llegué al límite de la piscina, me agarró de las manos y me subió sin problemas, haciéndome pensar que no pesaba nada. La fábrica de Chips Ahoy y yo sabíamos lo contrario.

De pie en el bordillo, gané un puñado de centímetros frente a él, que estaba en el césped; aun así, seguía siendo más alto. De inmediato nos trasladamos al momento en el que hizo saltar el detector de incendios de la sala de reuniones. Otra vez tenía el pelo empapado y la ropa pegada al cuerpo, marcando cada centímetro de piel. Otra vez el frío tensó mis pezones y se señalaron bajo mi jersey. Lo único que pude hacer fue cruzarme de brazos para intentar mantener el calor. Y otra vez Sergio volvió a barrerme con la mirada lleno de descaro, sin una pizca de preocupación. No preguntó si estaba bien y yo no buscaba que lo hiciera. Ni siquiera podía entenderlo, pero no deseaba que se preocupase por mí, o quizá sí pero no en aquel instante. Yo quería que Sergio me follase, duro, brusco, que viese a la mujer y no a la niña. Empezaba a pensar seriamente que me había vuelto adicta a él... y qué razón tenía.

Por instinto, separé los brazos y los dejé caer junto a mis costados. Sus ojos azules se llenaron con ese

ávido deseo que conocía tan bien. Dio uno de los dos pasos que nos separaban y clavó sus dedos en mi cadera.

—Sergio —gemí.

—Estamos jodidos —susurró con esa voz indomable—. Nunca vamos a tener bastante de esto.

Se inclinó sobre mí y sus sensuales labios me hechizaron. Era verdad, nunca tendríamos bastante de eso. Era algo que nos ataba y nos dejaba sin respiración y hambrientos y excitados y llenos de un deseo que sólo sabíamos gestionar cuando sus manos me tocaban, entera.

—¿Cande?

Era la voz de mi hermano otra vez.

Sergio me soltó y cerró el puño apretándolo con fuerza. La decepción también arrasó mi cuerpo. Quería que me metiese en su cama y no salir de allí jamás.

—¿Estás mojada? —preguntó Rodri confuso y sorprendido al mismo tiempo.

Me obligué a volver a la realidad.

—Sí —balbuceé mirando todavía a Sergio.

Él quería estar en esa cama tanto como yo.

—¿Estás bien? —demandó preocupado llegando hasta nosotros. Sergio se separó a regañadientes

—Sí... —repetí—. Se me cayó a la piscina el... móvil —rectifiqué justo a tiempo— y, al intentar cogerlo, me caí.

Rodri se quitó veloz la chaqueta y me la puso al tiempo que me refregaba los hombros rítmicamente para que entrara en calor y me obligaba a echar a andar.

—Hace un frío que pela. Tienes que secarte y cambiarte de ropa.

Justo antes de entrar, me giré y vi a Sergio, todavía de espaldas, pasarse las dos manos por el pelo.

—Candela, ¡por Dios! —me recriminó Estela al verme entrar en la casa. En su voz podía sentir todo lo contrario de lo que había en la de Rodri—. Siempre tienes que hacer este tipo de... cosas.

¿Y qué sabía ella? ¿Y si una banda de albanos kosovares había saltado los muros del jardín y en mi férrea defensa de esa casa había acabado en la piscina? Poco creíble, cierto, pero plausible. Nunca se sabe qué métodos de asalto utilizarán y yo podía haber sufrido locura transitoria y decidir que merecía la pena defender ese palacete; ¿dónde pondría Julia si no la tapa de inodoro de «Los Gipsy Kings»?

—Charo —llamó mi cuñada al servicio sin ni siquiera acercarse.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Rodri sin separarse de mí—. ¿Tienes frío? Tienes frío —aseguró preocupado.

Charo entró en el salón. Al verme, se llevó las dos manos a la cara y aceleró el paso.

—Venga, señorita Cande —me pidió tendiéndome los brazos—. Le daré algo para que se seque y después algo caliente para beber. Debe de estar helada.

—Iré en cuanto estés cambiada —me dijo Rodri para reconfortarme.

Yo asentí.

—Deja de preocuparte —le pedí—. Estoy bien.

—Charo, por favor, cuide de ella —le rogó mi hermano, ignorando mis palabras por completo. La cocinera asintió y, rodeándome por los hombros, me guió hacia la cocina.

Rodri fulminó a Estela y a Julia con la mirada. Supongo que, si fuésemos una familia normal, o hubiese alguien frente al que guardar las formas, habría sido alguna de ellas la que me hubiera acompañado y no la cocinera, pero nosotros éramos así, desestructurados para lo bueno y para lo malo.

Antes de desaparecer en el pasillo, me giré buscando a Sergio. No había ni rastro de él.

—Tómese esto —dijo Charo tendiéndome una taza de té.

Estábamos en el cuartito de la lavadora. Me había dado una ducha rápida y tenía puesto un mullido albornoz blanco con una pequeña flor de lis dorada ribeteada en el pecho, era de uno de los baños de invitados. Mi ropa giraba en la lavadora Bosch último modelo. Charo me informó, sin darme posibilidad a negarme, de que después de la piscina no bastaría sólo con secarla.

—Gracias —respondí cogiendo la taza.

La cocinera se fue a vigilar la cena. Yo suspiré mirando a mi alrededor y observé mi iPhone desanimada. Esperaba que mi pequeño Kit, nombrado así en honor al coche fantástico, sobreviviese a ese baño. Rodri había insistido en que no lo encendiese hasta asegurarme de que estaba completamente seco.

Debían de estar a punto de servir la cena, era hora de abandonar mi agujero y volver al mundo exterior. Obvié las zapatillas a juego con el albornoz y eché a andar. La calefacción radial hacía que el suelo de mármol estuviese caliente y era de lo más agradable andar descalza. Además, estaba muy deprimida. Había hecho el ridículo. No había sabido nada de Sergio en toda una hora. Y no estaba segura de que mi móvil fuese a sobrevivir.

Al llegar al *office*, fruncí el ceño, confusa. Estaba vacío y la mesa sin poner.

—Manuela —llamé a una de las chicas del servicio—, ¿han retrasado la hora de la cena?

Cabía la posibilidad de que Julia se hubiese negado a cenar conmigo en albornoz y hubiese dado orden de esperar a que mi ropa estuviese limpia y seca. Cosas más raras se habían visto por esos lares.

—Los señores comerán en el comedor principal —respondió—. La están esperando.

Puse los ojos en blanco. ¿El comedor principal? ¿En serio? ¿Por qué?

Caminé arrastrando los pies y regresé al salón. En cuanto hice acto de presencia, Rodri se acercó a mí y me dio un abrazo de oso.

—¿Estás bien? —volvió a inquirir.

—Ya te he dicho que sí —me quejé, pero no hice ningún ademán de soltarme. Los abrazos de mi hermano son lo mejor del universo.

Me dio un beso en la cabeza y, aunque nos separamos, dejó su brazo sobre mi hombro y caminamos hasta el sofá, donde estaban sentadas Julia y Estela. Sergio estaba de pie al otro lado de la elegante mesita de centro. Me observó otra vez de arriba abajo y otra vez pude sentir que me desnudaba con su mirada. Quería correr hasta él, hundir la cara en su cuello y aspirar su aroma. Creo que también me había vuelto una yonqui de su olor.

—¿Sin zapatos? —comento Estela con ese punto de desdén y antipatía.

Me encogí de hombros.

—Mis Manolo no combinaban con el color de este albornoz —me burlé.

—Si ya estamos todos —continúo Julia, diciéndome con una sola mirada que le había arruinado la cena—, pasemos al comedor.

Rodri asintió y echó a andar. Yo me quedé rezagada a propósito. Julia y Estela, hablando entre ellas, me adelantaron. Sentí sus pasos a mi espalda e hice los míos aún más lentos. Un par de segundos después estábamos solos en el salón. Fui a girarme, pero, cuando mi cuerpo inició el movimiento, su pecho se estrechó contra mi espalda y sus manos, sosteniéndome por la cintura, me lo impidieron.

—La manera en la que me miraste junto a la piscina, mojada, con la ropa pegada al cuerpo, me la puso más dura que en toda mi maldita vida —susurró en mi oído.

Sus manos se deslizaron hasta mis caderas. Se inclinó sobre mí y acarició la piel de mi cuello con su nariz. Suspiré y ladeé la cabeza para darle mejor acceso. Me besó con dedicación, apartando un mechón de pelo que se había escapado de mi coleta. Tiró del albornoz y dejó mi hombro al descubierto. Su camino de besos siguió la piel desnuda. Me mordió y calmó con su lengua las marcas que él mismo había creado.

—Cande —me llamó Rodri.

—Dile que ya vas —me ordenó Sergio en un murmullo contra mi piel.

Trague saliva y me concentré en esa simple frase.

—Ya voy —obedecí.

Sergio hizo el camino a la inversa, regresó a mi cuello y subió hasta mi oreja. Me calentó con su aliento justo antes de besarme bajo el lóbulo.

—Esta noche voy a follarte hasta que te duela, nena —susurró.

Y en mi cuerpo se prendió una mecha imaginaria.

Sergio volvió a cubrir mi hombro y echo andar. Yo lo miré conmocionada.

—Vámonos ya —le pedí obviando detalles importantes, como Rodri y la cena, y menos importantes, como Estela y Julia. Ni siquiera me importaba fugarme en albornoz.

Él se detuvo, se giró despacio y me dedicó esa sonrisa fabricada de fantasía erótica.

—Vamos a cenar, Candelita —contestó disfrutando de toda la necesidad que él mismo había provocado en mí.

¿En serio? Podíamos tener sexo como dos animales en su despacho, pero no podíamos saltarnos una cena. Me mordí el labio inferior tratando de tentarlo, pero él se mantuvo inamovible. Finalmente, suspiré decepcionada, me obligué a dejar de imaginármelo desnudo y eché a andar.

—Eres un calentabragas —le espeté muy digna cuando pasé a su lado sin detenerme.

—Eh —me llamó.

No pretendía detenerme. Quería seguir pareciéndome a Greta Garbo, todo lo que una puede parecerse a Greta Garbo con un albornoz prestado, y llegar al comedor. Pero una fuerza absolutamente irresistible, como la gravedad o algo aún más complicado, atrayente y difícil de explicar, de esas que estudia la física cuántica, tiró de mí, me detuvo en seco y me obligó a girarme.

Él se humedeció el labio inferior paladeando su respuesta.

—Señor Calientabragas para ti —replicó sin ningún remordimiento, con la misma sonrisa, y sin más se dirigió al comedor.

Era urgente que empezara a devolvérselas.

La cena estaba siendo el infierno en la tierra, nada que no esperase ya. Música clásica, trescientos setenta y seis tenedores y Estela y Julia monopolizando la conversación. Puntos a mi favor: cada vez que Julia me veía sentada a su lujosísima mesa en albornoz, se le atragantaba el bocado de pichón con setas salvajes y trufa blanca; y, sobre todo, cada vez que yo miraba a Sergio, aunque él nunca me miraba a mí, un cosquilleo me subía desde una parte muy concreta de mi cuerpo, atrapaba mi estómago y estoy segura de que me daba color a las mejillas.

—Ayer di una conferencia en tu universidad —comentó Estela.

La palabra *universidad* fue la pista para saber que hablaba conmigo. Le di un sorbo a mi copa de vino.

—Me encontré con uno de tus profesores, el señor Calasanz —especificó—. Me explicó que estas últimas semanas has faltado a varias de sus clases.

Si aquella conversación hubiese sido tres semanas atrás, habría buscado una excusa o habría tratado de quitarle hierro al asunto, pero en ese momento, sólo con pensar el motivo por el que me había saltado ese puñado de clases, sonreí como una idiota. He de decir que el vino también había empezado a surtir efecto.

—Efectivamente —respondí. Maldita sea, habría sido un momento genial para decir *efectiviwonder*.

Tengo que dejar de beber.

—¿Y puedes explicarnos por qué?

—Podría, pero no te iba a gustar —contesté apretando los labios para no sonreír. ¿Qué coño? Sonreí

encantada.

Rodri me devolvió el gesto y a su lado, Sergio Herranz, también. El malnacido sí que sabe sonreír.

—Estela —intervino Rodri viendo que la sangre iba a llegar al río—, sólo son unas clases. Va un año adelantada. Puede permitírsele.

—¿Y exactamente por qué puede permitírsele? —rebatío Estela—. Si va un año adelantada y puede permitirse faltar a clase, significa que podría ir adelantada dos. No se esfuerza y tú se lo consientes.

—Tu hermana tiene razón —apostilló Julia.

—Vive sola, trabaja a jornada completa, estudia y es independiente económicamente —contestó Rodri—. Ni tú ni yo hicimos eso —le lanzó la puntilla a Estela—. Es obvio que se esfuerza muchísimo. Así que, si quiere saltarse algunas clases, por supuesto que tiene mi consentimiento. —Mi hermano me sonrió y yo le devolví el gesto—. Y la conversación se acaba aquí.

Rodri y Cande contra el mundo. Tengo que hacernos unas camisetas a juego con esa frase.

En ese instante Charo entró con los postres: tarta de queso, con crema de limón y galletas caseras de mantequilla. Antes de retirarse, discretamente me informó de que mi ropa estaba limpia, seca y planchada. Esa mujer es un todoterreno del hogar.

La conversación volvió a su sinsustancia habitual y yo me concentré en el pastel.

Unos quince minutos después, mientras todos regresaban al salón para el café, yo fui hasta el cuartito de la lavadora y recogí la ropa. Me planteé la posibilidad de cambiarme allí mismo, pero la puerta no tenía pestillo y yo no tenía ganas de montar otro espectáculo y escuchar otra vez a Estela o a Julia o a Estela y Julia.

Entré en el baño de invitados y dejé la ropa sobre el impoluto lavabo. Me saqué mi iPhone del bolsillo e hice un puchero de mentirijillas mientras lo observaba.

—Resucita, Kit —le pedí.

Me deshice del albornoz y empecé a vestirme. La ropa olía a lavanda debido al suavizante. Me pasé al menos un minuto aspirando el olor de mi jersey.

Estaba peinándome cuando la puerta se abrió y, antes de que me diese cuenta, Sergio estaba en el baño de brillantísimos azulejos blancos. Lo miré y él sonrió justo antes de morderse el labio inferior. Estiró la mano y echó el pestillo. Pestillo. Qué curiosa palabra. Había desechado la idea de cambiarme en el cuartito de la lavadora porque la puerta no tenía, fui hasta el baño y olvidé echarlo. Mi vida era la crónica de una muerte anunciada.

—¿Has faltado a clase? —preguntó sin levantar los ojos de mí.

—Sí —murmuré.

¿Iba a echarme la bronca?

—¿Por qué?

Sí, iba a echarme la bronca.

—Estaba contigo.

—Haciendo, ¿qué?

El brillo de sus ojos se hizo más intenso y una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza. La idea de que iba a reñirme se esfumó.

—Ya lo sabes. —Mi voz sonó aún más baja.

Él dio un paso hacia mí y me acorraló contra el mueble del lavabo.

—Quiero oírtelo decir.

¿Por qué cada vez que me daba una orden algo dentro de mí ardía de pura excitación? Sexualmente, en todos los sentidos en general, pero no vamos a hacer leña del árbol caído, me tenía en sus manos y, cada vez

que me hablaba como si le perteneciese, me lo recordaba y me gustaba, mucho.

—Estábamos... juntos.

—Puedes hacerlo mucho mejor.

Trague saliva. Me sentí tímida, excitada.

—Estábamos follando.

Sergio sonrió con malicia y rompió el envoltorio de un preservativo con los dientes. Sin levantar sus ojos de los míos. Demasiado sexy para no caer a sus pies.

—Como ahora.

Me agarró de la cintura, me sentó en el mueble del lavabo y, brusco, se abrió paso entre mis piernas. Se colocó el condón con habilidad. Cerré los ojos. La sangre ya me bombeaba caliente en los oídos y no necesitaba concentrarme para oír el latido de mi propio corazón. Las mariposas en mi estómago hacían triples mortales y mi respiración era un caos.

Entró con una sola embestida, abriéndome para él.

Todas las sensaciones se multiplicaron por mil.

—Sergio —gemí.

—Es tu recompensa por haber sido una chica mala —respondió saliendo del todo y volviendo a entrar de un solo golpe—. Disfrútala.

Y, como cada vez que él ordenaba, yo obedecí.

Si todo nos hubiera ido tan jodidamente bien como nos iba en el sexo, nuestra historia habría sido muy diferente.

* * *

Abandoné el baño mordiéndome el labio inferior, nerviosa porque alguien se hubiera percatado de algo. Sergio había salido unos minutos antes y no había oído a Rodri gritar venganza ni se oía el ruido de espadas batiéndose en duelo, así que di por hecho que nadie se había enterado de nada.

—Te llevaré a casa, enana —me dijo mi hermano levantándose del mullido sillón en el que estaba sentado.

Tenía que hablar con Rodri sí o sí de los apelativos que me dedicaba en público.

—No hace falta —intervino Sergio, tomándome por sorpresa—. Yo la llevaré.

Podría haber especificado que así mi hermano no tenía que bajar al centro, pero no es de la clase de personas que da explicaciones.

—¿Te parece bien? —me preguntó mi hermano.

Yo asentí, tratando de no hacerlo un número ridículo de veces, y sonreí.

Nos despedimos y salimos de la casa. Aún no habíamos llegado al garaje delantero cuando una voz llamando a Sergio nos detuvo. Era Estela.

—Me temo que quizá he bebido demasiado vino —dijo con una falsa sonrisa llegando hasta nosotros— y no es prudente que conduzca. ¿Podrías llevarme?

—Claro —contestó sin dudar.

Yo maldije para mis adentros, pero obviamente no dije nada, ni siquiera cuando Estela ocupó el asiento del copiloto y a mí no me quedó otra que hacerlo detrás. Yo era a quien había mordido el cuello hacía menos de media hora. Si alguien se merecía ir sentada delante en ese coche, era yo. Cuando a la nocturnidad que proporcionaba la carretera se unió la alevosía de Sergio y empezó a acariciarme la pierna sin que Estela pudiese darse cuenta, tengo que admitir que el enfado se me pasó un poco.

La ruta más lógica era dejarme a mí primero, ya que Estela vivía en el barrio del Pilar, más cerca del de Sergio que La Latina.

Detuvo su BMW en doble fila frente a mi portal y yo me desabroché el cinturón.

—Buenas noches —me despedí de los dos antes de salir.

—Buenas noches —respondieron al unísono.

No sabía por qué, pero estaba muy enfadada, como si algo dentro de mí me dijese que debía estarlo.

Acababa de alcanzar el exterior de mi portal cuando oí la puerta del coche cerrarse y a Sergio llamarme con la misma firmeza que cuando estábamos en la oficina. Me giré con las llaves en la mano y lo vi caminar con largas zancadas hasta mí.

—Dejaré a Estela en su casa y volveré —me informó, y he escogido el verbo a la perfección, ya que en ningún caso preguntó.

Lo cierto es que me moría de ganas de que viniese a casa, pero aquel día había sido un claro ejemplo de que, si quería que nuestra relación fuera algo más que un «sólo follar», tenía que poner más empeño por mi parte. El plan de Martina acudió a mi mente y decidí que era un momento tan idóneo como cualquier otro para ponerlo en práctica. Estaba a punto de hacerme la dura... pero esta vez de verdad.

—Mejor no —dije. Sergio alzó las cejas sorprendido. No lo culpo. Yo aún, hoy por hoy, sigo alucinando —. Prefiero que no vengas si no vamos a hablar o, no sé, si no vas a quedarte a dormir.

Levanté la mirada y busqué la suya, esperanzada de que mis palabras hubieran tenido algún eco en él y fuese a contestar algo del tipo «claro que pienso quedarme a dormir, nena; de hecho, creo que es el momento perfecto para decirte que estoy completa y absolutamente enamorado de ti».

Sin embargo, Sergio no sólo no dijo eso, sino que no dijo nada. Sólo sonrió de esa manera tan macarra y se inclinó despacio sobre mí. Su cuerpo cubría el mío, defendiéndonos de miradas curiosas. Calentó mi mejilla con su aliento y después me besó muy cerca de los labios, demorándose perversamente.

—Buenas noches, Candelita —sentenció con esa voz digna de una trilogía de romántica-erótica, todavía muy cerca, con sus ojos azules atrapando los míos marrones.

Se metió las manos en los bolsillos y, despacio, giró sobre sus talones y regresó al coche. Todo él estaba lleno de arrogancia, un punto divertido y un punto malicioso, y algo me dijo que tenía clarísimo que la decisión que yo había tomado, al final, me pesaría más a mí misma que a él. Qué bastardo... Y qué razón tenía.

Subí a mi piso y creo que no había llegado a la isla de la cocina cuando ya me había arrepentido de no dejarlo volver. Pero yo no quería ceder. Había tomado una decisión como parte de un plan y tenía que seguir adelante. Para distraerme, decidí ponerme a hacer cosas. Ordené mi mesa, incluso estudié un poco. Abrí mi móvil, lo sequé minuciosamente con el secador y después recé un padrenuestro mientras lo encendía. Al verlo resucitar, di un par de saltitos y pasé los diez minutos siguientes echando una partida al Candy Crush para asegurarme de que funcionaba a la perfección. Llamé a las chicas, aguanté estoicamente que se rieran de mí por lo de la piscina y me vengué contándoles el espectacular polvo en el baño. Y me bebí una cerveza. En total invertí casi dos horas y en todo ese tiempo tuve que repetirme unas quinientas veces que hacía lo correcto. Porque lo hacía, ¿no? Teníamos que hablar. Él tenía que hablar. Bueno, esa mañana ya había hablado un poco. Un hermano. Padres vivos. Y todos gilipollas. Además del enigma acerca de si su época en el internado fue feliz. Comparado con lo que me había contado sobre él desde que nos conocíamos, eso era un grandísimo avance. ¿Y no es mejor compensar con un refuerzo positivo los avances? Negándome a vernos esa noche, ¿no le estaba presionando demasiado?... Una patraña, por si a alguien le quedaban dudas, eso era toda la perorata que me había soltado a mí misma asintiendo a la vez para hacer aún más hincapié. Habría sido más fácil decir que me moría por que me tocará, pero, cuando se trataba de Sergio, a la hora de

autoconvencerme, nunca reparaba en gastos. Podría haberme pedido que fuera a la luna a la pata coja, que yo me habría negado, él habría sonreído y yo me habría convencido de hacerlo con todo tipo de razones. Eso significa estar colada hasta las trancas y, cuando al otro lado lo que hay es un cabronazo con mayúsculas, éste siempre va a utilizar ese hecho en tu contra.

Pillé un taxi y tardé quince minutos en plantarme en su casa. El portal estaba abierto, así que empujé la enorme puerta de hierro forjado y cristal y subí hasta la cuarta planta. Con una sonrisa de oreja a oreja, llamé varias veces. Sabía que no tenía que preocuparme en buscar una excusa. Sin embargo, nadie abrió. Miré mi reloj de pulsera. Eran casi la una. Pensé que quizá había encontrado tráfico o que había decidido tomarse la última en uno de esos antros que tanto le gustan antes de subir. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas sobre el mármol. Debía de estar a punto de llegar.

A las tres de la madrugada comprendí que no iba a aparecer. Era miércoles. Al día siguiente tenía que trabajar. Fuera donde fuese donde estuviese, había decidido quedarse y ésa fue la peor sensación de todas, porque conmigo jamás se quedaba.

* * *

Por primera vez en tres semanas llegué al trabajo de mal humor. Me senté a mi mesa, encendí mi ordenador y me puse a trabajar. Gustavo se asomó desde detrás de su Mac y me evaluó en silencio. La puerta del despacho de Sergio estaba cerrada. Tuve la tentación de preguntar si estaba dentro, pero me contuve. ¡Estaba tan indignada! A esa conclusión había llegado después de dar vueltas y más vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Le había dicho que no ¡una vez! y él no tuvo el más mínimo inconveniente en buscarse a otra. No éramos novios, por mucho que fantaseara, eso lo tenía claro, pero lo que me había demostrado la noche anterior era que, igual que le valía yo, le valía cualquiera. Sólo necesitaba unas piernas entre las que hundirse, la dueña de las piernas era algo secundario.

—Cande —oí que me llamaban en mitad de mis instintos homicidas.

Alcé la cabeza y busqué al dueño de la voz con la mirada. Era Pedraz, a siete sillas de distancia.

—Tienes que terminar la parte fiscal de estos informes —dijo levantando una carpeta verde agua— y llevárselos al señor Herranz.

—¿Está aquí? —El subconsciente me traicionó y la pregunta se escapó de mis labios antes de que pudiera controlarla.

—En su despacho —concretó.

La carpeta fue de mano en mano en mi dirección. Al pasar por Castaño, sufrió una pequeña parada, pues éste estaba ocupado cazando un pokémon, y finalmente llegó a mi mesa. La abrí y en cuestión de minutos tuve la parte fiscal terminada. Creo que nunca había trabajado tan rápido. Estaba deseando entrar en su despacho y lanzarle el dossier a la cara.

Cogí aire y me levanté. Camino de su despacho, me imaginé todas las posibles conversaciones que podríamos tener. Había de todo: explicaciones, violencia física (por mi parte), disculpas, declaraciones de amor (por la suya). No sabía qué quería escuchar, pero tenía unas cristalinas ganas de discutir.

Llamé y, mientras esperaba a que me diese paso, me alisé la falda del vestido.

—Adelante —dijo, y lo odié un poco más por tener una voz que no se merecía.

—Aquí tiene los informes terminados, señor Herranz —prácticamente siseé dejando (lanzando) la carpeta sobre su mesa.

Él levantó la mirada de la pantalla de su ordenador y la llevó hasta mí. Estaba guapísimo como si no hubiera un mañana. Otra cosa que no se merecía.

—Cierre la puerta, señorita Martín —me ordenó.

Reconocí el brillo de sus ojos al instante.

—¿Por? —pregunté sin moverme.

Sergio se dejó caer sobre su sillón de ejecutivo sin dejar de observarme. Era demasiado listo, otra cosa que jugaba en mi contra, pero no me importaba lo más mínimo.

—¿Qué te pasa?

—Ayer fui a buscarte a tu casa. Te estuve esperando más de dos horas y no apareciste.

No lo dije como una pobre damisela en apuros. Mis palabras sonaron con desdén y con un poco de rabia. Puede que ése tampoco fuese el tono más indicado, pero no estaba dispuesta a mirar para otro lado y dejarlo correr.

—¿Estás celosa?

Lo preguntó con una tranquilidad ignominiosa. Lo daba por hecho y, aunque no fuese así, estaba claro que no le preocupaba absolutamente nada.

Apreté los labios.

—No. —No iba a darle la satisfacción de oír un sí.

—¿Y no has pensado que, quizá, las más de dos horas que me estuviste esperando en mi puerta, yo las estuve esperando en la tuya?

¡¿Qué?!

Sencillamente esa posibilidad nunca se me pasó por la mente. De pronto el alivio mezclado con la culpabilidad y con la sensación de ser una completa estúpida invadió todo mi cuerpo.

—¿Estuviste esperándome en mi puerta? —inquirí esperanzada, con una sonrisa enorme.

Sergio sonrió más macarra y más sexy que ninguna otra vez.

—No —contesto sin más.

¡Hi-jo-de-pu-ta!

Quise saltar sobre su mesa y ahogarlo con su propia corbata.

—Vuelve al trabajo —me ordenó.

Lo fulminé con la mirada. ¡No me lo podía creer! No sólo no se había disculpado ni me había dado una mísera explicación, sino que, encima, se había reído de mí.

Giré sobre mis *peep toes* porque no había cerrado la puerta y, gritarle al jefe que es un soplapollas cuando todos tus compañeros pueden oírte, suele traer problemas. Me senté en mi mesa destilando una ira *in crescendo* y así me pasé toda la mañana. Curiosamente, cuanto más enfadaba estaba yo, más parecía necesitar él que fuera a su despacho a entregarle informes, revisar archivos y todo tipo de cosas que, en los casi tres meses que llevaba trabajando allí, nunca me había pedido.

—También quiero que revises toda la contratación del Departamento Inmobiliario —me dijo acomodándose en su silla al tiempo que lanzaba su estilográfica sobre la mesa, cuando ya estaba dejando su oficina atrás.

Apreté los labios y me giré despacio, sintiendo cómo la rabia me carcomía por dentro. Frente a frente, enarcó las cejas. El cabrón estaba disfrutando con eso.

—Son más de cien contratos y falta media hora para salir.

—Y eso tiene que importarme por... —me invitó a continuar con una mezcla de impertinencia y arrogancia.

—Por nada —farfullé.

Salí de su despacho respirando hondo, concentrándome en la idea de que asesinar a tu jefe, por mucho que se lo merezca, sigue siendo delito en España... aunque, si me toca una jueza y le explico que aparte de mi

jefe es un auténtico cabronazo al que el sexo se le da injustamente bien, quizá me perdone.

Mis compañeros fueron marchándose poco a poco. La mayoría de ellos no dijo nada, un par de ellos me desearon suerte y Pedraz, del que juré vengarme, hizo una foto con su móvil a la pila monstruosamente grande de carpetas que tenía en una esquina de mi escritorio y se marchó riéndose de mí.

Cerré el dossier con el contrato número cuarenta y seis y resoplé. Llevaba media hora absolutamente sola. Me quité los zapatos, que hicieron un ruido sordo al caer en la moqueta, y recogí las piernas sobre la silla. Estaba cansada y enfadada y, cuando recordaba que estaba cansada porque había estado esperándolo como una estúpida en la puerta de su casa, más me enfadaba. Un círculo vicioso en toda regla.

—Ven a mi despacho —me ordenó desde su puerta.

—¿Por qué? —respondí sin mirarlo, señalando las cifras que iba leyendo con el lápiz y apoyando la mejilla sobre la palma de mi mano libre. ¿He dicho ya que estaba muy cansada y enfadada?—. Aún no he acabado lo que me has mandado.

—Cande, ven a mi despacho —repitió.

—Te he dicho que no.

Sólo tenía veintidós años, gran verdad, y estaba colada como una idiota por él, gran verdad también. Pero, empezando ya de niña, he sufrido mi cuota de reveses en la vida y, aunque por aquella época nadie parecía creerme cuando lo decía, era una chica fuerte y, sobre todo, peleaba por lo que creía justo y, en esa especie de desafío tácito, yo tenía la razón.

No dijo nada, pero no tardé más que unos segundos en sentir sus pisadas caminando hacia mí.

—Esto ha dejado de tener gracia —siseó malhumorado, plantándose en el lateral de mi mesa.

—Ah, pero ¿alguna vez la ha tenido?

Sergio resopló, me cogió de la muñeca y sin ninguna amabilidad me obligó a ponerme en pie. Cuando nos dejó frente a frente, manteniéndole la mirada, traté de zafarme de su mano, pero él no me lo permitió.

—No me toques —le espeté.

¡Estaba muy cabreada! Tanto que lo obvié todo. Obvié lo bien que le quedaba la camisa remangada, lo guapo que estaba con la mandíbula tensa o cómo mi cuerpo despertó cuando sus dedos tocaron mi piel.

—No somos novios —me advirtió con los dientes apretados y la mirada endurecida—. No tengo por qué darte explicaciones.

Al fin logré soltarme. Mi cuerpo protestó, pero yo decidí ignorar esa sensación.

—No las quiero.

Ésa era una mentira tan grande como la catedral de la Almudena, pero muerta antes que reconocerle nada.

—Entonces, ¿se puede saber qué coño te pasa?

—Te dije que no y te largaste con otra —le recriminé cerrando los puños con rabia junto a mis costados. No estaba ciento por ciento segura de que, en efecto, se hubiese ido con otra chica, pero el hecho de que no lo negara me llevaba a pensar que no me equivocaba—. Sé que no somos novios, pero ¿así es cómo va a funcionar? ¿Si no me abro de piernas para ti, buscarás a otra que lo haga en ese mismo segundo?

—Cande, no puedes ponerte celosa —rugió.

—¡No lo estoy!

Pero sí lo estaba, y cuando tomó mi cara entre sus manos y me besó con fuerza, fue como si una ola de alivio cayese encima de la rabia. No quería rendirme, pero era muy difícil luchar contra el deseo puro mezclado con la excitación más pura. Aun así, saqué fuerzas de... no sé de dónde las saqué, de flaqueza imagino, lo aparté de un empujón y le crucé la cara de una bofetada. Estaba segura de que no era la primera. Era demasiado chulo como para no haberse merecido alguna. Giró la cara despacio al tiempo que se humedecía el labio inferior y me observó de una manera que me dejó noqueada, con la rabia anegándolo todo

y un brillo arrogante recrudeciéndose en su mirada. Jamás dejaba de ser arrogante.

Dio un paso hacia mí y mi respiración se aceleró torpe y caótica. Debía marcharme de allí, lo tenía clarísimo, pero mi cuerpo se negaba a colaborar. Sus manos me agarraron de la cintura y me sentó de golpe encima de la mesa, abriéndose paso entre mis piernas. Las carpetas salieron disparadas y se esparcieron sobre la moqueta como una alfombra blanca.

Mis dedos recorrieron su pecho y me agarré a su camisa a la altura de su estómago casi desesperada.

—¿Besaste a alguien? —pregunté con voz jadeante.

Su contestación fue inclinarse sobre mí.

—¿Te acostaste con alguien?

Guardó silencio de nuevo.

—Por favor —supliqué por una respuesta.

—Cande —me reprendió cerca, muy cerca de mis labios.

—Dime que lo sientes.

—No tengo por qué disculparme.

—Entonces dime que querías estar conmigo.

—Quería estar contigo. —Su cálido aliento se entremezcló con el mío—. Joder, yo siempre quiero estar contigo —sentenció justo antes de besarme con fuerza.

Levantó mis piernas para obligarme a rodear su cintura y yo seguí el movimiento al instante. Nuestros besos se hicieron más intensos y su cuerpo se estrechó contra el mío.

Sergio es muchas cosas y también es mi debilidad.

* * *

—Estamos en O'Donnell —me explicó Martina. Tampoco necesitaba hacerlo. El ruido de fondo era muy significativo—. Ven y tómate una copa con nosotras, perra.

Sonreí.

—No puedo —contesté disfrutando del parqué caliente bajo mis pies descalzos—. Estoy en casa de Sergio.

Como si ni yo misma creyera semejante frase y tuviese que cerciorarme de que no estaba en mitad de una fantasía muy vívida, me asomé al salón y lo contemplé un segundo. *El sitio de mi recreo*, de Antonio Vega, sonaba de fondo. Estaba tumbado en su sofá, con sus vaqueros gastados y la primera camiseta que cogió del cajón, una de color gris. Tenía el pelo revuelto, esta vez podía decir que de recién follado sin temor a equivocarme. Y estaba leyendo un libro con las tapas recorridas por surcos, una señal inequívoca de que debía de haberlo hecho una docena de veces. Era *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald. Habíamos venido directamente desde la oficina y ahora estaba esperando a que terminara de vestirme para llevarme a casa.

—Pues dile que se venga también. Si se esfuerza un poco, le daremos tema de conversación. Apuesto a que Sira tiene dos o tres preguntas que hacerle —bromeó.

Sonreí de nuevo.

—No sé. No creo que quiera.

Otra vez mentía como una bellaca. Estaba segura de que no quería, pero algo dentro de mí, esa parte que *siiiiempre* me mete en problemas debo concretar, empezó a valorar la idea de que, quizá, aquéllas podían ser esas copas distendidas que lo animaran a relajarse y vernos de otra manera sin que hubiera sexo de por medio.

—Anímate —insistió Martina.

Mi sonrisa se ensanchó. Era una mujer con una misión.

—Lo intentaré.

Colgué y me vestí de prisa. Salí al salón recogíendome mi melenita castaña en una coleta.

—Sergio —lo llamé acercándome al sofá.

Él gruñó algo parecido a un «qué» sin levantar la vista del libro.

—Mis amigas acaban de llamarme —le expliqué desinteresada, apoyándome en la espalda del tresillo—. Están en un irlandés chulísimo, tomándose unas copas, y la verdad es que me apetece mucho... una... podríamos ir —solté al fin y no titubeé. Pero, como buen cazador, él sintió el miedo en la voz de su presa.

Bajó el libro despacio y me miró. En esa postura yo podía observarlo desde arriba, cosa que no pasaba muy a menudo.

—No es un antro —continué hablando antes de que dijera que no—, pero se le parece bastante —añadí con una sonrisa—, y estoy segura de que sirven Glenlivet.

Sergio dejó el libro sobre la mesita de centro y, en un movimiento que ni siquiera vi venir, tiró de mí y me colocó a horcajadas sobre él.

—Creo recordar que ya tuvimos esta conversación, Candelita —susurró con su voz ronca, desabrochando uno a uno los botones de mi blusa.

—Pero no llegaste a decirme que no.

Se pasó la lengua por el borde de los dientes de arriba y sonrió.

—Eso es porque nos interrumpieron. Yo tenía muy claro cómo iba a acabar esa charla.

Satisfecho con mi blusa abierta, deslizó sus manos y las escondió bajo mi falda. Tuve la sensación de que esa frase significaba que esa conversación hubiera acabado con cero planes para ir a tomar una copa y un polvo contra la pared de su despacho.

—Será divertido —contraataqué—. Mis amigas están locas, pero te caerán bien.

—No me interesan lo más mínimo tus amigas.

Sus dedos continuaron avanzando y llegaron a mis bragas. Mi cuerpo sobreestimulado sólo necesitó un leve roce para aullar en forma de gemido. Aun así, luché por reponerme, no pensaba perder la batalla.

—Sólo quiero que charlemos un rato.

Sus dedos se colaron bajo la tela de algodón y se perdieron en mi sexo.

—Charlar, ¿de qué?

Jadeé y mi concentración se esfumó, pero entonces Sergio me dio un azote justo en el clítoris. El aire se evaporó en mi garganta y todo mi cuerpo se convulsionó asimilando la ola de placer.

—Charlar, ¿de qué, Candelita? —repitió torturador.

—No sé... —balbuceé, porque el muy cabronazo no dejó de acariciarme para darme la lucidez necesaria para responder—... de cualquier cosa.

Me dedicó su sonrisa macarra y, despacio, me embistió con el corazón. Maldita sea, ¡qué bueno era! Cerré los ojos y me mordí el labio inferior para no gritar.

—Eso suena a charla manida de bar para ligar —replicó.

Asentí y obligué a mi cerebro a buscar la respuesta adecuada. Sergio me metió un segundo dedo e hizo un círculo perfecto con ellos. ¡Joder! Me incliné sobre él y agarré su camiseta con fuerza.

—Puede que sea eso —contesté entre jadeos con dificultad—, pero sigue siendo divertido.

—Esas charlas sólo son divertidas por lo que sabes que vendrá después. Los «¿estudias o trabajas?», «¿te gusta tu barrio?» o «¿cuál es tu signo del Zodíaco?» son una puta patraña, porque lo único en lo que estamos pensando es en bajaros las bragas y, vosotras, en si sabremos movernos en la cama.

Movió la mano y su pulgar acarició el centro de mi sexo.

—Son... son... —¿Cómo iba a ser capaz de decir dos malditas palabras seguidas?—... Son un medio para conseguir un fin.

—Entonces, ¿lo importante es el fin? —inquirió fingidamente inocente.

—Supongo que sí.

Sus dedos comenzaron a moverse más y más de prisa, sincronizados a la perfección. El placer empezó a arremolinarse en mi vientre y las chispas sacudieron todo mi cuerpo.

—Y el fin es pasar un buen rato, correrte y volver con tus amigas, que son con las que te interesa charlar realmente, sin fines ocultos, ¿verdad?

—¡Sí! —grité a la vez que me corría.

Siguió moviéndose, alargando mi orgasmo. Mi cuerpo explotó en un eco maravilloso y empezó a temblar con suavidad. Me corrí por segunda vez. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Sergio sacó los dedos despacio. Se incorporó y nuestros labios se quedaron muy cerca.

—Pues ya puedes volver con tus amigas, nena —susurro contra mi boca.

Su frase me hizo abrir los ojos y los suyos, con esa actitud de perdonavidas marcada a fuego en ellos, ya me esperaban. Me agarró por las caderas y me dejó de pie frente al sofá. Por un momento pensé que las piernas no me sostendrían, pero milagrosamente cumplieron su trabajo. Sergio recuperó su libro de la mesita, se llevó el antebrazo tras la cabeza y comenzó a leer de nuevo.

Conmocionada, miré a mi alrededor. ¿Qué acababa de pasar? Empecé a andar hacia la puerta casi por inercia. Recogí mi bolso y mi abrigo del perchero. Moví el pomo y tiré de la puerta. Me llevé los dedos anular y corazón a los labios y me giré. Estaba como en estado de *shock*. Yo había salido de la habitación muy segura de mi plan para convencerlo y él le había dado la vuelta a la situación con una habilidad casi diabólica. Suspiré confusa y eché a andar.

—Buenas noches, Candelita —se despidió.

Esas tres palabras me clavaron al suelo y me volví despacio. Él me observó por encima de su libro con su sonrisa macarra en los labios. ¿Cómo puedes jugar y tener alguna posibilidad de ganar cuando te enfrentas a alguien como él?

* * *

—Oficialmente soy una vagina con patas —dije frente a la pequeña mesa del O'Donnell donde estaban sentadas Martina y Sira. Pasé por casa primero y tardé en encontrar un taxi, que pilló tráfico. Tuve mucho tiempo para pensar esa frase.

Las tres chicas de la mesa de al lado también me oyeron y al instante clavaron sus miradas en mí, flipadas. Martina les devolvió la mirada y asintió varias veces con los ojos cerrados y cara de «si yo os contara, chatas».

—Pues trátalo a él como si fuera un pene con piernas —repuso Sira.

—Eso le encantaría —contravine.

Me dejé caer en una de las sillas y le robé su mojito a Sira. Nunca me atrevería a robarle la copa a Martina.

—¿Probaste a hablar con él? —inquirió.

—No quieras saber cómo acabó eso.

—Pues con un polvo —respondió Martina riéndose. Era como el oráculo de Delfos de mis problemas y orgasmos.

—Lo he intentado todo y siempre consigue... salirse por la tangente. —Me negaba a admitir en voz alta lo

del polvo y, sobre todo, que lo de los chantajes sexuales era una carretera de un solo sentido.

Martina fue a decir algo, pero mi móvil sonando la interrumpió. Mire el número. Era Sergio... ¡Sergio!

—¡Es Sergio! —grité abriendo los ojos como platos con una sonrisa de oreja a oreja. Ni siquiera sabía para qué llamaba y ya estaba dispuesta a hacer el baile de la victoria sobre la mesa.

—Cógelo, idiota.

—Hola —respondí levantándome y dirigiéndome a la entrada. El murmullo de las conversaciones y la música llenaba el ambiente como en cualquier bar y yo no quería perderme un solo detalle de la conversación.

—¿Tu amiga Sira tiene una cuenta en Meetic? —preguntó socarrón.

Pero ¿qué coño...?

—¿Cómo... cómo lo sabes?

Aunque la pregunta correcta habría sido «¿qué estás haciendo tú en Meetic?».

—Estoy con Rodri, convenciéndolo de que tenga una aventura, y le he abierto un perfil en Meetic.

Sonreí. En parte, por el alivio de saber que no estaba buscando una chica para él y, en parte, porque estaba totalmente de acuerdo con esa aventura.

—Julia te matará si se entera.

—Te echaré la culpa —sentenció sin remordimientos. Sonreí de nuevo y sé que él también lo hizo—. El caso es que, ya que estoy aquí, he decidido buscarte un buen chico para que te saque de paseo y charle contigo y así yo pueda follarte tranquilo.

Me detuve a un paso de la salida del bar.

Quise decir algo, pero ¿qué demonios se supone que podía contestar a eso?

Oí la voz de Rodri de fondo. Sergio se despidió y colgó sin darme la oportunidad de replicar nada.

Al separarme a Kit de la oreja, tuve una especie de revelación y supe exactamente lo que tenía que hacer. Di el primer paso decidida hacia las chicas. Estaba tan concentrada que no miré por dónde iba y me choqué con un camarero. La bandeja salió disparada, cayó encima de una mesa y todas las bebidas que había temblaron primero y se cayeron sobre la madera después. Los cuatro chavales que estaban sentados se apartaron rápidos como gatos, evitando marcharse. Todos, incluido el camarero, me miraron y a mí no se ocurrió otra cosa que, nerviosa, sonreír como la protagonista del anuncio de pasta de dientes, rezando para que mi sonrisa funcionara tan bien como la suya; al fin y al cabo, yo también usaba esa marca.

Después del incidente, por fin llegué hasta mis amigas. Les expliqué la llamada y mi plan. Si Sergio pretendía buscarme a un chico para que me sacara de paseo, no tenía por qué preocuparse, yo lo buscaría por él. Tendría una cita maravillosa y se lo restregaría por su cara de modelo de portada de *GQ*. Lo complicado sería encontrar un candidato. No acudí a Meetic, porque, según nos explicó Sira, en contra de lo que ella misma pensaba, no le habían pedido que enseñase las bragas demasiadas veces. «No hay hombres de verdad», sentenció.

Nos llevó un buen rato, pero Martina acabó reparando en alguien. Un tal Asier, que trabajaba en Contabilidad y que mi amiga calificó como *mono*.

Al día siguiente me puse uno de mis vestiditos más bonitos y me planté en el Departamento Contable a media mañana con una excusa bastante tonta. Busqué a Asier y sonreí al comprobar que Martina tenía razón, era muy mono. Coquetteé un rato, ya sabéis, todos los clásicos, sonrisita tonta, toques de pelo, caidita de pestañas, pero nada funcionó. O era gay, que podía ser, o yo lo estaba haciendo rematadamente mal, que podía ser y con toda probabilidad era. Así que, como no me quedó otra, tomé aire y le pedí una cita: «¿Cenamos en el Ínsula?». Contuve la respiración hasta que dijo que sí. Me ofreció quedar en la boca de metro a unas calles del restaurante.

Regresé a mi mesa feliz como una perdiz. Ya sólo necesitaba que Sergio se enterase de todo. Martina y Sira me propusieron varias ideas a la hora del almuerzo: que se lo dijera a todos mis compañeros y que esperara a que uno de ellos hiciera un comentario muy poco apropiado de persona que ve demasiado porno delante de Sergio; que una de ellas fuera y provocara una conversación cuando él saliera a controlar algo a alguno de los ordenadores, o que me subiera a mi silla y lo dijera a voz en grito. Esa última opción implicaba que tendría que saludar como las protagonistas de las óperas italianas cuando todos empezaran a jalearme y aplaudir, jalearse y aplaudir nos gusta mucho, y que no podía caerme de la silla en ningún momento.

Agradecí todas las «brillantes» estrategias, pero decidí esperar. Sabía que, más tarde o más temprano, él se enteraría. Y así pasó. Ya sólo quedábamos unos cuantos en la sala trabajando cuando Sergio, de vuelta del despacho de Paula, se detuvo en mitad de la estancia.

—Señorita Martín —me llamó y entró en su despacho.

Una sonrisilla malvada se dibujó en mis labios.

—¿Qué necesita, señor Herranz? —pregunté ya frente a su mesa.

—Follarte —respondió sólo vocalizando, sin emitir sonido alguno y con una sonrisa que (madre del amor hermoso) podría desnudar sin ayuda a una docena de azafatas de vuelos internacionales.

Me resistí y no respondí hasta que mi cuerpo traidor acató la orden de que esa vez no podía permitir que Sergio se saliese con la suya.

—No puedo —respondí—. Tengo una cita.

Y os juro que saboreé cada palabra que pronuncié.

Él frunció el ceño, sólo un segundo, y en seguida pareció recuperar el control de la situación.

—¿Con? —inquirió con fingido desinterés.

—Con un chico —contesté sin más.

Tuve la sensación de que iba a decir algo, pero no lo hizo. Finalmente se recostó en su sillón y, con esa sonrisa *made in* Sergio Herranz, me miró de arriba abajo con descaro.

—Que te diviertas.

—Gracias —respondí muy digna—. Eso haré.

De regreso a mi mesa empecé a pensar que las cosas no estaban saliendo como esperaba. Yo había visto pequeñas señales en él, sus «me vuelves loco», «yo siempre quiero estar contigo». De acuerdo que no eran declaraciones de amor, pero estaba convencida de que significan «cosas», aunque no supiera qué eran esas «cosas». ¿Y si con esta cita sólo estaba metiendo la pata? ¿Y si le estaba mandando el mensaje de que me rendía y aceptada que lo nuestro fuera «sólo sexo»? Cabeceé y me obligué a olvidarme de todas esas ideas. ¡No podía flaquear! Iba a pagarle con la misma moneda, porque, por muy guapo que fuera y muy colada que estuviera por él, se lo merecía y porque, y ésa era la verdadera razón que me movía, pero nunca, jamás, ni por mi peso en Sugus, confesaría; esa cita era mi manera de hacerlo reaccionar y poner ante sus ojos la posibilidad de que pudiese perderme y, por ende, darse cuenta de cuánto me amaba. Chicas, sabéis de qué hablo. Todas alguna vez hemos pensado que el chico maravilloso que no nos hace caso, o no nos lo hace como queremos, sólo necesita abrir los ojos y comprender cuánto nos quiere. Las pelis de Jennifer Aniston no nos hacen ningún bien.

Me puse mona, un bonito vestido y unos bonitos tacones, me sequé el pelo con secador para poder dejármelo suelto y me maquillé de una manera muy sutil pero muy efectiva, del tipo «¿de veras estoy guapa? Gracias, no me había dado tiempo a arreglarme», aunque te has pasado dos horas delante del espejo en una intensa sesión de chapa y pintura.

Asier ya estaba en lo alto de las escaleras de la boca de metro cuando, rodeada de madrileños y turistas, alcancé el primer escalón. Era viernes y aquella zona siempre estaba muy concurrida a esas horas.

—Hola —lo saludé con una sonrisa.

—Hola —respondió devolviéndome el gesto y, aunque su sonrisa era mona como él, no me dijo nada.

Tuvimos una cena de lo más agradable. Hablamos un poco de todo: de su familia, de la mía, del trabajo, de nuestros amigos y de nuestros *hobbies*. No sé, las conversaciones normales que se tienen en una cita... incluido el signo del Zodíaco. Cuando me dijo que era aries, el vino se me fue por mal camino y estuve un minuto entero tosiendo. ¡Maldito Sergio!

Al salir del restaurante, insistió en acompañarme a casa y yo accedí. El frío había dado una especie de tregua y paseamos hasta mi barrio. Estábamos en mitad de la Gran Vía, serpenteando entre la gente que salía de la segunda función de los teatros, cuando Asier me cogió de la mano. La sensación me gustó. Fue... bonito.

Enfilábamos mi calle, hablando de no sé qué, cuando lo vi. Estaba apoyado en la carrocería de su coche azul, con las manos cruzadas sobre el pecho. Seguía vestido como en la oficina, lo que me decía que no había pasado por su casa a cambiarse de ropa y a la fan incondicional de Enrique Iglesias que llevaba en mi interior ese pequeño hecho, además, le valía para ratificar que llevaba horas y horas mortificándose en la oficina, en su casa, en su coche, donde fuera, pensando en mí, castigándose a sí mismo, preguntándose si me estaría riendo con sus ocurrencias, si lo habría dejado besarme.

Se mordisqueó el labio inferior con la vista clavada en el suelo. Creo que nunca lo había visto tan guapo.

—Sergio —lo llamé disfrutando su nombre en mis labios.

Él alzó la mirada. Pude notar cómo todo su cuerpo se tensó e hizo un ínfimo ademán de levantarse. Sin embargo, el Sergio frío e inaccesible estaba allí para mantener la situación bajo control. Se acomodó contra la carrocería del vehículo y me barrió con la mirada, prestándole un segundo de atención de más a mi mano envuelta por la de Asier.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté esforzándome en disimular que estaba encantada.

Durante un segundo no dijo nada, pero sus ojos azules lograron intimidarme.

—Tengo que hablar contigo —dijo al fin.

—¿Hablar? —repetí socarrona.

Sergio se humedeció el labio inferior.

—Sí, hablar —repetió él también, y no había un solo rastro de juego en su voz.

—Sólo será un momento —le dije a Asier en un murmullo, pero lo suficientemente fuerte como para que pudiera oírnos—. En seguida vuelvo.

—Ningún problema.

Me solté de su mano bajo la atenta mirada de Sergio, que no se separó de la carrocería hasta que empecé a andar. No miró a Asier ni una sola vez. No era rival para él y lo tenía cristalinamente claro.

Conforme más me acercaba, más nerviosa estaba. No quería, pero lo estaba. Sergio puede llegar a resultar intimidante sólo por la seguridad que irradia, por todo ese control. Daría igual que quien tuviese enfrente fuese un luchador de *wrestling* de 250 kilos, Sergio acabaría con él. Y no tiene nada que ver con pelearse, aunque estoy segura de que jamás ha huido de una pelea, es esa idea que siempre lo sobrevuela. Es el jodido rey del mundo. Sin discusión. Y todos los demás sólo somos pobres mortales a sus pies.

—¿Qué quieres? —pregunté cuando estuvo lo bastante cerca.

—Dile que se vaya —prácticamente me interrumpió.

Le mantuve la mirada y durante lagos segundos pensé lo que iba a decir a continuación.

—Antes, dime qué somos tú y yo.

Sergio exhalo con fuerza todo el aire de sus pulmones.

—Me estás presionando —gruñó.

—Puedo volver con Asier, si quieres, mientras tú sigues pensándotelo.

Esa frase ha sido uno de los momentazos de mi vida. Creo que fue la adrenalina de la situación, porque, si no, de qué iba a ser yo capaz de marcarme esa bravuconería cuando, francamente, estaba a dos coma dos segundos de saltar en sus brazos y no bajarme jamás.

—Estamos juntos —masculló odiándome un poco por ponerlo en esa posición. Yo sonreí como una idiota, pero él me bajó del unicornio entornando la mirada—, pero no somos novios —sentenció—. Ahora dile que se largue.

Asentí y caminé de vuelta hasta Asier sintiendo que los ojos de Sergio me taladraban la nuca. ¡Estaba celoso! ¡Y no un poco celoso, sino lo suficiente como para venir hasta allí y aceptar que teníamos algo!

Cuando vi a Asier, la sonrisa se borró de mis labios. Ésa era la parte difícil.

—Lo siento mucho —le dije al llegar hasta él—. Son cosas del trabajo —mentí, porque Asier trabajaba en la misma empresa que nosotros y me pareció que debía ser discreta.

—Es una lástima —confesó.

Yo asentí, pero sólo podía pensar en Sergio y de pronto me sentí muy culpable. Sólo había sido una cita y un paseo de la mano, pero tuve la sensación de que había ocasionado un daño emocional colateral y no me sentí orgullosa.

—Lo siento —repetí.

—Está todo bien.

Por un momento se quedó callado mirándome a los ojos. No supe qué iba a venir a continuación, pero, si era un beso, no quería tener que apartarme y hacerlo sentir fatal y tampoco podía dejar que me lo diera, así que me limité a sonreír y alejarme antes de que intentara nada.

Ya de espaldas, sólo separada unos pasos, noté cómo Asier giraba sobre sus pies y se marchaba. Estaba decidido. Cuando llegara el verano, cogería su expediente y, «por error», le asignaría dos semanas más de vacaciones con sueldo.

El cuerpo de Sergio seguía tenso, como si aún permaneciese en guardia, y estaba más atractivo que nunca. Me detuve a unos pasos de él y, aunque no era mi intención, me tomé unos segundos para observarlo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

—Ahora vamos a subir a tu casa.

Aquél era mi plan, lo que yo había provocado, pero no podía olvidar que enfrente estaba él y era capaz de hacer que me temblaran las rodillas sólo con la manera en la que me miraba. Tenía que calibrar mi siguiente movimiento con cuidado. Quería que sufriera de amor por mí, como en una canción de Pablo Alborán, pero también quería rodear su cuello con mis brazos y que me besase hasta que se acabase el mundo. Maldita sea, era de lo más confuso.

—¿Quién te ha dicho que vas a subir?

—Voy a subir —sentenció sin lugar a dudas y otra vez pude ver ese brillo en su mirada, el que me decía que, aunque no lo admitiría jamás, estaba celoso.

Y francamente no necesité nada más.

La puerta aún no había encajado en el marco cuando Sergio ya me tenía acorralada entre la pared del salón y su cuerpo, devorándome beso a beso y haciéndolo tan bien que, si alguien me hubiese explicado que el mundo había seguido girando sin nosotros y estábamos en el 2056, no me habría sorprendido lo más mínimo.

—Vi cómo te cogía de la mano —susurró contra la piel de mi cuello. Me dio un beso rápido y me mordió, fuerte. Gemí y Sergio sonrió satisfecho—. Tiene pinta de ser de los que les encanta hacerlo.

—Sí —respondí tratando de hacerme la dura. Sus dedos volaron bajo mi falda y llegaron hasta mi culo—, y fue una sensación muy agradable. Te gustaría si la probaras.

Sus manos se hicieron más grandes y me estrecho contra él.

—Seguro que se le puso dura —replicó burlón.

Una se aferró a mi cadera y la otra subió hasta mi pecho, retiró la copa de mi sujetador con rabia y endureció mi pezón entre sus dedos.

—Si fue así, no me lo dijo. No todos los tíos tienen la necesidad de contar cuándo están empalmados.

Sergio sonrió macarra y me besó con fuerza. Sabía que eran quejas vanas y que me encantaba que tuviera la boca sucia.

De pronto se separó de mí. Me giró entre sus brazos y me dejó de cara a la pared. Atrapó mis muñecas con una sola de sus manos, sujetándolas con fuerza contra el muro por encima de mi cabeza, obligándome a estirar todo mi cuerpo, y a gemir de placer por ello, mientras su otra mano bajaba y pasaba al otro lado de mi vestido.

—Me volvió loco imaginarte con ese gilipollas —susurró en mi oído.

Se deshizo de mis bragas y percibí cómo se bajaba la cremallera de su pantalón de traje.

—¿Estabas celoso? —pregunté con voz jadeante.

Me separó las piernas con una rodilla y se estrechó contra mí. Su erección chocó fuerte y dura contra mi sexo y su mano la guió, resbalándose por mi sexo húmedo, alargando mis jadeos hasta que tuve que morderme el labio para no gritar.

—¿Por qué quieres saberlo?

Veloz, se enfundó un preservativo, entró y todo se llenó de placer, como si el mundo fuese en blanco y negro y de pronto, de golpe, él trajese el color.

La sacó por completo y volvió a entrar.

—Quiero saberlo —respondí inconexa.

Sergio empezó un delirante ritmo constante. Su pelvis chocaba con mi trasero una y otra vez mientras una de sus manos mantenía atrapadas las mías y la otra marcaba sus dedos a fuego en mi cadera.

—¿Por qué?

Quería contestar, pero no había manera de que yo, en mitad de todo ese placer, esa excitación, todo ese deseo, dijera una frase con sentido, porque todo en lo que podía pensar era en gemir su nombre, perderme en todas las sensaciones que creaba para mí. Era mejor que el sexo. Era mejor que follar. Era algo más salvaje, más instintivo, más animal.

—¿Por qué? —rugió de nuevo.

—¡Porque lo necesito! —grité justo antes de correrme.

El placer me hizo estallar y me reconstruyó en torno a él, a cada centímetro de su perfecta polla. Sergio me embistió una vez más. Sus manos apretaron más mi piel y se dejó ir.

Sólo se oían nuestras respiraciones convulsas cuando sus labios se detuvieron junto a mi oreja, casi a punto de acariciarla.

—No estaba celoso porque el único que puede follarte hasta volverte loca soy yo.

Y no sé si fue una declaración de amor, de posesión o simplemente la cruda y cruel realidad.

Estaba condenada y los dos lo sabíamos.

Presente

—¿Diga? —respondo adormilada.

No he mirado la hora, pero apuesto a que es tempranísimo.

—Enana, ¿comemos juntos? —me propone Rodri.

Sonrío.

—¿Dónde vas a llevarme? —Pienso en abrir los ojos, pero descarto la idea—. Un sitio con terracita —lo interrumpo antes de que pueda responder—. Presiento que hoy va a hacer sol.

—¿Dejamos la terracita para mañana? Hoy comemos en el Jai Alai.

Abro los ojos sólo para ponerlos en blanco. ¿No se suponía que estaba en Nueva York?

—No pienso ir —sentencio.

—Soy tu hermano —se queja—. No me hagas esto.

Ese «no me hagas esto», traducido al lenguaje *muggle*, sería algo así como «no me dejes comiendo solo con la arpía petulante y estirada que tenemos por hermana».

—No me lo hagas tú a mí —replico—. Mi vida ya es lo bastante dura.

En cuanto pronunció la última frase, me arrepiento, más aún cuando oigo el «¿qué pasa?» preocupado de Rodri. Resoplo y me preparo para mentir como una bellaca.

—El trabajo, la universidad, sigo sin novio, han dejado a Estela cruzar la frontera —me quejo displicente como lo haría un adolescente—... tú —bromeo.

Rodri respira aliviado y yo también. No quiero ni pensar cómo reaccionaría si supiera algo de lo que me ha pasado en los seis últimos meses.

—Ven —me pide.

—No —contesto sin ningún remordimiento.

—Estela sólo estará hoy en Madrid. Mañana se marcha a Londres a otro congreso —trata de convencerme—. Por favor.

—No.

—Te echo de menos

Entorno los ojos.

—Eso es chantaje emocional —protesto.

—¿Ha funcionado? — Ahora el que no tiene el más mínimo remordimiento es él.

—Sí —me quejo a regañadientes alargando la única vocal.

Lo oigo reír al otro lado.

—¿Paso a buscarte? —pregunta feliz de haberse salido con la suya.

—No. Nos vemos en el restaurante a la una y media.

Nos despedimos y yo me quedo maldiciendo mi suerte en la cama un rato más. Desde que he vuelto a Madrid me había librado de Estela, porque estaba en una especie de convención en Estados Unidos... hasta

hoy. ¡Maldito Rodri!

No me veo con fuerzas suficientes como para aguantarla y decido que necesito un chute extra de moral y risas. Me levanto, me doy una ducha y me preparo para la comida. Acto seguido aviso a Sira por WhatsApp y me voy a casa de Martina. Es sábado, así que el plan es sencillo: nos bajaremos a una de las terracitas de la plaza del Mercado y tomaremos el aperitivo.

No sé si es porque no desayuno o porque repetimos el aperitivo, un Martini blanco con limón, cuatro veces, pero estoy de lo más feliz.

—A la calle Balbina Valverde, número dos —le digo al taxista con dificultad, pero en vez de preocuparme rompo a reír.

El taxista es muy simpático, o a mí me lo parece, y le cuento toda mi vida en la media hora de camino.

—Conduzca con cuidado —me despido bajando la cabeza hasta encontrarme con su mirada por la ventanilla del copiloto—. No podemos conducir por usted —añado, y le dedico un saludo militar porque me apetece y porque me ha contado que hizo la mili en Ceuta y seguro que esas cosas te marcan por dentro.

El coche desaparece entre el tráfico. Yo me giro, barro el edificio con la mirada y resoplo, fuerte. Esta comida va a ser un infierno.

—Cande, ¿por qué dejaste Barcelona? No paras de dar tumbos —refunfuño imitando la voz de mi hermana a la vez que busco mis gafas de sol en el bolso—. Tienes que crecer y madurar y crecer un poco más para convertirte en una pija estirada como yo.

El último chascarrillo es mío y me quedo tan a gusto cuando lo digo que no puedo evitar romper a reír de nuevo.

Echo a andar. Con un poco de suerte la comida será en el patio y podré quedarme con las gafas de sol puestas, así nadie me verá cuando ponga los ojos en blanco.

—Cande.

Su voz. Odio su voz. Y lo odio a él. Y sigo teniendo la tentación de quitarme las bragas y entregárselas como ofrenda... A veces odio mi vida.

Alzo la cabeza despacio y me encuentro con Sergio en la puerta del restaurante. Debe de haber salido a fumarse un cigarrillo. Lleva las gafas de sol puestas, sus Ray-Ban negras de 1964, y no es que imiten un modelo de ese año, es que son de ese año. ¿Se puede tener más estilo? Creo que por eso siempre parece Alain Delon. La culpa es de las gafas. Cuando deseé que la comida fuese fuera para poder llevar las mías, no calibré la posibilidad de que entonces él también estaría y las llevaría, aunque lo cierto es que he sido tan estúpida de no imaginar que vendría.

—Hola —lo saludo cantarina. El efecto de los Martini vuelve—, ¿Rodri también te ha obligado a venir?

—¿Estás borracha?

—No —respondo sin dudar, mintiendo como una bellaca—. Lo que pasa es que soy la *king of the night* —añado pletórica—, quiero decir *of the day*... quiero decir, la *queen*.

Alzo las manos. La noche es mía, chaval.

—Estás borracha —sentencia.

Sergio mira a su espalda, hacia el interior del restaurante, después me coge de la muñeca y, sin mediar palabra, tira de mí calle abajo.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Ni Estela ni Rodri pueden verte así.

—No estoy tan segura. Si canto *Cuatro Babys*, de Maluma, subida en una mesa del Jai Alai, quizá Estela no me vuelva a obligar a comer con ella. Todos saldríamos ganando, incluso el Jai Alai... y Maluma también.

Sergio no dice nada, pero puedo ver cómo mira hacia al otro lado para disimular una sonrisa. Es sábado,

pero no lleva la ropa que usa fuera del trabajo, con la que realmente es él. No hay chaqueta de cuero, ni camisetas, ni vaqueros gastados.

Cruzamos la calle y en seguida reconozco su BMW, aparcado entre un Ford Kuga y un Panda. Sergio me abre la puerta del copiloto y espera paciente a que me monte.

—No pienso ir a tu piso —digo de pronto, cuando él ocupa el asiento tras el volante.

No pienso volver a poner un pie en esa casa. Tiene algo, no sé el qué, pero automáticamente hace que cualquier mujer sienta la necesidad de bajarse las bragas.

—No vamos a ir a mi casa.

—¿No? —pregunto, y no puedo evitar sonar decepcionada—. Sergio Herranz, te me estás cayendo como mito —sentencio.

Él vuelve a mal disimular una sonrisa.

—¿Y adónde vamos?

El coche empieza a girar. Tengo que pestañear con fuerza para detenerlo.

—Te llevo a tu apartamento. Necesitas dormir.

—Todo da vueltas —gimoteo dejando caer la cabeza sobre el respaldo del asiento.

Sergio abre la ventanilla del copiloto y una ráfaga de aire frío me sacude. Me sienta de maravilla. Tengo mucho calor.

—¿Cuánto has bebido? —Aprieta con fuerza el volante cuando lo dice. ¿Acaso está preocupado?

—No tanto como hubiese querido. Esas comidas son un infierno.

—Esas comidas son un infierno porque tú dejas que lo sean.

Frunzo el ceño, confusa.

—No te entiendo.

—No le plantes cara a Estela. Déjala pensar que ha ganado y después haz lo que te dé la gana. Al final, eso es lo único que cuenta.

Lo miro esforzándome en enfocarlo. Su comentario me ha enfadado muchísimo, aunque no pueda explicar el motivo.

—Es mucho mejor ser como tú, ¿no? —replico con dificultad—. Pues perdona si no todos podemos dejar a un lado lo que sentimos sólo porque no queremos sentirlo.

Sergio ahoga un breve y sarcástico bufido en una sonrisa aún más fugaz y masculla un juramento ininteligible entre dientes.

Empiezo a sentirme francamente mal. Cierro los ojos. Todo gira todavía más rápido.

La puerta del coche se abre y me sobresalta. Sergio está de pie en la acera. Estamos en mi calle. ¿Cuándo hemos llegado? Me llevo la mano a la frente. Sólo quiero que todo deje de dar vueltas.

Al bajarme del vehículo, trastabillo con mis propios pies y no me doy de bruces de puro milagro. Sergio me toma de nuevo de la muñeca y me lleva hasta mi portal, asegurándose de que mantengo el equilibrio y no acabo con el culo en el suelo.

—Muchas gracias —digo trabándome en la última palabra y girando muy torpe sobre mí misma para separarme de él y tenerlo de frente—. Ya puedes marcharte.

Sergio no dice nada. Sólo se cruza de brazos y se queda ahí, observándome, con cara de profesor... un profesor supersexy, sin duda alguna. Yo me encojo de hombros. Quizá le guste mi portal. Lo observo con atención. No es el más bonito del mundo, pero tiene su encanto. Me recuerda... Me recuerda... Frunzo el ceño. ¿Qué hago mirando mi portal?

Saco las llaves con dificultad y trato de abrir la puerta. La cabrona se me resiste. Doy un paso atrás para tomar perspectiva y mis pies se enredan. Creo que estos tacones están creciendo por momentos. Serán unas

zapatillas robotizadas como las Nike de Marty en *Regreso al futuro...* Eso sí que sería un invento. Hoy necesito unos tacones de catorce centímetros, por favor.

—*Mar-chan-do* —me contesto a mí misma con voz de robot. Estallo en carcajadas. Las voces de robot siempre me hacen reír.

—Dame las llaves —ordena quitándomelas de las manos.

Abre sin problemas y yo fulmino mi puerta con la mirada por hacerme quedar mal.

Sergio desliza su mano por mi cintura en el primer escalón y no me suelta hasta que ponemos un pie en mi rellano. Me gustaría pensar que se trata de que no puede vivir sin tocarme, pero he visto dos o tres escalones muy de cerca, como si estuviese a punto de darme de cara contra ellos, así que supongo que su mano en mi cintura iba más en la línea de evitar lo segundo que de satisfacer lo primero.

No he dado más que un par de pasos en mi salón cuando todo empieza a girar de nuevo, pero a girar de verdad, con fuerza, con mucha fuerza...

—No me encuentro bien —murmuro.

El estómago me arde y, antes de que pueda controlarlo, salgo disparada hacia el baño. ¡Voy a vomitar!

Me arrodillo delante del inodoro y devuelvo. Me quema la garganta, el esófago, el estómago. Vuelvo a vomitar. Joder.

Siento sus pasos a mi espalda y un segundo después una de sus manos me aparta el pelo de la cara hasta sujetarme la frente con la palma. Con la que le queda libre, me acaricia despacio la espalda, reconfortándome y, aunque una parte de mí quiere que se vaya, su gesto no es algo vacío y consigue que me sienta mejor.

Devuelvo tantas veces que dudo de que me quede una gota de alcohol dentro, o algún órgano interno. Cuando mi cuerpo deja de retorcerse por las arcadas, me dejo caer hasta sentarme en el suelo. Estoy hecha polvo. Sergio se incorpora, no veo qué hace, pero percibo el ruido del agua correr en el lavabo. Un momento después se acuclilla frente a mí y me refresca la cara con una toalla húmeda. Es muy agradable.

Me obligo a abrir los ojos y lo veo frente a mí, con su mirada concentrada en lo que sus manos hacen. Quiero decir algo, pero no sé el qué. Soy incapaz de situar a este Sergio en mitad del maremágnum de peleas y discusiones de las últimas semanas.

Se levanta diligente, deja la toalla sobre el lavabo y vuelve a arrodillarse frente a mí. No comprendo qué va a hacer hasta que pasa una de sus manos bajo mis rodillas y la otra por mi espalda y me levanta del suelo sin aparente esfuerzo. La postura nos acerca mucho más y la actitud de caballero andante me deja fuera de juego.

—Ya te tengo —susurra.

Lo miro a los ojos. Maldita sea, ¡qué azules son!

—Creo que me has tenido siempre —susurro, pero no sé si lo he hecho en voz alta o no.

Sergio me deja sobre la cama y me cubre con la colcha. Quiero darle las gracias, pero de repente tengo muchísimo sueño. Lo busco con la mirada, pero los ojos se me cierran. Siento su mano meterme un mechón de pelo tras la oreja.

—Sergio... —murmuro.

Está cuidando de mí y el corazón me late con demasiada fuerza.

* * *

Abro los ojos desorientada y trato de incorporarme. Un dolor de cabeza atroz me asalta a traición y con una mueca vuelvo a dejarme caer sobre la almohada. Dios, ¡cómo duele! Estoy en mi habitación y el recuerdo más o menos nítido de cómo llegué aquí comienza a abrirse paso.

—Maldita sea —musito riñéndome—. De todas las malas ideas que has tenido en tu vida, con ésta te has coronado.

¿Cómo se me ocurrió presentarme borracha en la comida? ¿Y en qué momento me pareció buena idea que Sergio me sacara de allí, que me trajera hasta aquí? Joder. Joder. Joder.

Trato de levantarme de nuevo, esta vez más despacio, y consigo domar, más menos que más, mi dolor de cabeza. Tengo una resaca descomunal. Me arrastro hasta el baño y me cepillo los dientes. Me miro en el espejo e inmediatamente recuerdo cómo Sergio me cuidó. Me apoyo en el lavabo y lanzo un profundo suspiro. Ahora mismo no sé cómo me siento.

Regreso al salón. No hay rastro de él. Imagino que se marchó en cuanto me dejó en la cama. Voy hasta la cocina y cojo una botellita de agua. Estoy muerta de sed y, ahora que lo pienso, también de hambre.

Miro hacia el sofá y no puedo evitar que mi cabeza vuelva a llenarse de preguntas. ¿Por qué me sacó del restaurante? ¿Por qué me protegió de Estela? ¿Qué hacía él en aquella comida? Es cierto que Rodri siempre lo invita, pero normalmente suele rechazar la invitación.

En mitad de todas estas reflexiones, oigo la puerta principal abrirse. Todo mi cuerpo se tensa en un solo segundo, más aún cuando veo a Sergio entrar en el salón desde mi pequeño vestíbulo. Lleva una cajita de cartón con el logo del Matisse serigrafiado en ella. El recuerdo de mi cumpleaños lo inunda todo, el Sergio y la Cande de aquellos días lo inundan todo.

Al reparar en mi presencia, me observa de arriba abajo desde el otro lado de la barra de la cocina.

—Hola —dice al fin, dejando mis llaves sobre la encimera—. ¿Te encuentras mejor?

Bajo la cabeza avergonzada. Lo que monté delante de él fue un espectáculo en toda regla. A saber cuántas estupideces dije.

—Sí —contesto mirándolo de nuevo—. La cabeza me va a estallar, pero supongo que me lo merezco —añado con una sonrisa débil y nerviosa.

Sergio se mete la mano en el bolsillo de la cazadora y saca una cajita de cartón. No es hasta que la deja junto a las llaves que no descubro que son ibuprofenos.

—Tómate dos.

Asiento y cojo la caja. La abro con dedos inquietos. Saco las pastillas y las tomo con el agua que me queda. Mientras tanto, Sergio deja la caja de la comida sobre la mesita de centro y se pasa las manos por el pelo como si no supiese qué hacer con ellas. Miro el reloj del horno. Son algo más de las cuatro.

—Le he mandado un mensaje a Rodri desde tu móvil diciéndole que no podías ir a comer porque Martina está enferma y tienes que cuidarla. Se lo creyó sin problemas, pero deberías llamarlo.

Asiento de nuevo.

—Gracias por cuidarme —murmuro.

No es que no quiera decirlo, que en parte también, es que sigo demasiado confusa con el hecho de que se preocupe así por mí.

—No ha sido nada.

—Los dos sabemos que sí —replico, e involuntariamente mi tono suena lleno de desdén o, por lo menos, de algo que se le parece—. No eres el típico chico que hace esto por una chica. Ni siquiera hubiera esperado que lo hubieses hecho gran parte del tiempo que estuvimos juntos, saliendo o como quieras llamarlo.

Sergio se humedece el labio inferior con la mirada clavada en la mía.

—A lo mejor tú sí eres la típica chica por la que un chico como yo hace esto.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Me observa un segundo más. Creo que va a responder algo, pero finalmente niega con la cabeza.

—Yo qué sé, Cande, piensa lo que quieras. —Está molesto, lo sé—. Al fin y al cabo, es lo que mejor se te da.

Ahora la que niega soy yo. ¿Cómo ha podido decir algo así? Era yo la idiota enamorada que pensaba que él era alguien mejor. Todo lo malo que he descubierto sobre Sergio ha sido por su propia mano.

—Pienso que el único motivo por el que has hecho esto es para poder follarme después. Y no lo pienso porque quiera hacerlo, es porque es para lo único que te sirvo. Lo dejaste muy claro.

—Yo nunca dije eso, joder —replica con rabia.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos ahora?, ¿que charlemos? —Sonríe con ironía y mucha tristeza—. Lo estoy deseando. Estoy deseando ver cómo nos dejas tener algo parecido a una conversación sin ponerme de rodillas y metérmela en la boca para que deje de preguntar cosas que me acerquen más a ti.

No me he dado cuenta de lo enfadada que estaba hasta que he pronunciado la última palabra. Sergio sigue manteniéndome la mirada, y la rabia mezclada con toda esa arrogancia que le hace ser él brilla con más fuerza que nunca.

—Esto se ha acabado —ruge—. Ha sido un error.

Gira sobre sus pies y recorre mi pequeño salón de vuelta a la puerta principal. Yo aguanto el primer empuje de mi corazoncito, pero no soy capaz de hacer lo mismo con el segundo y me siento increíblemente culpable. Estoy siendo injusta con él; puede que no en general, pero sí en lo que concierne a este día y a lo que ha hecho por mí.

—Sergio —lo llamo saliendo tras él.

Alcanzo el pasillo justo cuando él hace lo mismo con la puerta. Separados por un puñado de metros de corredor, los dos nos detenemos y nos quedamos frente a frente.

—Lo siento —me disculpo—. Hoy no tenía ningún derecho a hablarte así.

Inspira pesadamente.

—Cande, no podemos seguir así —dice tras lo que me parece una eternidad sin hablar—. No es sano, joder, y vamos a acabar hechos polvo. Nos guste o no, tenemos que acostumbrarnos a tenernos cerca.

Bajo la cabeza. Otra vez me siento abochornada y también algo ridícula, como una cría a la que están llamando la atención. Tiene razón. Yo acepté volver y yo acepté trabajar de nuevo en Javier Freirá y Asociados. Es cierto que, cuando lo hice, pensé que él no estaría, pero la realidad es que es algo que no puedo cambiar y, si no quiero despedirme o directamente regresar a Barcelona, tengo que aparcar a un lado todo el odio y los recuerdos o nunca conseguiré estar bien.

—Tienes razón —acepto levantando la cabeza—, pero creo que va a ser muy difícil.

La culpa la tiene ese hilo invisible que sigue tirando de los dos.

—Pues hagámoslo más fácil —contesta como si fuera obvio, encogiéndose de hombros—. Seamos amigos.

—¿Qué? —pregunto tan confusa como sorprendida.

—Intentémoslo. No hace demasiado tiempo nos gustaba estar juntos. Nos reíamos. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Lo observo sin poder creerme lo que está diciendo. ¿De verdad me está pidiendo la locura de que seamos amigos?

—¿En serio piensas que saldría bien?

—¿Tú no? —prácticamente me interrumpe—. Nunca te rindes. ¿Me estás diciendo que piensas hacerlo con esto antes de empezar? —me desafía y sonríe como sólo él sabe hacerlo, con esa mezcla sexy, macarra y un poco maliciosa.

Debería pensarme esta proposición con más calma, verla con perspectiva, pero ya le estoy devolviendo

la sonrisa porque, a pesar de todo, sigue siendo él.

—Los amigos de verdad charlan —le advierto impertinente y divertida, incluso un poco burlona— y se cuentan las cosas que les pasan, hasta cosas personales.

Sergio entorna la mirada, contagiándose de mi humor.

—Creo que podré soportarlo.

—¿En esa caja de comida hay pan francés? Porque, si no —continúo cruzándome de brazos—, no creo que podamos ser amigos.

—Así que olvidarme de traer *baguettes* es todo lo que tengo que hacer para perderte de vista —replica impertinente—. Me guardaré esa información como un tesoro.

Yo arrugo la nariz y acabo dedicándole mi peor mohín. Su sonrisa se ensancha y, menos de un segundo después, la mía sigue el mismo camino.

—¿A comer? —pregunto.

—A comer —contesta.

Estamos sentados en el suelo de mi salón, con la espalda apoyada en el sofá. La pequeña mesa de centro está llena de comida del *Matisse*. En una esquina descansa el paquete de Marlboro de Sergio, junto al mío, y sobre él su Zippo plateado. Nos mantenemos en silencio, pero no es algo incómodo, estamos disfrutando de la recién adquirida paz. Las risas enlatadas de «Cómo conocí a vuestra madre» suenan desde la televisión.

—Me encanta esta serie —comento acomodándome un poco más y apoyando la cabeza en el tresillo.

En este capítulo, Marshall y Lilly, cada vez que discuten, piden «pausa». Lo que significa que la pelea queda en *standby* y pueden besarse, acostarse o ir a comer langosta y después seguir la discusión en el punto exacto en el que estaba.

—Es una buena técnica —dice.

Sonrío. Estoy de acuerdo.

Se me escapa un bostezo. Vuelvo a estar agotada. Sergio ladea la cabeza, me observa un segundo y sonrío suavemente.

—Debería marcharme a casa —susurra—. Tienes que dormir.

Niego con la cabeza.

—No estoy cansada —miento.

Sergio mueve la mano y acaricia el bajo de mi vestido, sin llegar a tocar mi piel.

—Me gusta este vestido.

No es hasta que lo oigo pronunciar esas palabras exactas, en este lugar exacto, que no me doy cuenta de que es el vestido de mi cumpleaños, el mismo que él me pidió que me pusiera para ir por primera vez a su casa.

Yo también muevo una mano y la deslizo unos centímetros por la falda de mi vestido.

—A mí también.

El recuerdo de aquellos días se hace un poco más fuerte.

No sé quién continúa con el movimiento, pero nuestros dedos se encuentran sobre la tela estampada. Los dos sonreímos despacio y nuestras miradas se centran en nuestras manos, que despacio juegan la una con la otra.

—Odio pelearme contigo —me sincero, y la verdad es que no sé por qué elijo este momento preciso para hacerlo, ni siquiera por qué lo hago.

—Yo también. —Guarda un instante de silencio—. Aunque, extrañamente, para ser algo que los dos odiamos, se nos da bastante bien.

Mi sonrisa se ensancha.

—Eso es culpa tuya —repongo sin ningún remordimiento. Sergio entorna la mirada fingiéndose indignado—. Consigues que me entren ganas de estrangularte.

—Tú tampoco eres ningún premio, señorita Martín. —Mi mano se despereza contra su palma y él entrelaza nuestros dedos—. Puedes ser jodidamente impertinente y haces que me entren ganas de castigart...

Sergio se interrumpe a sí mismo y cabecea a la vez que sonrío. Yo me muerdo el labio inferior nerviosa, pero, en el fondo, a una parte de mí también le ha gustado esa pequeña confesión.

—Es un jefe horrible, señor Herranz —bromeo.

—El que te mereces.

Separa nuestras manos y la mía se queda desamparada. Sergio atrapa mi mirada con la suya y, despacio, me mete un mechón de pelo tras la oreja. Sin embargo, no aparta su mano y sus dedos me acarician la mejilla y el cuello en un gesto tenue, suave.

—Ahora sí que debería irme a casa —comenta, pero no se mueve.

Esta vez no digo nada para detenerlo, porque yo también sé que es lo mejor. Sigo con la cabeza apoyada en el tresillo, contemplándolo, sintiendo sus caricias. Esto no nos va a traer nada bueno.

Al fin Sergio suspira y se levanta. Yo lo imito y los dos caminamos perezosos hasta la puerta. Él la abre y sale al rellano. Yo agarro la madera con las dos manos.

—Adiós —se despide y echa a andar.

—Adiós, amigo —respondo con una sonrisa.

Sergio, que ya había alcanzado las escaleras, se detiene, alza la cabeza y me mira. No dice nada, pero tras un segundo sonrío, una sonrisa sencillamente increíble, y se marcha.

No soy capaz de cerrar la puerta hasta que no oigo la del portal. No sé si esto va a funcionar, pero, aunque siga recordando todo lo que pasó, aunque no pueda olvidar que lloré cada día que estuve en Barcelona, necesito sentirlo cerca de algún modo. No me había atrevido a reconocerlo hasta ahora, ni siquiera quería pensarlo. Asusta demasiado. Es algo irracional, estúpido y peligroso, pero consigue que me sienta bien, como si estuviese muerta de frío y él fuera el único capaz de darme calor. Suspiro hondo y me muerdo el labio inferior. Sólo espero que mi corazón salga intacto.

Pasado

Las semanas siguientes fueron increíbles. Es cierto que nuestra relación seguía girando alrededor del sexo, pero, en algunas ocasiones, esos maratones de orgasmos incluían un pedido de comida a domicilio y la bolsa no se moría de aburrimiento en la cocina, sino que dábamos buena cuenta de ella con una botella de vino, sentados en el suelo de su piso o del mío. A veces también, mientras estábamos recuperando el aliento o fumando un cigarrillo envueltos en las sábanas, me contaba algún detalle, una diminuta pincelada de su vida que para mí significaba más que años de conversaciones con cualquier otro hombre. Y cuando la que hablaba era yo, cosa que pasaba la mayor parte del tiempo, me prestaba atención, de verdad. Sergio estaba empezando a ser más... comunicativo y a dejar de relacionarse conmigo sólo a través del sexo.

Qué bien nos iba todo, me maravillaba. Ni siquiera me importó demasiado que, una mañana cualquiera de mediados de noviembre, Estela se presentara casi a la hora de comer en la oficina. Empezaba a pensar que se había inventado lo de su trabajo, porque, para ser una psiquiatra reputada, tenía muchísimo tiempo libre por las mañanas.

—Subamos al despacho de Rodri —dijo fingidamente amable; al fin y al cabo, todos mis compañeros estaban delante.

Me debatí entre montarle una escenita en público, con toda probabilidad lo que más odiaba en el universo, o ser buena, levantarme y acceder. En ese momento la puerta del despacho de Sergio se abrió y él salió, como tantas veces, con la vista concentrada en los documentos que revisaba. Odiaba su trabajo, pero se le daba de miedo y era muy profesional. Sonreí y lo observé, para ser exactos le hice una radiografía en toda regla, y justo entonces decidí prescindir de la escenita. Si el universo me había mandado semejante hombre, lo mínimo que yo podía hacer era repartir paz y bondad al resto de la humanidad. Si me hubiese escuchado, Sira habría dicho que ésas eran unas palabras de alguien que había cambiado de religión por un polvo, al *sexuismo* para ser exactos.

—Claro —respondí levantándome—, puedo escaparme unos minutos.

Empecé a andar camino del ascensor, pero, al ver que Estela no me seguía, me giré extrañada. Ella empezó a caminar en dirección opuesta. Fruncí el ceño. No entendí que estaba haciendo hasta que la vi llamar a Sergio, apenas a un paso de él.

—Tengo un tema muy importante que comentar con Rodri y Cande y me gustaría que vinieses —le explicó ella—. Estoy muy interesada en saber tu opinión.

Sergio me miró un segundo y después asintió.

—Cuenta con ello.

—Muchas gracias, Sergio.

Le comentó algo a Chen, le entregó una carpeta y los tres fuimos hasta el ascensor. La situación se hizo extrañamente tensa cuando entramos, ya que nos colocamos tan separados que parecía que nos habíamos declarado la guerra. Estela lo hizo entre los dos y todo se hizo aún más raro. Hacía unos tres días que Sergio

me había acorralado en ese mismo cubículo y le había dado al botón de parada para, según él, contarme un secreto, es decir, demostrarme lo divertido que era montárselo allí mientras unos compañeros una planta más abajo gritaban que no nos preocupáramos, que ya habían llamado a los de mantenimiento y pronto arreglarían el ascensor. En fin... La sonrisa boba sólo con recordarlo me partió la cara en dos.

—Hola, enana —me saludó Rodri al verme entrar.

—Hola —respondí, y me senté en la silla que me indicó con un leve gesto de cabeza.

Estela y Rodri se saludaron y mi hermano frunció el ceño al ver que Sergio entraba tras nosotras.

—Yo le he pedido que venga —informó con rapidez mi hermana, ocupando el asiento junto al mío. Realmente estaba consiguiendo intrigarme—. Tengo algo que comentaros y me gustaría saber también su opinión.

Rodri y yo nos miramos. Estaba claro que ninguno de los dos tenía la más mínima idea de a qué se refería Estela.

—Tú dirás —dijo mi hermano al fin.

Sergio se apoyó en la pared del despacho de Rodri y se cruzó de brazos.

—Se trata de la casa del Pilar.

No necesitó decir más para que todos, incluso Sergio, supiésemos a qué casa se refería. Cuando mis padres murieron once años atrás, nos dejaron en herencia a los tres la casa en la que vivíamos en el barrio del Pilar, además de una generosa cantidad de dinero. Yo era menor de edad y mi parte de la herencia, junto con mi tutela, cayó en manos de Rodri, que por entonces tenía veinte años. Cuando yo cumplí los dieciocho, puso el dinero en una cuenta a mi nombre, pero yo insistí en que él siguiera guardándolo y haciendo con él lo que creyese conveniente. Prefería reservarlo para algo importante de verdad. Con respecto a la casa, Estela no tardó en mudarse a la suya propia, en el mismo barrio, y Rodri y yo nos quedamos allí. Al principio fue complicado y duro, pero también fue como si la casa nos recordase a cada segundo que ése era nuestro hogar y, mientras estuviéramos entre sus cuatro paredes, todo saldría bien porque era como si nuestros padres siguiesen con nosotros. Cuando estaba triste, sobre todo al principio, corría al cuarto de mis padres y me encerraba en el armario. Todos los vestidos de mi madre aún estaban allí colgados y el pequeño espacio de madera olía a ella. Siempre me hacía sentir mejor, como si en cualquier momento fuese a aparecer y abrazarme. Pasó más o menos un año hasta que me enviaron al internado en Irlanda. Mi hermano se mudó a un piso más pequeño. La casa se cerró y así había permanecido hasta entonces.

—¿Qué pasa con la casa? —pregunté algo preocupada. Sin saber por qué, los nervios empezaron a burbujear en la boca de mi estómago.

—Uno de los agentes inmobiliarios más importantes Madrid vino a verme hace unos días. Está muy interesado en ella. Cree que podríamos venderla por un millón y medio de euros y, como que ninguno de nosotros vive ya allí, creo que lo más lógico es que aceptemos su oferta y la pongamos en venta.

¿Qué?

Creo que el color abandonó mi cara a una velocidad casi pasmosa. Miré a Rodri esperando a que él dijera todas las palabras que se agolpaban tratando de cruzar mi garganta sin dejarme pronunciar ninguna. ¡Era la casa de nuestros padres! Ni todo el oro del mundo habría sido suficiente, porque esa casa no respondía al valor que el dinero puede darle a las cosas. ¡No íbamos a venderla! Sin embargo, mi hermano me sorprendió agarrándose la barbilla y sopesando la idea. Eso no podía estar pasando.

—Es una oferta muy tentadora —soltó al fin.

—También ha dicho que sería rápido —continuó Estela—. Sigue siendo uno de los mejores barrios de la ciudad.

Sergio clavó sus ojos en mí.

—¿Y qué porcentaje se llevaría él? —inquirió Rodri.

—¡No! —los interrumpí levantándome. No podía creer lo que estaba oyendo—. ¡No podemos venderla!

—Cande, por favor, no montes una escena —replicó Estela mirándome de soslayo.

—¿Cómo habéis podido siquiera pensarlo? —continué, ignorándola—. Era la casa de papá y mamá, nuestra casa.

—Hace años que nadie vive allí —trató de hacerme entender Rodri.

—¿Y qué? —repuse—. Ése no es motivo.

—Es sólo una casa, Cande —prosiguió mi hermana—. Una que nadie usa y con la que debemos ser prácticos.

No.

Negué con la cabeza.

—No —murmuré.

—Que te lo estés tomando así no es más que otro ejemplo de lo sobreprotegida que te hemos tenido siempre. —En ese instante estaba tan dolida que ni siquiera tenía ánimos para reírme por la soberana gilipollez que había dicho—. Tienes que madurar.

—No podéis venderla —repetí.

—Es imposible hablar contigo cuando te comportas como una niña —me dio Estela por perdida, girando la cabeza hacia Rodri.

Me mordí el labio inferior para contener el llanto y salí disparada del despacho de mi hermano. Ni siquiera me paré a esperar el ascensor, tomé las escaleras y bajé tan de prisa como pude las siete plantas que separaban el Departamento de Inversiones del de Recursos Humanos. Por suerte, era viernes. Salíamos a las tres y ya no nos veríamos las caras hasta el lunes. Eran la una y media, pero decidí que era el momento perfecto para cogerme una hora y media libre por todas las que echaba de más después de las seis un día sí y otro también. No quería por nada del mundo pasarme todo ese rato llorando en el lavabo. Esa casa era nuestro hogar, ¿cómo podían estar dispuestos a deshacerse de ella?

Recogí mis cosas a la velocidad del rayo mientras mis compañeros miraban y cuchicheaban. Me contuve para no llorar en el ascensor ni en el vestíbulo, pero, cuando salí a la calle, a la pequeña placita que servía de acceso a la Torre Picasso, no pude más y un violento sollozo hinchó y vació mi pecho.

Me detuve en seco y, sin poder evitarlo, comencé a llorar. Mi madre siempre hacía galletas los sábados y toda la casa olía a mantequilla y a canela. No podíamos entrar en el despacho de mi padre si lo veíamos paseándose de un lado a otro con su pluma y papeles en la mano, porque significaba que estaba preparándose para un juicio, pero, si no, podíamos pasar y jugar o leer y estar con él en su estudio. Por la noche, después de cenar, mi padre ayudaba a mi madre a lavar los platos y casi siempre acababan bailando alguna canción de Los Secretos, el grupo preferido de mi madre. ¿Es que Estela y Rodri no tenían esos recuerdos? Cuando cerraba los ojos y pensaba en mis padres, siempre los veía en esa casa.

—Cande —me giré y casi al mismo tiempo cabeceé. Estaba triste y enfadada y no sabía cómo encajarlo a él en medio de todo eso—, tienes que tranquilizarte —me pidió.

—No quiero hacerlo —respondí—. Sergio, tú no puedes entenderlo.

—Claro que lo entiendo.

Su tono no fue amable, sino condescendiente, como si le hablara a un cervatillo al que intentan sacar de un cepo. Estaba de su parte y eso me entristeció todavía más.

—No pueden venderla.

—Nadie vive en ella.

—Eso no es un motivo.

Sergio inspiro pesadamente.

—¿Y por qué crees que se venden las casas?

—Me da igual por qué se vendan las otras casas —repliqué desesperada—. No pueden hacerlo. No quiero que lo hagan.

—Joder, Cande. Tienes que dejar de comportarte como una cría.

—¿Le estás dando la razón? —pregunté molesta.

—Es que la tiene —contestó sin dudar y no sé qué me dolió más, que me hubiese llamado *cría* o que le estuviese dando la razón a Estela—. Te pasas todo el día diciendo que no eres una niña y ahora, mírate, vas a perder los papeles por una casa.

—¡No es sólo una casa, maldita sea! —estallé— ¡Es la casa de mis padres! —Sin darme cuenta, los sollozos volvieron—. La última vez que los vi vivos fue allí. Tan frío eres que ni siquiera puedes tener un poco de empatía. —Guardé un segundo de silencio y en esa pequeña porción de tiempo sólo me concentré en no llorar—. A veces creo que estarías mejor con alguien como Estela. Sois tal para cual.

Sergio me mantuvo la mirada, pero supe que mi comentario le había dolido. Lo cierto es que no sé de qué me sorprendía. Si era capaz de mantener los sentimientos a un lado cuando hacía algo tan íntimo como acostarse con alguien, ¿por qué iba a tener problemas es desvincular las emociones de una casa?

—Me voy —dije sorbiéndome los mocos y girando sobre mis salones color cereza.

No quería estar allí. No quería estar cerca de mi hermano Rodri. No quería estar cerca de él.

—Cande... —me llamó agarrándome de la muñeca y obligándome a volverme.

—No, me voy a mi piso —lo interrumpí zafándome de su mano—, porque hoy no quiero que me toques y sé que, si no puedes follarme, no quieres tenerme cerca.

Sin darle tiempo a decir nada, eché a andar atravesando la plaza. Una vocecilla dentro de mí no paraba de gritarme que estaba siendo injusta con él y me estaba olvidando de todo lo que yo sentía por nuestra relación, porque era una relación, estábamos juntos, él mismo lo había dicho, ¿no? Pero, entonces, ¿por qué acababa de demostrarme lo frío que podía ser? Eso era lo único que había conseguido con esa discusión. El tema de la casa me dolía, ¿no era capaz de verlo? Quizá me estaba comportando como esas tontas enamoradas que ven lo que quieren ver y no lo que deberían. Esas cuyo novio es gay o putero o las dos cosas y encima las tratan como una mierda, pero ellas sólo son capaces de ver lo bueno y ahí están, al pie de cañón mientras su amor se tira a una *drag queen* llamada Furia Furibunda. ¿Y si yo era igual? ¿Y si me había convencido de que Sergio estaba dando pasos hacia una relación normal, que sentía algo por mí, y él sólo quería sexo? Me crucé de brazos y aceleré el paso.

En mitad de la plaza, me detuve. Quizá Sergio se había arrepentido, tal vez estaba corriendo desesperado hacia mí. Me giré en parte para comprobar que me equivocaba, pero en parte, también, una mayor en realidad, deseando no hacerlo.

Sobra decir que, cuando me volví, ni siquiera estaba ya a las puertas de la torre. «Eres una tonta enamorada, Candela, y él va a hacerte daño...» ¿Por qué no fui capaz de hacerme caso entonces?

Me pasé el resto de la tarde en casa. Ni siquiera comí. Estela dijo que el agente inmobiliario interesado en la casa era el más importante de todo Madrid, así que no me costó encontrar su web y allí estaba, nuestra casa, anunciada como una de las últimas y más valiosas adquisiciones. Había fotos y una descripción minuciosa. Se me helaba la sangre al comprobar la prisa que se habían dado. ¿Y si ya había alguien interesado? ¿Y si estaba a punto de cerrarse la venta? Yo estudiaba derecho. Sabía que no podrían venderla si yo no quería, nos pertenecía a los tres, pero tener que pelearme con Rodri, tener incluso que meter a abogados de por medio, me entristecía aún más. Jamás podría imaginarme llegando a ese punto contra mi hermano. Ni siquiera era una posibilidad.

Me acurruqué en el sofá y encendí la tele con la idea de distraerme. No funcionó, pero tampoco me moví y me quedé allí un número indefinido de horas en silencio, con la cara llena de lágrimas, viendo un maratón de «The Big Bang Theory» en un canal de la TDT.

Ya había anochecido cuando llamaron a la puerta. Caminé descalza hasta el recibidor. Todavía llevaba la ropa con la que había ido a trabajar, pero me había quitado los zapatos. Cuando abrí, el corazón me dio un vuelco, pero rápidamente volvió a llenarse de dudas, como yo.

—¿Qué haces aquí? —Ya no estaba enfadada. Ahora sólo estaba triste.

Sergio me observó con los ojos llenos de una decena de emociones: estaba enfadado, pero también confuso y frustrado, y esa envidiable seguridad en sí mismo seguía inundándolo todo.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

«Deberías decirle que no», dijo mi conciencia, pero lo echaba de menos, lo echaba de menos como una idiota, a decir verdad. No paraba de pensar que la casa se vendería, que me costaría una discusión monumental con Rodri en la que yo acabaría cediendo y, si eso pasaba, quería que él me abrazase y se preocupase por mí, aunque sólo lo fingiese. Eso también me ponía triste, pero, para mi desgracia, ya no me valían otros brazos. Es el problema de enamorarse de alguien que sabes que te hará daño: aun sabiendo que no es bueno para ti, no puedes evitar necesitarlo.

Asentí y me hice a un lado con la puerta. Él entró y caminó directo hasta el centro de mi salón.

—Quiero que veas algo —dijo mientras me observa andar hasta él.

Yo fruncí el ceño, confusa.

Sergio no me explicó más. Cogió el portátil que tenía sobre la mesita y reactivó la pantalla con el ratón táctil. Apretó los dientes al comprobar que tenía abierta la página del agente inmobiliario. Tecleó algo y volvió a dejarlo sobre la mesa.

Llevó su vista hacia mí, pero yo seguía sin comprender qué quería.

—Mira la página —me ordenó.

Lo observé un segundo más, tratando de descifrar a qué venía todo aquello. Al no ser capaz, me senté en el sofá y miré la web. El estómago se me encogió de golpe.

—¿Ya la han comprado? —pregunté aterrada al ver que la casa ya no estaba en el listado de inmuebles.

Sergio negó con la cabeza.

—No —contestó llenándose de alivio—. He convencido a Rodri para que la saque de la venta.

—¿Qué? —Volví a arrugar la frente—. ¿Cómo?

—Diciéndole la verdad, que significaba mucho para ti y que te marchaste llorando. Él te adora. No necesitó nada más.

Suspiré. La casa estaba a salvo. Esa angustia dejó hueco a un puñado de sentimientos nuevos y muchas preguntas. ¿Por qué había tomado partido por mí? ¿Por qué había venido a decírmelo?

Sentada en mi sofá, me miré las manos sobre mis rodillas y, despacio, alcé la cabeza hasta que sus ojos azules entraron en mi campo de visión.

—No lloraba sólo por la casa —confesé.

La única manera de encontrar respuesta a esas preguntas era siendo sincera.

Sergio dejó escapar todo el aire de sus pulmones con la mirada clavada en mí.

—Lo sé, Cande —contestó—. Y créeme que me gustaría ser el hombre que necesitas, pero no puedo.

¡Ya era el hombre que yo necesitaba! Además, él también se estaba sincerando. Eso era bueno, ¿no? Un paso adelante. Sentí el corazón tan henchido de esperanza que temí que fuera a romperse.

—Sí puedes —repliqué con una sonrisa, levantándome—, sólo tienes...

Todos los sentimientos se recrudecieron en su mirada.

—No puedo y no quiero, Cande —me interrumpió, y en un momento de enajenación total tuve la seguridad de que a él también le dolía—. No quiero una relación, no quiero casarme ni tener críos.

—¿Y lo que yo quiera no importa?

Mi voz sonó tan decepcionada que casi no me reconocí.

—Claro que importa, por eso lo que tenemos es lo que es y no puedes intentar convertirlo en algo diferente. Follamos, nos divertimos, y eso no significa que no me guste pasar tiempo contigo si no es desnuda y en mi cama.

Dio un paso hacia mí y me metió un mechón de pelo tras la oreja.

—Dime que lo entiendes, Cande —su tono se volvió más ronco—, porque soy un egoísta de mierda y no quiero dejar de verte.

Lo miré. Decidí.

—Lo entiendo —mentí.

Y ahí tomé la decisión más kamikaze de mi vida, porque no entendía por qué no podíamos tener una relación, por qué no podía enamorarse de mí, pero no me importó. Si era lo único que pensaba ofrecerme, aceptaba. No podía renunciar a él.

Sergio sumergió sus manos en mi pelo y me besó.

—¿Por qué me has ayudado? —pregunté.

—Porque quería hacerlo —respondió contra mi boca—. Por ti.

Sentí que sonaba una canción entre los dos, que nacía de nosotros, como si el hilo que siempre tiraba de los dos, uniéndonos, se convirtiera en notas musicales.

* * *

El lunes siguiente tuvimos un día de locos en el trabajo debido a un fallo informático que había borrado o malogrado más de un centenar de archivos. Cuando al fin conseguimos solucionarlo todo y salir de la oficina, eran casi las once de la noche y Sergio me sorprendió serpenteando por Malasaña y deteniendo su BMW a un par de calles del antro. «Una copa.» No especificó más y yo no lo pedí. La idea de hacer algo juntos que no implicara estar desnudos me hacía feliz, incluso me sentía orgullosa de estar tumbando barreras imaginarias.

Me senté en la mesa que me indicó y lo seguí con la mirada acercarse hasta la barra del Emerson y pedir dos Glenlivet con tónica al camarero. Regresó con los dos vasos y un cigarrillo, aún sin encender, en los labios. Se sentó a mi lado y movió la silla contigua con los pies, demostrando una asombrosa habilidad para dejarla de frente y descansar una de sus piernas y apoyar la suela de su zapato italiano en la otra. Ya se había deshecho de su corbata, y se había desabrochado los primeros botones de la camisa y descubierto los antebrazos. Ese día había tenido que ser un trabajador eficiente más tiempo de lo normal y lo detestaba.

Sacó el Zippo de uno de sus bolsillos y se encendió el pitillo.

—No se puede fumar —le recordé impertinente y divertida—. No creo que al camarero con pinta de ser un ángel del infierno le haga mucha gracia.

—¿Quién crees que me ha dado el cigarrillo? —contestó zanjando la conversación y enseñándome una sonrisa apenas un segundo después. Puede que el mundo no le gustase, pero se le daba rematadamente bien.

Yo le di un sorbo a mi copa y eché un inocente vistazo al local. Estaba vacío salvo por el camarero, nosotros y una parejita en una de las mesas del fondo. Presté más atención. No se parecían a los otros clientes que solía ver por allí; es más, estaba segura de que habían acabado en el antro por equivocación, buscando alguno de los locales tan de moda en el barrio. Sin embargo, no se los veía incómodos. Habían creado su propia burbuja y se sonreían, se miraban y se comían a besos como dos personas absolutamente enamoradas.

Suspiré y una boba sonrisa se coló en mis labios. Tenían algo bonito y de verdad. Amor de ese que te hincha el corazón. Estaba claro.

—Una parejita feliz —comentó Sergio, y lo de *feliz* encerraba un doble sentido tan obvio que incluso sonó despectivo.

—¿Qué tiene de malo?

—Que fingen —respondió sin ni siquiera necesitar un segundo para pensarlo—. Si tuviesen la oportunidad, los dos se tirarían a otras personas que les prestaran la suficiente atención durante el suficiente tiempo.

Fruncí el ceño. ¿Estábamos mirando a la misma parejita? Por el amor de Dios, rebosaban amor, del que incluso es un poco empalagoso, como de último capítulo de una telenovela de sobremesa.

—No es cierto.

—La vida no es como en los libros, Candelita.

—Serías más feliz si creyese en el amor.

Mi frase lo hizo girarse hacia mí y yo me encogí de hombros con una sonrisa como respuesta. Puede que él fuera un rebelde sin sueños, de vuelta de todo, desdenoso con la vida, pero yo sabía que se equivocaba y, más tarde o más temprano, conseguiría hacerlo cambiar de opinión.

—Es lo que mueve el mundo —sentencié absolutamente convencida.

Mi sonrisa se ensanchó y, aunque al principio luchó por no devolverme el gesto, acabó haciéndolo fingidamente displicente a la vez que negaba con la cabeza.

—Follar es lo que lo mueve —replicó sin un gramo de vergüenza en su sonrisa.

Le dediqué mi peor mohín, disimulando que en el fondo me tenía ganada, y entonces fue su sonrisa la que se ensanchó. Era nuestra lucha diaria. Yo defendiendo que el amor era la respuesta, él distrayéndome con todo tipo de cosas pervertidas, el muy descarado.

De golpe se levantó.

—Vamos a jugar al billar —ordenó, ya que en ningún momento preguntó.

—¿Qué?

—Sabes jugar, ¿no?

—Sí, claro —murmuré para mí, ya que él había echado a andar sin esperar respuesta.

Lo perseguí confusa con la mirada, girándome sobre mi silla para verlo caminar hasta una mesa de billar, que sin duda había visto tiempos mejores, en el fondo del antro.

Me levanté, en parte hipnotizada por lo sexy que estaba colocando las bolas sobre la mesa con el cigarrillo en los labios, bajo la tenue luz alargada que resaltaba cada uno de sus rasgos, como si se hubiese aliado con ese puñado de cosas que lo hacían parecer un cabronazo inaccesible y peligroso para cualquier corazón.

Cuando separó el triángulo de plástico dejando las bolas perfectamente ordenadas, yo estaba sólo a un par de pasos de la mesa. Me miró. Le dio una última calada a su cigarrillo y lo dejó caer al suelo, pisándolo para apagarlo. Se giró y tomó uno de los tacos, el más alto. Sosteniéndolo entre las dos manos, me observó rodear la mesa y coger el otro.

—Para hacerlo más... —fingió pensar la palabra adecuada—... interesante, vamos a hacer una apuesta.

No sé por qué, me sentí sexy en aquella situación: un antro, una partida de billar, la manera en la que me miraba... y esa sensación me gustó hasta el punto de envalentonarme. Cogí el pequeño cubo de tiza azul y pulí la punta de mi taco.

—¿Qué clase de apuesta?

—Una muy instructiva.

Arrugué la frente. Acababa de dejarme fuera de juego. Sergio me dedicó su media sonrisa. Lo tenía claro como el agua.

—El que pierda tendrá que acercarse a esa parejita e intentar ligarse al chico o a la chica para demostrar mi teoría de que sólo hace falta alguien que les preste atención para olvidarse de cuánto se quieren.

Lo observé durante largos segundos y después a la parejita. La apuesta me parecía un poco ruin.

—Es tu teoría —respondí al fin, mirándolo de nuevo—, ¿por qué tengo que involucrarme?

—Porque si resulta que estoy equivocado, te servirá para demostrar que ese amor en el que tú crees existe.

Me mordí el labio inferior sopesando sus palabras. Seguía pareciéndome algo deleznable, pero quizá podía acabar jugando a mi favor. Se los veía muy enamorados. Era obvio que no tenían ojos para terceras personas. Y si demostraba que tenía razón, automáticamente él tendría que admitir que el amor existía y que, por ende, podría haberlo entre nosotros. La idea sonaba de maravilla.

—Aceptó —dije alzando la barbilla. Iba a ganar. Más le valía tenerlo claro.

Sergio sonrió. Su sonrisa más macarra.

—Tú rompes, nena.

Asentí. Me incliné sobre el tapete y deslicé el taco entre los dedos. La bola blanca chocó contra las de color y salieron descontroladas con fuerza. Sonreí. Sonrió. El juego había comenzado y sobre la mesa de billar: el amor.

A los dos parecía dársenos bastante bien y la cosa estaba igualada. Yo iba a lisas y él, a rayadas, y ya habíamos metido más de la mitad de las bolas.

—¿Por qué piensas eso sobre el amor? —pregunté mientras se preparaba para tirar.

Sergio se quedó quieto a medio camino del movimiento. Sólo un segundo. Finalmente se encogió de hombros y lanzó. Torcí los labios. Había metido la bola número 15, la burdeos.

—¿Por qué iba a pensar otra cosa?

Entorné los ojos estudiándolo con ellos, mientras se paseaba alrededor de la mesa de billar con la vista fija en el tapete. Contestar una pregunta con otra, un clásico para no tener que hablar sobre uno mismo, pero yo no iba a rendirme.

—¿Nunca te has enamorado?

Sergio sonrió con condescendencia sin ni siquiera mirarme, ¡con condescendencia! No sólo no se había enamorado jamás, sino que encima pensaba que el simple hecho de que yo no lo tuviese clarísimo me convertía en la persona más inocente sobre la faz de la tierra.

—Pero seguro que has dejado a un montón de pobres chicas incautas enamoradas en el camino.

No sé por qué lo dije. La simple idea me enfadó por demasiados motivos. Por una parte, me parecía sumamente injusto que tuviera todo ese poder sobre esas pobres mujeres cuando era obvio que a él no le afectaban lo más mínimo y, claro está, estaba el hecho de todas esas mujeres en sí, mujeres a las que habría besado, tocado... de pronto las odiaba a todas y cada una de ellas.

La bola roja chocó contra el borde y se alejó de la tronera inferior derecha. Mi turno.

Eché a andar hacia el otro lado de la mesa y me incliné sobre ella. Sergio me barrió con la mirada y se detuvo descarado en mi culo. Yo ya estaba lista para tirar, pero no quería hacerlo. Algo dentro de mí no quería que él dejara de mirar. Sergio lo sabía, lo tenía claro, y ese mismo algo en mi interior comenzó a susurrarme que le encantaba tenerme así, a su merced, sin ni siquiera pronunciar una palabra para conseguirlo. Clavé el taco en el suelo y me incorporé.

—¿Ves algo que te guste? —inquirí agarrando el palo con las dos manos.

Debería estar muy cabreada, lo sé, y esa será la versión que le conté a las chicas, pero el malnacido es

demasiado atractivo como para pasarlo por alto.

Sergio negó con la cabeza lleno de arrogancia y una media sonrisa en los labios.

Todo era muy sensual y me encantaba.

Me incliné otra vez sobre la mesa y coloqué el taco. Su mirada volvió a devorarme entera. Tiré. La bola dos, dentro. Sonreí.

Se humedeció el labio inferior sin levantar sus ojos de mí.

—¿Y tú te has enamorado, Candelita? —preguntó.

Fingí que estaba concentrada en mi estrategia de juego repasando las bolas que aún quedaban sobre el tapiz. Me detuve frente a él, separados por la mesa.

—Sí, dos veces, en el instituto y en la universidad, y es maravilloso. Te cambia la vida —sentencié al fin.

Estábamos jugando a algo más que al billar y no pensaba confesarle que había salido con dos chicos, pero que no me había enamorado de ellos, que había sido bonito, pero desde luego no había sido algo intenso, capaz de ensordecer el resto del mundo y llenarlo de fuegos artificiales... exactamente lo que sí sentía por él.

Lancé. La bola naranja hizo una carambola y, despacio, se deslizó hasta caer en la tronera. Sonreí, sólo me quedaban dos. Las localicé sobre la mesa. Cogí la tiza.

—Y si era tan maravilloso, ¿por qué se terminó? —inquirió tomándome por sorpresa. Algo en su voz, no sabría decir el qué, había cambiado.

¿En serio? ¿Iba a profundizar en el tema? «¿Por qué?», gimoteé mentalmente.

—¿Perdón? —inquirí sólo para ganar tiempo.

Sergio sonrió con malicia.

—¿Por qué se terminó esa preciosa historia de amor? —se burló, y esa especie de tensión desapareció de su voz. ¿Me había pillado? ¿Cómo?

Me mordí el labio inferior. Necesitaba una respuesta perfecta. «Candela Martín, lúcete.»

—Las relaciones se acaban, señor Herranz —respondí displicente, como si de pronto fuera un gurú de los noviazgos—. No debería ser tan sentimental —añadí fingiéndome tan condescendiente como él lo había sido antes conmigo.

Sergio sopesó mis palabras y ladeó la cabeza en un gesto que denotaba cierta admiración.

—Eso demuestra mucha madurez —dijo.

Mi sonrisa se ensanchó, pero la contuve a ella y a las ganas de dar unas palmaditas. ¡Se la había colado!... y por supuesto que demostraba madurez. Era supermadura.

—Muchas gracias —respondí henchida de orgullo, incluso alzando un poco la barbilla. «Eres la puta ama», me dije.

Divisé la bola uno. Me incliné y coloqué el taco entre mis dedos. Lo deslicé varias veces. Estaba preparada.

—Sólo espero que lo seas tanto en tus relaciones de verdad como en las que te inventas —comentó con total naturalidad.

¡Mierda!

Lancé por inercia. Fallé. Metí la blanca.

Cerré los ojos un segundo. ¿Cómo podía llegar a ser tan idiota? Al abrirlos, los suyos y su sonrisa más insolente estaban esperándome. Me incorporé mortificada. Sergio se acercó a la mesa y recuperó la bola blanca.

Unas risas edulcoradas llamaron mi atención al fondo del local. Eran la parejita susurrándose cosas y sonriendo como si estuvieran hechos de algodón de azúcar.

—Quizá todo esto sea cosa del destino —dije—. A lo mejor el universo ha planeado que las cosas

sucedan exactamente así.

—¿A qué te refieres?

A que el estar aquí hablando de lo que es el amor y viéndolo en directo, te haga enamorarte de mí. Cabeceé. Traté de ordenar las ideas, pensar rápido, cualquier otra cosa que no fueran esas palabras.

—A que, a lo mejor, pierdo, tengo que ir a hablar con ese chico y conozco al amor de mi vida —solté a bocajarro, con la única intención de no decir lo que realmente estaba pasando por mi mente.

Sergio sonrió, su impersonal sonrisa escudo. Tenía la mirada fija en la bola blanca. Se quedó muy quieto, me atrevería a decir que pensativo. La giró entre sus dedos. Se inclinó sobre la mesa. Y lanzó. Más fuerte que ninguna otra vez. La nueve y la catorce entraron. Se movió, apenas unos centímetros.

—Puede ser —respondió sin darle importancia, sin mirarme.

La roja, que antes se le había resistido, cayó en la tronera inferior derecha sin problemas. Sólo le quedaba la número ocho. Rodeó la mesa. Volvió a colocarse. Lanzó. Fuerte. Y con toda la alevosía, la arrogancia y la malicia rebosando su cuerpo, metió la bola negra en la tronera equivocada, absolutamente a propósito.

Lo miré boquiabierto. Él se incorporó derrochando toda esa presuntuosa insolencia y dejó el taco sobre la mesa.

—Pero he perdido —comentó para nada arrepentido, echando a andar hacia la parejita— y tendré que ser yo quien se ligue a la chica. Una lástima, nena —sentenció pasando junto a mí.

Sergio sonrió. Mi mirada voló hacia el fondo del local, casi conmocionada. El universo cruel decidió complicarme la vida y el chico se levantó y se dirigió al baño, dejando sola a su pareja. No. No. No.

—No irás a hacerlo, ¿verdad? —balbuceé.

En aquel momento no sabía qué me molestaba más: si que hubiese perdido adrede para ser él quien fuese a coquetear, que no tuviese ningún problema en hacerlo delante de mí o que no le importase lo más mínimo acabar con una enamorada parejita con tal de demostrar su teoría.

Sergio no contestó y continuó caminando. Apenas en un segundo entró en el radar de la chica. Es demasiado guapo y ella no necesitó mirarlo dos veces para comprenderlo. Al llegar hasta su mesa, apoyó las palmas de la mano sobre ésta y se inclinó. La joven sonrió sin poder levantar sus ojos de él y utilizó todo lo que provoca en las mujeres en contra de ella y de mí. Sonrisas, algún susurro. No podía creer lo que estaba viendo. No podía creer que él lo estuviese haciendo. ¿No tenía ningún escrúpulo?

De pronto no quería seguir allí, mirando algo que sólo hacía que me hirviese más y más la sangre. Caminé, prácticamente corrí, hasta nuestra mesa, recogí mi abrigo y mi bolso y me puse ambas cosas camino de la puerta. No pensaba permanecer en aquel antro ni un solo segundo más.

Atravesé la salida. Madrid me recibió. Respiré hondo. Quería gritar. Quería pegarle... Y quería llorar. No tardé en sentir cómo la puerta se abría y se cerraba a mi espalda de nuevo. Sabía que era él y odiaba saberlo.

Me volví despacio y tomé aire antes de hablar.

—No puedo creer que estés dispuesto a romper una pareja sólo para demostrarme que el amor no existe... y además te equivocas. —No había nada que demostrar. Yo tenía razón. El mundo sin amor sería horrible.

Sergio se encogió de hombros en una actitud tan displicente que incluso me pareció beligerante.

—En todo caso es culpa de la chica. Si de verdad quiere a su novio, no habría ningún problema en que yo tontease con ella.

—Eres un cabrón.

—¿Y?

—¿No te importa lo que piense de ti? —pregunté a mi vez casi exasperada y también, no tenía ningún sentido negarlo, triste.

—Más bien me preocupa.

Abrí la boca con la réplica preparada, pero ésa no era la respuesta que esperaba, así que las palabras que guardaba en la punta de la lengua cayeron sobre la acera.

—¿Qué?... ¿Por qué?

—No voy a enamorarme de ti —sentenció sin asomo de dudas.

Sus palabras me dolieron en demasiados sitios a la vez.

—No quiero eso —mentí como una bellaca.

Sergio perdió su mirada al lado derecho, sólo un segundo.

Mi mente se cortocircuitó por un instante. ¿Por qué parecía enfadado? ¿Por qué tenía la sensación de que la respuesta que le había dado no era la que él quería escuchar?

—Todo aclarado, entonces —replicó llevando sus ojos de nuevo hasta mí tras humedecerse el labio inferior.

Asentí. Estaba completa y absolutamente perdida y enfadada y demasiado triste.

—Será mejor que me marche a casa —dije.

Estudió cada centímetro de mi cara antes de responder.

—Sí, será lo mejor.

Durante un momento ninguno de los dos se movió. Sergio, con las manos en los bolsillos, en esa pose tan displicente, tan natural, en el fondo me estaba desafiando... o lo estaba haciendo yo. ¿Qué es lo que él quería que hiciera? ¿Haría él lo que yo deseaba que hiciera en aquel instante? Sabía lo que quería: que diera un paso adelante, que me dijera que se había equivocado, que me besara, que fuese el chico de un libro diciéndole a la chica con un beso todo lo que no era capaz de expresar con palabras. El problema era que también sabía que él no lo haría. «Sergio es inaccesible, frío.» «Sergio es desdeñoso con el mundo.» «Sergio está de vuelta de todo.» Me lo había repetido muchas veces, ¿no? Y esas mismas verdades me daban en ese momento la respuesta. Así qué, ¿qué hacía todavía allí? No lo estaba desafiando en silencio, le estaba suplicando, y puede que estuviese completamente colada por él, pero no iba a permitirme a mí misma hacer algo así.

Bajo su atenta mirada, giré sobre mis tacones y subí la calle alejándome paso a paso de él, conteniendo a cada metro que avanzaba las lágrimas quemándome detrás de los ojos.

Los dos habíamos dejado muchas cosas claras aquella noche.

La mañana siguiente fue complicada. Llegué a la oficina un poco más temprano de lo que debía hacerlo porque en mi piso, literalmente, me subía por las paredes. Pensé que Sergio no tardaría en aparecer, pero estaba equivocada por completo. La puerta de su despacho se abrió y él salió. Ya estaba allí. Su mirada se encontró de inmediato con la mía, pero no hubo ningún gesto por su parte, ni para bien ni para mal.

—¿Quién se encarga de revisar la contratación de los nuevos auxiliares administrativos? —preguntó con frialdad.

«Yo», contesté mentalmente.

—Yo, señor Herranz —repetí en voz alta.

Estaba más nerviosa de lo que quería admitir.

—Cuando lo tengas todo listo, tráelo a mi despacho.

Asentí, pero ni siquiera se quedó a esperar mi respuesta. Me estaba torturando. Lo sabía. No había dicho que quería verlos ya. No lo había utilizado como excusa para llevarme a su despacho. Pero me había dejado claro que, más tarde o más temprano, tendría que entrar en su guarida y quería que esa idea me carcomiera despacio. Debería estar prohibido ser tan guapo y tan cabronazo. Supongo que por eso no hay que liarse con el jefe. Tiene demasiadas armas que usar en tu contra.

Entorné los ojos sobre su puerta cerrada a la vez que me llevaba el índice y el corazón a los labios y los

mordisqueaba pensativa. No estaba dispuesta a estar dándole vueltas las más de tres horas que me quedaban para tener esos contratos listos. Ya había tenido suficiente con el camino de vuelta a casa desde el antro, las más de dos horas que tardé en quedarme dormida, la ducha, el desayuno y el viaje en metro. Él podía tratar de torturarme, pero Candela Martín podía negarse.

—Candela Martín se niega —susurré.

Me levanté decidida y fui hasta su despacho. Llamé y esperé a que me diese paso. Al verme entrar, se humedeció el labio inferior y alzó la cabeza arrogante e insolente. En cierta manera había sacado los pies del tiesto y él odiaba que lo hiciera.

—Tenemos que hablar —dije, y me gusté a mí misma. Soné muy adulta.

—¿Has terminado de revisar los contratos que te he pedido?

Su pregunta, aunque lógica, me pilló por sorpresa.

—No —respondí confusa.

—Entonces no tenemos nada que hablar —sentenció, pero no apartó su mirada de mí ni volvió a concentrarla en sus papeles como hacía cuando realmente quería dar una conversación por acabada. ¿Qué pasaba entonces? ¿Me estaba poniendo a prueba? ¿Quería empezar una discusión?

Le mantuve la mirada tratando de descifrarla, pero no me sirvió para nada más que para comprobar que era capaz de estar por encima de cualquier situación, incluida ésa.

—Quiero hablar de lo que pasó ayer.

—Ayer no pasó nada —se apresuró a rebatir con total naturalidad.

—A lo mejor ése es el problema.

—¿Por qué? ¿Qué te gustaría que hubiera pasado, Cande?

Lo pensé. Sabía que me convenía más fingir que no había pasado nada, aparcando esa pregunta y toda la conversación, pero, si quería conocerlo, tender una especie de puente entre el «sólo sexo» y todo lo demás, tenía que hacerlo hablar y para eso estaba claro que yo tendría que dar el primer paso. Tocaba sincerarse.

—Me gustaría que me hubieses pedido perdón, que te hubiese importado cómo yo te viese.

—¿Que hubiera salido corriendo detrás de ti?

Como los héroes de los libros.

—Sí.

—Yo no voy a darte eso —respondió levantándose y devorando paso a paso, despacio, la distancia que nos separaba. Aparté la mirada. Me dolía que lo tuviese tan claro—, pero puedo darte otras cosas

Un rayo de sol atravesó las nubes y la ventana e incidió en sus gafas de sol sobre la mesa.

Sergio se detuvo frente a mí. No me tocó, pero su cuerpo despertó el mío como si fuéramos la bella durmiente y el príncipe encantador.

—¿El qué? —inquirí, y mi voz se volvió trémula porque ya sabía la respuesta y la quería.

—Puedo tocarte hasta volverte loca —susurró inclinándose sobre mí. Sus manos se deslizaron por mis costados, acariciándome tan efímero que despertó un escalofrío que atravesó mi cuerpo—, besarte, morderte.

Cerré los ojos y mis labios comenzaron a buscarlo a ciegas, por puro instinto.

—Follarte hasta que perdamos el sentido.

—Sergio. —Iba a rendirme y no quería. Una parte de mí deseaba seguir luchando justo en aquel momento por lo que sabía que podíamos tener.

—¿Qué?

—Quiero más —murmuré.

Dos palabras tan de libro.

—No —replicó inmisericorde—, quieres esto.

Y a pesar de la arrogancia de sus palabras, de su dureza, también sonó desesperado.

Me besó y me estrechó contra su cuerpo y fue como ponerme al borde de un precipicio y hacerme saltar. La música de Antonio Vega volvió y lo cegó todo. El hilo entre los dos se hizo tan fuerte que casi me cortó la respiración. Quería más, sí. Quería todo, en realidad. Iba a seguir luchando. No iba a renunciar al amor, ni a él. Podéis llamarme idiota, lo merezco, pero no elegimos de quién nos enamoramos, ni elegimos cuánto seremos capaces de hacer por él, porque el amor mueve el mundo, ¿recordáis? Y el mío giraba a una velocidad de vértigo.

* * *

Un día, un viernes cualquiera, estábamos cruzando el parking de la Torre Picasso camino de su coche. Como siempre, Sergio utilizaba ese puñado de metros para quitarse la corbata y desabrocharse los primeros botones de la camisa, como si fuera un condenado a muerte sacándose la soga de alrededor del cuello.

A unos pasos de su BMW, éste se iluminó al reconocer la llave que él llevaba en el bolsillo. Mientras yo me acomodaba en el sillón del copiloto, Sergio lanzó su maletín al asiento de atrás y se metió la corbata azul oscuro con pequeñas motitas blancas en el bolsillo de su pantalón de traje azul marino, resopló y se revolvió el pelo, todo a la vez. Yo sonreí observándolo. Odiaba su trabajo y extrañamente ese hecho, compartido por el ochenta por ciento de los habitantes del planeta y el noventa de los que trabajamos en Javier Freirá y Asociados, lo hacía estar por encima del mundo, porque no lo disimulaba. No le bailaba el agua a los jefes, ni siquiera era especialmente amable y, como él mismo dijo, no tenía la necesidad de sentir que le caía bien a los que trabajan para él.

Sin embargo, cuando se sentó con el marinero azul marino abierto y se echó el pelo hacia atrás con la mano, la sonrisa se me borró de los labios y otra sensación muy concreta se apoderó de una parte también muy concreta de mi cuerpo. Él sonrió de medio lado. Qué claro tenía lo que provocaba en mí.

—Vamos a mi casa —me informó arrancando el vehículo.

El motor alemán rugió y salimos del garaje en cuestión de segundos.

—Me apetece muchísimo un helado de chocolate —dije de pronto, y era totalmente verdad. Llevaba pensando en él desde que había regresado del Beach Sea después del almuerzo.

Sergio me miró un segundo y después volvió a prestarle atención a la calzada.

—Creo que a mí también me apetece mucho un helado.

Lo observé conteniendo una sonrisa y torcí el gesto. Por la manera en la que lo dijo, sabía perfectamente que no pensábamos comernos el helado de la misma manera.

—Eres un perverso —me quejé golpeándolo en el brazo.

Él sonrió y empezó a canturrear la canción de La Mode que sonaba en radio.

Mientras cruzábamos Madrid, yo repetí que quería un helado, y nada de una tarrina de supermercado, quería un cucurucho de galleta de chocolate de Freddo Freddo.

—Con una guinda encima —y en un ataque de valentía, tan temerario como innecesario, añadí—: y puedo hacerle un nudo con la lengua.

Sergio ladeó la cara y me observó despacio, con la mirada ligeramente entornada. Volvió su vista a la calzada mientras yo me crecía en el asiento del copiloto. Había conseguido despertar la curiosidad del dios del sexo, Sergio Herranz. Independientemente de que consiguiera el helado o no, ya lo consideraba un triunfo.

Entramos a su casa a trompicones, besándonos, con su maletín rodando por el suelo y mi abrigo siguiendo el mismo camino. Sergio me cogió en brazos y yo rodeé su cintura con mis piernas mientras le quitaba el marinero primero y la chaqueta después con más necesidad que habilidad. No sabía qué nos pasaba, hasta que

me besó por primera vez nunca me había sentido así, pero los dos teníamos la cualidad de prender una mecha imaginaria en el otro y, cuando eso pasaba, el maldito edificio podía estar en llamas que él necesitaba estar dentro de mí y yo necesitaba sentirlo dentro.

* * *

Me tapé los ojos con las palmas de las manos, con la respiración acelerada y todo mi cuerpo todavía temblando suavemente. Había sido un polvo increíble seguido de otro aún más. Y allí estaba yo, concentrándome en no desfallecer, cuando Sergio se levantó de un salto y comenzó a vestirse. Después de quedarme obnubilada con lo jodidamente bueno que estaba y maravillarme por el fondo físico que tenía para recuperarse tan rápido, me di cuenta de que era muy probable que ya quisiera dejarme en mi casa y la idea me deprimió un poco.

—¿Ya me llevas a casa? —inquirí con la esperanza de que me sacara de mi error.

Pero no lo hizo. Se limitó a sonreír y a echarse el pelo hacia atrás con una mano. Empecé a pensar que quizá tenía otros planes y me deprimí un poco más.

Me vestí mientras él me esperaba en el salón. Era temprano. Podríamos cenar, ver una peli y después repetir en la cama, en la ducha y añadir, por ejemplo, el sofá. Comencé a pensar que tal vez lo estaba presionando demasiado con eso de hacer cosas que no acabaran en orgasmo y estaba empezando a cansarse de mí. Esto es otro gran clásico del amor desmedido: si de pronto un solo segundo no es maravilloso, una ya vislumbra un abismo lleno de caimanes, un río de lava y putillas de discoteca que inexorablemente acabarán separándote de tu amor.

Me puse el abrigo, que Sergio había recogido del suelo y colgado en el perchero, y me crucé mi bolsito bajo su atenta mirada. Estaba muy callado, pero, al mismo tiempo, había un brillo divertido en su mirada que me confundía.

Mientras atravesábamos su rellano, yo ya me había mordido la lengua varias veces para no preguntarle por qué me llevaba ya a casa.

—Sergio... —lo llamé cuando entramos en el ascensor. Ya no aguantaba más.

—¿Qué? —demandó con un toqué burlón.

Y en ese preciso instante pulsó el botón del elevador, pero no nos envió al garaje, sino al vestíbulo. Fruncí el ceño, confusa.

—¿Adónde vamos? —inquirí.

—A por un helado —respondió sin más, poniéndose sus gafas de sol.

Una sonrisa enorme se adueñó de mis labios, de toda mi expresión en realidad.

—Genial —pronuncié, dándole voz a mi espontánea felicidad.

Él me devolvió la sonrisa, siempre media, sexy y macarra, y yo me mordí el labio inferior al tiempo que agachaba la cabeza, porque mi propia sonrisa amenazaba con partirme la cara en dos.

Callejamos por Madrid hasta el número 15 de la calle Padre Damián, donde estaba mi heladería favorita, en pleno barrio de Chamartín. Yo, sin dejar de sonreír ni de hablar. Él, escuchando paciente. Poco menos de una hora después estábamos caminando de vuelta a su piso. Yo, dando buena cuenta de mi helado, que sostenía con las manoplas puestas; hacía un frío que pelaba. Él, simplemente caminando con sus gafas de sol de 1964.

De repente me di cuenta de que tenía el cordón de uno de mis botines desabrochado. Me frené en seco. Miré mi zapato, miré mi helado, miré mis manos enfundadas y volví a mirar el zapato. Eso sí que era una decisión dura. Pero, entonces, simplemente ocurrió. Sergio se detuvo frente a mí, se acuclilló en la acera

nevada y me ató el cordón. Un gesto simple, corriente y que, sin embargo, para mí estaba lleno de significado... y lo estaba, ¿verdad? El hombre inaccesible, el hombre que sólo se comunicaba a través del sexo, estaba allí, casi de rodillas, en cierta manera cuidando de mí.

Cuando se incorporó, la sonrisa que yo tenía en la cara podría haber iluminado toda la ciudad. Él me la devolvió, pero era media y displicente, la sonrisa que siempre usaba para ocultar otra más sincera, para que todo siguiera siendo tan impersonal.

—Espero que eso del nudo de la guinda sea espectacular —comentó socarrón.

—¿Por qué? ¿Estás pensando en que anude otras cosas? —repliqué impertinente sin dejar de sonreír y chuperreteé mi helado.

Sergio torció el gesto divertido y desdeñoso y me pasó el brazo por los hombros acomodándome contra él.

—Vámonos —sentenció mientras nos obligaba a caminar.

Sergio estaba cambiando y Madrid, la guinda de mi helado y yo éramos testigos de ello.

* * *

A finales de noviembre yo estaba aún más contenta. La Navidad era mi época favorita del año y ya se respiraba en cada escaparate, en las aceras nevadas, en la gente tapada con bufandas hasta las orejas y cargada de regalos. Adoro Madrid y Madrid en Navidad es precioso. Estaba tan feliz que conseguí arrastrar a Sergio a que fuéramos la tarde del 24 a ver cómo encendían el alumbrado de la ciudad a la Puerta del Sol. Mis padres me llevaron alguna vez de pequeña y es muy divertido, como un pistoletazo de salida en toda regla para las fiestas navideñas.

Como lo recordaba, la gente se arremolinaba en la plaza frente a un pequeño escenario levantado junto a un inmenso abeto adornado para la ocasión con millones de lucecitas y lo que se adivinaba una gran estrella en la copa. Sergio no había parado de quejarse y tentarme con «planes alternativos» muy concretos para que nos marchásemos ya, pero yo había resistido.

A las seis de la tarde, cuando ya había anochecido, la alcaldesa, en compañía del concejal de festejos, apareció en el escenario. Tras un breve discurso, una niña, que no supe muy bien de dónde había salido, pulsó un enorme botón rojo. La estrella que coronaba el árbol brilló con fuerza y todo Madrid se iluminó. Era maravilloso. Solté un suspiro admirado y me giré hacia Sergio con una sonrisa. Él puso los ojos en blanco, fingidamente displicente, tratando de disimular que sus labios también se curvaban hacia arriba. Rodeó mi cuerpo con un brazo a la altura de mis hombros y encajó mi espalda en su pecho. A él también le gustaba. Era la magia de la Navidad.

Sergio se convirtió en el centro de mi universo y llegué a pensar que yo era el suyo o, por lo menos, que se sentía cómodo con la idea de que formara parte de su vida. No olvidé sus palabras. No olvidé que no quería tener una novia, ni una boda, ni críos, que no quería enamorarse ni creía en el amor. Lo cierto es que ni siquiera sabía si, esas cosas que ya me estaba dando, eran las únicas que estaba dispuesto a concederme, pero estaba convencidísima de que, cuando se diera cuenta de lo bien que se nos daba estar juntos, cambiaría de opinión y, mientras tanto, yo tenía amor suficiente por los dos.

La hostia se veía venir de lejos y era mayúscula.

Presente

Estoy nerviosa. Mucho. Es nuestro primer día de trabajo en esta nueva etapa de amigos y la verdad es que no sé qué esperar. Puntual como un reloj, tomo asiento en mi mesa y enciendo el ordenador. Sergio aún no ha llegado. La puerta de su despacho está cerrada, pero sé que no está dentro. Ninguno de mis compañeros está en su puesto de trabajo y dos de ellos, literalmente, han saqueado la máquina de *vending*, acumulando provisiones. Las gallinas están demasiado revueltas. Eso sólo puede significar que el zorro todavía no ha aparecido.

En efecto, sólo han pasado unos diez minutos cuando el quedo pitido del ascensor anuncia que las puertas van a abrirse.

—¡Agua! —grita Aguilar en un susurro y todos dejan de pelearse por la única lata de Pringles verde, guardan los móviles y se sientan.

Sergio atraviesa la sala con el marinero desabrochado y el maletín en una mano.

—Buenos días, señorita Martín —me saluda con una exquisita frialdad.

—Buenos días, señor Herranz —respondo algo inquieta.

Justo antes de entrar en su despacho, Sergio ladea la cabeza y me guiña un ojo. Yo sonrío. Todas las dudas están aclaradas.

El resto del día pasa sin muchas complicaciones. Mis colegas están más que encantados de que el señor Herranz esté de buen humor y yo esquivo con una maestría digna de un ninja todas las preguntas de las chicas acerca de la comida en el Jai Alai.

A las siete ya lo tengo todo listo para marcharme a casa, pero, ya con el abrigo puesto, no puedo evitar quedarme mirando pensativa la puerta de Sergio. Lleva más de dos horas encerrado ahí dentro. Supongo que debería acercarme a ver qué le tiene tan liado y despedirme. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

—Adelante —me da paso.

Abro y asomo la cabeza.

—Sólo quería decirte que me marchó...

Pero interrumpo mi propia frase al ver la montaña de carpetas que tiene en una esquina de su escritorio. Entro con el ceño fruncido y me planto con los brazos en jarras frente a él.

—Así que aquí es donde está todo el trabajo extra que no me has mandado hoy —me burlo mirando la pila de dossieres.

Sergio lanza su estilográfica sobre los papeles que tiene desperdigados por su escritorio y se acomoda en su sillón de ejecutivo. Está guapísimo. Sin corbata, con los primeros botones desabrochados y la camisa blanca remangada. Lástima que sólo seamos amigos.

—¿Algo más que decir? —pregunta impertinente tras humedecerse el labio inferior.

—Sí —respondo igual de insolente—. Hoy piensas dormir aquí, ¿verdad?

Encantada con mi propia broma, rompo a reír. Sergio me observa unos segundos luchando por contener

una sonrisa.

—Anda, lárgate antes de que cambie de idea y decida endosarte la mitad de este montón.

Yo me doy un momento para pensar, aunque no sé por qué, la decisión ya está tomada. Cojo un par de carpetas y echo a andar hacia la puerta.

—¿Se puede saber qué haces? —inquire Sergio divertido.

—No es que se lo merezca —contesto socarrona—, pero voy a ayudarlo, señor Herranz. No quiero que por mi culpa acabe odiando aún más este sitio inmundo.

—No tienes por qué —repone, pero en el fondo está encantado.

—Somos amigos —le recuerdo fingidamente displicente después de resoplar, alargando todas las vocales y poniendo los ojos en blanco—. Me parece que vas a tener que escribirlo en la mano para recordarlo.

Salgo de su despacho con una sonrisa y vuelvo a mi mesa. Ante la atónita mirada de los compañeros que quedan en el departamento, me quito el abrigo y tomo asiento.

—Yo de vosotros me largaría ya —digo aparentemente compungida—. El señor Herranz está muy cabreado y ha decidido ponerse a repartir trabajo.

Creo que no he terminado de pronunciar la frase cuando la sala se queda vacía por completo y se oyen un par de grillos en mitad del silencio absoluto. Puede que eso sea un poco exagerado, pero no me miento si digo que no tardan más de tres minutos en desaparecer.

Paula sale de su despacho poco después, comenta algo con Sergio y también se marcha. Estamos oficialmente solos.

Estoy repasando unos contratos cuando su puerta se abre. Sergio sale concentrado en los papeles que revisa, anda un par de pasos y, con la mirada aún en los documentos, se revuelve el pelo. Yo sonrío. Siempre he adorado cuando hace eso.

Camina decidido hasta mí, deja la carpeta sobre las que yo ya he amontonado y, deteniéndose a mi espalda, se inclina sobre mí. Lo miro sin entender qué está haciendo. Entonces, ajeno a todo, alza las manos y escribe algo en mi teclado.

Ladeo la cabeza y me pierdo en sus ojos azules clavados en la pantalla. Bueno, en sus ojos azules y en todo lo demás. ¿Cómo se puede ser tan rematadamente guapo? Y esto ya no es una pregunta, es un clamor al cielo. Debería estar prohibido que ningún hombre se pareciera a Alain Delon. Está claro que él ya rompió muchos corazones y torturó a muchas jovencitas con esa mirada. ¿Por qué repetir el experimento? Seguro que sigue oliendo igual de bien. Mis ojos se deslizan por su rostro y se clavan en su cuello. Recuerdo cómo olía, cómo su olor se quedaba impregnado en mi almohada, en mí. No lo dudo, probablemente porque esté perdiendo el poco sentido común que me queda, y me inclino con discreción para olerlo.

—Trabaja con esta variación en los porcentajes medios —dice él, sorprendiéndome.

Yo me aparto nerviosa hasta el punto de que me choco con su otro brazo y me asusto como si no recordara que estaba ahí. Pronuncio un torpe «claro» e imagino que la palabra *culpable* va apareciendo en mi frente en mayúsculas.

—¿Estás bien? —pregunta al borde de la risa.

«Vente arriba o no te recuperas, Candela.»

—Por supuesto —contesto muy digna—. ¿De qué porcentaje estamos hablando? —reconduzco la conversación mirando de nuevo la pantalla.

Sergio vuelve a su mesa, pero deja la puerta abierta y no tardamos ni cinco minutos en empezar a hablarnos a voces. Al principio cosas estrictamente laborales, como qué coeficiente debemos aplicar para los contratos indefinidos o qué legislación usamos para darle base al nuevo anexo de movimientos de inversiones y capitalización. Sin embargo, la cosa, poco a poco, va... cambiando y, antes de darnos cuenta, le estoy

contando lo último que me ha pasado con las chicas y él a mí que el viernes pasado pilló a dos de Marketing dándose el lote en el ascensor. La situación degenera totalmente cuando le cuento el peor chiste del mundo, por supuesto obra de Sira.

—Tendríamos que poner algo de música —comento divertida, transcribiendo uno de los contratos.

—¿Y qué música quieres escuchar? —inquire sin levantar la vista de la pantalla de su Mac.

—No sé. El experto eres tú, ¿no?

Él sonríe, todavía sin mirarme, trastea algo en el ordenador y a los pocos segundos *La chica de ayer*, de Nacha Pop, comienza a sonar muy bajito. Le devuelvo la sonrisa.

—¿Por qué esta canción?

—El viernes estabas ahí trabajando y la tarareabas. Lo haces mucho.

Frunzo el ceño. La verdad es que no me había dado cuenta.

—¿En serio?

Sergio asiente.

—Siempre estás canturreando y casi siempre son canciones de Antonio Vega o de Nacha Pop.

Agacho la cabeza y me escondo tras mi Mac. No me está mirando, pero no quiero que alce la cabeza y lo haga, porque soy consciente de que acabo de ruborizarme. Si tarareo esas canciones sin ni siquiera darme cuenta es porque me recuerdan a él, al tiempo que estuvimos juntos. Antonio Vega y Nacha Pop y la movida madrileña en general es su música favorita.

—¿Qué puedo decir? —respondo tratando de quitarle importancia—. Me gustan, pero también escucho otros grupos, como Pereza —añado sólo para molestarlo.

—No sabes nada de la música, Candelita —replica—. La buena música murió en los noventa.

—Eso es porque usted es muy mayor, señor Herranz, y desde 1989 no le funciona el sonotone.

Sergio entorna la mirada intentando disimular que en el fondo le ha hecho gracia y yo lo observo como si no hubiese dicho nada que no fuese estrictamente la pura verdad.

—Señor, ¿qué he hecho yo para merecer esto? —murmura fingidamente resignado.

—Muchas cosas —replico divertida— y seguro que ninguna buena.

Sergio vuelve a mirarme amenazante, contagiado de mi humor, y yo rompo a reír encantada con mi propia broma. En mitad de mis carcajadas, un lápiz aterriza en mi mesa, sobresaltándome. ¡Me lo ha lanzado él! Lo observo boquiabierta. ¿Cómo se ha atrevido? Y mi sonrisa se encuentra con la suya, con esa que rara vez deja salir y que significa que algo lo llena de verdad. Todo lo que no sea él deja de importarme un poco.

Un par de horas después hemos terminado. Estoy despejando mi mesa de nuevo y poniéndome el abrigo cuando Sergio sale de su despacho con el marinero desabrochado y el maletín en la mano.

—Vamos —me apremia sin más.

Yo lo miro confusa.

—Los amigos llevan a los amigos en coche, Candelita —se explica pulsando el botón del ascensor.

Yo sonrío y lo sigo. Estoy segura de que los amigos hacen eso por otros amigos.

En el trayecto seguimos escuchando música y, cuando su BMW enfila mi calle y poco después se detiene frente a mi portal, yo estoy algo nerviosa, como en una de esas situaciones en las que no sabes qué hacer con las manos o dónde mirar.

—Muchas gracias por traerme —digo quitándome el cinturón.

Sergio no dice nada y me dedica su media sonrisa. Rescato mi bolso a mis pies y me preparo para abrir la puerta.

—Ha sido divertido trabajar contigo hoy.

—Ha estado bien —responde.

Bajarse de un coche, una operación puramente mecánica que no debería llevarme más de tres segundos, ya va por minuto y medio. Creo que el problema es que algo dentro de mí no quiere salir y separarse de él.

Esto es ridículo. Tengo que marcharme.

—Hasta mañana —me despido abriendo la puerta (por fin).

—Hasta mañana.

Cierro y me alejo con el paso pesado. Sin embargo, no he recorrido más que un par de metros cuando una bombillita se enciende en mi cerebro y me doy media vuelta.

—Los amigos se toman una cerveza juntos después de un duro día de trabajo —comento inclinando la cabeza hasta encontrarme con su mirada a través de la ventanilla bajada del copiloto.

Sergio pierde su vista al frente, sopesando mis palabras, y por un momento creo que he ido demasiado lejos y he vulnerado alguna norma de nuestro tratado de paz.

—Los amigos cenan —sentencia llevando de nuevo sus ojos hasta mí.

Yo sonrío encantada y Sergio me hace un gesto con la cabeza para que vuelva a subir al vehículo.

Vamos a un pequeño restaurante en Lavapiés y nos convertimos en una de esas parejas de las películas a las que se las ve cenando a través del cristal de una cafetería, riendo y charlando, sin prestarle mucha atención ni al plato que tienen delante ni a cómo el mundo sigue girando, mientras suena una canción pop.

—Tomad —dice un chico dándonos un *flyer* bastante rudimentario, fotocopiado en blanco y negro, a cada uno—. Es para un concierto en la sala El Sol, el sábado. Va a ser la caña. No os lo perdáis.

Los dos asentimos con la mirada perdida en el folleto y el muchacho se marcha a seguir repartiéndolos entre las otras mesas.

—No conozco el grupo, pero pinta bien.

—El Sol es una de las mejores salas de conciertos de Madrid —me explica Sergio—. Si han conseguido que les dejen tocar ahí, son buenos.

—¿Tú los conoces?

No contesta, haciéndose el interesante.

—¿Vamos? —propongo con una sonrisa.

—No sé si quiero ir a un concierto contigo —replica burlón—. Seguro que eres de las típicas que se pone a gritar y a cantar todas las canciones aunque no se las sepa.

Tuerzo los labios conteniendo una sonrisa. No por lo que ha dicho, sino por la naturalidad con la que lo ha hecho.

—Si es porque ya estás mayor y no aguantas el ritmo —contesto encogiéndome de hombros—, lo entenderé —añado lanzando un resignado suspiro.

Sergio se humedece el labio inferior y, atrapando mi mirada, se inclina discretamente sobre mí.

—Todavía puedo destrozarte —susurra con ese tono de voz suave y tranquilo que, precisamente por serlo, resulta amenazante, sexy y un poco intimidante.

Yo trago saliva sin apartar mis ojos de los suyos. Recuerdo sus besos. Recuerdo cómo me hacía sentir. Recuerdo toda esa electricidad. El hilo entre los dos se hace más fuerte que nunca y, por la manera en la que me mira, sé que él también lo está sintiendo.

—Será mejor que te lleve a casa —dice Sergio levantándose, sacándonos de nuestra burbuja. Su voz se ha hecho más ronca.

No hablamos en el par de calles que debemos andar hasta el coche ni en los diez minutos que tardamos en llegar a mi piso.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Cande.

Esta vez hago lo que tengo que hacer y me bajo del vehículo. Lo observo. Está muy pensativo, apretando la mano con la que sostiene el volante con tanta fuerza que los dedos se le emblanquecen. Se supone que somos amigos, pero los amigos no se sienten como él y yo nos sentimos ahora mismo, ¿no?

Apenas he puesto un pie en mi apartamento cuando me doy cuenta de que, si quiero que mi vida siga, tengo que hacer algo por empujarla. Casi sin pensarlo, llamo a Marcos y lo invito a tomarnos una copa en el O'Donell. Él acepta y yo me obligo a sonreír. Sergio y yo sólo somos amigos. Si hay alguien en mi vida sentimental es Marcos. ¿Has oído, corazón?

* * *

Estoy estudiando o, mejor dicho, me estoy aburriendo soberanamente. Miro los papeles esparcidos por mi mesa y los libros de derecho y administración de empresas apilados junto a mi portátil. Gracias a Dios, sólo me queda este año y podré olvidarme de números y leyes. Tendría que haber estudiado... no sé... cualquier otra cosa, por lo menos algo que me asegurara más dibujos en los apuntes.

Me llevo el bolígrafo a los dientes y tecleo el siguiente párrafo de mi trabajo sobre derecho mercantil. Martina y Sira están en la terracita de la plaza bebiéndose unas cervezas a mi salud, disfrutando de las primeras noches con una temperatura agradable desde que supuestamente llegó la primavera, y digo supuestamente porque entre el frío y la lluvia parecía que vivíamos en el norte de Finlandia. Resoplo. Es sábado por la noche. Tengo veintidós años. Debería estar con ellas.

En mitad de mis lamentaciones, Kit, mi móvil, empieza a sonar sepultado bajo un montón de papeles. Sonrío, segura de que son ellas para convencerme de que baje. La verdad es que no les va a costar demasiado trabajo.

—¿Diga? —respondo sin ni siquiera mirar la pantalla, conteniendo un «ahora mismo bajo» en la punta de la lengua.

—Hola, amiga.

Su voz me hace sonreír.

—Hola, amigo —respondo divertida.

Nunca imaginé que sería él.

—¿Estás lista?

Frunzo el ceño.

—¿Para qué?

—Para el concierto. ¿Ya no te acuerdas? «Sergio —empieza a decir imitando mi voz—, me haría tan feliz que invirtieras un poco de tu valioso tiempo en llevarme a ese concierto.»

Tuerzo los labios, pero en el fondo sólo estoy mal disimulando una sonrisa.

—¿Quién te ha dicho que no estoy ya allí dándolo todo? —pregunto muy digna.

—Que no puedes vivir sin mí —responde sin ningún remordimiento—. Baja. Tienes cinco minutos.

Cuelga sin dejarme decir una palabra más y yo salgo disparada a la ventana. Me asomo y allí está, apoyado en su BMW, guapísimo.

Corro de vuelta a mi habitación y empiezo a revisar mi ropa. ¿Qué demonios se pone una para ir a un concierto? Me decido por mis vaqueros favoritos, una camiseta y mis Converse. Se supone que la idea es ir cómoda para dar botes y cantar a pleno pulmón. Me maquillo todo lo rápido que soy capaz y bajo las escaleras poniéndome el bolso y la cazadora vaquera.

Al dar el primer paso en mi acera, alzo la cabeza con una sonrisa enorme. Sergio se descruza de brazos y se incorpora, separándose de su coche.

—Estás muy guapa, Candelita.

—Tú tampoco estás mal —respondo displicente, para que luego diga Martina que no sé mentir. Está que resucita a las muertas. Y lo que más me gusta es que lleva su ropa, no la de la oficina, ni la del Sergio social; éste es su yo real, con unos vaqueros y una camisa de cuadros remangada. No me extrañaría que cualquier día apareciera en esos antebrazos un tatuaje. Es un macarra que sabe ocultarlo muy bien con un traje caro y esa mezcla irresistible lo hace ser aún más sexy.

Arranca el coche y con el rugido del motor empieza a sonar *Relojes en la oscuridad*, de Nacha Pop. Sonríe encantada. Sergio me devuelve el gesto y se incorpora al tráfico.

—¿Dónde está la sala de conciertos?

—Cerca de Sol —responde mirando por el espejo retrovisor.

Asiento. Adoro la Puerta del Sol. Es mi lugar preferido de todo Madrid.

Conseguimos aparcar relativamente cerca y bajamos dando un paseo. Cuando enfilamos la calle Jardines, donde está la sala, ya empieza a verse gente arremolinándose junto a la puerta, comentando que el grupo es muy bueno y que merece la pena haber venido.

—¿Cuántos? —pregunta un portero con cara de pocos amigos y un chaleco de cuero con una fila de tachuelas plateadas en el hombro.

—Dos —responde Sergio.

Antes de que pueda sacar mi cartera, Sergio ya ha pagado. Lo miro mal, pero él me ignora mientras el portero nos pone a cada uno un sello rojo en el dorso de la mano.

Entramos y con el primer paso sonrío admirada. La sala es una pasada. Una canción que no reconozco suena de fondo mientras todo está dispuesto ya para el concierto. El escenario, al fondo, está iluminado con focos naranja, dejando el resto de la sala en una especie de penumbra. Hay una barra grande y gruesa a un lado y dos camareros y una camarera trabajan frenéticos tras ella. Al menos cuatrocientas personas charlan y beben de pie esperando que el espectáculo comience. Todo tiene ese aspecto de puro rock, como si de golpe nos hubiéramos trasladado a los ochenta y esto fuera un local de moda de la movida madrileña.

—Es genial —digo entusiasmada.

Sergio sonrío y me hace un gesto con la cabeza para que echemos a andar. En mitad de la sala, moverse es cada vez más difícil. Creo que me he quedado corta cuando he dicho cuatrocientas personas. Sergio va abriéndose paso hasta la barra, pero yo, más menudita y sin ese aire de ganar peleas en billares, no tardo en quedarme atrás. No lo veo. Ni siquiera veo la barra. Pero, entonces, en mitad de la confusión, mi cuerpo se calienta como si estuviera fabricado de ascuas vivas cuando su mano rodea la mía. Sé que es la suya y no es otra mano, igual que lo sabe él. Me dejo llevar, en más de un sentido, y acabamos en la barra.

Suelta mis dedos cuando ya estamos el uno frente al otro y de golpe me siento triste. Sergio resopla y dirige su mirada a un lado. Empiezo a pensar que no soy la única a la que le afectan estas cosas, aunque inmediatamente me riño por pensar semejante estupidez. Sergio no es así. No quiere ser así.

—Tú has pagado las entradas, así que yo pago las cervezas —digo con el fin de reconducir la conversación.

—De eso nada —contesta tajante.

Me encojo de hombros y acto seguido me subo al pie de metal que rodea la barra a unos centímetros del suelo (qué bien me viene que sea algo de lo más común en los bares españoles, sobre todo cuando llevo Converse) y me encaramo al mostrador.

—Dos cervezas —le pido al camarero entregándole un billete de veinte euros.

Éste asiente y menos de diez segundos después tengo dos Heineken heladas delante de mí y la vuelta. Le paso una a Sergio con un aire de satisfacción indisimulable y le doy un trago a la mía. Él me mira unos

segundos sopesando si va a concederme el capricho y finalmente bebe. Me he salido con la mía.

Las pocas luces que iluminaban la sala se apagan y todo el mundo grita eufórico. El concierto está a punto de empezar. Sonreímos. Seguimos mirándonos. Sergio tira de mi mano y nos mezclamos con la multitud en el centro de la sala. El grupo sale al escenario. Estoy contenta, nerviosa y acelerada a la vez. Estoy con él.

Suenan los primeros acordes de una canción y el ambiente estalla. La gente empieza a gritar y el estruendo de las guitarras eléctricas llena mis oídos. Todo es eléctrico. Está vivo. Es la música adueñándose del local y de ti. ¡Es increíble!

Como Sergio vaticinó, canto todas las canciones, aunque no me las sé, y también las bailo. Creo que nunca había bailado tanto ni cantado más alto. En ésas estoy, con el botellín de cerveza en una mano, los ojos cerrados y moviendo la cabeza gacha de un lado a otro al ritmo de una canción que habla de volver donde quieras volver, donde te haga feliz estar, cuando siento su mano posarse en mi pelo. Levanto la cabeza y abro los ojos a la vez que él desliza sus dedos despacio, hasta anclarse en mi cuello. Se retira el botellín de los labios, sosteniéndolo sólo con el dedo corazón, y me encuentro de golpe con sus ojos azules, que me observan hambrientos, exactamente de la misma manera que lo contemplan los míos. Los dos nos quedamos muy quietos en mitad de cuatrocientas personas que siguen bailando, con la música sonando a todo volumen, pero el deseo aislándonos con una precisión absoluta. ¿No he aprendido nada? ¿Por qué al final sólo cuentan las ganas que tengo de que me bese?

«Sal de ahí, Candela. Corre. Huye. No mires atrás.»

Pero como soy idiota, y mucho, no me muevo, no corro, no huyo y el corazón me late cada vez más y más de prisa. Sergio baja su mano por mi costado hasta llegar a mi cadera. Todas las veces que ha agarrado esa parte concreta de mi cuerpo se impregnan en cada uno de sus dedos. ¿Por qué no puedo entender que no puedo estar cerca de él?

—Sergio —murmuro.

Él aprieta todavía más su mano en mi piel. Se inclina sobre mí. Sus labios están muy cerca. Me muerdo el mío sin apartar la mirada de su boca y espero que me dé lo único que quiero, pero en el último segundo se aparta, alejándose un paso de mí y separando sus dedos de mi piel.

Yo lo miro con la respiración acelerada sin ni siquiera saber qué hacer. Sergio se pasa la mano por el pelo y centra toda su atención en el escenario, malhumorado, pensativo. Le doy un trago, largo, a mi cerveza, mirando al lado opuesto, tratando de calmar mi respiración. Hemos estado demasiado cerca del desastre.

Decido fingir que nada ha pasado, es lo mejor, y me obligo a cantar de nuevo y a bailar. Al principio sólo son unos movimientos descoordinados pero, gracias a Dios, el grupo es tan bueno como esperaba y la música a todo volumen lo inunda todo, consiguiendo meterme otra vez de lleno en el concierto. Sergio hace lo mismo y, para cuando el espectáculo acaba, nadie podría decir que hemos estado a punto de besarnos como si se fuera a acabar el mundo en la séptima canción.

—Ha sido increíble —digo entusiasmada, girándome hacia Sergio y caminando hacia atrás mientras salimos de la sala El Sol.

—No ha estado mal —contesta con su natural hastío rebelde, como si ya hubiese estado en todas partes y en todas lo hubiese pasado francamente bien.

—Me ha encantado —continúo alzando con suavidad las manos—. Me declaro fan de los conciertos.

Caminamos prudencialmente separados por la calle Jardines.

—Fan de los conciertos —repite burlón—, ¿independientemente de quién los dé?

—Exacto —contesto convencidísima.

—Hay gente que por menos ha acabado en uno de Justin Bieber.

—Estoy segura de que lo pasaría bien —sentencio con una sonrisa.

Sergio ladea la cabeza, me observa un segundo y al final me la devuelve.

—¿Nos tomamos la última? —pregunto cuando tomamos la calle donde Sergio ha aparcado el coche.

Va a responder, pero su móvil comienza a sonar, interrumpiéndolo. Se lo saca del bolsillo de los pantalones y mira la pantalla.

—Dame un segundo —me pide.

Yo asiento y él se aleja unos pasos. Me distraigo mirando a mi alrededor. Hay tres bancos y las banderolas del hotel Petit Palace ondean un poco más abajo. Sin quererlo, Sergio entra en mi campo de visión. No quiero husmear en su conversación, pero no parece cómodo. Lo conozco lo suficiente como para saber cuándo está tenso, en guardia, y ahora es una de esas ocasiones. ¿Quién lo habrá llamado?

Cuelga e inmediatamente desvío la mirada en cualquier otra dirección.

—¿Todo bien? —inquiero fingiéndome despreocupada cuando llega hasta mí.

—Sí, pero será mejor que te lleve a casa.

No está enfadado, o al menos sé que no conmigo, pero usa un tono que no admite réplica. El trayecto hasta mi casa, a pesar de mis intentos de sacar conversación, lo hace en silencio.

—¿Seguro que está todo bien? —inquiero cuando detiene el BMW en doble fila frente a mi portal.

Sergio se muerde el labio inferior, pensativo.

—Sí, todo bien —contesta al fin, pero, no sé por qué, creo que me está mintiendo—. Buenas noches, Cande —acelera la despedida.

—Buenas noches.

Bajo del vehículo con un resquemor muy vivo en la boca del estómago. Algo le pasa. Estoy segura.

* * *

No sé nada de Sergio el resto del fin de semana. El lunes estoy algo inquieta. No sé lo que me espera. No sé si se ha arrepentido de esta especie de tregua o si le está ocurriendo algo que no me quiere contar. Sin embargo, vuelvo a pensar que quizá he exagerado un poco cuando llega tan normal como se marchó el viernes, me saluda con un guiño y entra en su despacho.

Esa semana comemos juntos tres veces en el Beach Sea, algo que nunca hicimos en todo el tiempo que salimos. Nos quedamos trabajando hasta tarde un par de veces. Y me lleva a casa todos los días y todos encontramos alguna excusa para pasar un poco más de tiempo juntos. El jueves le envié por correo interno un vídeo de un castor haciendo pesas con la banda sonora de *Rocky*, y él me llamó a su despacho para advertirme de que le pediría a los de informática que me bloquearan la cuenta si volvía a hacer tal cosa. Quería resultar intimidante, pero no le funcionó, porque, cuando defendí la integridad artística del vídeo (y la del castor), tuvo que luchar por disimular una sonrisa y acabó fracasando.

* * *

—Pero, entonces, ¿estás saliendo con los dos? —pregunta Sira incapaz de entenderlo, mientras remueve sus macarrones con nata.

Sólo hace tres días que mi amiga ha vuelto a trabajar en Javier Freiré y Asociados desde que volvimos de Barcelona. Se resistió todo lo que pudo, pero, al no encontrar otra cosa, no tuvo más remedio que claudicar. Hoy está un poco más enfadada porque, a pesar de que es viernes, tenemos que trabajar hasta las siete para «compensar las retribuciones horarias», una manera muy elegante y muy europea de decir que tenemos que sufrir por habernos ido de puente.

Es viernes y el Beach Sea está abarrotado, casi me cuesta trabajo oírla.

—No —respondo contundente. Tengo la sensación de que estoy mintiendo y no sé por qué—. Sergio y yo sólo somos amigos.

—Sí, está saliendo con los dos —me interrumpe Martina.

La miro mal y ella me sonrío encantadísima. Ten amigas para esto.

—¿Y también te acuestas con los dos? —inquiere de nuevo Sira, interesadísima.

—Yo no me acuesto con nadie —bufo.

Sira deja caer el tenedor sobre los macarrones. Apoya el codo en la mesa, la mejilla en el puño y se inclina discretamente hacia mí.

—¿Sales con el cabronazo bajabragas de Sergio Herranz y con un policía buenorro y no te acuestas con ninguno?

Le mantengo la mirada. No me puedo creer que tenga que repetir esto.

—Yo no salgo... —Las dos enarcan las cejas a la vez. Yo resoplo y me dejo caer sobre el respaldo de la silla de plástico blanco. Me rindo. Es agotador llevarles la contraria—. No, no me acuesto con ninguno.

—Eres idiota —me da por imposible.

—Cande, ¿estás segura de lo que estás haciendo? —me pregunta Martina, y sé que ya no está bromeando.

—Mirad —digo echándome de nuevo hacia delante para ganar en énfasis—, odiaba a Sergio y nunca voy a perdonarle lo que me hizo, pero tampoco podíamos seguir así. Es mi jefe y el mejor amigo de Rodri. Decidiendo ser amigos, sólo hemos hecho lo más saludable. Además, vosotras no parabais de decirme que lo superara, pues lo estoy superando.

Martina se lleva un trozo de pollo a la boca y niega suavemente con el tenedor.

—Tú no lo estás superando, Cande —replica—. Tú estás enganchada al Sergio amigo.

La miro confusa.

—Martina quiere decir —coge el relevo Sira—, que estás aprovechando para pasar tiempo con él, para hablar, para hacer cosas juntos y tontear sin sentirte culpable, idiota o en peligro de nuevo por estar olvidando lo que pasó.

—Yo no tonteo con Sergio —me quejo corriendo un tupido velo sobre su última frase. Me da demasiado miedo que sea verdad.

—Por favor —protesta—, os vi comiendo ayer aquí. Estabais pelando la pava con todas las letras. Cuando te susurró no sé qué cosa y tú le diste un manotazo en el hombro, estuve a punto de levantarme y partirte la cara ahí mismo. Eres una moñas —sentencia poniendo los ojos en blanco.

—Me estaba contando algo... interesante —me freno a mí misma. Me estaba contando una vez que había hecho realidad una fantasía muy particular. La culpa fue mía por preguntar—. No os metáis en mi vida —refunfuño para centrar el foco de atención en otras culpables— y no me espiéis —sentencio amenazándolas con el tenedor.

—Pues deja de hacer la moñas —me reta Sira.

—Es la última vez que como con vosotras.

—Eso es porque está buscando excusas para comer todos los días con Sergio —le dice Sira a Martina, y las dos se echan a reír.

Yo la fulmino con la mirada, pero, como siempre, no le resulto mínimamente intimidante.

—¿Qué tal va Meetic, bombera ardiente? —me vengo de mi amiga.

—Cállate —gruñe Sira, y ahora somos Martina y yo las que nos partimos de risa.

Sin embargo, en mitad de las carcajadas, me freno en seco.

—¿Por qué ninguna nos metemos con Martina? —realzo lo obvio.

Sira me señala a la vez que asiente dándome toda la razón. Las dos nos quedamos largos segundos en silencio, pensando algún trapo sucio, el que sea, pero nada.

—Porque soy como la Pantoja cantando *Yo soy... esa* —se jacta orgullosa entornando los ojos—: invulnerable.

—Algún día cometerás un error y ahí estaré yo para recordártelo —la amenazo.

—Más te vale que sea con un tío bueno, porque yo pienso grabarlo en vídeo —añade Sira.

Y no es lo que ha dicho, sino lo convencidísima que asiente después, lo que provoca que las tres estallemos en carcajadas.

* * *

De camino a mi mesa, Kit vibra en mi mano. Es un whatsapp de Marcos. Abro el mensaje con la sonrisa en los labios.

Es viernes y los viernes hay que salir. ¿Cine? ¿Cena? ¿O cine y cena?

Mi primer impulso es decirle que no, no sé si Sergio y yo haremos algo después del trabajo, pero mi parte más racional, esa que después suele reñirme por todo lo que hago con una copa de más, me recuerda que es con él con quien debería comer o tomarme una cerveza después del trabajo. Marcos es la opción adecuada, con el que he de intentar que las cosas vayan hacia delante.

Tomo aire analizando mis propios pensamientos y tecleo una respuesta.

La noche es joven. Cine y cena. ¿Qué peli?

La respuesta no se hace esperar.

Ponen una de Bergman en el centro. Cine sueco con subtítulos. ¡Qué bien!

Me freno a unos pasos de mi mesa y miro a mi alrededor. ¿En serio acabo de leer Bergman, sueco y subtítulos?

¿Es en serio?
Claro.

Contemplo el teléfono sin saber qué contestar. No es que sólo vea pelis americanas ultra-mega-comerciales, pero tampoco quiero morirme de aburrimiento en un cine del centro. En ese momento la puerta del despacho de Sergio se abre y él sale a comprobar algo a la mesa de Pedraz.

¡Has picado!

Suspiro aliviada y rompo a reír con la vista clavada en mi iPhone.

Muy buena, agente. Sólo por esa broma tan cruel, yo elijo la peli.
Trato hecho. Te recojo en tu oficina a las siete.

Cuando me siento a mi mesa, alzo la cabeza sin ningún motivo en especial y me encuentro con la mirada de Sergio. Durante un instante, nos observamos. Su mirada logra despistarme. No tengo ni la más remota idea

de en qué está pensando, así que vocalizo un «¿qué?» sin emitir sonido alguno. No sé si no llega a verme o simplemente, como siempre, estoy dejando que mi imaginación vuele libre, pero Sergio vuelve a prestarle atención al trabajo sin contestarme.

Me paso el resto de la tarde enfrascada en multitud de papeles. A eso de las cinco decido perder un poco de tiempo y entro a *bichear* en Internet. Gustavo me mira, pero no dice nada. En esta oficina somos muy corporativistas en lo que a perder el tiempo se refiere. Sin saber muy bien cómo, acabo metida en la web de la sala El Sol. Miro los próximos conciertos. ¡Tienen uno este sábado!

Me levanto más feliz que una perdiz y voy hasta el despacho de Sergio. Llamo y espero a que me dé paso.
—Tengo una supernoticia —anunció feliz.

Me recibe el chasquido de su Zippo. Entorno los ojos tan hostil como divertida, camino hasta él y le quito el cigarrillo de los labios. Lo apago en la suela de mi zapato y regreso al otro lado de la mesa sacudiéndome las manos. No puede fumar aquí. Un día conseguiremos que salgamos todos empapados. Como siempre, Sergio me mira francamente mal, pero, como siempre también, mi sonrisa por haberme salido con la mía acaba contagiándose en sus labios.

—Hay un concierto —digo cantarina—. El sábado por la noche en la sala El Sol.

Una media sonrisa aparece en sus labios, aunque sigue mirando la pantalla de su ordenador.

—¿Y? —inquire impertinente.

—¿Cómo que «y»? —replico a la velocidad del rayo—. Tenemos que ir.

—Yo no tengo que ir a ningún lado —contesta desdeñoso y, para qué negarlo, muy sexy.

—Sergio —me quejo como una niña pequeña.

Al fin alza la mirada, deja escapar todo el aire de sus pulmones sin perder esa sonrisa rematadamente atractiva y se deja caer en su sillón de ejecutivo.

—Convénceme.

—¿Qué? —pregunto confusa.

Creo que ha sido ese tono sensual y macarra al mismo tiempo. El mismo que usaba antes de... antes de todo.

—Lo que has oído. Tienes un minuto.

—¿Y cómo pretendes que lo haga?

—Cincuenta segundos —me interrumpe.

Miro a mi alrededor.

—No sé cómo...

—Cuarenta segundos.

No sé qué hacer. ¿Qué hago?

—Yo no...

—Treinta segundos.

Y no lo pienso, simplemente actúo. Tomo el bajo de mi falda y empiezo a subirla despacio. La mirada de Sergio cambia en una sola milésima. Se vuelve hambrienta y todo su cuerpo va tensándose a cada centímetro de piel que descubro. Mi respiración se acelera. Mi corazón comienza a latir de prisa. De pronto todo se relativiza por la manera en la que mira y el motivo por el que estoy haciendo esto se evapora.

Sigo subiendo, dejo ver el encaje del final de mis medias.

—Cande —ruge.

Esa maravillosa sensación de sentirme sexy a través de sus ojos renace como el ave Fénix y lo arrasa todo. Sergio aprieta con fuerza los reposabrazos. Sigo subiendo. Llego a mis bragas de encaje azul marino.

Jadeo. Me mira como un animal salvaje a punto de abalanzarse sobre su presa. Mi propia excitación está

a punto de tomar el control de mi cuerpo. Me muerdo el labio inferior.

—¿Te he convencido? —pregunto, e involuntariamente mi voz suena trémula.

Sergio niega despacio. Aprieta los brazos del sillón con más fuerza. Va a partirlos en dos. Está controlándose por no abalanzarse sobre mí y algo en mi interior brilla con fuerza.

Mi sentido común vuelve para recordarme que, por muy bien que me lo esté pasando, no podemos ir más allá. Mi cuerpo me suplica que me deje llevar, pero no puedo. Quiero estar con él, pero no puedo. Me obligo a dejar caer la falda del vestido de golpe y creo que los dos sentimos como si nos sacaran de un sueño.

—Será mejor que vuelva a mi mesa —murmuro con el corazón rebotándose en el pecho.

—Sí —contesta, y por primera vez, ese autocontrol que siempre lo acompaña, parece resquebrajarse.

Asiento. Tengo que marcharme, pero, como cada vez que estoy en este despacho, mis pies se niegan a colaborar cuando trato de alejarme de él. Asiento otra vez, nerviosa y acelerada, bajo su atenta mirada y finalmente consigo salir de su oficina.

Camino hasta mi mesa con las piernas temblándome. ¡No podemos hacer estas cosas!

A las siete en punto ya lo tengo todo listo. Estoy deseando salir de aquí y empezar mi fin de semana.

—Vamos, te llevo a casa —me ofrece Sergio cuando nos encontramos camino de los ascensores.

Abro la boca dispuesta a decirle que no, pero vuelvo a cerrarla. Las puertas del elevador se abren.

—No puedo —me animo a pronunciar al fin. Tengo la sensación de que quería encontrar las palabras adecuadas y creo que no lo he hecho—. Me están esperando.

Varios compañeros pasan a nuestro lado y entran en el cubículo suprailuminado. Sergio asiente con un aire despreocupado que, si no fuera una locura, diría que está fingiendo.

—Sin problemas —sentencia.

—Bien —repongo.

—Bien —contesta.

Entramos en el ascensor y esperamos en silencio a que llegue al vestíbulo. Miro las paredes discretamente y resoplo con suavidad. Han pasado demasiadas cosas con él en esta diminuta estancia. Debería plantearme empezar a usar las escaleras.

Atravesamos la recepción rodeados de compañeros, que aceleran el paso para salir ya de la Torre Picasso.

—Bueno, yo me marcho ya —musito señalando la puerta.

¿Por qué me siento tan increíblemente extraña, como si me estuviese obligando a hacer algo que en el fondo no quiero?

Sergio mira un segundo hacia la calle y, sin más, echa a andar alejándose de mí.

—Adiós, Cande —se despide sin darme oportunidad a que yo lo haga.

Apenas un segundo después, atraviesa la puerta que da a las escaleras del parking. Ni siquiera espera al ascensor, independiente, del garaje.

Yo me muerdo el labio inferior, nerviosa, y finalmente empiezo a caminar hacia la salida. Cuando pongo un pie en la calle, tengo la sensación de que estoy entrando en una profunda gripe.

—Hola, preciosa —me saluda Marcos.

—Hola.

Me da un beso en la mejilla que no le devuelvo. Al darme cuenta, me obligo a sonreír.

—¿Al cine? —pregunta divertido.

—Al cine.

¿Por qué no puedo dejar de pensar que me estoy equivocando?

Desecho esa idea y me centro en que estoy haciendo lo correcto, que Marcos es la mejor opción para mi

vida sentimental y, sobre todo, me concentro en la idea de que tengo que olvidarme de Sergio. Lo que ha pasado hoy en su despacho, lo que casi pasó en el concierto, lo que, en realidad, ha estado a punto de ocurrir demasiadas veces desde que volví, son la mejor prueba de que quizá no podemos estar juntos sin acabar metidos en un lío. Asiento convenciéndome de mis palabras. Marcos es lo único que debo querer.

Caminamos hasta su coche a unos metros, justo en el borde de la pequeña placita. Me cuenta algo muy gracioso que ha ocurrido hoy en la comisaría. Yo voy algo distraída. Mi iPhone vibra indicándome que acaba de llegarme un whatsapp. Deslizo el dedo por la pantalla y creo que lo releo cinco veces seguidas. Es Sergio.

Te recojo mañana a las nueve.

Maldita sea. Esto es lo último que necesito ahora mismo. Y lo peor es que soy plenamente consciente de que en este mensaje dice muchas cosas. Está hablando de celos, de posesión, de ese hilo que nos une. Quiere que mañana esté con él, para que no esté con Marcos. ¿Es que no se da cuenta de la pésima idea que es eso? ¿Es que no me doy cuenta yo?

—Cande, ¿estás bien?

Alzo la cabeza despistada y asiento al percatarme de que no sé cuánto tiempo llevo mirando el teléfono.

—Sí, claro. Estoy muerta de hambre.

En cuanto llegue a casa esta noche, le responderé que mejor olvidemos lo del concierto y, ya puestos, creo que sería una gran idea dejar de pasar tiempo juntos fuera de la oficina.

Como ya imaginaréis a estas alturas, no envió ese whatsapp.

Pasado

Me encantaba llevar sus camisas o sus camisetas, y no me refiero a cogerlas de su cajón o de su armario y ponérmelas. Adoraba vestir las que él había llevado porque tenían su olor. Por eso, cuando al fin salimos de la cama ese martes por la noche, fui más rápida que él, cogí su camisa blanca y me la puse con una insolente sonrisa de victoria mientras él se llevaba las manos a las caderas, sólo con los vaqueros.

Se humedeció el labio inferior sin levantar sus ojos de mí y tuve claro que iba a abalanzarse y robarme mi botín.

El timbre de la puerta sonó y yo lo aproveché en mi favor.

—Será la comida. Yo abro —dije echando a andar, sin molestarme en disimular mi sonrisa.

—Salvada por la campana —replicó Sergio justo antes de que saliera de su dormitorio.

Llegué al salón disfrutando de la calefacción bajo el parqué.

—La cartera está sobre la isla —me informó desde la habitación.

Sonreí de nuevo y localicé la cartera de piel marrón oscuro con la mirada. Nunca, independientemente de que estuviésemos en su casa o en la mía, me dejaba pagar a mí.

Saqué un billete de cincuenta euros y fui hasta la entrada. La verdad es que estaba muerta de hambre y deseando probar la comida de ese restaurante «pequeñito pero matón», como lo definió Sira. Las chicas hablaban maravillas de él y por suerte tenía reparto a domicilio.

Sin embargo, cuando abrí la puerta, una mirada absolutamente confusa se apoderó de mis ojos. Una mujer de unos cincuenta años, muy guapa, estaba al otro lado de la puerta. Subida a unos tacones de infarto, llevaba un elegantísimo abrigo cruzado de color corintio bajo el que se adivinaba un vestido *champagne*, que seguro que también era precioso. Tenía el pelo castaño muy cuidado y perfectamente peinado y unos increíbles ojos azules... azules.

—¿Está Sergio? —preguntó al ver que yo no decía nada, quitándose los guantes de piel sin necesidad de soltar su *clutch* de Loewe.

Carraspeé y me obligué a salir de esa especie de estado de *shock*.

—Sí... sí, claro —dije haciéndome a un lado con la puerta.

La mujer me miró de arriba abajo con frialdad y dio el primer paso hacia el interior. En ese preciso instante, Sergio salió de la habitación con los mismos vaqueros y una camiseta. Cuando su mirada se encontró con la de ella, su expresión cambió en una única décima de segundo, tornándose más fría, más inaccesible que nunca.

—¿Qué haces aquí, mamá?

¡Mamá?! De pronto todo encajó: la elegancia, los ojos azules. Recordé que sólo llevaba la camisa de Sergio y las bragas y quise morirme de la vergüenza. Esa mujer era algo así como mi suegra... en realidad, para mí y la vida que ya tenía planeada, era mi suegra con todas las letras, y yo la había recibido prácticamente en ropa interior. Sí, señor, a eso se le llama dar una buena impresión.

—Tengo que hablar contigo —contestó ella—. ¿Es mucha molestia que nos dejen solos?

No me miró mientras lo dijo. Por un momento pensé que el universo me había regalado una y me había vuelto invisible, pero el tono tirante de su voz me hizo pensar que su comentario iba más en la línea de «no tengo por qué aguantar que quien quiera que se esté tirando a mi hijo ahora, y que al parecer no tiene ni para pantalones, oiga mis conversaciones».

—No se preocupe —me apresuré a decir—. Los dejaré solos.

Alcé la mirada con el primer paso y me encontré con la de Sergio, que sólo necesitó un microsegundo para dejarme clavada en el sitio.

—¿Qué haces aquí, mamá? —repitió.

No sonaba enfadado. Era algo diferente, que no supe identificar.

La mujer ignoró su actitud y caminó despacio hasta el centro del salón.

—Me gusta la casa —comentó echando un ligero vistazo a su alrededor. Yo fruncí el ceño. ¿Acaso nunca la había visto? Sergio llevaba viviendo más de un año allí—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió escueto.

—¿Cómo te va el trabajo? —continuó, paseando.

—Bien.

No parecía una conversación entre madre e hijo, más bien las preguntas de pura cortesía que haces cuando te encuentras con algún conocido en la consulta del dentista.

—¿Vendrás a la fiesta? —preguntó ella al fin.

—¿Queréis que vaya? —inquirió a su vez, con un toque de desdén y algo parecido a la sorpresa.

—No seas difícil, Sergio —le recriminó deteniéndose frente a un precioso cuadro que había en la pared lateral del salón, una reproducción del *Number one*, de Pollock, pintada a mano—. Debes ir. Todos nuestros amigos estarán allí.

Sergio dejó escapar todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de ella.

—Sabes de sobra que no me gustan ese tipo de fiestas —le recordó.

Ella sonrió de una forma taimada, se alejó un paso del cuadro y por fin lo miró.

—Ya, pero todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan, porque es lo que debemos —respondió altiva, como si fuera plenamente consciente de que metía los dedos en una llaga y lo hiciese para que jugase a su favor—. ¿No crees, hijo?

Sergio no dijo nada. Tenía la mandíbula apretada. Su madre caminó de nuevo hacia la puerta.

—La invitación te llegará por correo ordinario —dijo justo antes de salir y, sin más, se marchó.

Cuando la puerta se cerró, tuve la sensación de que me sacaban de un sueño y comprendí que, si me preguntaban cuánto tiempo llevaba observando a Sergio, al otro lado del salón, con su mirada perdida, no habría sabido qué contestar. Esa mujer y él no parecían madre e hijo. Ni siquiera parecían... quererse.

—Sergio —lo llamé.

¿Estaba bien? ¿Podía llegar a estar mal? Él siempre dejaba sus emociones a un lado.

Mi voz pareció traerlo de vuelta a la realidad. Alzó la cabeza y toda su arrogancia palpitó con fuerza en ella. Caminó con paso acelerado y largas zancadas hacia mí y, sin decir una palabra, me cargó sobre su hombro.

—¡Sergio! —grité por la sorpresa.

Pero él siguió en silencio.

Me llevó hasta la habitación y me dejó caer en la cama. Mi cuerpo aún rebotaba contra el colchón cuando cogió su camisa sobre mí y la abrió de golpe, haciendo que los botones salieran disparados y saltaran contra el suelo. Gemí por la sorpresa, por la brusquedad, y todo mi cuerpo se arqueó cuando sentí sus dedos

deslizarse entre la piel y la tela de mis bragas y después partirlas con la misma fiereza.

Se llevó las manos a la espalda y se deshizo de su camiseta. Se desabrochó los vaqueros, liberó su erección y la enfundó en el preservativo justo antes de abalanzarse sobre mí y entrar de un solo golpe, duro, fuerte, hasta el final de mi cuerpo.

Me besaba de la misma manera indomable que me embestía, que sus manos se aferraban a mis caderas, a mi trasero. Estaba desatado, más de lo habitual. No estaba enfadado o, al menos, no sólo era eso. Había algo más profundo y complicado. Y entonces me di cuenta del sentido de una frase que había repetido hasta la saciedad, pero que en el fondo nunca había visto con la perspectiva suficiente: Sergio sólo se comunicaba con las mujeres a través del sexo y eso era cierto, pero también utilizaba el sexo para expresarse, como si fuera la única manera en la que podía liberarse, incluso hablar. No sabía lo que le pasaba por la cabeza en ese instante, no sabía qué habían significado para él los diez escasos minutos que su madre había estado allí, pero en ese momento estaba tratando de dejarlo todo atrás a través del sexo y me necesitaba, y yo no necesité nada más.

Rodeé su cintura con mis piernas y lo estreché aún más contra mi cuerpo. Sergio reaccionó haciendo sus entradas todavía más duras, más profundas.

No dejaba a un lado sus emociones. Simplemente las expresaba de la única manera que sabía.

Quería esperarlo. Quería que nos corriéramos juntos, pero mi cuerpo me traicionó y el placer explotó llenándolo todo de luz. Su boca acalló cada uno de mis sonidos con besos cada vez más salvajes.

Sergio dejó caer su frente contra la mía, empujó con fuerza y se corrió con un juramento ininteligible en los labios.

Salió de mí y se dejó caer a mi lado. Ladeé la cabeza y lo observé con el antebrazo sobre los ojos, tratando de recuperar el aliento. Quería preguntarle cómo estaba, si le apetecía hablar, pero algo me decía que no era buena idea. Probablemente ahora querría estar solo.

Me levanté, recogí mi ropa veloz y me fui al salón. Anulé el pedido de comida, que, por suerte y un problema en la cocina del restaurante, aún no habían empezado a hacer, y me vestí. Me pediría un taxi y me marcharía a mi piso. Si él había cedido en hacer cosas de «parejas normales», yo también debía ceder y no presionarlo cuando con toda probabilidad necesitaba su espacio.

Volví a la habitación para despedirme y me sorprendí al ver que Sergio seguía tumbado en la cama, con la mirada clavada en el techo, pensativo. Empecé a preocuparme, pero contuve a mi voz de la conciencia, que ya se había hecho una lista con todas las cosas que debía preguntarle, y me acerqué con pasos cortos e inseguros.

—Me marchó a casa —dije—. No hace falta que me lleves, cogeré un taxi.

Sin embargo, ya había girado sobre mis pies cuando sentí sus dedos rodear mi muñeca. Sergio tiró de mí y me tumbó en la cama. Sus manos se deslizaron hasta mi cintura y me estrechó contra él, acoplando mi espalda contra su pecho.

—Hoy no —susurró.

Y yo no dije nada. No habría podido aunque hubiese querido. Y así, con mi falda y mis botas de media caña enredadas en sus vaqueros y sus pies descalzos, vestidos sobre una maraña de sábanas e iluminados únicamente por los destellos de Madrid cuatro plantas más abajo, dormimos juntos por primera vez. Y la música volvió a sonar.

* * *

Me desperté con una sonrisa en los labios y el gesto se ensanchó cuando sentí su mano posesiva sobre mi

cadera. En algún momento debí despertarme y quitarme las botas, que estaban tiradas en el suelo. La calidez de su cuerpo me mantenía caliente a mí.

Un sonido repetitivo y estridente empezó a sonar y comprendí que era su despertador sobre la mesita. ¿Por qué no podía ser domingo? ¿Por qué tenía que ser miércoles? No quería moverme de esa cama por nada del mundo. Era imposible que hubiese un sitio mejor en todo el universo.

Sergio gruñó, alzó la mano y apagó el despertador. Yo fingí que estaba dormida. Quería ver cuál era su siguiente movimiento y estuve a punto de gritar de felicidad y ponerme a dar saltos en la cama cuando noté cómo hundía su nariz en mi pelo y aspiraba. Había leído demasiados libros románticos y visto demasiadas veces *El diario de Noah* como para tener dudas de que aquél era un gesto inequívoco de hombre enamorado. Pinchen la marcha nupcial de fondo, por favor: Sergio Herranz, el hombre más guapo del planeta, y Candela Martín, una chica con suerte, sí, señor, tienen el placer de invitarlos a su boda.

El gesto de amor dio paso a otro más habitual en él y, después de repetir en la ducha, aceptó quitarme las manos de encima.

—No tengo ropa limpia —me quejé torciendo el gesto, envuelta aún en su albornoz.

—Te dejaré en tu casa antes de ir a la oficina —dijo pasando por mi lado perfectamente vestido con un traje de ensueño negro, una camisa blanca y una corbata a rayas negras y plateadas.

Lo seguí hasta la cocina y me senté de un salto en la isla mientras lo observaba preparar café en una pequeña máquina italiana.

—Entonces le comunico oficialmente al Sergio jefe que hoy llegaré un poco tarde al trabajo.

Se giró despacio y se cruzó de brazos al tiempo que se apoyaba en la encimera que tenía detrás.

—¿Y se puede saber por qué?

Se había despertado de tan buen humor que di por hecho que yo había exagerado con todo lo de ayer. Los padres y los hijos a veces atraviesan momentos complicados. Además, ¿quién era yo para juzgar la desestructuración de una familia, cuando me había pasado toda la comida del viernes intentando convencer a Rodri de sobornar a un juez para que metiera a Estela en un programa de protección de testigos y no pudiera volver a ponerse en contacto con nosotros?

—¿Me lo está preguntando el Sergio jefe?

—No lo dudes.

—Pues verá, señor Herranz. Resulta que ayer me convencieron para que durmiera en una cama que no es la mía, y esta mañana me han obligado a retorcerme de placer en la susodicha cama y en la ducha contigua y necesito pasar por mi piso para cambiarme de ropa y quizá dormir un poco.

Asintió varias veces fingiendo que estudiaba cada una de mis palabras al tiempo que se incorporaba grácil y caminaba hasta mí. Me esforcé en contener una sonrisa para seguir pareciendo una chica desvalida y no una absolutamente encantada. Fracasé.

—¿Y se puede saber quién ha sido capaz de hacerle algo así, señorita Martín?

Me separó las piernas y se hizo un hueco entre ellas, levantando de paso el albornoz hasta dejar al descubierto mis muslos.

—¿Por qué lo pregunta, señor Herranz?

—Porque he oído que los delincuentes siempre vuelven a la escena del crimen y estoy preocupado por su seguridad.

Dibujó un círculo con su dedo pulgar sobre mi muslo con la mirada fija en el movimiento.

—Pierda cuidado —respondí impertinente—. El Sergio novio es un absoluto impresentable, pero me trata bien.

No sé si fue porque lo pillé por sorpresa o porque utilicé la palabra *novio* y no cualquier otra, pero su

expresión cambió de repente. Supongo que había una línea imaginaria y yo acababa de cruzarla.

—Cande... —empezó a decir.

—No digas nada —lo interrumpí agachando la cabeza—. Lo siento.

Sus dedos seguían perezosos sobre mi muslo. ¿Por qué le había dicho que lo sentía? Me había oído el pelo. Éramos Noah y Allie, Christian y Ana. Éramos la chica de *Ghost* y su novio fantasma haciendo un jarrón de barro. ¡Iba a funcionar!

—En realidad, no lo siento —me desdije alzando la cabeza con una tímida pero segura sonrisa en los labios. Sus ojos azules ya me esperaban y yo le mantuve la mirada—. Te quiero, Sergio.

Durante largos segundos no dijo nada, ni siquiera se movió. La cafetera silbó y el olor a café inundó el aire a nuestro alrededor.

—Deberías cambiarte de ropa o vas a llegar más que un poco tarde —pronunció al fin— y el Sergio jefe va a enfadarse más que un poco contigo.

Ladeé la cabeza tratando de estudiar su expresión. Estaba bromeando. Eso era una buena señal, ¿no?

Asentí, me bajé de un salto y caminé hacia el dormitorio. Justo antes de entrar, me giré y, llevándome el índice y el corazón a los dientes, lo observé un instante, estaba sirviendo dos cafés. Había bromeado, no había puesto el grito en el cielo ni me había echado una charla. Estaba segura de que era una buena señal.

Entré en la habitación y, a cada paso que daba, estaba más y más convencida de que había hecho bien en confesarle mis sentimientos. De pronto me visualicé a mí misma en un escenario de dibujitos japoneses con el sol poniéndose, encima de un arco iris, con un estandarte lleno de corazones, flanqueada por un unicornio a un lado y Enrique Iglesias al otro. Yo era la salvadora del amor y la defensora de nuestra historia, y, cuando tuviéramos una decena de nietos guapísimos, los sentaría en el balancín de nuestra casa con porche y les contaría cómo luché por el bombón de su abuelo... Es lo que se conoce comúnmente como venirse arriba.

Sergio me dejó en la acera frente a mi edificio. Ya llegaba tarde y tenía una reunión en menos de quince minutos, así que nos despedimos con un beso rápido.

Me di bastante prisa y me cambié de ropa, maquillé y peiné en tiempo récord. Cuando llegué a la oficina, Sergio aún estaba en la reunión, así que me senté a mi mesa y empecé a trabajar, con una sonrisa enorme, eso sí.

La reunión se alargó hasta la hora de comer y tuvo otra con Paula hasta bien entrada la tarde. Regresó a su despacho hablando por teléfono y salió de la misma manera. Cuando dieron las siete, todavía no había vuelto. Yo quería esperarlo, así que disimulé diciendo que debía quedarme a recuperar el tiempo que había perdido al llegar tarde esa mañana. Sin embargo, a las ocho y media, Paula atravesó la estancia para marcharse a casa y, al verme, me ordenó que me fuera y recuperara las horas en otro momento que resultara más útil.

No tuve más remedio que marcharme, pero tenía muchas ganas de estar con él, así que, ni corta ni perezosa, decidí darle una sorpresa. Llamé al restaurante que me habían recomendado las chicas y encargué la cena. Esperé al repartidor en su portal, rezando porque Sergio no llegara todavía, y, con la bolsa de comida en la mano, que olía deliciosamente bien, y aprovechando que una de sus vecinas salía, entré con la idea de aguardarlo en su rellano.

No sé por qué llamé al timbre, supongo que por costumbre, inercia o cualquiera de esas cosas. Yo tenía clarísimo que Sergio estaba en la oficina e incluso sonreí, riñéndome siempre por tener la cabeza en las nubes, pero entonces la puerta se abrió... y no fue él quien la abrió.

Una mujer alta, rubia y muy guapa con una copa de vino estaba al otro lado. Intenté buscarle cualquier sentido a que estuviese allí, mirándome con una sonrisa, esperando a que dijese lo que tenía que decir, pero mi mente se negaba a colaborar, como si se hubiese declarado en huelga hasta que me rindiese y admitiese la evidencia. Llevaba un vestido muy bonito, pero estaba descalza. Por Dios, ¿qué hacía allí?

—¿Está Sergio? —pregunté en un murmullo. Parecía que mi voz también se negaba a colaborar.

Ella asintió y miró hacia el interior de la casa.

—Sergio, cariño, te buscan —dijo... y dijo *cariño*.

Había desaparecido de la oficina, eran más de las nueve y una mujer guapísima y descalza estaba tomándose una copa de vino en su piso y lo había llamado *cariño*. No se trataba de que las piezas del puzle hubiesen encajado, es que me miraban con saña y se reían de mí.

Ella se marchó, dejándome en el rellano, y él no tardó más de unos segundos en aparecer. Al verme, todo su cuerpo se tensó, pero no dijo nada. Yo sí quería decir algo, pero no sabía el qué. Estaba aterrada, asustada como lo había estado pocas veces en mi vida, y me pareció una reacción tan poco apropiada que me dio aún más miedo. Una lágrima cayó por mi mejilla. Balbuceé una excusa torpe e idiota sobre por qué estaba allí y Sergio respiró pesadamente. Alcé la mano y le entregué la bolsa de comida, que cogió por inercia. Iba a romper a llorar y no quería hacerlo delante de él.

Salí disparada.

—Cande —oí que me llamaba, pero no me detuve. No podía.

Bajé tan de prisa como fui capaz y alcancé la calle como si dentro de su portal me faltase el oxígeno. Las lágrimas inundaron mis ojos y comenzaron a caer. El día anterior me pidió que me quedara a dormir con él. Esa misma mañana yo le había dicho que lo quería. No podía entenderlo.

—Cande —pronunció mi nombre de nuevo.

No lo pensé. Sollocé. Aceleré el paso y me alejé de su portal. No necesitó más de dos zancadas para atraparme.

—Cande —repitió, me agarró del brazo y me obligó a girarme—. Cande, joder, ven aquí.

Traté de dejar de llorar, pero no pude y lo único que se me ocurrió fue agachar la cabeza. Sergio estaba descalzo. Estábamos en Madrid, a finales de noviembre, y él estaba descalzo.

—¿A qué has venido? —inquirió sacándome de mi ensoñación.

No contesté. Seguía agarrándome y yo seguía llorando, en silencio.

—No lo sé —dije al fin.

Sergio me observó durante largos segundos sin que ninguno de los dos se moviese. Tragó saliva y cabeceó, como si estuviese luchando consigo mismo, y finalmente me soltó. El frío de mi piel sin sus dedos me golpeó hasta dejarme K.O.

—Tú me importas, Cande —susurró, y fui tan estúpida que lo creí—, pero ya te lo advertí, no voy a dejar de ser como soy por ti.

—Y no vas a dejar de acostarte con otras mujeres, ¿verdad?

Alcé la cabeza para preguntárselo. Quería mirarlo a la cara. Sus ojos atraparon de inmediato los míos y la idea de que realmente estaba luchando consigo mismo se hizo todavía más fuerte.

—No —respondió sin una sola gota de sentimiento en su voz.

Asentí. La sensación de estar asustada se disipó un poco y una decena de nuevas emociones me asolaron. Estaba dolida, confundida, triste. Me sentía ridícula y pequeña, muy pequeña, y el miedo seguía estando ahí. Estaba tan enamorada que no podía lidiar con la idea de perderlo y eso me enfadó todavía más.

—Pero yo no puedo acostarme con otros hombres —dije tratando de que mi voz sonase firme—, aunque sea lo que te merezcas y lo que sé que debería hacer.

—No quiero que te acuestes con otros hombres —me interrumpió.

Hablaba el Sergio frío y en cierta manera impersonal. Sonreí triste. No quería a ese Sergio. Creo que incluso empezaba a odiarlo.

—Eres un egoísta de mierda y un cabrón —pronuncié manteniéndole la mirada, sin dudar; lo quería como

una idiota, pero eso no me impedía ver que era una persona horrible.

Él dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—Tampoco te menté en eso, Cande.

Tenía razón, pero no hacía que doliese menos. Me mordí el labio inferior. Quería marcharme a casa; en realidad, lo que quería era largarme de allí, el lugar al que llegase importaba poco. Si cerraba los ojos, todavía podía sentirlo abrazándome en su cama. ¿Es que a él no le pasaba lo mismo?... Es verdad, la única tonta enamorada en esa relación, o lo que quiera que fuera aquello, era yo.

—Me voy a casa —dije sorbiéndome los mocos.

—No —contestó tajante.

Fui a protestar, pero Sergio dio el único paso que nos separaba y en mitad del barrio de Salamanca, descalzo y sin abrigo a finales de noviembre, me besó, y su calidez era tan fuerte que podría haber derretido los polos.

—Tú no vas a ir a ninguna parte —me advirtió.

Y allí estaba: el tomo de contradicciones de Sergio Herranz, volumen uno. No quiero que te acuestes con otros hombres, aunque yo sí seguiré acostándome con otras mujeres cada vez que me apetezca y cuando, con más razón que un santo, me digas que quieres perderme de vista, yo te besaré recordándote cómo te sientes conmigo y sólo conmigo porque el destino es así de cruel e hiriente. Además, para terminar de rizar el rizo, esa frase: «tú no vas a ir a ninguna parte». Esa suave y sutil advertencia, orden, amenaza o como quiera llamarla, con el toque justo de fiereza y ese punto casi desesperado, como si realmente en ese preciso instante le valiese yo y sólo yo. ¿Le importaba? Puede. ¿Le importaba lo suficiente como para sólo importarle yo? Desde luego que no. ¿Lo quería lo suficiente como para que a mí, a pesar de todo, no me importase todo lo que no le importaba a él? Desgraciadamente sí y a eso, chicas —que seguro que alguna vez os habéis encontrado delante de vuestra debilidad— y Diego *el Cigala* —que, no sé por qué, nos entiende con una habilidad pasmosa—, se le llama estar enamorada como una reverenda idiota. Duele, duele muchísimo y a veces es completamente incomprensible.

Me llevó de la mano hasta su piso y, cuando entramos, ya no había rastro de la otra mujer.

Despacio, me dejó contra la pared, hundió sus manos en mi pelo y, justo antes de que me besara, hizo algo que no había hecho nunca antes. Me miró a los ojos, de verdad, y por un brevísimo instante sentí que en ese beso había algo más que un delirante deseo, aunque no supiera decir el qué.

Sus manos me acariciaron por todas partes, volaron por mi piel haciéndome sentir demasiadas cosas. Mientras, yo me aferraba a él, como si el miedo a perderlo guiara cada uno de mis movimientos.

Sergio se arrodilló frente a mí, besando mi piel por encima de la ropa en su descenso. Deslizó sus manos por mis piernas, las escondió bajo mi vestido y subió hasta mis bragas. Yo perdí mis dedos en su pelo y su cálido aliento sobre mi estómago traspasó la tela de algodón y me hizo gemir. Alzó la mirada y sus ojos azules me demostraron que le pertenecía sin decir una sola palabra.

Me quitó la prenda de lencería y volvió a ponerse de pie, como si necesitara besarme más que nada en el mundo.

—Sergio —gemí, rodeando su cuello con mis brazos, acercándolo más a mí.

Su respuesta fue levantarme a pulso, despacio, y embestirme aún más lentamente, haciéndome sentirlo más y mejor. Me agarré a él con fuerza. Sólo quería estar con él. Lo necesitaba. No fue hasta que salió y volvió entrar cuando me di cuenta de que estábamos piel con piel, que no se había puesto un preservativo.

—Para —le pedí empujándolo con las manos, pero no conseguí apartarlo.

Volvió a salir. Volvió a entrar. Todo me dio vueltas.

—Sergio, tienes que ponerte un condón. Para... por favor —supliqué, gemí, lo advertí... era difícil

saberlo.

—Sólo quiero sentirte, Cande —dijo contra mi boca.

Y lo que era una frase preciosa, a mí me llenó de rabia. ¿Cómo podía decirme eso después de todo lo que había pasado poco antes?, como si fuera yo la que pretendiese seguir acostándome con otros hombres... Sólo quería sentirme en ese instante; probablemente, una hora atrás, sintió a otra chica.

—¡Para! —grité.

Lo empujé con rabia y Sergio me dejó en el suelo. No soy tonta. Sé que me concedió apartarse de mí. Nunca habría podido con él físicamente.

—¿Crees que soy estúpida? —solté furiosa—. ¿Crees que voy a dejar que te acuestes conmigo sin protección cuando sabe Dios a cuántas chicas has querido «sólo sentir» en el tiempo que llevamos juntos?

Sergio chasqueó la lengua contra el paladar al tiempo que se metía la polla aún dura en los pantalones y dejaba sus manos en las caderas.

—¿Y qué crees tú, Cande? —repliqué igual de enfadado que yo, igual de dolido—. ¿Qué es lo que quieres oír? ¿Que no he tocado a una sola mujer que no fueras tú desde que nos acostamos en tu piso por primera vez?

Lo miré sin poder creer lo que estaba oyendo. ¿Significaba eso que en realidad no se había acostado con ninguna chica? Entonces, ¿por qué lo insinuó? ¿Por qué me dejó claro que así era como él se comportaba? ¿Qué hacía esa mujer en su piso hacía menos de una hora? ¡Por Dios, iba a volverme completamente loca!

—¿Quieres decir que no te has acostado con ninguna otra chica desde que estamos juntos?

Sergio escondió una sonrisa sardónica y fugaz en un bufido aún más breve.

—Querías marcharte a casa, ¿no, Cande? —repuso con la voz fría, manteniéndome la mirada y helándome con ella—. Pues hazlo. Es lo mejor.

Sin esperar respuesta, echó a andar. Yo lo seguí con la mirada sin saber qué hacer, qué decir. Quería que me explicara lo que estaba pasando, que me sacara de esa horrible duda sobre si se había acostado o no con otras chicas, aunque una parte de mí empezaba a tener cada vez más claro que ya sabía la respuesta y era un rotundo no. Estaba confusa y seguía asustada y enfadada.

Salí de su piso porque, a pesar de que no era lo que quería hacer, sabía que era lo que debía. De vuelta en el mío ni siquiera cené; a decir verdad, ni siquiera me molesté en ponerme el pijama. Me quité los zapatos y me metí en la cama. Antes de que pudiera controlarlo, las lágrimas comenzaron a caer de nuevo.

Ésa fue la primera noche que lloré hasta quedarme dormida por él. Cómo me gustaría poder decir que fue la última.

Presente

Me pongo mi perfecto negro y bajo decidida las escaleras. Ayer no fui capaz de enviarle un mensaje para decirle que no iría al concierto y, entre vueltas y más vueltas en la cama, con la mirada clavada en el techo, tuve una especie de revelación: otra vez estaba pensando demasiado. Sólo somos amigos. Hay una línea marcada a fuego, custodiada por un dragón y un centenar de soldados armados hasta los dientes. Mientras no la cruce, todo estará bien. Para cerciorarme de que me quedo en la zona segura, me he hecho una lista de cosas mentales que no debo hacer. La primera es obvia: nada de subirme la falda y enseñarle las bragas para convencerlo de nada. La segunda: nada de quedarme embobada con lo guapo que es. Eso nunca me trae nada bueno. Y la tercera y más importante: nada de dejar que me coja de la mano, de la cadera o que se acerque demasiado. Tiene la habilidad de conseguir que deje de pensar cuando hace esas cosas y lo fundamental aquí es mantener la cabeza fría... y el chichi, también.

Nada más salir de mi portal, tengo que tragarme la regla número dos. ¿Cómo se puede estar tan jodidamente guapo? Ha tenido que hacerlo a propósito, seguro. Habrá ido a esa tienda escondida en algún rincón de Malasaña donde aún venden esas camisas de cuadros o donde le gastan los vaqueros, acariciándolos, un montón de supermodelos suecas y habrá dicho «por favor, véndame algo para que a la pobre de Cande Martín se le caigan las bragas». ¡Qué castigo!

Se pasa la mano por el pelo de recién follado y yo automáticamente decido mirar para otro lado y andar con paso ligero hasta el coche. Al verme, se incorpora.

—¿Lista, Candelita?

Esa debería ser otra maldita regla. Prohibido llamarme *Candelita*. Porque siempre consigue que parezca inocentemente burlón para el resto de la humanidad, pero mi cuerpo lo recibe con una clarísima doble intención, como si me dijese «te vas a derretir».

—Hola —digo ya metiéndome en el vehículo.

De reojo, mientras rodea su BMW, puedo verlo sonreír. Qué maravilloso debe de ser poder controlar las situaciones de esa manera.

En el coche me obligo a hablar de temas cotidianos absolutamente asexuales: el tiempo, los cafres que tengo por compañeros y compañeras, lo que ha dicho la hija de no sé qué famosa en «Sálvame» y que Sira me ha enviado indignada por WhatsApp. Siento la situación bajo control y poco a poco me voy relajando. Cuando lo hago, me doy cuenta de lo cómoda que me siento en este coche, con *Lucha de gigantes*, de Antonio Vega, sonando de fondo y él a mi lado conduciendo, y simplemente me dejo llevar. Me gusta estar con Sergio y nada, por mucho que lo intente, podría cambiar eso.

Vamos caminando hasta la calle Jardines. Como pasó la semana pasada, las personas ya se arremolinan a varios metros de la entrada de la sala. El ambiente es increíble. Sergio compra dos entradas y accedemos al local.

—Uau —comento alucinada—, parece que hay aún más gente que el sábado pasado.

—El grupo es más famoso —dice Sergio a modo de explicación—. Vamos a la barra.

Echa a andar y, sin dudarle, como si fuera un gesto natural en él, me toma de la mano y tira de mí para que lo siga. Yo comienzo a caminar pero, con la mirada perdida en nuestras manos, entremezclándonos con un montón de *rockers*, *hípsters* y demás tribus urbanas, me veo en una decisión más complicada que la que tuvo que tomar Sophie en aquella peli. Debería pedirle que me soltara, pero la sensación es demasiado buena para renunciar a ella. Sonrío. Acabo de pasar olímpicamente de la regla tres. Sólo me queda la número uno y la defenderé con uñas y dientes.

—Dos cervezas —pido encaramándome a la barra. Vuelvo a llevar mis Converse, así que no soy lo que se dice precisamente alta.

—Marchando dos cervezas —contesta el camarero con una sonrisa, apoyando las palmas de las manos en la barra—. ¿Es tu primera vez aquí?

Yo le devuelvo el gesto un poco confusa. Es la segunda vez que vengo, pero siempre he visto a los camareros moverse a la velocidad del rayo en esta barra. Me sorprende que se haya parado a charlar conmigo.

—No —respondo negando también con la cabeza.

La canción que sonaba termina y empiezan los primeros acordes de una nueva.

—Qué raro —replica, y su sonrisa se ensancha—. No te había visto antes.

—Porque siempre te pido yo las copas —interviene Sergio colocándose con un solo paso a mi lado, con ese tono aparentemente suave que suena más amenazante que un grito a pleno pulmón—. Dos cervezas.

Sólo necesita su voz y una simple mirada para que el camarero se esfume y a los pocos segundos regrese con dos cervezas y ni una sola palabra más.

Yo observo toda la escena y tengo que mal disimular una sonrisa. ¿Acaso se ha puesto celoso?

Tomo mi Heineken y le doy un trago mientras barro con la vista el local. No me cansaré de repetir que el ambiente y el sitio en sí, con ese aspecto muy conseguido de antro *vintage* mezclado con el toque sofisticado del Madrid más chic, son sencillamente increíbles. No me extraña que tengas que ser bueno para tocar aquí y que cada sábado esté de bote en bote.

—Contéstame a una cosa —me ordena apoyándose de espaldas en la barra, a mi lado.

Yo lo miro esperando a que continúe.

—¿Qué pasa con ese gilipollas que se presentó en la oficina?

Hago memoria mientras doy otro trago y tardo un segundo de más en entender a quién se refiere.

—¿Te refieres a Marcos?

—No me interesa cómo se llama, Cande —responde tajante—. ¿Qué pasa con él?

La gente empieza a murmurar emocionada. El concierto va a empezar.

—¿Qué quieres decir?

Sergio me mira impaciente y se mueve para tenerme de frente.

—¿Es tu novio?

Niego con la cabeza. Imito su movimiento para dejar el botellín sobre la barra y también tenerlo de frente.

—No, no lo es, pero, si lo fuera, tú no tendrías nada que decir, Sergio. Sólo somos amigos.

Se humedece el labio inferior con sus ojos clavados en los míos. Sabe que tengo razón.

La sala se oscurece. Todos gritan.

—No me gusta —ruge.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—No tiene por qué hacerlo.

—No... —empieza a decir, pero se interrumpe a sí mismo y fija la vista en la barra a la vez que se pasa la

mano por el pelo—. No quiero que te toque, joder —sentencia con una rabia cristalina inundando su voz, clavando de nuevo sus ojos azules en los míos, dando el único paso que nos separaba.

—Los amigos no se dicen esas cosas —murmuro.

Está muy cerca. Está demasiado cerca. Y el corazón me late demasiado de prisa.

—Pues entonces está claro que no somos esa clase de amigos.

Agarra mi cadera. Me estrecha contra él. Y me besa con fuerza. El concierto empieza. Las guitarras eléctricas lo llenan todo, pero yo no siento absolutamente nada que no sea él, nuestra canción sonando a todo volumen. Sergio aprieta sus dedos contra mi piel. Alzo mis manos y me agarro desesperada a su camisa. Estoy asustada, incluso enfadada, pero también he vuelto a mi lugar en el mundo.

—Sergio —susurro extasiada contra sus labios.

Mi llamada hace sus besos más hambrientos y, prácticamente sin separarnos ni un mísero centímetro, nos arrastra por el local hasta llevarnos a un rincón mal iluminado al fondo de la barra. Me acorrala entre la pared y su cuerpo y sus manos vuelan por todas partes sin dejar de besarme. Por Dios, ¿cómo es posible que sea aún mejor de lo que recordaba?

—Sergio, no podemos —jadeo agarrándome a un último resquicio de cordura.

—Sí, sí que podemos —sentencia contra la piel de mi cuello.

Me muerde. Aprieta. Gimo. Y todo mi cuerpo se rinde.

—No... no podemos —repito con muchísima más dificultad que la primera vez, sin hacer el más mínimo intento por apartarlo.

—Estamos en pausa.

—¿Qué? —musito más confusa de lo que he estado en toda mi vida.

Sergio se incorpora, toma mi cara entre sus manos y me regala un beso largo y profundo. Aprisiona mi labio inferior entre mis dientes y, cuando consigue hacerme gemir, me besa una vez más.

—Somos como Marshall y Lilly —me explica—, y ésta es nuestra pausa.

Trato de buscar una mísera neurona en mi cerebro que no esté suspirando y pienso en lo que ha dicho.

—Marshall y Lilly lo hacían durante las discusiones —replico recordando el capítulo de la serie de televisión.

Sergio me besa de nuevo.

—Ésta es nuestra versión.

—Sergio...

Sé lo que debería querer, sé qué es lo correcto, pero ¿cómo puedo luchar contra todo lo que siento cuando al que tengo enfrente es a él, mi él en mayúsculas?

Se inclina para volver a besarme, pero se detiene muy cerca. Sus ojos bailan de los míos a mis labios y toda su masculina seguridad me sacude.

—¿De verdad quieres que pare? —pregunta torturador.

—No —contesto. No quiero pensar. No puedo—. Quiero mi pausa.

Sergio sonrío de esa manera tan sexy y macarra que me vuelve absolutamente loca y me besa de nuevo con fuerza, rindiéndome a él sin condiciones.

—Vámonos —gruñe contra mi boca.

Se separa brusco, me coge de la mano y tira de mí para sacarme del local. Aún no ha terminado la tercera canción.

Salimos de la sala de conciertos, pero no hemos dado más que unos pasos cuando Sergio me lleva contra la pared y vuelve a abalanzarse sobre mí, perdiendo sus manos en mi pelo y besándome como si se fuera a acabar el mundo. A nuestro alrededor la gente continúa caminando, entrando en el local. La noche cerrada y

una suave brisa fresca barren Madrid mientras al fondo brilla el reloj de la Puerta del Sol. Somos la portada de un disco de la movida y me encanta.

Llegamos al coche a dura penas, besándonos cada diez metros y con sus manos en todos los rincones de mi cuerpo. Los veinte minutos de trayecto hasta mi casa, los hace concentrado en la calzada, con una mano en el volante y otra en el cambio de marchas, sorteando los coches y pasando los semáforos al límite con tal de no tener que pararse. Es un hombre con una misión y yo lo observo embobada, sintiendo cómo la sangre me recorre el cuerpo cada vez más caliente.

Me deja caer en mi cama e inmediatamente lo hace sobre mí. Ya ninguno de los dos lleva cazadora y mi pantalón y su camisa están desabrochados. Con una rodilla apoyada en el colchón, entre mis piernas, ladea su perfecto cuerpo para desanudarme una de mis zapatillas. Mi respiración cada vez es más rápida. Estoy impaciente. Veloz, pasa a la otra zapatilla cuando la primera aún resuena contra el suelo. No puedo más. Al fin, la goma contra el gastado parqué suena por segunda vez. Sergio prácticamente me arranca los pantalones y los calcetines y se tumba sobre mí.

Me besa y yo lo recibo como si fuera un soldado volviendo de la guerra.

—Te tengo demasiadas ganas, Candelita —susurra contra mi boca.

Se separa lo justo y necesario para quitarme la camiseta por la cabeza y yo me deshago de su camisa.

—Quiero follarte muy duro.

Todo me da vueltas.

Asiento acariciando su torso con manos torpes, tratando de aferrarme a él de la manera que sea. Sergio me rompe las bragas.

—Sí —gimo. Ya no puedo hacer otra cosa—. Sí, por favor.

Esas cuatro palabras parecen volverlo un poco más loco, desearme más, y yo estoy a punto de correrme allí mismo sólo por la desesperación con la que me besa, me toca y, unos segundos después, se hunde en mí.

—¡Dios! —grito.

Y con la segunda embestida me corro con fuerza alrededor de su polla, de él, de todo lo que significa para mí.

—Nena —ruge.

Comienza a moverse rápido, brusco, fuerte, casi haciéndome daño, consiguiendo que me excite más y más, que lo desee más y más, que el placer llegue más y más lejos. Lo quiero porque es él, porque es mi él, y lo odio porque sólo ha necesitado unos minutos para recordarme que nunca, jamás, volveré a sentirme con ningún otro hombre como me siento entre sus brazos. Es mi maldición y mi castigo. Es mi tesoro. Es él.

Nos gira, me deja a horcajadas sobre él y hunde las manos en mi pelo acercándose a su boca, moviendo las caderas debajo de mí. En esta postura lo siento todavía más profundo y mis gritos y gemidos interrumpen nuestros besos.

—Joder —gruñe de nuevo—. Joder, quiero morirme así. Quiero morirme dentro de ti.

Sonrío. Ya somos dos. Si muriese ahora, yo también moriría feliz.

Lo siento mejor. Más cerca. Más fuerte. Todo mi cuerpo se tensa una vez más y alcanzo el clímax de nuevo contra sus labios entre oleadas de placer y electricidad.

Sergio continúa embistiéndome, aprieta mis caderas con fuerzas y se clava en mi interior dejándose ir, vaciándose por completo dentro de mí, con un «nena» en los labios, besándome con rudeza y la respiración entrecortada después.

Me dejo caer a su lado y durante unos minutos los dos nos quedamos callados, con la vista clavada en el techo. ¿Qué hemos hecho? Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos tratando de contener una sonrisa. ¿Y por qué me siento tan increíblemente bien?

¡Mierda! ¡Estoy hecha un lío! ¡Odio estar hecha un lío! Y lo odio a él, aunque creo que ya no lo odio de la misma manera que lo odiaba antes.

Me levanto de prisa, me pongo la camiseta y saco de la cómoda unos pantalones cortos. Sólo quiero no estar desnuda delante de él.

Sergio sonríe y se incorpora despacio hasta quedarse sentado en el borde de la cama, disfrutando de toda su seguridad, de que las cosas, al menos en apariencia, siempre salgan como él quiere que salgan.

—Te odio. Lo sabes, ¿no? —le digo metiéndome el pelo por detrás de las orejas.

Sergio ladea la cabeza sopesando mis palabras.

—Sí —contesta sin mucho convencimiento, riéndose claramente de mí—, aunque a veces no se nota mucho.

Resoplo manteniéndole la mirada. No me está ayudando. Él ensancha su sonrisa, se levanta y, con dos pasos, se coloca frente a mí. Toma mi cara entre sus manos y yo me pierdo en sus ojos azules. Joder, ¡qué bonitos son!

—Estamos complicando las cosas —murmuro.

—No —susurra tranquilizando todos mis miedos—. Sólo somos unos amigos que de vez en cuando necesitan sentirse un poco más cerca.

—¿Y qué va a pasar el resto del tiempo?

—Que seguiremos yendo a conciertos —responde socarrón.

Los dos sonreímos con suavidad.

—No quiero volver a pasarlo mal —me sincero al cabo de un segundo, colocando mis manos sobre las suyas aún en mi cara.

Sergio me besa y otra vez consigue difuminar cada uno de mis miedos. Los dos gemimos y ésa es la señal que necesitamos oír para saber que los dos estamos juntos en esto.

—Fin de la pausa —dice con la voz ronca e indomable.

—Fin de la pausa —repito.

Sergio se aparta despacio y recoge su camisa y sus zapatos del suelo.

Volvemos a ser amigos.

Pasado

Los días siguientes a que me marchara de su casa fueron complicados. En el trabajo Sergio y yo apenas nos dirigíamos la palabra. Tenía la sensación de que habíamos vuelto al principio de nuestra historia, cuando parecía no existir para él. No sabía en qué punto estábamos; en realidad, ni siquiera sabía si se había acabado. Perdí el número de cuántas veces tuve que maniatarme para no ir a su despacho y hablar con él. Martina y Sira decían que hacía bien en no dar el primer paso; al fin y al cabo, la chica estaba en su piso. «Si hubiera sido un buenorro en bolas en el tuyo...», contrargumentaba Sira.

Lo echaba de menos y, cuando mi mirada se cruzaba con la suya, era un auténtico suplicio, porque ese sentimiento se multiplicaba por mil.

Él, en cambio, no parecía estar pasando un mal momento. Su autocontrol resultaba envidiable y nunca daba muestras de que algo no estuviese saliendo como quería, si ése fuera el caso, así que no sabía si lo estaba pasando bien, regular, mal o con ganas continuas de quedarse a vivir en su cama abrazado a un bote de helado, que era como lo pasaba yo.

El viernes, ya quedaba poco para salir, Sergio se apoyó en la puerta de su despacho y sentí cómo sus ojos se clavaron en mi pelo castaño. Alcé la cabeza y tuve que contenerme para no suspirar. Estaba tan guapo que dolía. Así de injusta era la vida.

—Señorita...

Mi mirada, toda yo, se llenó de esperanza, pero la frase se quedó en el aire cuando la secretaria de Paula se acercó y le entregó unos papeles. Él miró su reloj de muñeca, resopló y, revolviéndose el pelo, se fue al despacho de nuestra jefa.

Cuando me marché, Sergio todavía no había regresado.

Estaba tan triste que ni siquiera puse pegas cuando Rodri me informó de que teníamos cena familiar. Para ser una familia que se quería tan poco, cenábamos juntos muy a menudo.

Faltaban quince minutos para que mi hermano pasara a recogerme cuando caí en la cuenta de que, quizá, habría invitado a Sergio. De pronto todo fue correr. A la habitación, de allí al baño, otra vez a mi habitación, a la cocina (guardaba los cinturones en el cajón de debajo del de los paños de cocina. Problemas de tener un piso minúsculo) y de vuelta al baño. Me puse mona, me maquillé y me solté el pelo.

Sin embargo, mi gozo cayó en el pozo más hondo al llegar a casa de Rodri y ver la mesa puesta para cuatro. Él no iba a venir.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó Estela.

—Bien —respondí mareando el magret de pato con el tenedor.

—¿Y la universidad?

—Si quieres saber si he seguido saltándome clases —contesté insolente—, la respuesta es sí.

—Cande —me reprendió Rodri.

Yo resoplé y cerré los ojos un segundo. Más me valía calmarme o la cena iba a resultar un infierno.

—Lo siento —me disculpé sin mucho entusiasmo.

La conversación siguió con temas que me interesaban más bien poco hasta que empezaron a hablar de una fiesta. Según Julia, no debían faltar. La daban en una casa de su misma urbanización. Estela siguió hablando del traje que había elegido y sobre que Covadonga, la anfitriona, era una de las mujeres más elegantes que había visto. Estaba a punto de desconectar, pero entonces Rodri comentó que había recibido la invitación por correo ordinario esa misma mañana. Automáticamente recordé cuándo había sido la última vez que había oído esa frase tan concreta: fue en casa de Sergio, cuando su madre fue a verlo y hablaron precisamente de una fiesta.

—¿Quién habéis dicho que la organiza? —inquirí saliendo de mi letargo y esforzándome por no mostrar excesivo interés.

—Los Herranz —respondió Rodri—, los padres de Sergio. Es este sábado.

Me encogí de hombros, pero sentí que el corazón me latía con tanta fuerza que iba a trepar por mi garganta.

—No te he dicho nada para evitarte la tortura. Sé que estas reuniones sociales no te gustan mucho —continuó mi hermano—, pero, si quieres venir, es mañana. La invitación es para toda la familia. Los Herranz siempre invitaban a papá y mamá a todas sus fiestas.

Me tomé un segundo para asentir. No podía parecer ansiosa, levantaría sospechas. Rodri tenía razón, normalmente habría huido de este tipo de eventos como un gato del agua caliente.

—Quizá vaya —murmuré concentrándome de nuevo en el plato—. Mañana no tengo ningún plan.

Rodri me miró sorprendido; Estela, satisfecha pensando que poco a poco estaba llevándome al lado oscuro, donde todos los pijos beben copas de Dom Pérignon Rosé. Julia, en su línea de maliciosa amabilidad, me recordó que era una fiesta de etiqueta. En su próxima reencarnación será un bicho bola.

* * *

Al día siguiente, aunque era sábado, estábamos condenados a trabajar. Muy pronto sería el puente de diciembre y muchos proyectos tenían que quedar cerrados antes de que Javier Freirá y Asociados se quedase desierta durante tres días.

Al llegar a la oficina, todavía le daba vueltas a qué pensaba decirme Sergio cuando ayer estuvo a punto de llamarme a su despacho. No tuve que esperar más de un par de horas para saberlo. Castaño salió de su despacho cargado de documentos Excel y se detuvo frente a mi mesa.

—Cande —me llamó—, el señor Herranz quiere verte.

Sonreí inquieta y me levanté aún más. Cuando mis nudillos chocaron contra la puerta, sentí la boca seca y los nervios apretando mi estómago. No podía parar de preguntarme para qué querría verme y era algo ridículo, estaba a unos cinco segundos de averiguarlo.

Al darme paso, su voz sonó ronca y por un momento fantaseé con la idea de que tuviera tantas ganas de verme como yo a él. Al fin y al cabo, llevábamos tres días casi sin hablarnos. Desde que me besó en la sala de conferencias, hacía cuarenta y ocho días, dieciocho horas y un par de minutos, nunca habíamos estado tanto tiempo separados.

Entré y cerré la puerta. Todavía no me había girado hacia él cuando empezó a hablar.

—Rodri me ha dicho que mi madre os ha invitado a la fiesta.

Asentí. Llevaba su traje gris marengo, su camisa blanca y su corbata a juego, y automáticamente pensé en la última vez que me desnudó llevando ese traje. Todo con él siempre era así, lleno de una sensualidad que me desbordaba y me ataba a él, siempre a él.

—No quiero que vayas, Cande —me advirtió sacándome de mi ensoñación.

Su frase cayó como un jarro de agua fría sobre mí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es lo mejor —contestó, y tuve la sensación de que era un discurso aprendido.

—¿Es porque estás enfadado por lo que pasó en tu...?

—Esto no tiene nada que ver con lo que pasó en mi piso —me interrumpió.

—Entonces, ¿qué pasa, Sergio? —inquirí chocando las palmas de las manos contra mis costados. Empezaba a sentirme desesperada. ¿Acaso él no quería arreglarlo?—. ¿Por qué no quieres que vaya?

Algo se me estaba escapando. Eso o era reverendamente idiota y quería seguir mirando para otro lado cuando la verdad era clara y concisa y la tenía frente a mí.

—No voy a seguir discutiéndolo —sentenció.

Ya sabéis cómo son estas cosas. Bastaba que él me ordenase que no fuese, sin darme explicación alguna dicho sea de paso, para que en ese preciso instante yo decidiera que, más que nunca, quería ir.

—Genial. Yo tampoco. Voy a ir —repliqué alzando la barbilla y manteniéndole la mirada.

Sin esperar respuesta o flaquear lo más mínimo, salí de su despacho. Y, si no hubiera tenido tantas ganas de llorar, me habría sentido de cine, porque jamás, nunca, en toda mi vida, me había parecido más a Lauren Bacall.

Esa tarde, poco antes de que dieran las seis, llamé a las chicas para que nos fuéramos de tiendas al salir. No quería que fuésemos a los sitios a los que normalmente íbamos. Estaba furiosa con él. No sabía por qué quería mantenerme alejada de su familia y tenía la sensación de que, a pesar de todo, seguía viéndome como una cría, así que decidí ponerle remedio e iba a hacerlo en la fiesta. Si había un momento para parecer una adulta sofisticada era ése, aunque sólo fuera para demostrarle lo que estaba alejando de su vida.

Cogí la MasterCard que guardaba en el fondo de un cajón para emergencias y nos plantamos en la calle Serrano, el centro neurálgico de la alta costura de Madrid. Me compré el vestido que Estela habría elegido para mí. A pesar de la animadversión que me creaba, tenía un gran gusto para la moda y con toda seguridad los mismos cánones de elegancia que los Herranz y sus invitados. Lo conjunté con unos bonitos zapatos y un precioso *clutch* de noche y renové algunas cosas de mi maquillaje.

La noche llegó a una velocidad de vértigo y, antes de que me diera cuenta, estaba bajando las escaleras de mi edificio y montándome en el Q7 de Rodri.

—Qué guapa estás, enana —dijo.

—Tú tampoco estás mal —repliqué mirando su bonito esmoquin. Entonces caí en la cuenta de algo—. ¿Te importaría no llamarme *enana*?

Rodri sonrió y yo me sentí un poco culpable. Era un apelativo lleno de cariño.

—Sólo está noche —añadí rápidamente.

Su sonrisa se ensanchó.

—De acuerdo.

—¿Estás enfadado?

—Muchísimo —contesto fingidamente compungido y un segundo después éramos los dos los que sonreíamos—. No te preocupes. Está todo bien... —hizo una pausa de lo más dramática—, Candela —añadió burlón.

Le hice un mohín y él me miró de soslayo, divertido.

—¿Lo dejamos en Cande?

—Me lo pensaré.

La casa de los Herranz era increíble. Estaba situada en el extremo norte del lujoso vecindario de mi

hermano, con vistas a un pequeño lago rodeado de una espesa arboleda, que también formaba parte de la propiedad. Nos mezclamos entre las personas que iban entrando y una chica del servicio nos recogió los abrigos. Aunque tenía lugar en unas preciosas tarimas de madera clara en los jardines, el frío no tenía cabida y unas elegantes estufas de exterior *vintage* mantenían el calor entre los invitados. Todos ellos, de esmoquin. Todas ellas, con carísimos vestidos.

La ropa no me preocupaba. Sabía que estaba a la altura. Al verme en casa de Rodri, Estela no hizo ningún comentario despectivo, más bien sonrió satisfecha, lo que hizo que un sudor frío me recorriera la espalda, pero me aseguró que había elegido bien el modelito.

En cuanto accedimos a los cuidados jardines, busqué a Sergio con la mirada, pero no lo encontré.

—Saludemos a los Herranz —dijo Julia agarrada del brazo de Rodri—. Seguro que Covadonga tiene mucho que contar.

Estela y mi hermano asintieron y yo los seguí. Quizá Sergio estaba con sus padres. Recorrimos el entablado acuchillado a la perfección hasta uno de los extremos, donde un grupo de cuatro personas estaban charlando. Automáticamente reconocí a la madre de Sergio. Estaba aún más elegante que cuando se presentó en su piso.

Cuando reparó en Julia, sonrió, un gesto medio, y tocó al hombre que estaba a su lado con suavidad en el antebrazo. Éste se disculpó con el invitado con el que charlaban y ambos se giraron hacia nosotros. No había rastro de Sergio.

—Es un auténtico placer que hayáis venido.

—El placer es todo nuestro, Cova —respondió mi hermana—. Gracias por la invitación.

—Estás divina, Estela —comentó la madre de Sergio separándose un paso para poder valorar su estilismo de arriba abajo.

Mi hermana sonrió extasiada y yo me contuve para no poner los ojos en blanco. Rodri y el hombre se saludaron con un apretón de manos y una palmada en el hombro. Imaginé que era el padre de Sergio y la verdad es que, conforme más lo observaba, más veía un suave parecido con él.

—Cova, ¿conoces a mi hermana?

No sé si fue por lo nerviosa que estaba o porque en realidad sólo había ido a aquella fiesta con la idea de ver a Sergio, pero no fue hasta ese momento que no comprendí que, igual que yo la había reconocido a ella sin asomo de dudas, ella podría reconocerme a mí. Y entonces, ¿qué? ¿Quién mencionaría primero que ya nos conocíamos y que, cuando lo hicimos, yo iba prácticamente en bragas?

Covadonga me miró y sonreí con la misma cara de niña buena que le ponía a Rodri, pensando aquello de que a veces nos cuesta reconocer a las personas porque los sitios donde las hemos encontrado son tan diferentes que no somos capaces de ubicarlas. Además, siendo justos, dejé de existir para ella en el piso de su hijo a los dos segundos.

—Candela, ella es Covadonga de Herranz —nos presentó mi hermana—. Cova, ella es mi hermana pequeña, Candela. Trabaja para tu hijo Sergio.

Ella sonrió con cierta malicia apenas un segundo, curvando los labios lo justo para que se considerara una sonrisa.

—¿Así que trabajas para Sergio? —dijo, y por el tono que usó y, sobre todo, la manera en la que me miró mientras lo hacía, quedó claro que me había reconocido.

—Encantada de conocerla, señora de Herranz —dije tendiéndole la mano.

Los pijos no se besan en las mejillas cuando se saludan. Eso lo aprendí de Julia, quien da la mano por convencionalismo social, ya que, si pudiera, tocaría a los que no son tan ricos como ella con un palo.

—Eres muy mona —respondió ignorando mi mano, que recogí rápidamente, y barriéndome con la mirada

—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

Ella volvió a sonreír de esa manera, como las malas de las telenovelas.

—Candela Martín —repitió mirándome sin ningún disimulo y me sentí como si lo hiciera Meryl Streep en *El diablo viste de Prada*—. Interesante.

—Cova —la llamó Julia y le preguntó algo sobre una casa que estaba a la venta.

Inmediatamente desconecté de la conversación y respiré aliviada. Me había reconocido, sí, pero extrañamente había decidido guardarme el secreto.

Necesitaba una copa. Con urgencia.

—Voy a buscar algo de beber —le susurré a Rodri.

Él asintió y yo me despedí de los dos hombres con una sonrisa. Juraría que los ojos de Covadonga de Herranz (sólo el nombre ya sonaba a esnob de decimosexta generación) me siguieron hasta que me mezclé entre el resto de los invitados. Preferí no girarme para comprobarlo.

Pedí una copa sin especificar, culpa mía, y me sirvieron una muy estilizada con *champagne* rosado. Puse los ojos en blanco, recordando mi propio comentario sobre los pijos y el Dom Pérignon Rosé, y le di un sorbo. Maldita sea, estaba muy rico. En el lado oscuro sí que sabían beber.

Eché un vistazo a mi alrededor. ¿Dónde estaba Sergio? Comencé a sentirme ridícula pensando que, quizá, él no se había presentado. ¿Qué hacía yo allí entonces? La segunda idea que cruzó mi mente fue aún peor: ¿y si no había ido a la fiesta porque yo no acepté no venir? Resoplé y apuré mi copa de *champagne*. Cuando el líquido burbujeante me bajó por la garganta, achiné los ojos y estiré los labios para contrarrestar el quemor del alcohol.

Me aseguré de que ningún miembro de la familia Martín estuviera cerca u observándome y me pedí otra copa. Me escabullí entre los invitados y caminé hasta el final de la casi kilométrica tarima. Bajé al jardín y anduve con cuidado un poco más. Quería llegar hasta el lago, pero el frío arreciaba demasiado fuerte como para alejarme mucho de las estufas.

Contemplé la arboleda y dejé escapar todo el aire de mis pulmones. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Cande. —Su voz me trajo de vuelta o me hizo volar donde él quisiera llevarme, quién sabe.

Me giré despacio, mentalizándome para lo que iba a encontrarme, pero cualquier esfuerzo fue inútil. Sergio Herranz de esmoquin, con una mano en el bolsillo y sus ojos azules sobre mí era una visión que me ayudaría en las noches frías el resto de mi vida. Ya no me recordaba a Alain Delon de joven. La realidad había superado al mito.

—Hola —lo saludé en un susurro.

—¿Qué haces aquí?

No lo preguntó enfadado, sino cansado, como si llevara demasiado tiempo luchando en una batalla que yo ni siquiera conocía.

—Sólo quería verte —me sinceré. ¿Qué sentido tenía mentir?

No dijo nada, así que me animé a hablar primero.

—Si no querías que viniera a la fiesta porque te preocupaba que tu madre me reconociera, ya no es un problema. He estado hablando con ella y...

—La opinión de mis padres no me importa absolutamente nada —sentenció.

Asentí. Estaba nerviosa. Las manos me temblaban. Sergio me observó largos segundos, en silencio. El eco de una tenue canción que sonaba en la fiesta se coló entre los dos.

—¿Por qué no puedes entender que tú y yo no podemos tener un futuro? —preguntó, y otra vez sabía que no estaba enfadado. La sensación de lucha seguía ahí y se había mezclado con una débil admiración, como si

no entendería por qué seguía peleando por él y al mismo tiempo le gustase que lo hiciera.

—Porque sé que puede funcionar —respondí convencida, dando un paso hacia él—. Sergio, yo te quiero.

—No lo digas —replicó, y su voz sonó amenazadoramente suave.

Di un paso más por inercia y busqué su mirada.

—¿Por qué? —inquirí triste y confusa.

—Porque no quiero oírlo.

Su respuesta fue como si tiraran de la alfombra bajo mis pies y de pronto comprendí por qué reaccionó como lo hizo después de que se lo dijese la primera vez.

—Por eso llevaste a una chica a tu piso y por eso no me respondiste cuando te pregunté si te habías acostado con alguien más desde que estábamos juntos. Querías que la encontrara y querías que me desilusionara.

—Quería que entendieras cómo son las cosas. —Inspiró pesadamente y pude sentir que aquello también lo entristecía—. Esto se ha acabado, Cande.

Levanté la cabeza y el estómago se me cerró de golpe. Por un momento temí dejar también de respirar. No podía estar pasando.

—Es lo mejor —añadió, y volví a tener la sensación de que era un discurso aprendido. Eso me dio fuerzas para continuar.

—No, no lo es. En estas últimas semanas hemos estado muy bien juntos. Hemos hablado, nos hemos reído.

—Cande —me reprendió.

—Cuando me pediste que me quedara a dormir, fue diferente —continué cada vez más acelerada—. Tú también lo sentiste. Tenemos algo más, no es sólo sexo, y lo que pasó en tu piso lo demuestra. Si sólo nos importara acostarnos, no me habrías dicho que no querías que estuviese con otros chicos.

—Lo que pasó en mi piso sólo demuestra que las cosas se están complicando.

—¿Por eso me estás dejando? —repliqué sin poder creérmelo del todo. Tenía que estar viviendo una pesadilla—. ¿Porque te importo? ¿Porque estás sintiendo algo por mí?

No respondió y supe que tenía razón, como supe que no me merecía estar pasando por aquello, el estar allí delante de él, tratando de convencerlo de que podíamos conseguirlo. Yo no me merecía arrastrarme así y él no se merecía que lo hiciera, pero mi corazón estaba desesperado y la mera idea de perderlo ya estaba empezando a resquebrajarlo.

—No me he imaginado lo que hay entre nosotros. —Mi voz, sin quererlo, sonó más enfadada. Me odiaba por estar comportándome como una de esas mujeres que no entienden que no las quieren y, sobre todo, lo odiaba a él—. No era la única que era feliz. ¿Por qué ni siquiera puedes admitirlo?

—¿Porque no es lo que quiero!

Sus palabras nos silenciaron a ambos y una lágrima cayó por mi mejilla.

—No podemos estar juntos porque eres una cría de veintidós años —continué con la voz más calmada, pero con todo su cuerpo más tenso— a la que, si seguimos así, voy a acabar arruinándole la vida, y no pienso cargar con eso, joder.

Así que al final todo se reducía a eso, a que no quería sentirse culpable cuando me partiera el corazón porque para él no existía la posibilidad de un final feliz porque sencillamente no lo quería.

—Eso no son más que tonterías —le recriminé furiosa.

—Tú quieres que hinque la rodilla en el suelo, ¿verdad? —inquirió, y otra vez estuvo a punto de gritar. Sonaba frustrado, lleno de rabia—. Que tengamos críos y te lleve a comer todos los domingos a casa de mis padres. ¡Yo no quiero eso!

—¡Claro! —vociferé. Estaba tan cabreada, tan dolida—. ¡Yo sólo te sirvo para follar!

Sergio se pasó las manos por el pelo y, con ellas en la nuca, clavó su vista en el cielo plagado de estrellas.

—Yo no he dicho eso, joder.

Traté de tranquilizarme. No lo logré.

—¿Qué pasa si yo sí quiero todo eso?

Él me devolvió la mirada y atrapó mis ojos con los suyos. Sabía que lo que iba a decirme iba a partirme el corazón incluso antes de escucharlo.

—Que conmigo no lo vas a encontrar.

—Tú sólo sabes follar —solté con desprecio, negándome a llorar otra vez delante de él.

Sergio apretó los puños junto a sus costados y tragó saliva despacio. Mis palabras le habían dolido.

—Yo sólo quiero follar —sentenció.

Asentí tragándome las lágrimas, obligándolas a pasar por el nudo de rabia que tenía en la garganta, y empecé a caminar hacia la tarima.

—No te prometí nada —me recordó, e imaginé que quería cerrar esa conversación y esa relación con la conciencia limpia.

—No te preocupes —dije volviéndome, llenando mis palabras con el desdén justo—. No tengo nada que reprocharte, porque no me llevo nada de ti. Nunca dejaste que lo hiciera.

Seguí andando, alejándome de él. Ni siquiera podía entenderlo. Le importaba, sentía algo por mí y ése era el motivo por el que tenía que acabarse. ¿Cómo podía ser tan frío? ¿Cómo podía dejar lo que sentía a un lado sencillamente porque no era lo que había elegido? Una lágrima exploradora volvió a recorrerme la mejilla, pero me la sequé con rapidez al tiempo que me crucé de brazos apretando mi propio cuerpo, tratando inútilmente de consolarme. Estaba enfadada y triste, pero, sobre todo, estaba dolida. Yo también habría preferido enamorarme de un buen chico, de mi edad, cariñoso y responsable, pero todo lo que lo quería pesaba más que el hecho de que no fuera bueno para mí. Supongo que a él no le ocurría lo mismo.

Al llegar a la parte de la tarima habitada por los invitados, me obligué a poner buena cara y me descrucé de brazos. Lo último que quería era llamar la atención. Tomé aire un par de veces y recé para que mi maquillaje *waterproof* hubiese cumplido con lo que prometía.

Rodri estaba hablando con otros dos hombres. Al verme, se excusó y se giró hacia mí.

—¿Estás bien, ena... digo... Cande? —se corrigió.

Me obligué a sonreír y asentí.

—Sí, es sólo que tengo un poco de frío. Creo que me estoy resfriando.

Rodri me miró con atención y me puso la palma de la mano en la frente.

—No parece que tengas fiebre, pero será mejor que te lleve a casa.

¿Irme a casa? ¿Y qué pasaría si Sergio se arrepentía y quería hablar conmigo, pedirme que lo arregláramos? No podía marcharme. Sé que suena ridículo y desesperado, pero estaba enamorada.

—Preferiría que nos quedáramos un poco más.

—¿Segura?

Asentí de nuevo y me llevé el índice y el corazón a los labios. Aunque agaché la cabeza y aparté la mirada, Rodri la seguía teniendo sobre mí. Mi respiración estaba agitada, inquieta, y cada vez tenía más ganas de llorar.

—Cande, ¿de verdad estás bien?

Alcé la cabeza para fingir de nuevo y contestar, pero unos pasos acercándose me detuvieron. Mi cuerpo supo al instante que era él. No necesitaba mirarlo para comprobarlo.

—Sergio, creo que nos vamos —le comentó mi hermano.

Quise interrumpirlo y decir que no, pero entonces mis ojos se encontraron con los suyos. ¿Por qué lo estaba haciendo todo tan difícil? Yo sólo quería lanzarme en sus brazos y que no me soltara jamás.

—Cande está insistiendo en que nos quedemos —continuó Rodri.

No aparté mi mirada de la suya. Sólo quería que dijera algo, que hiciera algún gesto, y me olvidaría de todo lo que habíamos dicho.

—Deberíais marcharos —sentenció, y lo peor de todo es que parecía aliviado de que me fuera.

—Claro —murmuré y forcé una última sonrisa.

Seguíamos mirándonos, en silencio. ¿De verdad? ¿Así era cómo iba a acabarse todo?

—Te llevaré —comentó Rodri.

Sus palabras me hicieron volver al aquí y ahora. Aparté mi mirada de los ojos azules más increíbles que veré jamás y negué con la cabeza gacha, luchando una vez más por no romper a llorar.

—Iré en taxi.

Era completamente consciente de que, en el momento en el que me metiera en un coche, empezaría a llorar como una Magdalena y quería ahorrarle el espectáculo a Rodri, amén de ahorrarme un montón de preguntas.

—¿En taxi? —repitió incrédulo—. De eso nada. Te llevo.

Podría haber seguido discutiendo, pero después de haber escuchado ese «deberíais marcharos», lo único que quería era salir de allí.

—Como quieras —claudiqué.

Rodri sonrió.

Eché a andar y yo debería haberlo seguido, pero, como buena idiota, quería quedarme a ver cómo se desmoronaba todo.

Alcé la cabeza imprudente y me encontré de frente con él, otra vez. Su mirada parecía querer decirme que a él también le dolía, pero, entonces, ¿por qué lo hacía?, ¿por qué nos mandaba de una patada a la casilla de salida? Me estaba dejando porque sentía algo por mí. Parecía una broma pesada.

En ese instante odiaba mirarlo y odiaba quererlo.

—Adiós, Sergio —pronuncié sin apartar mis ojos de él.

—Adiós, Cande.

Hice un esfuerzo sobrehumano para no llorar en el coche y perdí la cuenta de cuántos «estoy bien» le di a Rodri, quien, cuando entrábamos en La Latina, insistió en que quizá deberíamos llamar a un médico para que me echara un vistazo por si había pillado la gripe.

A solas en mi piso, no tardé más de unos minutos en comprender que no quería estar allí, pero, cuando estaba a punto de girar sobre mis pies e irme a casa de Martina, me detuve en seco pensando que no podía marcharme porque quizá Sergio vendría arrepentido a buscarme.

Sí, hasta ese punto llegaba mi absoluta estupidez.

Acabé acurrucada en mi cama, llorando porque me pidiera que no fuera a la fiesta, por lo que discutimos allí. Lloré porque tuviera tan claro que no me querría nunca, pero, sobre todo, lloré por todo lo que yo ya lo quería a él.

Presente

Empieza a ser alarmante la cantidad de veces que llego a la oficina sin saber qué voy a encontrarme con respecto a Sergio. Además, significa que, en cualquier caso, me he pasado dándole vueltas a mi vida y a mi vida con él desde que el despertador ha sonado a las siete de la mañana y probablemente me he quedado dormida con el mismo runrún en la cabeza. Esto no puede ser sano. Muerta por pensar demasiado en el tío equivocado. Me tranquiliza considerar que, si se pudiese morir de eso, el ochenta por ciento de las mujeres del mundo habríamos pasado ya a mejor vida.

Me he tirado toda la noche fantaseando con él, y no han sido fantasías del tipo «oh, quíereme», más bien han sido del tipo «oh, fóllame... duro». Parece que mi mente ha entendido que sólo somos amigos, pero unos que se permiten pausas y, lo de las pausas, le ha encantado.

Sergio entra en la oficina con su andar decidido y sus gafas de sol puestas y yo lo sigo con la mirada como si estuviera recubierto de chocolate fundido. Se pasa dos veces la mano por el pelo desde el ascensor hasta la puerta de su despacho. Frunzo los labios. ¿Está inquieto? ¿Por qué?

Las dos horas siguientes, cada uno se hace hiperconsciente del otro. Cada vez que sale a hablar con cualquiera de mis compañeros, lo radiografío con la mirada y me deleito en cada uno de sus gestos, por ínfimos que sean. La manera en la que aprieta la mandíbula con la mirada perdida en la pantalla de Pedraz, cómo se revuelve el pelo junto a su mesa leyendo unos papeles que Chen acaba de llevarle o su sonrisa cuando charla unos minutos con mi hermano Rodri junto al ascensor. Como no cierra la puerta de su despacho en ningún momento, siento sus ojos azules desnudarme cada vez que voy al archivo, a la máquina de *vending* o la mesa de alguno de mis colegas de trabajo.

A las once y cincuenta y tres minutos, la situación es insostenible. He perdido la cuenta de cuántas veces he apretado los muslos para contenerme e incluso he acabado abanicándome con el catálogo de Ikea que siempre tengo a mano para perder el tiempo.

—Lo siento, señor Herranz —dice Arroyo con miedo—, pero la secuencia no encaja. Creo que se ha equivocado en la base del impuesto.

Y la última frase la pronuncia con auténtico y genuino pavor. El Sergio jefe nunca se equivoca. No es que sea un tirano que no contempla la posibilidad de cometer un fallo (bueno, un poquito sí), es que es increíblemente raro pillarlo con el pie cambiado. Sin embargo, hoy, Arroyo, lo está presenciando.

Sergio se inclina sobre el asiento de éste y comprueba los números en la pantalla y en el documento Excel sobre la mesa.

—Joder, sí. El fallo está en la tercera línea, celda dieciocho. El cociente impositivo debería ser... —ladea la cabeza con suavidad calculando, apenas un segundo—... 0,0521477. Rehaz todas las celdas a partir de ahí.

—Sí, señor Herranz.

—¿Dónde coño tengo la cabeza? —farfulla entre dientes.

Yo sonrío victoriosa y muy satisfecha. ¡A él también le afecta esta amistad con pausas! Bajo la mirada cuando pasa a mi lado y finjo teclear.

Entra en su despacho, se revuelve el pelo y resopla con fuerza. Trata de calmarse, pero no lo consigue.

—Señorita Martín —me llama apoyándose, casi sentándose, en el borde de su mesa.

Creo que me levanto antes siquiera de que termine de pronunciar mi nombre. Entro, cierro y me recuesto contra la puerta con las manos a mi espalda. Mi respiración ya es un caos, como la suya. Sus ojos ya están hambrientos como los míos.

—¿Pausa? —pregunta agarrando con fuerza el borde de su escritorio con las dos manos.

—Sí, por favor —contesto prácticamente corriendo hacia él, con la necesidad pura y absoluta hablando por mí.

Nos besamos con fuerza. Sergio me sujeta por el culo y me sube a horcajadas a su regazo. Yo rodeo su cuello con los brazos y nos acoplamos a la perfección.

—Van a empezar a pensar que estamos liados —comento divertida contra sus labios.

—Yo creo que ya lo saben —responde contagiándose de mi humor—. Concha no me mete mano desde la semana pasada. Creo que está guardando las distancias por respeto a ti.

Yo rompo a reír. Un par de carcajadas que se infiltran en nuestros besos.

—Debes estar hundidísimo —replico socarrona.

—No te haces una idea.

Se gira conmigo en brazos. Me deja sobre la mesa. Libera su erección, aparta mis bragas y entra en mí. Maldita sea, sin esto no merece la pena vivir.

Salgo del despacho con una flagrante cara de culpabilidad, pero con una sonrisa de oreja a oreja como contrapartida. Sin embargo, creo que también debo pensar en un par de cosas. Por ejemplo: ¿dónde va a llevarnos esto? ¿Dos pausas seguidas en menos de veinticuatro horas? ¿Y si se nos va de las manos? Llegados a ese punto, soy plenamente consciente de que la única que sufriría soy yo. El señor «puedo dejar las emociones a un lado si no quiero vivirlas» no tendría el más mínimo problema. De golpe vuelven los miedos y yo opto por la solución más cobarde de todas, que suele ser un clásico cuando se está verdaderamente asustado.

—¿Diga? —responde tras dos tonos.

—Hola —lo saludo esforzándome en usar un tono maravillosamente jovial y divertido, digno de un anuncio de tampones—, ¿te apetece comer conmigo?

Marcos silba, fingiendo pensar la respuesta.

—Sí, creo que no tengo un plan mejor —contesta insolente—. ¿Te recojo en una hora?

—Mejor quedamos en el asiático del centro comercial. No quiero que te aburras mientras me esperas abajo —miento.

No quiero que Sergio me vea yéndome con él. No pienso darle una excusa para más numeritos de posesión y celos, que en el fondo sólo consiguen que se me caigan las bragas.

—Perfecto. Nos vemos en un rato, preciosa.

Cuelgo sintiéndome una mierda. No busco jugar con Marcos. Yo de verdad quiero que las cosas funcionen con él... pero no puedo alejarme de Sergio. Me ayudaría mucho hablar con las chicas, pero no me atrevo a contarles que he vuelto a acostarme con Sergio. Las preocuparía y, casi con total probabilidad, me pegarían.

Bajo cinco minutos antes de lo que estrictamente se considera horario de comida con el fin de no encontrarme con Sergio y me doy un paseo, cortito, hasta el centro comercial. Marcos me espera con una sonrisa y las manos metidas en los bolsillos en la puerta del Gong.

Me lo paso genial con él, es divertidísimo, pero, de vuelta al trabajo, caminando a su lado, no puedo

evitar pensar que con Marcos no tengo la sensación de ser los protagonistas de una película romántica. Con él no suena música. Antes habría pensado que quizá no oía música porque, después de todo lo que había pasado, yo había perdido esa parte de mí, pero Sergio sólo necesitó tocarme un segundo para que sonara con más fuerza que nunca.

—Al cine, a las nueve y media en los Yelmo —me informa Sergio sentándose en mi mesa.

—Cine —repito con una sonrisita, terminando de teclear algo en mi ordenador—. Después del par de conciertos sólo nos falta una peli más para parecer una canción de Mecano.

Alzo la cabeza y mi sonrisa se ensancha.

—Eres una cursi —replica divertido—. Dime una cosa —me reta con esa voz sugerente y fingidamente desinteresada—. Cuando te quedas embobada mirándome, ¿qué música suena mientras fantaseas conmigo? ¿Taylor Swift? —inquire arrogante e impertinente a partes iguales.

Yo cojo los documentos que hay encima de mi mesa y los cuadro con unos golpecitos sobre la madera.

—Soy una chica clásica. Suena Enrique Iglesias —respondo muy digna.

Sergio entorna la mirada condenadamente sexy, con una sonrisa que lo es aún más.

—Termina de hacer ver que trabajas y vámonos ya. —Me ordena levantándose. Lo fulmino con mis ojos marrones, pero él me ignora con los suyos azules sin remordimientos—. Me muero de hambre.

—No te he dicho que sí —murmuro lo bastante alto como para que él me oiga y no para que lo hagan mis compañeros que aún pululan por aquí.

Sergio se detiene en seco y se gira despacio. Se humedece el labio inferior y apoya una mano en el respaldo de mi silla y la otra, abierta y grande, sobre mi escritorio justo antes de inclinarse sobre mí.

—La pregunta es cuándo vas a decirme que no —sentencia aún más presuntuoso que antes.

—Eres un cabrón —protesto manteniéndole la mirada.

—Y cuánto te gusta —replica con una sonrisa antes de incorporarse y echar a andar.

Y cuánta razón tiene.

* * *

Nos paramos en un bar pequeñito pero con buena pinta cerca del cine. Nos pedimos unas cañas y unas cuantas tapas. Nos instalamos en la barra y nos pasamos toda la comida hablando de tonterías. A la hora de pagar, me bajo del taburete con un billete en la mano dispuesta a dárselo al camarero.

—De eso nada —dice Sergio a mi espalda—. No le haga caso —añade mirando al tipo.

El hombre de detrás de la barra, un señor de unos sesenta años chapado a la antigua, decide que el que tiene que pagar es Sergio, me imagino que porque es el que tiene pene, y yo me indigno.

—Señor, cúbrese —insisto tendiéndole de nuevo el billete.

El camarero niega con la cabeza.

—Le dejaré propina, mucha.

Vuelve a negar. Es más, ni siquiera lo piensa. Y a mi lado, el malnacido de Sergio pasándoselo de fábula.

—Eres increíble —le reprocho—. Todo esto es culpa tuya. Quiero pagar. No puedes hacerlo siempre tú. Trabajo y tengo mi propio dinero...

Y no soy capaz de decir nada más porque, ni corto ni perezoso, Sergio rodea mis hombros con su brazo y me tapa la boca con la palma de la mano! Yo sigo protestando, esta vez con más energía, pero sólo consigo que él y el camarero, éste más comedidamente, se mueran de risa. Viendo que no voy a llegar a ningún lado, me cruzo de brazos y espero a que Sergio se meta la mano en el bolsillo, pague, deje propina, se guarde la vuelta y le pregunte al hombre cómo ha quedado el partido. Todo, sin molestarse en disimular su sonrisa más

impertinente.

Por fin, ladea la cabeza y, despacio, separa su mano, pero, antes de que pueda decir nada, me besa. Un beso corto, dulce y glotón.

—No has dicho *pausa* —murmuro casi hipnotizada cuando se separa.

Sergio sonríe.

—Pausa —susurra.

La sonrisa que creo que guarda sólo para mí.

—Pausa —repito, y me lanzo a sus brazos en busca de un beso más largo y más profundo.

Como las comparaciones son odiosas y dañinas, prefiero no hacerlas entre cómo me sentí con Marcos a la hora del almuerzo y cómo me siento con Sergio ahora. La que verdaderamente saldría perdiendo sería yo.

En la cola del cine para comprar las entradas, me hago la valiente y aceptó ver una película de miedo. Entro en la sala armada con una bolsita llena de regaliz rojo y nos acomodamos en nuestros asientos, en una de las últimas filas. No ha sido algo premeditado. Las ha elegido la taquillera, aunque puede que, teniendo en cuenta que se ha quedado mirando a Sergio como una gallina hipnotizada por un mago, entre gallinas nos reconocemos, él haya conseguido comunicarse con ella telepáticamente.

Cuando las luces se apagan, literalmente somos cuatro gatos mal contados en la sala y los otros felinos están sentados varias filas por delante de nosotros. Nos tragamos los anuncios del principio. El primer tráiler. El segundo. El tercero... Y no sé quién de los dos pidió pausa, pero, antes de que los créditos empiecen, estoy sentada a horcajadas sobre él, besándonos como si absolutamente nada más en el mundo importase. La culpa es de todos esos anuncios y avances, te dan demasiado tiempo para pensar.

En el cine no podemos llegar mucho más lejos y el hecho de comportarnos como dos adolescentes sólo sirve para que Sergio tenga que recolocarse un par de veces la polla, dura, dentro de los pantalones.

—Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? —dice moviéndose con maestría por los carriles de la glorieta de Embajadores.

No puedo dejar de verle el lado cómico al asunto.

—Di más bien que es tuya. Además, gracias a ti, no he podido enterarme del argumento de la peli. Seguro que había un poderosísimo motivo para que tuviera ese final tan malo —bromeo sacando un regaliz de la bolsa, atrapándolo con los dientes y tirando de él para coger un bocado.

Sergio sonríe y gira por la calle de Toledo.

—Si te quieres seguir comportando como un adolescente, avísame —continúo pinchándolo, girando el palito rojo entre mis dedos—. Podemos irnos de botellón al parque.

—¿Por qué? —inquire a su vez, tomando mi calle—. ¿Quieres ver a alguno de tus amiguitos del cole?

Frunzo los labios conteniendo una sonrisa.

—*Touché* —digo rompiendo a reír.

Su sonrisa se ensancha. Le doy otro bocado a mi regaliz. Sergio aparca el coche bajo unos árboles. Se nota que hoy ha regresado el frío y los madrileños han vuelto a esconderse en sus casas. Es relativamente temprano, pero la calle está desierta.

—¿Sabes lo que sería muy de adolescentes? —pregunta casi en un susurro, adornándolo todo con una sexy, muy sexy, malicia.

—¿Qué? —pregunto confusa y hechizada y con el regaliz entre los labios.

—Acércate y te lo cuento.

Yo, que voy de lista y de que lo conozco como la palma de mi mano, me acerco, porque en el fondo me tiene ganada y lo sabe y lo usa para hacer el mal cada vez que lo cree conveniente.

—¿Qué? —repito.

Y él contesta... a su manera.

Me besa con fuerza y, tras echar el asiento hacia atrás, me coloca otra vez a horcajadas sobre él. Su durísima erección marcada en sus elegantes pantalones de traje se encuentra con mi sexo y un largo gemido se escapa de mis labios por todo el placer anticipado y porque mi imaginación ya está volando libre.

—Sabes a regaliz, Candelita —dice justo antes de lamerme los labios—. Se me están ocurriendo muchas cosas, joder.

Desliza su boca por mi cuerpo, calienta mis pezones con su aliento por encima de mi ropa y a continuación sus manos se encuentran con ellos, dispuestas a torturarlos por debajo de mi blusa.

—Deberíamos parar —le pido en un jadeo sin mucha convicción.

Es cierto que la calle está prácticamente desierta, pero en cualquier momento podría aparecer cualquiera y podría vernos.

—No quiero parar —responde.

—Sergio, pueden vernos —trato de poner un poco de cordura.

—Me importa una mierda.

Libera su erección, aparta mis bragas y entra en mí. Gimo. Gruñe. Y los dos dejamos escapar el aire a trompicones a la vez.

—Es una puta locura lo bueno que es —dice a punto de reírse.

Y entiendo el porqué de esa risa. Es casi ridículo lo bien que se nos da estar juntos. Las ganas que nos tenemos siempre. Lo rápido que nos encendemos. Todo el placer, el deseo, la excitación. Juntos somos mejores que solos, mejor que con otros. El problema es que juntos no podemos estar.

Sergio empieza a moverse y yo empiezo a olvidarme de todo eso de que estamos en un coche en mitad de la calle y nos pueden ver. Dejo caer mi cuerpo hasta apoyar mi espalda en el volante y llevo las manos a la luna delantera. En esta postura tan trabajada, Sergio me embiste con el punto de fricción exacto y yo creo que estoy a punto de perder el juicio. Muerta por pensar en el chico equivocado, no. Muerta por dejar que el chico equivocado te folle en su coche de una manera magistral, sí. Totalmente sí. Mi testamento es breve: mis zapatos, para Martina. La clave de la cuenta de Meetic de Sira es «que salga lo viejo, que entre lo nuevo y que llame a lo viejo para que vuelva». Me la mandó por Snapchat la misma noche que la creó, en uno de esos vídeos que se autodestruyen a los dos minutos, y me lo he callado porque no quiero que renuncie a encontrar el amor a través de Internet. No dejéis que Julia vaya a mi funeral ni que Estela se haga mucho la víctima. Fin.

—Sergio —gimo—. Sergio.

Mi libido toma el control y gira mis caderas. Sergio hecha la cabeza hacia atrás y tengo la satisfactoria sensación de que está a punto de aullar. Sigo moviéndome. Él también. Y nos corremos casi a la vez. Yo antes, gimiendo, jadeando, controlándome por no gritar mientras involuntariamente deslizo los dedos haciendo surcos en los cristales llenos de vaho.

—Joder —jadeo volviendo a la realidad.

Sergio sonrío. Me muevo perezosa y sale de mí. Conmigo en su regazo, vuelve a metérsela en los pantalones y se los abrocha.

Lo miro con el pelo revuelto y los ojos brillantes. Mi corazón se acelera y yo me asusto. No puedo volver a colgarme de él.

—Tengo que subir —digo apartando mi mirada y concentrándola en cualquier otro sitio.

Trato de bajarme, pero alguna de las hebillas de mis botines debe de haberse quedado enganchada con algo y no logro moverlo. Refunfuño. Estoy nerviosa, enfadada.

—Cande... —me llama, pero no le escucho y sigo tratando de sacar el pie.

Bufo otra vez. Tiro. No se mueve. ¿Por qué no puedo ser capaz de controlar mis sentimientos cuando se

trata de él? ¿Por qué me da tanto miedo?

—Ey, Cande —me llama agarrando mi cara entre sus manos, obligando a frenarme en mis frenéticos movimientos.

¿Por qué tuvo que hacerme tanto daño?!

—Nena.

Su única palabra me detiene en seco. Mis defensas caen o él las tumba, qué sé yo. Atrapa mi mirada y vuelvo a tener la sensación de que puede leer en ella. Igual que yo sé ver en sus ojos azules más allá de la coraza que él se empeña en mantener. Teníamos algo maravilloso y él lo estropeó.

—Te odio —le digo con todo el dolor que siento y una lágrima resbala por mi mejilla.

Sergio aprieta los dientes y soy testigo por primera vez de que todo esto le duele tanto como me duele a mí.

—Lo sé.

Nos miramos a los ojos dejando que todo lo que sentimos por el otro hable por nosotros, porque está claro que, llegados a este punto, las palabras ya no valen. Tira con suavidad de mí, que me resisto y lucho, pero acabo cediendo, y Sergio me estrecha entre sus brazos.

—Lo siento —susurra.

Me acomodo contra su pecho dejando que esa frase cicatrice un poco mis heridas y nos quedamos muy quietos, abrazados, en su coche, en mi calle, en Madrid.

—Debería subir —musito incorporándome al cabo de no sé cuánto tiempo.

Sergio asiente, esconde su mano entre su sillón y la puerta y desengancha mi zapato. Ya soy libre.

—No quiero dejarte sola —me dice, y sus dedos recorren mi mejilla.

—Y yo no quiero que subas.

Y no lo digo por hacerle daño, pero tengo que empezar a protegerme.

Sergio asiente y, despacio, me deja en el asiento del copiloto. Sabe que me lo debe.

—Adiós —digo justo antes de salir.

—Adiós —responde, y su voz ronca me acompañara el resto de la noche.

En mitad de mi piso me doy cuenta de cuánto necesito hablar con las chicas, pero no puedo hacerlo. No saben nada de lo que está ocurriendo y esta noche no tengo las fuerzas para contárselo. Me siento triste y sola y también un poco hundida. Como cuando te levantas mal y sólo tirarte al alcohol y al chocolate tiene visos de ser tu salvavidas. Me entendéis, ¿verdad? Pues imaginaos ese mismo día pero sin que haya una sola gota de alcohol en el mundo ni una onza de chocolate.

La puerta suena. Frunzo el ceño y camino despacio hasta el recibidor. Al abrir, me encuentro a Sergio con la mano apoyada en el marco y el marinero abierto, mirándome, y yo no sé cómo reaccionar.

—No vengo a echar un polvo —dice antes de que yo pueda argumentar cualquier otra cosa, levantando suavemente la mano para dejar clara la ida—. Ni a besarte ni a pedirte una pausa. Vengo por ti —sentencia con vehemencia—. Porque estás triste y necesitas a alguien que te abraze o, no sé, joder, te caliente la cama para que no se te haga tan grande y tan fría... y yo quiero ser ese alguien.

Puede que no sea muy poética y que no sepa a ciencia cierta si es de amor, de amistad o simplemente de culpa, pero ésta es la declaración más bonita que he escuchado jamás. Creo que mi corazón nunca ha latido tan fuerte, nunca ha brillado más, pero estoy demasiado asustada. Complicarlo más sólo sería un error.

—Sergio...

—Te lo debo —me interrumpe— y no es por lo que te hice, es por haber sido tan jodidamente estúpido de no haberme dado cuenta en su momento de lo que podríamos haber tenido.

Llevo tres meses imaginándome esas palabras.

Me hago a un lado de la puerta y Sergio entra. No decimos nada más. Coge mi mano y me lleva hasta la habitación. Me quita el abrigo y me sienta en la cama y, paciente, se deshace de mis zapatos. Hace lo mismo con los suyos y lentamente nos tumbamos. Sergio me abraza y me desliza por el cojón hasta que mi espalda se acopla a su pecho. Respiramos despacio, al unísono, y sus brazos rodeándome me llenan de calor. En este instante comprendo que los suyos eran los únicos brazos que podían servirme esta noche.

Nos dormimos vestidos sobre la colcha. Exactamente igual que la primera vez.

Pasado

Si pensaba que los días anteriores en el trabajo habían sido complicados, los siguientes fueron horribles. Tenía que verlo todos los días, sin escapatoria. Tenía que seguir lidiando con lo guapísimo que es, con lo bien que le sientan los trajes y con lo mezquinamente atractiva que es esa rebeldía con la que se enfrenta al mundo. Con lo que no contaba era con que, además, tendría que luchar con la idea de que él también lo estaba pasando mal... y eso fue lo que me destrozó. Sergio estaba de un humor de perros. Acercarse a su despacho era sinónimo de salir escuchando una bronca. Era obvio que necesitaba dormir más y mejor y estaba nervioso. Se comportaba como si yo no existiese. No me mandaba ningún proyecto y los que me asignaba Paula eran rematados por algún compañero, que automáticamente se convertía en el encargado de rendirle cuentas a él.

Yo, por mi parte, trataba de fingir que él no estaba allí, pero resultaba demasiado difícil y muchas veces me sorprendía alzando la mirada y buscándolo en su despacho, que entonces tenía la puerta abierta cuando estaba dentro trabajando más de lo habitual. Sólo lo observaba y ese simple hecho era como si por fin pudiese volver a respirar.

Una mañana, la cosa se complicó porque, aunque me juré que no volvería a hacerlo, volví a caer. Volví a alzar la cabeza de mi teclado y volví a buscarlo, y allí estaba él, repasando unos papeles con un traje que le sentaba como un guante y una camisa y una corbata que hacían el resto para que estuviera espectacular. Habría sido tan triste como el día anterior y el otro y el otro si no hubiera sido porque él también levantó la cabeza y mis ojos marrones chocaron de lleno con los suyos azules. No dijo nada. No sonrió. Sólo se quedó quieto, mirándome, y sentí que el alivio lo recorría entero como me pasaba a mí cuando lo contemplaba, como si algo le dijese «no te preocupes. Ella te quiere. Te va a seguir queriendo toda la vida». Y, aunque por un momento esa sensación hizo que algo dentro de mí brillase de nuevo, también terminó de hundirme. ¿En qué posición me dejaba aquello? Él también quería estar conmigo; entonces, ¿por qué no nos lo permitía? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué es lo que había hecho mal para alejarlo de mí?

Negué con la cabeza. No podía más. Me levanté de un salto y salí disparada hacia el ascensor. De reojo vi cómo Sergio se humedecía el labio y resoplaba. Aún no había llegado al elevador cuando un portazo resonó en todo el departamento. Había cerrado su puerta de malas maneras y todos estaban mirándola sorprendidos.

* * *

—Te lo advertí —dijo Martina sacando su paquete de Nobel, abriéndolo y tendiéndomelo para que cogiera un cigarrillo. Eran los dos últimos. Lo hice, pero no me lo lleve a los labios—. Te advertí de que no te enamorarás de él. Es el más cabrón de Madrid, probablemente de España y del sur de Europa. Dicho esto —hizo una pequeña pausa para encenderse el pitillo—, te entiendo.

Miré el pitillo sin saber qué hacer con él. Estábamos en los baños de la planta de Administración, donde trabajaba Martina. Sabía de sobra que allí no se podía fumar, pero lo cierto era que me moría de ganas. Es por esa estupidez de creer que va a relajarte. Me lo llevé a los labios y mi amiga me dio fuego. Tosí con la primera calada.

—Ni siquiera comprendo lo que ha pasado —me sinceré—. Estábamos tan bien... Y sé que él también era feliz. —De pronto noté cómo la rabia y la desesperación volvían a inundarme. Sentí cómo los ojos me ardían de nuevo por la sal de las lágrimas—. Me ha dejado porque estaba sintiendo algo por mí. ¿Has oído algo más ridículo? ¿Qué se supone que debo hacer ante eso? —prácticamente grité—. Me siento triste e impotente. Ni siquiera sé qué he hecho mal. —Las lágrimas empezaron a caer y un sollozo fuerte se escapó de mis labios.

—Eh —me llamó Martina con un golpe de voz, mirándome muy seria—. Si vuelves a decir una gilipollez así, te cruzo la cara —me amenazó con el índice de la mano con la que sostenía el cigarrillo—. Tú no has hecho nada mal —vocalizó despacio, como si de repente estuviéramos en Barajas y yo fuera un guiri con nulo conocimiento de nuestro idioma—. La culpa la tiene Sergio. Es tan guapo como hijo de puta.

—¿Has vuelto a hablar con él? —me preguntó Sira.

Negué con la cabeza y me sorbí los mocos. No podía dejar de llorar.

—No. Casi no me ha dirigido la palabra.

Me limpié la nariz con la palma de la mano con la que sostenía el cigarro y el humo me entró en el ojo. Maldije por lo bajo y apagué el pitillo en la cajetilla vacía como Martina me había enseñado, cerrándola y agitándola.

La puerta se abrió, pero Sira, con dos pasos, la detuvo con la palma de una mano y bloqueó a la chica que pretendía entrar.

—Uno de los váteres se ha roto y no para de salir agua —mintió—. Estamos esperando al de mantenimiento. Será mejor que vayas al del otro lado del pasillo, guapa.

Ésas son las amigas de verdad. Las que te cubren las espaldas cuando estás llorando como una Magdalena en un baño.

—El problema de Sergio es que es un tío y está muerto de miedo —dijo Martina cuando volvimos a quedarnos solas.

—El problema de Sergio es que ha decidido no sentir nada —repliqué con desprecio— y, todo lo que no entre en ese plan, le sobra.

Nunca había estado tan enfadada. Ni siquiera cuando Rodri, gracias a Estela, me envió al internado. Era como una presión en el pecho que casi me asfixia.

—Lo odio. Le odio con todo mi corazón —continué, y mi voz se llenó de rabia. La sentía saturando cada poro de mi piel—, pero no puedo dejar de quererlo y entonces lo odio aún más por eso... y a mí, porque soy estúpida, porque esto se veía venir y porque sólo hace dos meses que estamos juntos. ¿Cómo es posible que en dos meses haya conseguido que todo en lo que pueda pensar sea él?

—Llevabais dos meses follando como animales —replicó Sira, sentándose a mi lado en los lavabos y pasándome el brazo por el hombro—, pero, Candela Martín, tú estás enamorada de él desde la primera vez que lo viste.

Martina asintió sabiamente.

—Candela Martín está enganchadísima.

—Candela Martín es una pringada —sentencié.

Y Candela Martín lo tenía clarísimo.

Salí del baño un poco preocupada porque lo cierto era que no sabía cuánto tiempo había estado allí. Nada más poner un pie en el departamento, la puerta del despacho de Sergio entró en mi campo de visión. Seguía

cerrada.

Continué trabajando. Paré para comer porque las chicas me obligaron, pero apenas una media hora después estaba de nuevo en mi mesa. Remover una ensalada fingiendo que comes y beberte una Coca-Cola *light* es algo relativamente rápido.

A las siete menos cinco despejé mi mesa y me levanté. Me despedí con un gesto de mano y un «adiós» mal murmurado. Fui hasta el ascensor y pulsé el botón. Por suerte, no tuve que esperar mucho y las puertas se abrieron en seguida. Tres o cuatro compañeros salieron susurrando y golpeándose los unos a los otros. Si hubiesen sido unos dibujitos, incluso habrían levantado polvareda a su alrededor. Pero, cuando todo se disipó y por fin iba a entrar, lo vi y mi cerebro detuvo mi cuerpo y mi embalado corazón. Sergio estaba en un extremo del cubículo vacío, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, mirándome. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente guapo?

Mi instinto de supervivencia tomó el control y giré sobre mis pies dispuesta a bajar por las escaleras o volver a mi mesa, yo qué sé, cualquier cosa que me alejara de ese ascensor. Sin embargo, mi dignidad decidió volver de sus vacaciones y apareció justo a tiempo de recordarme que yo no tenía por qué huir, que yo no era la que había decidido terminar ni tampoco tenía que avergonzarme porque lo único que hice fue luchar por algo que me hacía feliz.

Deshice mis pasos y, con la barbilla alta, entré en el ascensor. Pulsé el botón del vestíbulo y entonces me di cuenta de que no había ningún otro pulsado, ¿por qué Sergio no se había bajado entonces? Decidí no darle más vueltas. No me importaba. Clavé los ojos en las puertas de acero que comenzaba a cerrarse. Recé para que alguno de mis compañeros, cinco o seis a poder ser, entraran en el último momento, pero nada.

No sé cuándo pasó, ni tampoco cómo. No sé en qué preciso instante el aire comenzó a llenarse con su olor, con esa mezcla de Armani Code y sexo salvaje. Las piernas me temblaron, pero resistí. Él había dejado muy claro lo que quería y yo, después de cuatro días y cuatro noches llorando como una idiota, lo había entendido.

No me giré, lo juro. Juro también que no contemplé su reflejo en el acero de las puertas, entre otras cosas porque lo intenté y no hubo manera, pero sí sentí cómo su cuerpo se separaba de la pared y daba un paso hacia mí. Cerré los ojos para escapar del momento y lo único que conseguí fue visualizarlo, poner imagen a esas pisadas que lo acercaban más a mí. Se detuvo a mi espalda, muy cerca, pero sin llegar a tocarme, y el suplicio se multiplicó por mil.

Se inclinó lentamente y su nariz acarició mi cuello, muy despacio, fabricando poco a poco las notas de la canción que empezaba a sonar entre los dos. Suspiré y contuve su nombre en mis labios y llegué a pensar que todo era producto de mi imaginación. Su mano se ancló a mi cadera. Su boca subió por mi piel hasta el lóbulo de mi oreja y su suave aliento me calentó, me incendió, me devolvió a la vida. Era demasiado bueno para no ser real.

—Nena —susurró indomable y sensual.

Y, antes de que me diera cuenta, me atrapó entre la pared del ascensor y su cuerpo, lleno de brusquedad y me besó con la misma fuerza. Yo quise apartarlo, quise resistirme, luchar, pero en realidad no deseaba ninguna de esas cosas, sólo lo quería a él, de la manera que fuera. No se trataba de que mi dignidad se hubiese ido de nuevo de vacaciones, es que lo necesitaba tanto como necesitaba respirar. Puede que sólo hubiésemos estado juntos dos meses, pero me habrían valido dos horas para darme cuenta de que lo que sentía por él era diferente: me llenaba más. Quería más. Me hacía sentir completa.

—Te echo tanto de menos que voy a volverme loco —rugió contra mi boca.

Hundí mis manos en su pelo y las suyas se abrieron al final de mi espalda y me estrecharon contra su cuerpo.

—Coge un taxi y espérame en mi piso —me pidió.

Yo asentí y él volvió a besarme. Lo acerqué todavía más. Necesitaba sentirlo más cerca aunque no hubiera un solo centímetro de aire entre los dos. Él me apretó contra su cuerpo, accediendo a mi petición silenciosa.

El ascensor sonó indicando que las puertas iban a abrirse en la planta baja. Sergio apoyó su frente en la mía y nuestras respiraciones se entremezclaron jadeantes.

—Nena —repitió en un murmullo, no para llamarme a mí, sino por él, como si esa única palabra fuera su pequeño mantra.

Las puertas empezaron a abrirse, Sergio se separó y me encontré de golpe con sus ojos azules. Nunca me había sentido tan cerca de él.

Las primeras personas empezaron a entrar absortas en sus conversaciones, sus papeles o sus móviles. Sergio movió su mano y encontró la mía. Sus dedos acariciaron los míos despacio, casi saboreándome, y apenas un segundo después noté algo metálico en la palma de mi mano.

Él sonrió diciéndome sin palabras que debía salir y, atontada, obedecí. Me quedé de pie en mitad del vestíbulo sin saber qué hacer mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Cuando logré recuperarme, probablemente ya habían pasado un par de minutos, abrí la mano y sonreí como una idiota al comprobar qué era ese «algo metálico»: las llaves de su casa.

Cogí un taxi y me planté en la calle Claudio Coello bastante rápido. Era absolutamente imposible que él hubiese llegado antes que yo. Subí los escalones de prisa con mis botas de media caña negras resonando contra los escalones de mármol. Al meter la llave en la cerradura, incluso estaba nerviosa. No habíamos arreglado nada, pero obviamente íbamos a hacerlo.

Entré despacio. No con miedo, pero sí con respeto. Había estado en ese piso muchas veces, pero era la primera vez que lo hacía sola. Sergio me estaba regalando esa porción de intimidad. Lo observé todo como si nunca hubiera estado allí. Lo cierto era que esa casa me encantaba. Tenía algo, nada que pudiera explicarse, pero me gustaba estar allí. El salón grande pintado de blanco y con muebles de madera clara cuyas cuatro ventanas lo llenaban todo de luz. El sofá gris. La cocina americana. Y a un lado, el pequeño distribuidor y la puerta al dormitorio enorme y minimalista y el baño *en suite*. Martina siempre decía que esa casa me gustaba tanto por quién vivía dentro, a lo que Sira replicaba que era más bien por lo que me hacían dentro. Yo sabía que había algo más.

La puerta sonó. Me giré a tiempo de verlo entrar y lanzar junto al pechero el abrigo, que había empezado a quitarse con toda probabilidad en el ascensor, el maletín y las propias llaves. Seguro que había cogido las de repuesto que guardaba en un cajón de su mesa.

Me miró hambriento y yo lo hice del mismo modo. Sergio corrió hasta mí y, cogiéndome de la nuca, me besó al tiempo que me levantaba en brazos. Cuando mi cuerpo se acopló al suyo, gemí y él echó a andar.

Nos tumbó en la cama sin dejar que nos separáramos un solo centímetro y seguimos besándonos sin pasar... de ahí, sólo disfrutándonos. Sus manos me recorrieron entera, las mías se perdieron en su pelo, en sus hombros, en su espalda.

No sé cuánto tiempo pasó antes de empezar a desnudarnos igual de despacio. Me sentía como en una burbuja, como si, beso a beso, caricia a caricia, Sergio se estuviese llevando todas las lágrimas, todos los malos recuerdos.

Su mano recorrió mis costillas desnudas con la punta de los dedos y bajó hasta mi cadera. Sentí su piel desnuda contra la mía y volví a respirar. Así de sencillo, así de cruel.

—No —le dije cuando estiró la mano para coger un condón de la mesita—. Quiero sentirte.

Eran las mismas palabras que él me dijo en el salón de ese mismo piso hacía casi dos semanas. No tenía

miedo a pronunciarlas porque, aunque fui tan torpe de no entenderlo en su momento, sabía que no había tocado a otra mujer desde que estábamos juntos.

Sergio se separó para buscar mi mirada desde arriba.

—Sé que no ha habido nadie más —pronuncié llena de seguridad.

Sus ojos se volvieron más azules, brillaron y esa luz me derritió por dentro.

—Joder, Cande —contestó con la voz ronca—. Creo que no ha habido nadie más en toda mi vida.

Y comprendí lo que decía porque yo me sentía exactamente igual. Daba igual a quiénes hubiésemos tocado, a cuántas personas hubiésemos tocado. Nadie nos había hecho sentir así. Nadie había conseguido que todo tuviera sentido.

Mi espalda se arqueó contra su cuerpo cuando entró entero y el placer lo conquistó todo. Eran sus manos perfectas, su boca, su sexo. Era él.

Siempre sería él... Ojalá pudiese decir que esa frase ha dejado de tener valor.

* * *

Cuando mi respiración se calmó, me giré hacia él. Sergio ladeó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Sonreí y él me devolvió el gesto. No lo dudó. Rápido, se incorporó hasta que su espalda se apoyó en el cabecero de la cama, me tomó de la cintura y me sentó a horcajadas sobre él.

No dijo nada. No me importó. Sergio no hablaba mucho, pero sus actos lo hacían por él. Creo que lo supe siempre, pero lo entendí el día que su madre se presentó en su casa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté con demasiado miedo de su respuesta.

Necesitaba saberlo. Necesitaba oírle decir que no iba a acabarse.

Él inspiró pesadamente a la vez que me apartaba un mechón de pelo con los ojos fijos en el movimiento.

—No lo sé —se sinceró.

—Sergio, te...

—Cande, no lo digas.

Y por primera vez desde que lo conocía, esa impecable seguridad no brillaba con fuerza en sus ojos. Yo estaba confusa y tenía miedo de estar sin él, de lo que pasaría a partir de entonces... ¿y si a él le pasaba lo mismo?

Apoyé la cara en su hombro y lo abracé con fuerza. Aquel había sido un día de primeras veces. Sergio Herranz también era capaz de asustarse. Era humano.

* * *

Me quedé a dormir en su casa y pasé por mi apartamento antes de ir a la oficina. El día transcurrió tranquilo. Los dos estábamos muy pensativos. Era de lo más comprensible. Los compañeros pululaban felices por el departamento y habían dejado de jugarse a pares o nones quién iba a hacerle las consultas a Sergio. Ese día el Sergio jefe estaba de mucho mejor humor.

Comí con las chicas, pero preferí no contarles lo que había pasado. Aún no podía ponerle nombre a lo que había significado y, aunque estaba feliz, tuve la sensación de que era algo frágil y pequeño que debía proteger del mundo por algún tiempo antes de volver a llenarme la boca hablando de él.

A las siete sólo quedamos tres compañeros trabajando. El pardillo de Peralta, Arroyo y yo. Sergio seguía en su despacho. Estaba intentando terminar todo lo antes posible, pero resultó un poco más complicado de lo habitual cuando mis compañeros casi llegaron a las manos porque Arroyo le había robado a Peralta un

pokémon que llevaba intentando cazar dos días. Los separé tirándoles un zapato y amenazándolos con llamar a Paula. Tuve ganas de meter mi zapato en lejía y de ducharme con lejía yo también cuando Arroyo lo olió con cara de perverso antes de devolvérmelo. *Tenían-que-dejar-de-ver-porno-urgentemente.*

El ascensor pitó anunciando que las puertas iban a abrirse en la planta, pero no presté atención. Sería alguien que venía a hablar con Paula.

—Al despacho de Sergio, ahora —me dijo Rodri con la voz amenazadoramente baja, apoyando las palmas de las manos en mi mesa e inclinándose sobre ella.

Alcé la cabeza asustada. Nunca lo había visto tan furioso, pero él no me dio explicación alguna. Sólo me fulminó con la mirada y echó a andar. Llamó y, cuando Sergio le dio paso, mantuvo la puerta abierta esperando a que yo pasase, con una mano en la cadera y el cuerpo destilando una ira termonuclear.

—¿Qué pasa? —pregunté entrando.

Miré a Sergio confusa. Él frunció levemente el gesto, se levantó y rodeó la mesa, apoyándose en la madera, casi sentándose en ella. Observó a Rodri evaluando la situación. Estaba claro que él tampoco sabía qué estaba ocurriendo. Por un momento valoré seriamente la posibilidad de que se hubiera enterado de las cosas que había dicho de Julia, pero era imposible que estuviera así por eso, porque eran las mismas cosas que le decía a él. Yo no soportaba a mi cuñada y ella no me soportaba a mí, y a ninguna de las dos nos iban a dar el Oscar a la mejor interpretación por fingir lo contrario.

Rodri cerró la puerta conteniéndose para no hacerlo con un portazo.

—¿Qué pasa? —volví a inquirir.

—Dime que no estás saliendo con alguien mayor —me pidió, esta vez luchando por no gritar, con la mirada clavada en la mía y los brazos en jarras.

Yo me quedé lívida un segundo. ¿Cómo lo sabía? ¿Quién se lo había dicho? ¿Qué se suponía que debía contestar a eso? Obviamente no tenía ni la más remota idea de quién era ese hombre porque, a juzgar por lo enfadado que estaba, de saber más detalles, ya habría saltado por encima de la mesa de Sergio y se habría abalanzado sobre él.

Pensé en mentir para salir del paso. Pensé que era una estupidez. Pensé que ya era una mujer adulta.

—Sí —respondí tratando de sonar segura.

Rodri resoplo.

—¿Cuántos años tiene, Cande?

Trague saliva.

—Treinta y uno.

—¿Mi edad? —preguntó furioso, más que eso, estaba a punto de lanzarle un puñetazo a un mueble—. Joder, no pienso permitir que te veas con alguien que te saca nueve años.

¿Permitir? ¡Yo ya no era una cría, maldita sea!

—Nueve años no son nada —protesté.

—Puede —replicó—. Si tú tuvieras treinta o treinta cinco años, te daría la razón, pero tienes veintidós. Eres una niña.

—No lo soy —prácticamente grité. Me sentía impotente.

—Sí, sí lo eres, y está claro que no sabes lo que te conviene.

—Te estás equivocando —dije dando un paso hacia él—. Tú no lo conoces.

Era la conversación más surrealista del mundo. Ganaba de lejos a todas las que había mantenido con Sira y Martina. Estaba discutiendo con mi hermano sobre Sergio... ¡delante de Sergio!

—¿Y tú sí? —planteó condescendiente.

Me callé. Quería gritarle que sí, que claro que lo conocía, que estaba segura de que sentía algo por mí,

pero me callé. Porque esa persona sobre la que versaba esa conversación estaba a mi lado y era un grandísimo momento para que diera un paso al frente y nos defendería a los dos. Me callé... y él se calló también.

—Ese tío sólo quiere aprovecharse de ti —sentenció Rodri ante mi silencio— y eso no lo pienso consentir.

Miré a Sergio, pero él no me estaba mirando a mí. Tenía los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo.

—Tú no lo conoces —repetí, sin mover mi mirada.

Y empezaba a pensar que yo tampoco.

—Basta, Cande.

—No estás siendo justo, Rodri.

—Estela tiene razón —me interrumpió, como si no pensase escuchar nada más de lo que tuviera que decirle—. Vas dando tumbos. No sabes lo que quieres y no eres capaz de tomar buenas decisiones por ti misma.

—Eso no es cierto. Sé cuidar de mí misma. Llevó haciéndolo desde los once años, cuando me enviaste a un internado a otro país.

Me arrepentí antes de acabar de pronunciar esa frase. Era un golpe bajo e injusto y los dos lo sabíamos, pero es que estaba tan enfadada... En el funeral de nuestros padres me acerqué con la cara llena de lágrimas y aquel abrigo negro y le cogí la mano. Él miró hacia abajo y se obligó a sonreír para hacerme comprender que todo iría bien. Yo le devolví la sonrisa y él apretó mi mano. Desde ese momento siempre habíamos sido Rodri y yo contra el mundo, pero en aquel instante, por primera vez en doce años, no lo sentí así.

Mi hermano desvió la vista a la ventana a mi espalda y negó con la cabeza a la vez que resoplaba.

—Termina con esa historia, Cande —me advirtió. Mi pulla sobre el internado había dado en la diana— o descubriré quién es y la terminaré yo.

—No puedes hacer eso —protesté.

Rodri se tomó un segundo más para observarme.

—Me has decepcionado —sentenció justo antes de marcharse, y cada palabra que pronunció fue como un disparo.

La puerta se cerró con brusquedad. Yo me quedé inmóvil, sintiendo el eco de la frase de mi hermano. Pestañeeé y las lágrimas bañaron mis mejillas.

—Cande —me llamó Sergio ladeando la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no has dicho nada? —murmuré.

—¿De qué habría valido?

Lo miré. Estaba anestesiada.

—De mucho. —Me sorprendió lo baja que sonó mi voz.

Sergio tragó saliva. Su cuerpo se tensó.

—No habría valido de nada —repitió llevando de nuevo la mirada al frente.

No había dicho nada. No nos había defendido.

—¡Habría valido para que yo me sintiese mejor! —estallé colocándome frente él—. ¡Estaba diciendo unas cosas horribles de ti!

—¡Tú lo has dicho, joder! —gritó—. Las estaba diciendo de mí, no de ti.

—Pero nos incumbe a los dos —repliqué. ¿Cómo era posible que no lo entendiera?—. Se trataba de defender lo que tenemos.

Sergio resopló al tiempo que se pasaba las manos por el pelo y se incorporaba.

—¿Por qué siempre esperas que me comporte como un maldito protagonista de novela romántica?

—¡Porque el amor es así!

Tenía que ser así. Si no, ¿qué sentido tenía?

Sergio me mantuvo la mirada con la suya, en la que una vez más brilló toda esa distancia, esa inaccesibilidad que lo aislaba del mundo. Era el Sergio frío y yo sabía cuánto odiaba a ese Sergio.

—El amor es una estupidez, Cande —me recordó dolido—, y no vas a encontrarlo nunca.

Suspiré triste. Recordé la conversación cuando hizo saltar el detector de incendios, la apuesta en el antro. Por eso ni siquiera soportaba que le dijera que lo quería. Él no creía en el amor. Sergio Herranz sólo follaba.

—Y supongo que mucho menos si me quedo contigo, ¿verdad?

Sus ojos seguían sobre los míos.

—Verdad —sentenció.

Me mordí el labio inferior para no llorar. Era curioso cómo ese gesto había dejado de ser algo a lo que recurría cuando estaba nerviosa para ser algo que empleaba para evitar llorar.

—Lo de ayer fue un error —continuó—. Lo mejor será que nos olvidemos de lo que pasó.

Asentí varias veces. ¡Cómo me habría gustado poder ser fría en ese momento! Ser una de esas personas capaz de dejar a un lado las emociones. Ser como él.

—Claro —respondí.

Y sin mirar atrás, salí de su despacho.

Recogí mis cosas y me fui directamente al O'Donell. Quería llorar y fumar y beber. Que Martina me dijera que había sido una completa idiota, pero a cambio se ofreciera a acompañarme al Retiro a buscar una gitana que le echara una maldición a Sergio. Que Sira me dijera que había más peces en el mar y que nos buscara a dos y me dijera que, ante mi dolor, me ofrecía al guapo. Quería odiarlo y darle una bofetada. Y quería demostrarle que el amor sí existe y que, si no quería creer en él, era su problema y no el mío.

Desde la barra del bar, inmediatamente después de pedirle al camarero tres mojitos helados, saqué mi móvil para mandarles un whatsapp a las chicas. Chasqué la lengua contra el paladar al darme cuenta de que no tenía batería. Miré a mi alrededor por si el dueño del O'Donell era uno de esos hoteleros que consideran las cabinas algo *vintage* y original, pero ni por asomo. ¡Joder!

Con un poco de suerte, las chicas acabarían apareciendo tarde o temprano. Me acomodé en la barra y le di un sorbo al primer mojito con los otros dos mirándome. Parecía una borracha que acabara de recibir la paga. Me fumé un cigarrillo en la puerta y seguí esperando, odiando a Sergio en bajito, sin poder contárselo a nadie. Odiándome a mí por todo lo que sentí la noche anterior.

—Hola.

La voz me sobresaltó. Separé la mejilla de la palma de la mano y el codo de la barra y me incorporé. Un chico muy mono estaba de pie, a mi lado, con una sonrisa que enseñaba una hilera de dientes blancos y perfectos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté confusa.

—En realidad, sí —contestó sin dejar de sonreír.

Yo fruncí el ceño esperando a que continuara. Hice memoria por si lo conocía del colegio o algo así y había olvidado su cara, pero no me sonaba lo más mínimo.

—Verás —empezó a explicarse—, quería tomarme un mojito, pero el camarero me ha dicho que no puede ser porque son todos tuyos.

Me quedé mirándolo y tardé no sé cuántos segundos en comprender que estaba bromeando por la cantidad de vasos que tenía junto a mí. Cuando por fin capté la broma, no la más ingeniosa del mundo todo hay que decirlo, sonreí algo avergonzada.

—No eran todos para mí —me defendí—, pero no he podido avisar a mis amigas. Me he quedado sin batería.

—¿Y no eres una de esas chicas previsoras que lleva un cargador independiente en el bolso?

—No.

Él cabeceo fingiendo que buscaba una solución.

—Te propongo un trato.

—Te escucho —repuse.

Él volvió a sonreír. Era muy mono.

—Si te bebes conmigo uno de esos mojitos, te dejo mi móvil para que las llames.

—Es un gran plan, pero tiene flecos. Soy un desastre y no me sé el teléfono de mis amigas.

—No te creo.

Sonreí encogiéndome de hombros.

—Eso es porque quieres seguir atesorando mojitos.

—Probablemente, pero lo de que soy un desastre también es verdad.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me llamo Esteban —dijo.

—Cande.

Pidiéndome permiso con la mirada, se acercó a mí y se sentó en el taburete junto al mío.

Esteban me dio conversación y lo agradecí. Era obvio que intentaba ligar, pero yo decidí no fijarme en esa parte. No quería estar sola en un bar lamiéndome las heridas y pensando en alguien que con toda probabilidad, dado lo bien que se le daba escapar de lo que no quería sentir, no estaría pensando en mí.

El segundo mojito me envalentonó y, la idea de demostrarle a Sergio que el amor sí existía pero él era tan frío y tan cínico de no poder sentirlo, volvió a mi mente reluciendo con fuerza. Lo invité a venir a mi casa sin pensar. Hablé la rabia. Y en mi pequeño salón lo invité a una cerveza y a escuchar un poco de música, porque la tristeza sustituyó la rabia y sólo podía pensar en Sergio.

Cuando llamaron a la puerta, no tenía ni la más remota idea de quién podría ser. Inmediatamente di por hecho que serían las chicas y sentí alivio. *El sitio de mi recreo*, de Antonio Vega, sonaba en el viejo equipo de música de mi padre.

Abrió y entró como un ciclón. Ni siquiera lo vi venir. Llegó hasta el salón y tumbó a Esteban de un puñetazo.

—¡Sergio! —grité llevándome las manos a la boca y ahogando un suspiro.

Esteban se levantó tambaleándose, trató de responderle, pero Sergio lo esquivó sin problemas. Volvió a golpearlo. Volvió a tumbarlo.

—¡Para! —vociferé. Ni siquiera me oyó—. ¡Sergio!

Su nombre en mis labios por segunda vez pareció traerlo de vuelta. Resopló. Esteban se levantó y aprovechó para salir corriendo. La puerta se cerró de golpe y yo miré a Sergio absolutamente alucinada y confusa y enfadada y triste. Su mirada ya me estaba esperando. Más furioso que ninguna otra vez. Más frustrado. Más al límite.

—¿Se puede saber qué coño haces? —chillé.

—Fui al bar a buscarte —prácticamente gritó también. Sonaba desesperado—. El camarero me dijo que te habías largado con otro tío —sentenció con rabia.

—¿Y a ti qué te importa?

¡No tenía ningún derecho a ponerse celoso!

—¡Tú eres lo único que me importa! ¡Tú!

Otra vez sus palabras nos silenciaron a los dos. ¿Por qué lo estaba haciendo? ¿Por qué siempre conseguía tambalear todo mi mundo?

—Sergio... —musité.

Ni siquiera sabía qué decir.

—Quiero mi vida de antes, joder —rugió—. Quiero decidir quién me importa, con quién estar.

—Yo también lo quiero —protesté llena de toda la rabia que había sentido en su despacho, en el bar, de toda esa tristeza. Sin poder evitarlo, comencé a llorar—. Quiero estar con alguien bueno, que me deje decirle que lo quiero y que también me quiera a mí, no a una persona como tú.

Sergio resopló y empezó a dar paseos inconexos por mi salón, pasándose las manos por el pelo. No podía más, en ningún sentido.

—Esto se ha acabado, joder —sentenció.

—Lo estoy deseando —le espeté

—No puedo más —masculló entre dientes, pero no fue una frase para mí, sino para sí mismo.

Resopló de nuevo, armándose de valor o perdiendo la poca cordura que le quedaba, quién sabe. Corrió hasta mí, tomó mi cara entre sus manos, me besó con fuerza y la música estalló entre los dos. El alivio fue inmediato, pero también el dolor. Lo arreglábamos otra vez y, entonces, ¿qué?, ¿él volvería a decirme que quererse era una ilusión de los libros y las películas?

—¡No! ¡Márchate! —lo empujé.

Sergio se apartó a regañadientes. Por su cabeza no pasaba la posibilidad de dejarme escapar y la mía, en contra de mi voluntad, le había cedido el timón a mi corazón, que sólo sabía latir con fuerza porque él estaba cerca. Dio un paso lento, con toda su seguridad desbordándolo, diciéndome sin palabras que era suya. Y volvió a besarme. Aunque quise resistirme, no pude. Estaba desesperado como yo, roto como yo, y ahí estaban ese puñado de contradicciones que era Sergio. Él me había dejado, él acaba de pegarle a un tío porque estaba muerto de celos y él me estaba besando en ese instante, arrogante como siempre ha sido y desesperado como lo estaba yo porque en el fondo tampoco quería que se terminara.

—Por favor, dime que esto no va a acabarse —le supliqué.

No me importaba lo vulnerable que parecía, ni siquiera me preocupaba que alguien sustituyese esa palabra por indigna, humillada o pringada. Yo lo quería tanto que me dolía y sabía que él sentía algo muy fuerte por mí... sólo que todo se estaba complicando demasiado rápido. Con toda probabilidad no era sano y con toda probabilidad no saldría bien. Yo lo quería incondicionalmente y él era como esos protagonistas de novela romántica que no pueden hablar de cómo se sienten.

Sergio no contestó. Me cogió en brazos y me llevó contra la pared.

—Dime que me quieres —me pidió contra mi boca.

—Te quiero.

No pregunté lo mismo porque en aquel momento, para bien o para mal, su respuesta me daba demasiado miedo.

La puerta nos sorprendió a ambos.

Sergio se separó despacio y yo fruncí el ceño levemente. Los dos teníamos la respiración agitada y creo que pensamos lo mismo. Si no, podrían haber estado llamando a la puerta hasta que se hubiera acabado el mundo. Me dejó con lentitud en el suelo y echó a andar hacia la puerta, pero, cuando aún le separaban unos pasos, lo llamé en algo que sonó a medio camino de un jadeo triste. ¿Y si era la policía? ¿Y si Esteban había llamado en cuanto había salido de allí? Por Dios, pobre Esteban. Esperaba que estuviese bien.

Sergio me calmó alzando un poco la mano derecha. Cuando abrió, una sensación extraña me inundó la boca del estómago al tiempo que mi cara reflejó una confusión difícil de disimular. ¿Qué hacía Covadonga de

Herranz en mi rellano?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sergio.

Ella lo miró y sonrió con un toque de malicia, a su propio hijo. De pronto no tuve la más mínima duda de quién le había dicho a Rodri que salía con alguien mayor.

—Venía a hablar con Candela —dijo entrando a pesar de que nadie la había invitado—, pero creo que será mejor que lo haga contigo.

Al llegar al salón, me miró de arriba abajo y ése fue todo su saludo.

—Buenas noches, señora de Herranz.

Ella asintió. Sergio caminó hasta colocarse entre su madre y yo, ¿protegiéndome? Era obvio que estaba tenso y muy enfadado, y no era sólo por lo que acababa de pasar.

—Cielo, ¿te importaría dejarnos solos? —me pidió Covadonga con esa falsa amabilidad.

Yo miré a Sergio y él asintió con suavidad, tranquilizándose sin palabras.

—Estaré en la habitación —me expliqué señalando torpemente a mi espalda.

Me dirigí a mi dormitorio y me senté en la cama. Sólo tuve que agudizar el oído. Podría quedar como la persona más íntegra del mundo diciendo que yo no quería escuchar, pero que el piso tenía las dimensiones que tenía y blablablá... Quería oír cada palabra. Esa mujer no es buena persona.

—¿Qué haces aquí? —repitió Sergio. Su hostilidad podía palparse.

—Te lo he dicho. Quería hablar con Candela.

—Tú no tienes nada que hablar con ella —prácticamente rugió.

Ella suspiró y su tono se volvió más beligerante.

—Es cierto. Debería haber sido suficiente con hablarlo contigo, pero es obvio que no tienes ningún sentido común.

Me levanté con cuidado y me acerqué a la puerta para poder verlos.

—Lo que yo tenga con ella no es asunto tuyo.

—Es una cría —contestó sin ninguna amabilidad— y la hermana de Rodrigo Martín. Por el amor de Dios, Sergio, ¿es qué no respetas nada? Veo a esa gente en cada fiesta, compartimos urbanización, amigos. Me importa bastante poco lo que hagas, pero no puedes hacerlo con ella.

Sergio se frotó la cara con las palmas de las manos, como si no pudiese terminar de creer lo que estaba a punto de decir.

—Joder, tú fuiste quien le dijo a Rodri que Cande salía con alguien mayor —murmuro con una rabia ensordecedora—. ¿Tienes una maldita idea de en el lío en el que la has metido? —le espetó dando un paso adelante, sacando pecho, defendiéndonos—. Aléjate de ella.

Covadonga no se amilanó. Al parecer, la clave para ser inmune a Sergio era haberlo parido.

—¿Has pensado en cómo reaccionará Rodrigo cuando se entere? —replicó taimada—. Es su hermana pequeña y la adora. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que te perdone? La única persona que se preocupa por ti, y tú le pagas así.

De pronto la tensión de Sergio se esfumó o quizá se transformó en otra cosa. ¿Se había rendido? Era imposible. Él nunca se rendía. Y de pronto todas las piezas del puzle encajaron de golpe, cómo Sergio describió a su familia, por qué su madre nunca había estado allí, por qué tuvieron esa conversación tan fría cuando lo invitó a la fiesta y, sobre todo, por qué no quiso contarle a mi hermano lo nuestro. Rodri era su única familia, puede que no de sangre pero sí de todo lo demás. Estaba solo. No tenía relación con sus padres ni con su hermano, al que no había mencionado más que la vez que yo le pregunté. Un gemido triste se escapó de mis labios. Yo perdí a mis padres, pero tenía a Rodri y, para bien o para mal, a Estela e incluso a Julia. Él sólo tenía a mi hermano y yo había sido tan estúpida no sólo de no entenderlo, sino de enfadarme porque

Sergio no se hubiese enfrentado a él.

—Lárgate —murmuró.

—Nos guste o no, y créeme que me gusta muy poco, llevamos el mismo apellido y no voy a consentir que lo echés por tierra. Si quieres buscar a alguien para pasar el rato, hazlo con una muerta de hambre que no le interese a nadie, pero no con Candela Martín.

Sergio volvió a mirarla. Renació.

—No vuelvas a mencionarla —la advirtió—, y te he dicho que te largues.

Oí la puerta cerrarse y salí con el paso lento, dubitativo, incluso algo temeroso. No podía dejar de darle vueltas a la misma idea. Sergio estaba solo y probablemente siempre lo había estado. Alcé la cabeza y su mirada me estaba esperando. Estaba demasiado asustado. Demasiado perdido. No era un cínico que no creyese en el amor, es que nunca lo había sentido. La poderosa coraza de Sergio Herranz acababa de caer a mis pies.

—Lo siento —murmuré.

—Supongo que no todos los padres quieren a sus hijos —dijo como si fuera algo común, corriente, con una tristeza sorda y cortante con la que había aprendido a vivir tomando su voz.

Yo no podía entenderlo. Era imposible hacerlo. Se supone que el amor de unos padres hacia su hijo es el más incondicional, el que nunca dejarás de sentir, y él nunca lo había vivido. No tenía amor y no se trataba de que viviese con un pasado traumático o sus padres hubiesen muerto. Era tan sencillo, tan triste y tan duro como que sus padres no lo querían. Una de esas familias aparentemente perfectas, pero que están muy lejos de serlo y en las que el cariño, que es algo que se da por sentado, no existe. ¿Cómo había tenido que ser crecer así?

—Me he acostumbrado —contestó la pregunta que ni siquiera había llegado a hacer en voz alta—. Creo que me acostumbré de crío.

No. Nadie podía acostumbrarse a eso.

Mis pies tomaron el rumbo que querían tomar y mis pasos se hicieron rápidos. Corrí hasta él y lo abracé, colgándome de su cuello.

—Lo siento —dije—. Lo siento de verdad.

Durante unos segundos no reaccionó. Sentí cómo su respiración se aceleraba, no por la excitación, sino por toda la rabia contenida, por la inquietud, por el miedo. Finalmente alzó los brazos, despacio, y rodeó mi cintura, estrechándome contra él.

—Nena —susurró.

Esa única palabra tumbó las pocas defensas que me quedaban en pie. Lo quería y quería demostrárselo. Deseaba que sintiese el amor de verdad y en ese preciso instante comprendí que tenía que expresarlo de la misma manera que se expresaba él.

Enlacé nuestras manos y me separé despacio. Sergio me miró y yo sonreí, diciéndole sin palabras que no se preocupara, como él había hecho conmigo unos minutos antes.

Tiré con dulzura y lo llevé hasta mi habitación. Apoyé las manos en su pecho y, poniéndome de puntillas, lo besé. Sergio seguía luchando, pero yo no me rendí. Volví a llamarlo, a susurrar su nombre, a traerlo de vuelta.

Nos desnudamos lentamente, acariciándonos, sin dejar de besarnos, y volví a sentirme como en su cama la noche anterior, como si el hilo que me unió a él la primera vez que vi esos ojos azules nos hiciera invencibles.

Me tumbó en la cama y de inmediato lo hizo sobre mí. Su cuerpo cubrió el mío por completo y un gemido suave y pequeño atravesó mi garganta cuando volvió a besarme.

Nos acoplamos a la perfección y Sergio entró resbalándose poco a poco en mi interior. El aire se evaporó en mis labios y él me lo devolvió con un beso.

Giramos y se sentó para dejarme en su regazo. Me sujetó por las caderas y comenzó a marcar el ritmo, pero yo lo apreté entre mis piernas obligándolo a ralentizarlo.

—Más despacio —susurré.

Hundí mis manos en su pelo y las deslicé por sus hombros, por sus brazos, hasta tomar una de las suyas. Lentamente la llevé contra mi pecho, justo donde mi corazón latía debajo, y aprisioné su palma con la mía contra mi piel.

—Escúchalo —le pedí—. Es tuyo.

Sergio frunció el ceño con suavidad, confuso, y yo volví a sonreír. Quería que sintiera todo lo que él me hacía sentir a mí: la calidez, la protección... el amor.

Aceleramos el ritmo poco a poco, pero no apartamos nuestras manos.

Gruñó mientras estrechaba su cuerpo contra el mío. Escondió su mano libre en mi nuca y apoyó su frente en la mía. Nuestras respiraciones se entremezclaron. Mis gemidos. El ritmo se hizo más hambriento.

—No quiero perderte —susurró con su voz más grave—. Joder, no puedo perderte —rugió.

Me embistió con fuerza. Removió su mano hasta agarrar la mía y en un brusco movimiento la llevó contra su pecho. Su corazón latía desbocado bajo mi palma. Los dos sonreímos y volvimos a besarnos. Aquel gesto estaba cargado de más significado que palabras enteras. Yo lo entendía y él a mí. El sexo era nuestro vínculo. Lo que nos hacía ser él y yo y nadie más.

Grité sin poder controlarlo y volvió a besarme sin dejar de moverse, sin dejar de dibujar el paraíso para mí.

Sergio no sólo sabía follar, y esa cama y yo éramos la prueba, porque esa noche hicimos el amor.

Me perdí en sus besos y alcancé un orgasmo maravilloso lleno de luz y de él. Sergio siguió moviéndose y se corrió en mi interior con una embestida larga y profunda, aferrándose a mi mano, a mi cuerpo, a mí.

Soltó mis dedos despacio mientras nuestras respiraciones caóticas lo inundaban todo. Nos quedamos en silencio largos minutos, quietos, conmigo en su regazo, todavía dentro de mí y nuestras frentes pegadas. Sergio movió la cabeza, casi sin separarnos, y me besó con fuerza, sólo una vez.

Nunca he vuelto a sentir a Sergio tan cerca ni tan mío como aquella noche. Nunca escuché la canción que nos ataba sonar tan fuerte.

* * *

El despertador sonó inundando toda mi habitación con un desagradable sonido metálico. Me giré para acurrucarme contra Sergio y automáticamente abrí los ojos al comprobar que no estaba. Fruncí el ceño. Afiné el oído por si estuviera en la ducha o en la cocina, pero nada.

Me froté los ojos con las palmas de las manos tratando de despertarme del todo y fui hasta el salón a por mi móvil. Por si acaso, me asomé al descansillo, incluso a la terraza, aunque era obvio que no podía estar allí, hacía demasiado frío.

Lo llamé. No contestó. Torcí el gesto y di por hecho que se habría levantado temprano para pasarse por su casa antes de ir a trabajar. No tenía de qué preocuparme, lo vería en el trabajo, pero lo cierto es que sentía una especie de resquemor en la boca del estómago.

A las once y media aún no había aparecido por la oficina y el pequeño resquemor se había convertido en algo muy vivo. Colgué el teléfono después de llamarlo por quinta vez en lo que iba de mañana, sin respuesta.

El teléfono, que aún tenía en la mano, vibró. Miré la pantalla esperanzada, pero resultó ser un correo

electrónico del profesor Calasanz. Lo abrí y lo ojeé rápido. Sólo quería recordarme que ese día vencía el plazo para aceptar la beca a Barcelona. Negué con la cabeza. Había olvidado explicarle que no la aceptaría. Sabía que era una oportunidad increíble, pero no quería separarme de Sergio por nada del mundo. Le di al botón de responder dispuesta a zanjar el tema, pero en ese preciso instante Paula entró en el departamento y se detuvo en el centro de la sala, consiguiendo con ese detalle que todos levantaran las cabezas de sus teclados y le prestaran atención.

—Hay algo que vengo a comunicaros —dijo llevándose una mano a la cadera—. El señor Herranz ha dimitido a primera hora de la mañana. Ha recibido una oferta de otra empresa del sector y ha decidido aceptarla. Hasta que nombremos a su sustituto, yo os supervisaré directamente. Volved al trabajo.

¿Qué?

Paula se marchó y mis compañeros empezaron a cuchichear sobre las posibles causas de la dimisión de nuestro jefe. Lo de la nueva empresa no era lo suficientemente truculento para ellos. «Ha dejado preñada a Paula», «ha dejado preñada a la hermana de Paula», «a las dos», «le ha tocado el Euromillón», «ya se las ha tirado a todas en esta compañía y necesita carne fresca». Yo no podía decir nada. La mente me funciona a mil kilómetros por hora. ¿Había dimitido? ¿Esa misma mañana? ¿Por qué?

Mi primer impulso fue levantarme e ir a buscarlo a su casa, pero con Paula al mando era imposible que me escabullera sin que Rodri se enterara. No podía permitirme tener más problemas con él si no quería que acabase descubriendo todo lo demás. Así que aguanté como una campeona hasta el final de la jornada. Por suerte era viernes y pude salir disparada a las tres.

Cuando el taxi me dejó delante de su edificio, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había llamado por teléfono sin que contestara ninguna. Empezaba a preocuparme de verdad. ¿Por qué había tomado esa decisión? Sabía que odiaba su trabajo, él no se molestaba en disimularlo, pero de ahí a dimitir había un trecho.

Subí de prisa y llamé a la puerta con más insistencia de la socialmente aceptada. Al percibir pasos acercarse al otro lado, respiré aliviada. Tan pronto como la puerta se abrió, me tiré a sus brazos.

—¡Estaba tan preocupada! —dije escondiendo mi cara en su cuello.

Sergio no dijo nada. Sólo me estrechó contra su cuerpo. Sus manos recorrieron mi espalda y se abrieron posesivas al final de mi cintura. Ladeo la cabeza y rozó mi cuello con su nariz hasta subir y olerme el pelo. Fue un abrazo intenso y tuve la sensación de que él quería atesorarlo como cuando miras con mucha atención una fotografía que no quieres olvidar. ¿Qué estaba pasando?

—Sergio, ¿qué...?

Pero mi frase se quedó en el aire cuando otra voz lo llamó desde su habitación. Mi corazón se entristeció como si ya supiera lo que iba a encontrar. Me giré y una mujer pelirroja muy guapa apareció en el salón vestida sólo con su camiseta. Esta vez no había dudas de que se habían acostado.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó ella con voz dulce.

Él no dijo nada, sólo la flageló con la mirada y ella volvió a la habitación sin protestar.

Yo observaba la escena sin entender nada, tratando de cuadrarla en la misma vida de dos personas que la noche anterior sintieron todo lo que sentimos nosotros en mi cama. Había sido diferente. Había sido especial. Y los dos lo sabíamos. No conseguía comprenderlo. Era imposible hacerlo.

—Ayer —murmuré y, a pesar de que podría hacer dicho muchísimas cosas y probablemente con muchísimo más sentido, eso fue lo único que pude pronunciar.

Sergio clavó la vista en un punto indefinido frente a él y dejó escapar todo el aire de sus pulmones despacio. No pensaba decir nada y entonces yo caí en la cuenta de todo.

—Es porque ayer fue diferente, ¿verdad? —inquirí con voz triste—. Y tú no quieres que sea así.

Sergio me miró a los ojos y tragó saliva.

—Sí —contestó.

No pude más y le crucé la cara de un bofetón. Maldita sea, podía entenderlo, podía comprender el miedo que tenía a sentir de verdad, lo solo, lo perdido que se había sentido siempre y que así era como se había acostumbrado a vivir, pero ¿por qué tenía que hacerme daño?, ¿por qué tenía que usar la manera más cruel? No se trataba de que no pudiese sentir. Se trataba de que no quería.

—Conoceré a alguien mejor que tú —le espeté con desprecio, secándome con rabia las lágrimas con el dorso de la mano— y me querrá por lo que soy y no tendrá estúpidas normas ni límites. Seré feliz y tú seguirás aquí, solo, y así es cómo vas a acabar porque, por muy guapo que seas y por muy bueno que seas en la cama, estás vacío, Sergio, y nadie quiere a una persona que no tiene nada que ofrecer a su lado.

—Tú la querías.

—Y míranos ahora. Ni siquiera yo, una cría de veintidós años ridículamente enamorada de ti, he podido convencerme de que mereces la pena.

Sergio se mordió el labio inferior.

—Será mejor que te vayas —contestó manteniéndome la mirada.

—No te quepa ninguna duda de que lo haré.

Salí de su piso dando un portazo y, cuando no me había alejado más que unos pasos, rompí a llorar con tanta fuerza que creí que iba a partirme en pedazos. Me senté en el primer peldaño del tramo de escaleras que conducía hacia abajo y me tapé la cara con las manos. ¿Por qué se había comportado así? ¿Por qué me había hecho eso? Lo de la noche anterior significó tantas cosas, o ¿es que sólo las significó para mí?

Sollocé y, al oír un ruido, como de una puerta abriéndose, me levanté de un salto y bajé tan rápido como pude. No quería volver a verlo y esa vez era de verdad. Había luchado por él, pero cada paso que dábamos le hacía retroceder dos, porque en el fondo no era lo que quería. Tenía que convencerme de una maldita vez de que, por mucho que lo quisiese yo, eso no significaba que él me fuera a querer a mí.

Salí a la calle y paré el primer taxi que apareció por Claudio Coello. Le di la dirección de Rodri y en el trayecto le escribí un correo electrónico a la fundación de la beca y otro al profesor Calasanz.

—¿Diga, diga, diga? —respondió cantarina Sira.

—Me voy a Barcelona —solté con la voz llena de lágrimas, pero una convicción absoluta.

Ella se quedó callada dos segundos, sólo dos.

—Me voy contigo.

Sonreí sin poder dejar de llorar. No sé qué haría sin ellas.

* * *

Mi hermano Rodri se negó en rotundo, pero sabía que la beca era una oportunidad inmejorable y acabó cediendo. Además, sospecho que siempre pensó que yéndome a Barcelona me alejaría de ese «alguien mayor» y esa idea lo ayudó a terminar de convencerse.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo abrazándome en mitad de su salón.

Contuve el llanto. ¡Quería tantísimo a Rodri! Era mi hermano, mi padre, era toda mi familia.

—Y yo a ti.

Después de hacerme prometer que hablaríamos todos los días, me despedí de Charo y de Julia, con más amor por parte de la primera y más entusiasmo por parte de la segunda, y volví a La Latina. Martina me esperaba con Sira en su casa. Les conté todo lo que había pasado. Les dije que ésa era la última vez que hablaría de ello. Y les pedí que nos fuéramos a beber.

Aquella misma noche hice las maletas, con Martina mirando por la ventana por si Sergio aparecía.

A la mañana siguiente estaba montada en un taxi camino del aeropuerto, repitiéndome que tenía que dejar de llorar. Avanzábamos por Madrid. Me encantaba Madrid en Navidad y ahora lo veía todo con otros ojos. Cada adorno me parecía un poco más bonito y un poco más triste, porque sabía que algo dentro de mí también estaba cambiando.

Intenté calmarme por todos los medios, pero obviamente no funcionó y, en cuanto se apagó la señal de abrocharse el cinturón, me encerré en el diminuto baño del avión y empecé a llorar. «No tienes por qué estar triste —me decía una y otra vez—. Tu vida comienza de cero, en una nueva ciudad, con tu mejor amiga. Lo que dejas atrás es sólo todo lo que perdiste.»

Me miré en el espejo con el pelo revuelto, los ojos y la nariz rojas y la cara llena de lágrimas.

—Todo lo que perdí —repetí en voz alta.

Madrid. El amor. Sergio.

Presente

El martes me despierto sola, aunque recuerdo perfectamente cuándo se marchó Sergio. Debía de ser muy temprano, porque la luz todavía era grisácea. Lo sentí deambular por la habitación y abrí los ojos justo cuando salía. Quise quedarme despierta, preguntar, pero el sueño me venció. Volví a despertarme cuando estaba tapándome con la mantita que siempre dejo en el sofá. Tuve la sensación de que habían pasado horas, pero obviamente no habían sido más que unos minutos. Sergio apoyó una mano en el cabecero, otra en mi almohada y se inclinó con suavidad sobre mí. Llevaba el marinero puesto y su olor y la suave canción de Antonio Vega me inundaron. Los ojos se me cerraron en contra de mi voluntad. Me besó despacio y, cuando se separó de mí, luché y conseguí abrirlos de nuevo. «Pausa», susurró con una media sonrisa. Me dejó disfrutar de su mirada un instante, se despidió con un «Buenas días, nena» y se marchó.

Definitivamente, todo se está complicando o está volviéndose tan simple que es imposible huir de él.

Me paso todo el día en casa, en teoría, estudiando. La realidad es que lo único que hago es pensar y pensar. Tomo una decisión con respecto a Marcos y también con respecto a Sergio. Para colmo de mis males, Estela no para de llamar. Como sé que aún sigue en Estados Unidos, Inglaterra, Narnia o donde quiera que esté, ignoro todas sus llamadas sin temor a que se plante en la puerta de mi casa.

Me voy a la cama con dos ideas muy claras: tengo que ser sincera con Marcos y tengo que ser sincera conmigo misma con respecto a Sergio.

* * *

El miércoles no pinta demasiado bien. Aparte de por el hecho obvio de que aún no es viernes, tengo esa sensación en la boca del estómago que no para de decirme que debería haber hecho de mi cama un fortín, llenarlo de galletas y no salir de ahí en todo el día.

Estela ha seguido llamándome y yo he seguido ignorándola. Después de volver de la reunión con Paula, me ha llamado una, dos, tres veces. Ésta es la cuarta. Cuatro llamadas en menos de dos minutos. Kit se calla. Lo cojo esperando a que vuelva a sonar para volver a silenciarlo, pero nada. Me encojo de hombros y lo dejo sobre la mesa. Supongo que habrá captado el mensaje.

Un cuarto de hora después, ya casi son las siete, estoy hablando con Chen en su mesa. Estamos prorranteando las nuevas pagas extras cuando la puerta de Sergio se abre.

—Señorita Martín—me llama—, a mi despacho.

No tiene la mirada divertida, ni tampoco parece enfadado, es algo... diferente.

Frunzo el ceño y asiento. ¿Qué pasa?

Camino a su oficina recordándome aquello de ser sincera conmigo misma con respecto a él. No tengo muy claro si nuestras «pausas» nos están haciendo más mal que bien, o era al contrario, la verdad es que estoy hecha un completo lío.

—¿Qué querías? —pregunto entrando en su oficina.

Está de pie, al otro lado de su mesa.

—Cierra la puerta —ordena, y parece un poco más inaccesible.

Cuando me giro, me tiende su teléfono móvil. Yo lo miro aún más confundida.

—Es Estela —me informa.

Yo lo miro a medio camino entre la sorpresa y la confusión que ya sentía. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero termino por cerrarla. La abro y la cierro una vez más. Finalmente cojo el iPhone que me tiende y me lo llevo a la oreja. Supongo que la mejor manera de saber qué está pasando es preguntárselo directamente a la implicada. Matar al mensajero nunca ha sido muy de mi estilo y era lógico pensar que Estela trataría de localizarme sí o ¡¡sí!!

—Estela —la saludo usando la *pijofórmula*.

—¿Cómo puedes ser tan desagradecida, Cande?

Yo hundo los hombros y me siento abatida, como si acabara de perder una guerra, además de culpable, aunque en el fondo sepa que no me lo merezco. Estela tiene esa habilidad.

—Ayer estaba estudiando y hoy trabajando, por eso no he podido cogerte el teléfono.

—No vayas por ahí —me corta tajante—. No se te ocurra tratarme como si fuera estúpida. Me preocupo por ti, cosa que claramente no te mereces, y eres incapaz de hacer algo tan simple como responder una llamada.

Resoplo. Alzo la mirada y me encuentro con la de Sergio, pero la aparto rápidamente. Es la última persona que quiero que me vea teniendo esta conversación.

—Le estás dando una importancia que no tiene —trato de hacerle entender paciente.

—¿Qué haces en Madrid, Cande? —pregunta de sopetón.

Su vehemencia me hace titubear.

—Vine por Rodri, para estar con él.

—Rodri ya es un adulto. Tu vida está en Barcelona. ¿Qué pasa con tu trabajo, con tu beca?

Niego con la cabeza tratando de ganar un segundo para reordenar mis ideas.

—¿Cuándo vas a cansarte de dar tumbos?

Me enfado. Un enfado de esos que te nace de muy dentro y va dándote fuerzas mientras serpentea por tu cuerpo.

—No son tumbos —protesto—. Es mi vida. Tengo veintidós años y no tengo por qué justificarme. Estudio, trabajo, soy independiente. Volví a Madrid para estar con Rodri.

—Por favor, no me hagas reír.

En mitad de la rabia, la confusión me pilla otra vez por sorpresa.

—¿A qué ha venido eso?

—A que tendrías que haberte quedado en Irlanda, pero te empeñaste en volver y Rodrigo, que te lo consiente todo, te lo permitió. Por eso quieres estar con él, porque no te dice que no a nada y por eso ahora has desperdiciado la oportunidad que tenías en Barcelona, para seguir siendo su hermanita pequeña mimada y caprichosa. Siempre tienes que estropearlo todo. Haces que sea imposible quererte —sentencia con rabia.

Estela me ha dicho muchas cosas horribles; de hecho, siempre he pensado que ésa es su especialidad, lo que la llena como ser humano, pero esto ha sido demasiado, incluso tratándose de ella. Mi enfado se diluye en el suyo y la sensación de no medir más de dos centímetros vuelve y lo arrasa todo. Miro a Sergio. «Haces que sea imposible quererte.» Lo miro aunque él no entienda por qué y una vocecita me recuerda que él tampoco pudo quererme. ¿Y si Estela tiene razón? ¿Y si hay algo que no funciona dentro mí y acabo apartando a la gente? Quizá, Rodri, Martina y Sira sean la excepción que sólo confirma la regla.

—No quiero seguir hablando —le digo y las lágrimas empiezan a quemarme detrás de los ojos.

—Así es como lo solucionas todo, ¿verdad?

—No —respondo con rabia—. No es como lo soluciono todo, pero no quiero seguir hablando contigo, Estela. Sólo me haces daño.

—Intento ayudarte —replica en un tono imposible de relacionar con esas dos palabras—. Lástima que seas incapaz de entenderlo.

Cuelga y yo me quedo hecha polvo, mirando el teléfono primero y al frente después. Sin que pueda controlarlo, empiezo a llorar bajito, casi sin hacer ruido.

—Cande —me llama Sergio con la voz llena de compasión, rodeando la mesa en mi dirección.

Yo me seco rápida las mejillas con el dorso de las manos y le tiendo el teléfono forzando una sonrisa que no engaña a nadie.

—Cande —repite deteniéndose frente a mí y diciéndome sin palabras que, en efecto, no engaño a nadie.

—Estoy bien —me apresuro a decir. Sergio coge su móvil—. Sólo ha sido una mala llamada. Viniendo de Estela, es más o menos lo que me esperaba —añado tratando de sonar socarrona. Tampoco lo consigo—. Tengo que volver al trabajo.

—No —responde con una seguridad aplastante—. Recoge tus cosas, te vienes conmigo.

Lo miro confusa, pero acabo asintiendo. No sé a qué se refiere, pero, sea lo que sea, creo que acepto.

Bajamos hasta el parking juntos, como hemos hecho tantas veces estas últimas semanas, sólo que ahora ninguno de los dos habla. Yo estoy pensativa y él parece estarlo aún más. Cuando nos metemos en la calle del Tesoro, ya es de noche o por lo menos lo parece. Creo que el hecho de que llueva a mares ha ayudado a que parezca haber oscurecido antes. Sé adónde vamos y la verdad es que no podría haber elegido un lugar mejor.

—Dos Glenlivet con tónica —le pide al camarero cuando entramos en el antro de los antros de todo Madrid.

Yo me acomodo en una de las mesas del fondo y me quito el abrigo empapado.

—¿Qué te ha dicho? —dice deslizando una de las copas hasta mí.

Tira el marinero, la chaqueta y la corbata, que ya traía en la mano, y sus antebrazos descubiertos me llaman la atención.

Me encojo de hombros y comienzo a jugar nerviosa con mi vaso.

—Nada. —Tomo aire—. Nada que Estela no sea capaz de decir, supongo.

Es mi hermana y juro que la quiero, aunque no entienda ni cómo ni por qué.

—Rodri te adora —responde—. Quédate con eso siempre.

—Rodri me envió a un internado en otro país un año después de que nuestros padres muriesen —repongo casi sin pensar y tengo la sensación de que me he liberado de una especie de peso pronunciando en voz alta algo que ni siquiera me había permitido pensar nunca... O quizá ha sido todo lo contrario y he terminado de hundirme en lo que a relaciones familiares se refiere. Me siento... culpable—. Yo quiero a Rodri —añado de pronto muy inquieta, con una imperiosa necesidad de que me crea—. No sé por qué he dicho eso. Lo quiero de verdad...

—Cande —me interrumpe intentando calmarme.

—No estoy enfadada con él.

—Cande.

—Es un buen hermano.

—Cande, te entiendo —dice agarrando mi barbilla y obligándome a mirarlo a los ojos—. Es normal que te sientas así. Tuvo que ser complicado para ti y te aseguro que también lo fue para él. ¿Sabes cuántas veces compró un billete de avión para ir a buscarte?

Frunzo el ceño. ¿A qué se refiere?

—Nunca quiso enviarte allí —continúa— y durante los primeros meses compró muchas más veces de las que te imaginas un pasaje para ir a buscarte y traerte de vuelta. Estela siempre le decía que para ti era lo mejor estar allí, que eras una niña, que necesitabas un entorno estructurado, y también para él, que estaba estudiando y aún no sabía qué iba a ser de su futuro... y al final Rodri acabó convenciéndose de que así estaba cuidando de ti.

Asiento. No sabía esa parte de la historia, pero la imaginaba.

—En la vista de mi custodia, el asistente social me llamó a su despacho. Durante un rato estuvimos charlando de mi colegio, de mi barrio, si me gustaba mi habitación, si la comida que Rodri preparaba estaba buena —ambos sonreímos débilmente—, y entonces me miró con una sonrisa en los labios y me preguntó «¿quieres vivir con él?» —continúo agravando la voz—, y yo respondí «sí, por favor». Sí, por favor. ¿Te das cuenta? Tenía diez años y ni siquiera me planteé una sola vez la posibilidad de vivir con Estela. Quizá por eso me odia tanto.

—Ella no te odia.

Yo chasqueo la lengua contra el paladar a la vez que niego con la cabeza.

—Haces que sea imposible quererte —repito sus palabras. Un relámpago atraviesa el ambiente, después un trueno y la lluvia arrecia con fuerza—. Eso me ha dicho por teléfono. No es algo que le digas a una persona si no la odias.

Sergio me mira, pero no dice nada.

—Llevo años convencida de que ella es una persona horrible y ya está, pero tal vez esté equivocada. ¿Y si tiene razón? ¿Y si el problema lo tengo yo?

—No hay ningún problema contigo.

—¿Cómo lo sabes? Rodri, Martina y Sira me quieren, pero quizá ése sea todo el amor que puedo despertar.

—Cande, eso es una estupidez.

—¿Seguro? Nunca conseguí que tú me quisieras.

Por un momento los dos nos quedamos en silencio y sólo se oye la lluvia chocando ordenada y constante contra la cristalera.

—Cande —me llama y aparta la mirada al decírmelo, concentrándola en sus manos sobre la mesa—, el problema no fue tuyo, fue mío. Tú ves el mundo de una manera preciosa, donde el amor lo puede todo y el chico enamorado es capaz de hacer cualquier cosa.

—Antes no te parecía precioso. —Sonrío triste, una medida de defensa.

—Es muy complicado saber que nunca vas a cumplir las expectativas —se sincera.

—Tú ya las cumplías —murmuro, y es la verdad—. Puede que estuviese tan enamorada que no viese más allá de ti, pero me hacías feliz. Me hacías feliz sólo con estar a mi lado.

Ahora la que aparta la mirada soy yo. No sé por qué, hablar de esto me intimida. Supongo que porque lo estoy haciendo con el protagonista de aquellos días de mi vida.

—Me dabas paz —pronuncia de pronto con una voz sencillamente perfecta. Yo alzo la cabeza y busco su mirada—. Hacías que el corazón me latiese tan de prisa que casi me dolía, pero al mismo tiempo te veía sentada en mi sofá curioseando mis libros, riéndote envuelta en mis sábanas o, no sé, algo tan simple como estar tarareando en mi coche, y me dabas paz. Hasta que te conocí, no me había dado cuenta de cuánto necesitaba eso.

—Entonces, ¿por qué salió mal?

Después de oírlo, soy incapaz de entenderlo.

—Porque a veces es más fácil dar por sentado que saldrá mal que arriesgarse, Cande —dice como si estuviera dándome otra de sus lecciones sobre la vida.

—Al final eso es ser un cobarde —replico, y no puedo ocultar parte del desdén que siento.

—Con todas las letras —asevera sin dudar y le da un trago a su copa.

—Habría dado todo lo que tenía por oírte decir que me querías.

—Lo sé.

Me dejo caer hacia atrás y tomo aire con fuerza.

—Al final siempre consigues que me sienta como si tuviese que mendigarte que me quieras —añado negando con la cabeza, recuperando parte de mi enfado.

Sergio no dice nada. Sabe que tengo razón.

—¿Te haces una idea de lo injusto que es? —prosigo—. Porque tú estás ahí tan frío, tan inaccesible, y yo no paro de pensar que, si vuelvo a confiar en ti, vas a destrozarme.

—Es más fácil pensar que todo va a salir mal que arriesgarse —repite, pero está equivocado. Odio su visión de la vida. No es mejor apartar las emociones. No es mejor follar que enamorarse. No es mejor estar solo.

—No, no es más fácil. Es una mierda. —Sin poder controlarlo, rompo a llorar—. Yo no soy así, Sergio. No me gusta. No me gusta tener que salir corriendo con Marcos después de estar contigo para sentirme menos culpable por estar siendo tan estúpida de cometer los mismos errores. Odio pensar que no he aprendido nada y vuelves a tener todo ese poder sobre mí, y, más que nada, odio odiarlo, porque antes me parecía maravilloso entregarse a una persona sin quedarse nada y, gracias al gran Sergio Herranz, ahora estoy muerta de miedo.

Me levanto de golpe. No quiero estar aquí. No sé dónde quiero estar. Sin pensarlo, cruzo el local como una exhalación y salgo a la calle. La lluvia me recibe. La había olvidado por completo. Creo que incluso había dejado de oírla. Me freno en seco y todo mi cuerpo se tensa mientras el agua me cala hasta los huesos. Lo oigo a él, caminar por el bar, abrir la puerta y echo a andar hacia... el frente simplemente. Lluve tanto que no soy capaz de ver el final de la calle.

—Cande —me llama.

Me detengo, no sé por qué, pero sí sé por qué me giro. Quiero verlo bajo la lluvia, mojándose, y no es algo sexual, es más kamikaze aún. Quiero contemplarlo mojarse porque sólo lo haría si sintiese algo por mí, aunque fuera lástima, y quiero ver a Sergio viviendo algo que no quiere vivir.

—Déjame en paz.

—Fui un gilipollas, ¿qué más quieres oír? —replica moviendo la mano, desafiándome con su cuerpo en guardia. Se pasa la misma mano por el pelo, llevándose lo húmedo hacia atrás—. En realidad, da igual lo que te diga, porque nunca va a ser suficiente. La jodí. Pude arreglarlo yéndote a buscar al aeropuerto, pero no lo hice porque estaba cabreado y te odiaba como nunca he odiado a nadie porque diste por hecho lo peor de mí, como hacen mis padres, como hacen todos, como hago yo —sentencia dolido—, pero lo hiciste tú, la última persona que podía soportar que lo hiciera.

—¡Te acostaste con otra mujer! —contesto con rabia.

—¡Estaba muerto de miedo! Sé que no es excusa, joder, pero lo estaba.

Otra vez nos quedamos en silencio. La lluvia se estrella contra el suelo. Los focos del bar y las farolas se llenan de una especie de halo de luz naranja y agua. Estoy cansada de luchar contra todo lo que siento por él, de obligar a mi corazón a andar un camino que no quiere sólo porque es el más seguro.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —inquiero encogiéndome de hombros, desesperada—. ¿Por qué ahora?

Duele demasiado.

—¿Por qué volviste, Cande? —replica.

Niego con la cabeza y la agacho.

—No quiero hablar de eso.

Por primera vez desde que regresé, la respuesta «por Rodri» no me vale. Se ha quedado pequeña, porque es como una gota en mitad de un océano.

—¿Por qué volviste? —repite caminando hacia mí.

—Pausa —le pido levantando la mirada, tratando de escapar de la respuesta que no quiero tener que pronunciar.

—Contéstame —insiste.

No va a darme tregua.

—Pausa.

No quiero tener que decir «por ti». No puedo volver a decirle «te quiero» sin escuchar nada a cambio.

—No.

—Pausa —repito otra vez, desesperada.

—No —contesta deteniéndose frente a mí—. Ya no hay más pausas, nena. Esto es de verdad.

Sergio hunde sus manos en mi pelo y me besa con fuerza, bajo la lluvia. No quiero rendirme, pero lo hago. No quiero desear esto, pero lo hago. No quiero quererlo, pero lo hago. Y no me importa los no querer, ni las concesiones, ni lo estúpida o indigna que pueda estar siendo ahora mismo, porque cada vez que me besa suena música, porque vuelvo a respirar, a vivir, a ser yo, a ser Cande sin tener que esforzarme en serlo, sin tener que obligarme a sonreír.

Nos vamos a mi piso y nos besamos durante horas.

* * *

Estamos tumbados en la cama cuando su móvil empieza a sonar desde algún punto del suelo de la habitación. Sergio se frota los ojos con las palmas de las manos y se levanta. Al mirar la pantalla, su gesto se endurece y automáticamente me preocupo. Agarra el iPhone con los dientes y se pone los bóxers blancos.

—Será un minuto —me informa justo antes de descolgar.

Yo asiento tapándome con la sábana y Sergio sale al salón. No voy a decir que me quedo mirando al techo, porque nadie se lo creería. Envuelta en la tela de un suave naranja, camino hasta la puerta y me asomo discretamente. Está frente a mi balcón, con la mirada perdida en La Latina, hablando. Agudizo el oído, pero todo lo que percibo son susurros.

—No se trata de eso —ruge—, pero preferiría haberlo sabido.

Inmediatamente doy un paso atrás. Conozco ese tono. Está hablando con su madre. ¿Por qué no puede dejarlo en paz? Es una mujer horrible.

Me siento en la cama y espero paciente a que termine. No tarda más de un minuto en regresar.

—¿Todo bien? —pregunto cuando se para bajo el umbral de la puerta del dormitorio y apoya el hombro en el quicio.

—Tengo que marcharme —responde escueto—. Hay algunas cosas que tengo que solucionar.

Asiento.

—No te preocupes. Está todo bien.

Sergio deja escapar todo el aire de sus pulmones. Camina hasta mí y, sin ninguna amabilidad, me pone en pie cogiéndome de las muñecas. La sábana cae en el camino y me quedo desnuda delante de él. Me besa y yo

lo recibo encantada, como si me muriese de sed y su boca fuese agua fresca.

—No lo está —dice contra mis labios—, pero te juro que pronto lo estará.

Me besa de nuevo y yo asiento otra vez porque quiero que sepa que lo creo. Su familia es complicada y con toda probabilidad lo tenga entre la espada y la pared, pero sé que Sergio no va a permitir que nos afecte.

Me tumba sobre la cama y dos orgasmos, una ducha y muchas palabras después, se marcha.

Ya a solas, busco mi móvil y, a pesar de la hora, le envío un mensaje a Marcos invitándolo a desayunar mañana en una cafetería muy bonita cerca de la Puerta del Sol. Necesito aclarar las cosas con él, explicárselo todo. Ni quiero, ni puedo, hacerle daño. No se lo merece.

* * *

Siempre me ha gustado este sitio. Huele a pan recién hecho y a mantequilla. Con sólo dar una bocanada, te arriesgas a engordar un par de kilos. Creo que por eso todo el mundo parece contento. Independientemente de que sea un lunes de enero y haga un frío de mil demonios o un sábado en pleno mes de agosto y el calor resulte agobiante, aquí todo son sonrisas, el pasar de las hojas de periódico y «buenos días, ¿un café con leche?». Además, desde el ventanal se ve el reloj de la Puerta del Sol. Me gusta porque me recuerda a la Navidad, aunque estas últimas las maldijera y me negara a tomar las uvas y acabara con una pelea (física) con Sira en nuestro pequeño piso en Barcelona. Empezó en los cuartos y terminó conmigo inmovilizada en el suelo mientras mi amiga se comía las uvas y me las metía a la fuerza en mi boca. «Ya me lo agradecerás cuando tengas suerte este año», dijo inmisericorde mientras se sacudía las manos y yo tosía como una loca hasta un estado cercano a la muerte.

—Hola, preciosa —dice Marcos acercándose a mí y sacándome de mi ensoñación de amigas y uvas.

—Hola.

Me levanto para recibirlo y él lo hace como siempre, con un cariñosos beso en la mejilla. Hemos salido diecisiete veces, doce cenas, tres comidas, cuatro cines, un museo, un teatro, una exposición callejera, un número incontable de tapas, uno aún mayor de cervezas y ni un solo beso en los labios, ni una sola queja tampoco, al menos delante de mí. Le pedí tiempo y me lo está dando. Marcos es un tío de los buenos... y yo se lo pago así. «Eres lo peor, Candela.»

—Es nuestro primer desayuno —comenta como si acabara de caer en la cuenta, tomando asiento y mirando a su alrededor—. Me gusta, aunque tengo que confesar que no me lo había imaginado así.

Enarca las cejas, travieso, y entonces capto el doble sentido burlón de su comentario. Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

—Tenemos que hablar.

Él asiente dando a entender que es todo oídos y le pide al camarero dos cafés con leche y algo dulce.

—Lo primero que quería decirte es que eres un tío increíble. —Su sonrisa se ensancha—. Has sido maravilloso conmigo, más de lo que me merezco en realidad —maldita sea, me siento como una cucaracha—, pero... pero yo...

—Seamos novios —suelta de pronto.

Yo lo miro como si acabase de contarme que los cerdos vuelan y ha atrapado uno para adoptarlo como mascota. Creo que ha respirado demasiado aire de mantequilla.

—¿Qué? —murmuro atónita, porque ni siquiera me sale la voz.

—Lo que has oído —responde con una convicción absoluta—. Nos lo pasamos bien, nos reímos. Sé que necesitas tiempo y voy a darte todo el del mundo, pero vamos a dar este paso, Cande. Sé que va a salir bien.

—Para, para —lo interrumpo al borde de la conmoción—. ¿De verdad me estás pidiendo que sea tu

novia? —Su sonrisa es su respuesta—. Apenas nos conocemos —casi grito realzando lo obvio y también con la risa tonta, porque me parece increíblemente estúpido y ridículo y romántico y me ha ganado un poco—. Ni siquiera nos hemos besado.

Él se levanta, se inclina por encima de la mesa y, apoyando las dos manos en la madera barnizada, me da un beso. Me pilla por sorpresa y me dejo besar. Me gusta, pero no me gusta como me tendría que gustar si ser su novia fuese lo que quisiera hacer.

—Primer problema solucionado —susurra separándose, pero quedándose todavía muy cerca de mí.

Sonríe de nuevo y vuelve a su asiento. Yo quiero decir algo. Abro la boca y tamborileo con los dedos sobre la mesa. Trato de ordenar mis ideas.

—Marcos... —empiezo, pero él se levanta, interrumpiéndome otra vez.

Hoy este hombre está hecho una caja de sorpresas.

—Sé lo que vas a decirme y no lo hagas —me pide poniéndose el abrigo y rodeando la pequeña mesita hasta dejarnos de frente—. Sólo piénsatelo, un día, veinticuatro horas. Yo prometo dejarte que tomes la decisión tranquila, sin presiones, y mañana a esta misma hora nos vemos aquí o mejor en la Puerta del Sol, como en esas películas románticas que tanto te gustan. —Los dos sonreímos—. Puede salir bien. —Alza la mano y me acaricia suavemente la mejilla—. El hecho de que no llevemos el mismo ritmo que la gente normal no significa nada.

Yo lo miro y, sin querer y sintiéndome mal, deseo que fuese otra persona la que estuviese plantada delante de mí diciéndome eso. Suspiro y agacho la cabeza. ¿Qué más pruebas necesito para saber que no es una buena idea?

Abro la boca dispuesta a decirle que no, pedirle perdón y suplicarle al universo que la mejor de las chicas esté casualmente en esta cafetería, se choque con Marcos y se enamoren en el acto.

—Confía en mí, Cande —habla él antes—. Dame un día. Sólo te pido eso.

Y no puedo decirle que no, aunque sé que sólo se trata de alargar la agonía veinticuatro horas.

Voy hasta la Torre Picasso en metro. Llego un poco tarde, pero nadie parece darse cuenta.

—¿El señor Herranz ha llegado? —le pregunto a Gustavo.

Él niega con la cabeza sorbiendo ruidosamente su café con leche y yo arrugo la nariz con cara de asco. Tengo que volverle a insistir en que se lo tome con pajita o directamente no se lo tome.

En ese preciso instante, el ascensor pita, las puertas se abren y Sergio aparece comiéndose la moqueta a grandes zancadas. Entra en su despacho y yo cuento mentalmente un minuto para levantarme y salir tras él, por aquello de disimular. Quiero saber si está bien y necesito contarle a alguien lo de Marcos. No puedo hablarlo con las chicas, porque excavarían en busca de detalles y acabarían encontrando la tumba de Ramsés II de los cotilleos con la frase «Sergio y yo nos hemos besado, nos hemos metido mano y nos hemos acostado, muchas veces». Así que sólo me queda otro amigo con el que tengo la suficiente confianza como para hablar de lo que me está pasando: el propio Sergio. Se supone que somos amigos, ¿no? De acuerdo, somos unos amigos que se han visto desnudos más veces de las que pueden darse estrictamente por casualidad, pero hablamos y eso es lo que necesito ahora, porque estoy tan atacada que casi no puedo pensar.

—¿Podemos hablar? —pregunto entrando en su despacho.

Sergio sonríe de verdad, como si yo fuera la única persona a la que le apetece ver. Las mariposas en mi estómago se despiertan.

—Claro, cuéntame.

Cierro la puerta y doy un paso hacia delante. Me muerdo el labio inferior, nerviosa, y jugueteo con el bajo de mi vestido antes de animarme a pronunciar palabra.

—Quiero hablar con el Sergio amigo —digo al fin.

Frunce el ceño.

—Claro —repite, pero su voz cambia, como si estuviese poniéndose en guardia.

Tomo aire.

—Esta mañana he estado con Marcos.

Su expresión cambia en una milésima de segundo.

—¿Y? —suena amenazadoramente suave.

—Me ha pedido que sea su novia.

—¿Y qué le has contestado?

—Me lo estoy pensando.

Podría haberme explicado infinitamente mejor. Haberle dicho que mi respuesta es no y que sólo estoy haciendo tiempo porque él me lo ha pedido y que no tengo nada que meditar. Pero, en el segundo entre que Sergio me lo ha preguntado y yo he contestado, me he dado cuenta de que me he tirado a la piscina con él y otra vez lo he hecho a ciegas, sin escuchar siquiera que eso sea lo que él quiere. No voy a cometer el error de volver a demostrarle todo mi amor cada minuto de cada día sin saber qué es lo que siente él.

Sergio da un manotazo rabioso contra la mesa. Me sobresalto.

—Joder, Cande —masculla furioso—. ¿Te lo estás pensando? ¿En serio? No quiero que vuelvas a...

—Antes de decir lo que estás a punto de decir —lo interrumpo—, recuerda por qué estamos en esta situación, recuerda de la habitación de quién salió una mujer prácticamente desnuda y quién acabó con el corazón destrozado.

Sergio me mantiene la mirada.

—No quiero que vuelvas a verlo —pronuncia de todas maneras.

Es el hombre más arrogante que he conocido en toda mi maldita vida.

—Eres un egoísta y un cabrón —replico.

—Sí —contesta sin dudar, plenamente consciente de que lo es, pero sin ninguna intención de cambiar esa cualidad en lo que a mí se refiere— y me está volviendo loco imaginar que otro tío puede ponerte las manos encima.

¿Por qué con él todo se reduce a eso? ¿A la posesión? ¿A la posibilidad de que otro hombre me toque? ¿Y por qué soy tan estúpida de dejar que eso me siga llenando por dentro como nada más?

—Tú y yo sólo somos amigos —prácticamente grito.

—Me importa una mierda —repite de la misma manera—. Seremos de la clase de amigos que no tienen más amigos.

—Marcos no es mi amigo. Es mi novio —decido de pronto, y creo que lo hago porque quiero hacerle daño.

Mis palabras nos silencian a los dos.

—¿Te has acostado con él? —inquire, y su voz suena diferente, aunque no pueda decir por qué.

Yo ahogo una risa sardónica y breve en un suspiro aún más corto, más frustrado y más furioso. Algunas cosas nunca cambian, supongo, por mucho que duelan.

—Al final hemos vuelto a lo mismo —contesto furiosa—. Sólo te interesa follarme y que nadie más lo haga. El resto, incluido cómo me sienta yo, no te importa lo más mínimo.

—Eso no es verdad —ruge rodeando su mesa y caminando hasta mí.

—Entonces, ¿por qué eso es lo único que has preguntado? ¿Por qué no te interesa saber si estoy enamorada de él?

—Porque sé que no lo estás —sisea con rabia, arrinconándome contra la pared.

—Lo estoy —lo desafío.

Odio quererlo. Lo odio con todas mis fuerzas.

—No, joder, claro que no —dice mirándome a los ojos, deshaciéndose de todo lo que no seamos nosotros—. Tú me quieres desde la primera vez que me viste igual que yo a ti. Ese maldito día los dos nos condenamos de por vida.

Me besa y yo me agarro a las solapas de su traje italiano. Me quiere. Me quiere. Me quiere. Y podría repetir esas dos palabras un millón de veces y, aun así, podrá seguir otro millón más. Me quiere.

Me quiere.

—Sergio —murmuro radiante contra su boca, incapaz de decir nada más.

—Te quiero, joder. —Y una sonrisa se escapa de sus labios porque decirlo le hace tan feliz como a mí escucharlo, como si se hubiera liberado de algo más pesado que él.

—Te quiero —respondo.

Me abraza con más fuerza y vuelve a besarme. Si esto no es el paraíso, es que han abierto nuevas sucursales del cielo en Madrid.

Llaman a la puerta, pero ni siquiera nos molestamos en fingir que no lo oímos. Vuelven a llamar con más insistencia y Sergio se separa a regañadientes.

—Di que no te encuentras bien o que tienes un examen —me ordena—, lo que quieras, y espérame en el garaje. Yo tengo que arreglar una cosa y bajaré.

Asiento. Ni siquiera lo pienso. Vuelven a llamar.

Sergio me da otro beso profundo, pero más corto, con la sonrisa todavía en los labios, y se separa definitivamente.

—Te quiero —susurra con sus ojos un poco más azules.

—Te quiero.

Su sonrisa se ensancha y da un paso hacia la puerta.

—Adelante —pronuncia.

Yo me preparo para decir un «gracias por darme la mañana libre para estudiar, señor Herranz», cuando mi expresión cambia por completo al ver a Estela al otro lado de la puerta. ¿Qué hace en Madrid? ¿Qué hace aquí?

—Qué bien que estés aquí, Cande. Te estaba buscando.

Sonríe con malicia y me temo lo peor. Miro a Sergio, pero él tiene la vista clavada en mi hermana y la mandíbula apretada.

—Me hubiera gustado darte esta noticia en la comida que preparé en el Jai Alai, pero tú eres tan... imprevisible.

La miro ignorando su último comentario y apremiándola para que continúe y, de paso, rezando para que esa fantástica noticia tenga que ver con que le han dado el trabajo de su vida en Boston.

—Como sabrás, voy a casarme.

Asiento. ¡Cómo compadezco al pobre desgraciado al que haya convencido con algún tipo de droga experimental para casarse con ella!

—¿Y cuándo voy a poder darle la enhorabuena al afortunado? —inquiero curiosa.

—Cuando quieras.

—Estela —ruge Sergio, con la rabia apenas contenida en esas seis letras.

—Es Sergio —responde mi hermana.

Y todo mi mundo estalla en pedazos.

Epílogo(s)

Creo que nunca había llorado tanto. Camino entre las personas, algunas se chocan conmigo, otras me esquivan, pero yo no siento nada. Creo que nunca había estado tan triste. Hace sol porque ya casi estamos en mayo, pero yo tengo frío. Llevo una vieja sudadera de Rodri de esas con cremallera y capucha que encontré en un cajón. Me está enorme, pero no me importa. Martina y Sira me han llamado infinidad de veces, incluso se presentaron en casa, pero yo no quería ver a nadie. No sé cómo lo saben, pero sé que lo saben. Quizá es porque es obvio que soy una imbécil integral, él, un cabrón, e iba a volver a destrozarme el corazón.

Continúo caminando. Creo que todas las personas que me miran son conscientes de lo desgraciada que soy. Los ojos hinchados, la nariz roja. Mentalmente me invento un montón de respuestas: echo de menos a mis padres, me he quedado sin trabajo, he dejado la carrera, va a casarse. Probablemente todas sean verdad.

Paso junto a una estatua que siempre me hace sonreír, pero ni siquiera la miro. Sigo andando. Cruzo la plaza. Va a casarse... Va a casarse con ella. ¿Por qué me pidió que fuésemos amigos? ¿Por qué me pidió las pausas? ¿Por qué me besó? ¿Por qué se quedó a dormir? Cabeceo y aguanto las ganas de llorar que me parten el pecho en dos. ¿Por qué me dijo que me quería?

—Hola, preciosa —me saluda Marcos cuando me detengo frente a él.

—Hola —respondo.

—¿Estás bien? —inquire dando un paso hacia mí.

Yo asiento y rehúso el contacto alejándome apenas unos centímetros. El reloj marca las nueve sobre nuestras cabezas. Trato de recordar cómo era mi vida antes de él. Está borrosa, porque su recuerdo, sus besos, sus manos y su olor lo han tapado todo hasta convertirme en una estúpida que no ve que la vida no es como en los malditos libros.

—Cande, ¿qué...?

—Querías una respuesta, ¿no? —lo interrumpo sorbiéndome los mocos.

Marcos aprieta los labios tragándose sus preguntas y su preocupación.

Lo miro. No se parece a Alain Delon de joven en *Gatopardo*. No suena música. Y decido que eso es exactamente lo que necesito, porque Cande Martín lo que quiere es estar a salvo.

—La respuesta es sí.

La expresión de Marcos cambia. Quiere sonreír, estar feliz, pero el buen chico pesa más y sigue preocupado.

—Me has hecho el tío más feliz del mundo, pero... ¿es lo que quieres?

Asiento.

—Sí —me obligo a pronunciar, como si necesitase oírmelo decir en voz alta para echarlo a él de mi vida.

Marcos frunce el ceño tratando de estudiarme, de comprender por qué estoy haciendo esto. Finalmente resopla sin levantar sus preciosos ojos marrones de los míos.

—Cande, ¿por qué estás así?

—Porque me he equivocado —contesto sin paños calientes, encogiéndome de hombros y aguantándome las ganas de llorar—, pero ahora voy a hacer las cosas bien.

Él sonríe con ternura. Da un paso hacia mí y, dejándome claro lo que va a hacer, alza la mano y me acaricia suavemente la mejilla. No hay fuegos artificiales, pero tampoco hay dolor.

—Todo eso me da igual —repite sincero—. Lo único importante es que estás aquí.

Me abraza y me besa y yo me dejo hacer. Sergio me dijo una vez que tenía que darme cuenta de que el amor en el que yo creía no existe... ya lo ha conseguido. He aprendido por las malas que el amor no es lo que mueve el mundo. Ese pedacito de mí es lo que tengo que sumar a todo lo que perdí.

* * *

Mi piso está en silencio. La luz aún es grisácea y Madrid se está despertando cuatro plantas más abajo. Apoyo las palmas de las manos y la frente en la ventana. El cristal está frío, pero no me calma. Trato de respirar, pero no puedo. No puedo si ella no está cerca.

No sé por qué coño lo hice. No sé en qué maldito momento me pareció una buena idea casarme con Estela. Estaba tan cabreado con Cande por haberse marchado a Barcelona y al mismo tiempo sólo quería tenerla cerca, de la manera que fuese. Sentir que podría cuidar de ella, que podría protegerla. Y Estela apareció aquella mañana en mi piso... No sé en qué estaba pensando, joder.

Entonces Cande volvió y todo se jodió. Los recuerdos se hicieron tan reales que dolían. Estrecharla entre mis brazos, su sabor, su olor, su expresión perfecta dormida en mi cama... y no pude contenerme. No pude gestionar lo que me hacía sentir.

Al principio sólo era rabia porque no supo ver que estaba acojonado cuando metí a aquella mujer en mi casa. Me dio por imposible, como han hecho mis padres, todas las personas en mi vida salvo Rodri, yo mismo, y no luchó por mí.

Después, unos celos irracionales y posesivos que me estaban volviendo loco porque otro tío la llevaría a ver cómo encendían las luces de Navidad en la Puerta del Sol. Pondría los pies en el asiento de su coche mientras tararearía canciones de Antonio Vega con la mirada perdida en la ventanilla. Ese gilipollas la vería sonreír, despertarse en su cama con el pelo revuelto. Ese maldito gilipollas la besaría, la tocaría y tendría la jodida suerte de que ella le dijese «te quiero»... pero, en realidad, el único gilipollas soy yo.

Le pedí que fuéramos amigos porque sentía que la estaba destrozando y, si seguía así, ya no quedaría en pie nada de ella y esa idea, el protegerla incluso de sí misma, de todo lo que me odiaba, pesó más. Después, las pausas, el volver a casa, el sentir que regresaba a mi lugar en el mundo y, casi a la vez, el bajar la coraza, él olvidarme de todo, el decir «te quiero».

Cande consiguió que viera las cosas de otra manera, que entendiera que hay algo más que vale la pena. El sexo y el amor son las dos caras de una misma moneda que le pertenece a ella. Y eso es lo que sostiene el mundo. El amor sí es como en los libros, como ella siempre dijo que era.

Me enamoré.

Me enamoré como un auténtico idiota. No sé qué hacía antes. No sé qué hacer ahora. La quiero y ésa es la única verdad que sobrevive. La quiero y le he hecho demasiado daño. La quiero y ya no sé vivir sin ella, no sé respirar sin ella, sin todo lo que perdí.

—Todo lo que perdí —murmuro con rabia, con tristeza, con dolor.

Ella... El amor.

Referencias a las canciones

- Una décima de segundo*, Parlophone Spain, interpretada por Antonio Vega. (N. de la E.)
- Enamorado de la moda juvenil*, Copyright: 2017 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Radio Futura. (N. de la E.)
- Eloise*, Copyright: 2017 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Tino Casal. (N. de la E.)
- No controles*, Copyright: © 2000 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Olé Olé. (N. de la E.)
- Cumpleaños feliz*, Copyright: © Marina Music Publishing, sl © Divucsa Music, SAU, interpretada por Parchís. (N. de la E.)
- Se dejaba llevar por ti*, Copyright©© 2013 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Antonio Vega. (N. de la E.)
- Ni tú ni nadie*, Parlophone Spain, interpretada por Alaska y Dinarama. (N. de la E.)
- «El eterno femenino», Copyright: Nuevos Medios S.A., interpretado por La Mode. (N. de la E.)
- «La canción de Juan Perro», Copyright: ©1986 Sony Music Entertainment España, S.L/(P)1987 Sony Music Entertainment España, S.L/©1988 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretado por Radio Futura. (N. de la E.)
- «80-88», Universal Music Spain, S.L., interpretado por Nacha Pop. (N. de la E.)
- Escuela de calor*, Copyright: © 1988 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Radio Futura. (N. de la E.)
- Que el tiempo no te cambie*, Copyright: © 2008 Sony BMG Music Entertainment España, interpretada por Tequila. (N. de la E.)
- El sitio de mi recreo*, Copyright: 2017 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Antonio Vega. (N. de la E.)
- Cuatro Babys*, Copyright: © 2016 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Maluma. (N. de la E.)
- La chica de ayer*, Copyright: ©© Avispa, interpretada por Nacha Pop. (N. de la E.)
- Relojes en la oscuridad*, Copyright: ©© 2013 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Nacha Pop. (N. de la E.)
- Yo soy... esa*, Copyright: © 1990 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Isabel Pantoja. (N. de la E.)
- Lucha de gigantes*, Copyright: © 2012 The copyright in this sound recording is owned by Parlophone Music Spain, S.L. © 2012 Parlophone Music Spain, S.L. This Label copy information is the subject of Copyright Protection. All rights reserved. 2012 Parlophone Music Spain, S.A., interpretada por Antonio Vega. (N. de la E.)

Biografía

Cristina Prada tiene treinta y tres años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio» y «Manhattan Love», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja* y *La sexy caza a la chica Hitchcock*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

<https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/>

y Cristina Prada @everysongwhich

Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964. Todo lo que perdí
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: agosto de 2017

ISBN: 978-84-08-17544-5

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

